LA REINA MÁRTIR

Luis Coloma, S. J.

11B

LA REINA MÁRTIR

A mi buena amiga

Lola

su aff.mo en Cristo

Luis Coloma

QUEEN MARY.

S
C7187r

LA REINA MÁRTIR

APUNTES HISTÓRICOS DEL SIGLO XVI

POR

EL P. LUIS COLOMA

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

318951
35
8
26

BILBAO
IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS
Muelle de Marzana, núm. 7

1901

ES PROPIEDAD

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

INTRODUCCIÓN

LA SUEGRA Y LA NUERA

I

Que suis-je, helas! et de quoy sert ma vie?
Je ne suis fore qun corps privé de cueur,
Un ombre vain, un objet de malheur,
Qui n'a plus rien que de mourir en vie.

(María Estuardo.)

NOCHECÍA ya, y la escasa luz que por las hondísimas ventanas de aquella alcoba inmensa penetraba, dábale un tinte tan pavoroso casi como lo era en realidad el drama aterrador que en ella iba á tener efecto.

Parecía aquello uno de esos sombríos cuadros italianos en que las sombras y tonos oscuros desvanecen y confunden las figuras, y solo aparece á la vista un conjunto fantástico, que menos se ve que se adivina.

Destacábase en el fondo un enorme lecho con dosel y cuatro columnas talladas, semejante

en todo á esos catafalcos que llaman hoy camas imperiales. Á la cabecera distinguíanse tres figuras, dos sentadas y una de pie, que parecían espiar ansiosamente los menores movimientos del bulto informe que dibujaban las ropas del lecho.

Á los pies, y del lado opuesto, hallábase hundida en un gran sitial, una mujer de edad madura, que la luz crepuscular de la ventana bañaba por completo. Hubiérase dicho que era una estatua de alabastro, si el vivísimo fuego de sus ojos negros no brillara en aquel rostro exangüe, como una brasa encendida asomando entre cenizas.

Cubríala de pies á cabeza un largo brial de terciopelo negro, muy entallado, con anchas mangas perdidas, puños y alta gorguera de encajes, y adornaba su cabeza un extraño tocado, que ha inmortalizado la historia. Era una especie de escofieta de terciopelo, que caía sobre la frente en forma de pico, y elevándose en dos alas por uno y otro lado, recogía sobre las sienes sus negros rizos, y remataba por detrás en un amplio velo que caía por la espalda.

Á respetuosa distancia de esta enlutada figura, que tenía mucho de siniestra, hallábase sentada en un escabel otra señora ya anciana, vestida también de luto.

El silencio era profundo en la anchurosa estancia, y rompíalo tan solo un tenue quejido que á intervalos salía del lecho. Cesó de repente este quejido, y una voz débil, angustiada, como de niño mimado que se queja, gritó por dos veces:

—¡María!... ¡María!...

Este grito lastimero puso en conmoción á todos los que allí se hallaban. Incorporóse bruscamente una de las sombras de la cabecera, y extendió ambas manos sobre el lecho, como si impetrase al cielo. Inclinóse la otra sobre la almohada dando gemidos, y oyéronse palabras cariñosas, murmullos de llantos y de besos. La dama de alabastro cubrióse el rostro con el pañuelo; la del escabel cruzó las manos con involuntario espanto, y dos nuevos personajes salieron entonces de la oscuridad, como si aquel grito angustioso les hubiese evocado.

Era el uno un hombre vestido de negro, que acudió presuroso á la cabecera del lecho; y era el otro un viejo muy venerable, de luenga barba blanca, envuelto en largo ropón de terciopelo carmesí, guarnecido de armiños.

Inclinóse éste al oído de la dama pálida, y dijo algunas palabras en voz baja; contestó ella inclinando la cabeza afirmativamente, sin apartar el pañuelo de su rostro, y volvió á reinar la

misma inmovilidad, el mismo inquieto pavor, el mismo silencio, interrumpido tan solo por el triste gemir del enfermo, y los convulsos sollozos de una de las sombras.

Entraron á poco seis lindos pajecitos que traían antorchas encendidas, y las distribuyeron por toda la estancia en altos antorcheros milaneses, de exquisita labor y delicada elegancia. Quedó entonces iluminado el sombrío escenario, y quedaron también á la vista los personajes de aquel drama que tocaba ya á su desenlace.

Entre las blancas ropas del lecho asomaba la lívida carita de un joven, casi niño, en que se veía pintada la crispación del sufrimiento, y se adivinaba ya la agonía de la muerte. Apoyada en la almohada misma del moribundo, y oprimiendo entre las suyas su flaca mano, hallábase una joven, casi niña también, que lloraba amargamente.

Era aquello un idilio que la muerte trocaba de repente en tragedia, sobre los flordelisados almohadones de un trono. Porque aquellos dos niños que la muerte separaba sin haber cumplido ninguno dieciocho años, eran los Reyes cristianísimos de Francia, Francisco II de Valois y María Estuardo, Reina ella también, por derecho propio, de Escocia.

Al lado de ésta hallábase la Duquesa de Guisa, Ana de Este [1], hija del Duque de Ferrara, tía y Camarera mayor, como diríamos en España, de la desdichada Reina. Detrás de ambas aparecía la arrogante figura del Cardenal Carlos de Lorena [2], apoyado en una de las columnas del lecho. Observaba el ambicioso Príncipe, con inquietud siempre creciente, el rostro del Rey, que por momentos se descomponía, y paseaba su mirada hosca de la cerrada puerta de la cámara á la impasible figura de la dama enlutada, que no era otra sino la Reina viuda de Francia, Catalina de Médicis.

Hallábase ésta sentada, como ya dijimos, de la otra parte del lecho, y tenía á su lado á su parienta y Camarera mayor la Condesa de Fiesque [3], ilustre italiana de la familia de los Strozzi.

El hombre vestido de negro, que asistía al Rey á su cabecera, era el famoso Juan Chapeláin, primer médico de cámara; y el viejo del ropón carmesí con armiños, el austero Miguel de L'Hôpital [4], Gran Canciller de Francia.

Estos eran los personajes de aquel drama que iba á tener allí su desenlace, como había tenido su principio aquella misma mañana, en la cámara real de la Reina María Estuardo.

II

la muerte de Enrique II de Valois, recayó la corona de Francia en su hijo primogénito el Delfín Francisco, casado dos años antes con María Estuardo, Reina de Escocia.

Dos bandos formidables, católicos y hugonotes, despedazaban entonces el reino, y otros dos, no menos poderosos y enconados, dividían también la corte: los Guisa y la Reina madre, Catalina de Médicis.

Enarbolaban aquéllos abiertamente la bandera de los católicos, y pretendiendo apoderarse del gobierno por el pronto, veían ya en el porvenir esperanzas fundadas de ceñir con el tiempo la corona al jefe de ellos, Francisco de Lorena [5], Duque de Guisa, llamado *el Balafrè*, esto es,

el de la cicatriz, por la que le cruzaba el rostro de un lado á otro lado.

La Reina, por su parte, comenzó desde luego á desarrollar su astuta y tortuosa política florentina, de oponer á un partido otro partido, con el objeto de encresparlos entre sí, debilitarlos ambos, y llegar por este camino á su único y meditado fin de consolidar el poder real, en jaque siempre por los grandes y los herejes, destruyendo á los Guisa y aniquilando á los hugonotes.

Cierto que, influída Catalina por las perniciosas máximas de su paisano Maquiavelo, erró gravemente en usar tan sin escrúpulos de toda clase de medios. Mas su fin era el de todos los soberanos de aquel tiempo, y su mano de hierro supo mantener firme la corona durante treinta años, hasta que al morir ella, meses antes que el último Valois, la dejó caer éste en un charco de sangre, y la recogió Enrique IV. Catalina hizo ella sola lo principal y más difícil de esta obra de gigantes; terminóla Richeliéu, y la disfrutó Luis XIV.

Con estos amagos de horrible borrasca subieron al trono aquellos reyes niños que aún no habían cumplido dieciseis años. María, ferviente católica por una parte, y sobrina carnal de los Guisa por otra, como hija de la hermana de

éstos, María de Lorena [6], llamóse al punto al partido de su familia, representado entonces por los dos hermanos Francisco *el Balafrè I,* y Carlos, Cardenal de Lorena, á quien por su mucho poder y autoridad llamaban los herejes *el Papa transalpino.*

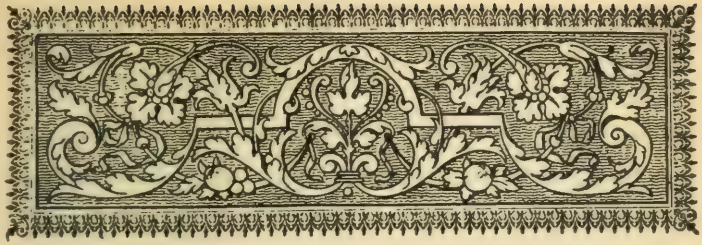
Era entonces María Estuardo una niña traviesa, alegre como un jilguero, linda como un ángel, instruída y docta como un doctor de la Sorbona [7], é imprudente y ligera hasta el punto de atreverse á jugar con su suegra, con la inocente temeridad del niño de dos años que tirase de la cola á una pantera negra de Java, creyéndola un gato grande.

Á la muerte de Enrique II vistió Catalina un luto que llevó hasta el fin de su vida, y entonces inventó para su propio uso, el tocado que antes hemos descrito. Gustó á María Estuardo el invento; adaptólo á su rostro de ángel, y con grandes risas y fiestas trocó la severa escofieta de su suegra, en ese precioso adorno que, inmortalizado por pintores y modistas, lleva aún en el día de hoy su nombre.

Calló la suegra, fiel siempre á su divisa, *guarda é tace,* mira y calla; pero esta fué la primera partida que apuntó en la terrible cuenta que iba formando á su nuera.

Enamorada María perdidamente de su esposo,

y siendo de él con igual amor correspondida, no le fué difícil traer á Francisco II al partido de los Guisa. El Duque fué nombrado Lugarteniente del reino, el Cardenal de Lorena manejó á su placer las voluntades y conciencias del Rey y de la Reina, y Catalina de Médicis, postergada y humillada, añadió á su divisa, *guarda é tace*, otra más apremiante: *Odiate é aspettate:* odiad y esperad.



III

No tuvo, por desgracia, Catalina que aguardar mucho tiempo. Después de las ejecuciones de Amboise [8], trasladóse la corte á Orleans, donde se reunieron los Estados Generales, y allí comenzaron á desarrollarse los sucesos que vamos refiriendo.

Una tarde volvió Francisco II muy desazonado de un largo paseo en barca por el Loire, y metióse en cama para no volver á levantarse nunca. Quejábase de fuertes dolores en los oídos y ruidos extraños en la cabeza.

Alarmado Juan Chapeláin, su primer médico de cámara, quiso consultar á sus tres compañeros de cargo, entre los cuales se contaba el

famoso cirujano Ambrosio Paré [9], tan justamente llamado hoy, *Padre de la cirujía moderna*. Convinieron todos en que el Rey tenía malos humores que le pesaban sobre el cerebro, y podían muy bien éstos penetrar la masa encefálica y hacer entonces la crisis inminente y extremo el peligro.

Mas no convinieron de igual modo aquellos sabios doctores en la manera de conjurar el riesgo. Ambrosio Paré afirmó rotundamente que él respondía con su cabeza de la vida del Rey, si se le permitía hacerle la operación del trépano, con el fin de extraer por la perforación del cráneo, los malos humores que le mataban; operación ésta muy extraña entonces, que el mismo Paré había perfeccionado y practicado ya tres veces con resultado siempre favorable.

Juan Chapeláin y los otros médicos, que según opinión de algunos, estaban ganados por la Reina madre, calificaron el proyecto del cirujano de temerario asesinato, y limitáronse á recetar inyecciones auriculares, que habían de atraer por aquellas vías, la expulsión de los malos humores.

Estimaba en mucho el Duque de Guisa la ciencia de Paré, por haberle curado éste la tremenda herida [10] cuya cicatriz le cruzaba el rostro, y persuadió á la Reina María para que adop-

tase la opinión del célebre cirujano. Vino en ello la afligida Reina, con la docilidad que mostró siempre á sus tíos; mas quiso antes juzgar por sí propia las razones de los médicos, y citóles aquella misma mañana en su real cámara.

Sucedía esto poco antes del mediodía, y atraídos por la gravedad de tamañas nuevas, poblaban ya en aquella hora la antecámara de la Reina, cuanto personaje importante ó curioso tenía entrada entonces en la corte de Francia.

Formaba la antecámara una gran pieza cuadrangular, con dos enormes chimeneas, una en cada extremo [11]. Abríase en el fondo la ancha puerta de la cámara regia, custodiada por dos pajes y dos alabarderos de la guardia escocesa. Á uno y otro lado de la chimenea llamada de honor, por ser la más próxima á la cámara, hallábanse de pie las damas de ambas Reinas, formando dos grupos distintos. Presidía las de la Reina María la Duquesa de Guisa, sentada en un sitial de alto respaldo; y colocada de igual manera la Condesa de Fiesque, presidía las de la Reina madre.

Entre el grupo de las damas y el que formaban los cortesanos, dejaba la etiqueta un gran espacio vacío, que solo osaban franquear los Príncipes de la sangre, y los más grandes señores del reino. El Gran Canciller, el anciano

Cardenal de Tournón [12], los Mariscales de Vieilleville [13] y de Saint-André [14], los dos hermanos Alberto y Carlos de Gondi [15], y otra porción de personajes de mayor ó menor cuenta, discurrían, todos de pie, por el resto de la antecámara, ora hablando, ora paseando.

En la cámara real hallábanse sentadas frente á frente la suegra y la nuera. Á derecha é izquierda de Catalina, estaban de pie los dos hermanos Guisa, el Duque y el Cardenal, inquietos, azorados y dispuestos al parecer, si necesario fuese, á cualquier acto de violencia contra la pérfida italiana, como llamaban ellos á la Reina madre. Ésta, impasible y como si ignorase lo que se iba á tratar y el peligro que ella misma corría, hizo ademán á los médicos de que podían tomar la palabra.

Ambrosio Paré, que era muy tímido, expuso su opinión balbuceando. Catalina hizo un gesto de espanto al oírle, y murmuró lo bastante alto para que los dos hermanos Guisa la oyesen:

—¡Poner la vida de mi hijo en manos de un hugonote!... (Paré lo era) ¡Jamás!...

Juan Chapeláin tomó entonces la palabra, y comenzó á refutar al famoso cirujano. Catalina no le dejó acabar: levantóse bruscamente, y con enérgica majestad, dijo:

—Tienes razón, Maese; y jamás consentire-

mos ni como madre, ni como miembro del Consejo de Regencia, que agujereen la cabeza del Rey de Francia, como se agujerea una tabla.

—¡Pero, señora!—gritó María Estuardo desolada.—¡Si es el último recurso!... ¡Si no hay ya otro remedio!...

Catalina cerró los ojos horrorizada, y sacudió con violencia la cabeza de uno á otro lado, como enérgica negativa. Lívido de rabia el Duque de Guisa, llevóla al hueco de una ventana, y hablóla en voz baja violentamente. Mas Catalina, rechazándole con un verdadero gesto de reina, á las pocas palabras que se dignó escucharle, dirigióse á la puerta de la cámara y la abrió por sí misma de par en par.

—¡Señor Canciller!—gritó imperiosamente desde el mismo umbral de la antecámara.

Levantóse en ésta un murmullo de sorpresa al ver aparecer á la Reina madre, y el Gran Canciller acudió presuroso á su encuentro. Catalina, de pie en el umbral, y con la deliberada intención de que la oyesen todos los que en ambas piezas se hallaban, añadió con gran firmeza, mostrando á los hermanos Guisa, estupefactos en la cámara de semejante audacia:

—¡Señor Canciller!... Esos señores quieren autorizar una operación horrible en la persona del Rey; y como su madre que somos, y como

parte del Consejo de Regencia, nos oponemos y protestamos contra ese verdadero crimen de lesa majestad...

Levantóse en la antecámara un segundo murmullo de verdadero espanto, y el Cardenal de Lorena, vuelto en sí de su sorpresa, tiró de la Reina madre hacia dentro de la cámara, dejó pasar también al Gran Canciller, y cerró la puerta.

Mas no era Catalina de Médicis mujer que se intimidaba; y sin que su arrebatada violencia la hiciera perder un punto de aquella grave majestad que la distinguió siempre, formuló de nuevo y con mayor energía su protesta. ¡Nunca, jamás consentiría ni como madre del Rey de Francia, ni como miembro del Consejo de Regencia, en que semejante operación se hiciese!!...

—¡Pues como Lugarteniente del reino que soy, yo la autorizo y ordeno!—gritó el Duque de Guisa fuera ya de sí—y aceptando la batalla frente á frente.

—Y yo no puedo impedirlo—dijo gravemente L'Hôpital.—Pero como Gran Canciller que soy, puedo y quiero hacer constar la solemne protesta de S. M. la Reina madre.

Agarróle coléricamente el Duque por el ropón al oírle, y dijo con irónica rabia:

—¿Y cree el Sr. L'Hôpital, que *pueda* y

quiera el Lugarteniente del reino deponer al Gran Canciller de Francia?...

No pestañeó el viejo, ni intentó siquiera desasirse del orgulloso magnate. Irguió su elevada estatura, y contestó con serena entereza:

—No lo dudo, señor Duque... Pero también tengo por cierto que sobran en esa antecámara nobles franceses capaces de prender al traidor que se atreviera á usar de violencia en la persona del Rey ó del Gran Canciller de Francia.

Echó el Duque mano á la espada, y hubiérase visto allí el espectáculo horrible y no extraño entonces, de una cámara real manchada de sangre, si el Cardenal de Lorena no le detuviera el brazo presuroso y angustiado.

—¡Tente, hermano!—exclamaba...—Donde hacen falta las obras, huelgan las razones... Deja que el señor Canciller haga constar lo que quiera, y salvemos nosotros al Rey en tanto.

Y mientras así decía, arrastrábale hacia el otro extremo de la cámara, donde se hallaban María Estuardo acongojada y Ambrosio Paré desfallecido.

Porque el cirujano, tímido de suyo, de constitución débil, y aterrado además por lo que había visto y oído á la Reina madre, tan temible en sus cóleras, había sufrido una ligera congoja. Hízole sentar María Estuardo, y presen-

tóle ella misma unas sales, ayudada por su camarera escocesa Dayelle, mientras altercaban los otros personajes.

El Cardenal, que nada había notado y tenía tanto valor civil, como valor guerrero su hermano, añadió lacónicamente, dispuesto á saltar por todo:

—Ambrosio Paré, vamos á la cámara del Rey.

—¡Imposible, señor Cardenal, imposible!—gimió el pobre cirujano.—Para hacer la operación se necesita antes que nada, calma, tranquilidad, pulso seguro y firme... Y ved, señor Cardenal, ved cómo me encuentro...

Y levantaba el infeliz sus dos manos, temblorosas y convulsas como las de un azogado.

—Pues cálmate, Maese—decía el Cardenal animándole. Á fe que tienes tiempo por delante... ¿Cuántas horas necesitas para descansar... una... dos... tres... cuatro?...

—Con esas y con que me dejen en libertad, me basta.

—Libertad tienes siempre á mi lado—dijo fieramente el Duque de Guisa.—Reflexiona que estás bajo la protección del Lugarteniente del reino y de la *verdadera reina* de Francia.

Y esto último lo dijo señalando á María Estuardo, y recalcando mucho las palabras.

—Pues en la cámara del Rey, dentro de

cuatro horas!—añadió el Cardenal como si lanzase el guante á la Reina madre.—Veremos entonces si conviene hacer la operación esta misma noche, ó puede aplazarse hasta mañana.

Al oír esto Catalina cruzó una rápida mirada con Juan Chapeláin, é hizo seña al cirujano Paré de que se le acercase.

—Mira, Maese—le dijo tan serena y cariñosa como si nada hubiera pasado.—Nunca hemos puesto en duda tu lealtad, ni dudado tampoco de tu ciencia... Ve á la cámara del Rey á la hora que te dicen, y reconócele de nuevo... Quizá varíes entonces de opinión, si tienes en cuenta, sobre todo, que te juegas la cabeza.

IV

No descuidaron un punto ni Catalina ni los Guisa sus precauciones, en la breve tregua que siguió á la violenta escena de la cámara.

Nadie, sin embargo, ni aun las personas más allegadas á la Reina madre, pudieron notar durante estos momentos, en aquella mujer impenetrable, sombra de duda, ni asomo de temor, ni aun ligera señal de preocupación extraordinaria.

Visitó como todos los días á su hijo Carlos, muy débil de salud entonces, y encontró en su cámara al preceptor del Príncipe, Jacobo Amyot [16], el gran traductor de Plutarco, y á Filiberto de Marsilly, señor de Cipierre [17], que era su ayo. Era Cipierre muy buen caballero, y era también hechura completa de los Guisa,

que le habían nombrado Gobernador de Orleans, durante la reunión allí de los Estados Generales.

Sobresaltóse pués al ver entrar á la Reina madre, temiéndose alguna escena, porque un cuarto de hora antes había recibido orden del Duque de Guisa para ocupar militarmente la planta baja del Hotel Groslot, casa de la villa hoy, que era donde los reyes se hospedaban: claro indicio este para el Gobernador de Orleans, de que los Guisa maquinaban en efecto, como ya se murmuraba, prender á la Reina madre y encerrarla en Amboise, hasta que restablecido el Rey se decidiera á mandarla á Florencia desterrada.

Su asombro fué pués grande, al ver que, tranquila y sosegada la Reina, se entretuvo con su hijo como todos los días, y tan solo se le ocurrió decirle á él, que le parecía conveniente aliviar ya al Príncipe el luto que por la muerte de su padre todavía llevaba.

Quiso escoger ella misma el traje que habían de ponerle, y escogió, en efecto, entre las varias ropas que la trajeron, unas calzas de seda negra con gregüescos acuchillados de blanco, justillo de paño de oro con flores de terciopelo negro en realce, y una capita bordada que ella misma probó al niño, haciéndole mil caricias y halagos,

y llamándole *mignon, cherubino, gentillissimo,* como pudiera hacer la más tranquila y cariñosa de las madres.

Mandó luego le trajesen allí al Duque de Anjóu [18], que fué después Enrique III, y tenía entonces ocho años, y á la Princesa Margot [19], que contaba siete, y había de ser más tarde Reina de Navarra y mujer de Enrique IV.

Para todos tuvo besos, cariños y melosidades italianas, y el bueno de Cipierre, más guerrero que diplomático, quedó plenamente convencido de que la Reina ignoraba el riesgo que corría, ó de que alguna crisis favorable en la enfermedad del Rey, había hecho cesar ya todo peligro.

Entretúvose todavía la Reina madre un buen cuarto de hora, en su propia cámara, con el gran Canciller L'Hôpital, é igual tiempo habló muy en secreto con la Condesa de Fiesque, su camarera mayor y confidente íntima. Después de esto, instalóse con estos dos personajes en la cámara real, á los pies del lecho de su hijo, como la hemos descrito ya al comenzar estos apuntes históricos.

Á la crisis sufrida antes por el Rey, había sucedido un pesado letargo, que la inexperiencia de la Reina María tomaba por benéfico sueño. Inquieto sin embargo el Cardenal, prestaba oído atento á los rumores de la antecámara, y

Juan Chapeláin, también intranquilo, había dispuesto sobre una mesa varias jeringuillas y redomas, por si era necesario apelar á las inyecciones que él había recetado.

Solo Catalina y L'Hôpital aparecían serenos é impasibles. Apoyado éste de espaldas contra una chimenea y con los brazos cruzados sobre el pecho, parecía sumido en meditación profunda; y la Reina madre, hundida en su sitial, pasaba lentamente las gruesas cuentas de un rosario que llevaba á la cintura, como era entonces moda y devoción de las grandes señoras, pues siempre arraigó mucho entre ellas lo que llamamos hoy piedad mundana.

En la antecámara reinaba grande y contenida efervescencia, y al atravesarla de parte á parte Catalina para entrar en la alcoba de su hijo, pudo notar muy bien que no faltaba allí uno solo de los partidarios de los Guisa, y que traían muchos de ellos armas más fuertes y templadas de lo que sufre el ligero traje de corte.

De repente crecieron los murmullos de la antecámara, hasta oírse distintamente voces contenidas y ruido de pasos. Las puertas de la cámara se abrieron de par en par, como se abrían tan solo para los reyes, y aparecieron entonces el Duque de Guisa y Antonio Paré, seguidos de gran golpe de gente.

Venían pajes con nuevas luces, ayudantes del cirujano, oficiales de la Guardia escocesa, y detrás de todos, el Gobernador de Orleans y el Mariscal de Saint-André, que se quedaron junto á la puerta, como si pretendiesen guardarla.

Salióles al encuentro el Cardenal, y María Estuardo, llena de esperanza, hizo seña al cirujano de que se acercase. Adelantóse también el Gran Canciller, hasta ponerse frente á frente del lecho, y al lado de la Reina madre. Ésta no hizo el menor movimiento, y ni aun volvió tan siquiera el rostro.

Acercaron luces al lecho del Rey, que no había vuelto de su letargo, y Ambrosio Paré comenzó á examinarle. L'Hôpital, clavados los ojos en el rostro cadavérico de Francisco II, tiró disimuladamente á Catalina de una de sus anchas mangas. La Reina, sin volver la cara, hizo una seña imperceptible á la Condesa de Fiesque, y ésta se apresuró á salir de la cámara por una puertecilla de escape, que daba á las escaleras de servicio.

De repente incorporóse bruscamente Ambrosio Paré, llevándose ambas manos á la cabeza, y paseó por todos lados una mirada desencajada. La sorpresa y el terror se apoderaron de todos.

—¡Pero si ya es tarde!—gritó con desespe-

ración verdadera.—¡El derrame empezó ya y avanza sin remedio!... ¿Porqué no me avisaron antes?...

Y dando la mayor prueba de humildad que puede dar un sabio, que es seguir la opinión de otro, cogió las jeringuillas de Chapeláin, y puso él mismo una inyección al enfermo, por la oreja izquierda.

Mas no bien penetró el líquido interiormente, retorcióse el cuerpo del Rey bajo las ropas con crispación horrible, sus rodillas se elevaron, hundiósele el pecho, y Ambrosio Paré tiró las jeringuillas gritando desencajado:

—¡Se acabó todo!... ¡Se muere!

El Cardenal, sacerdote antes que nada, extendió ambas manos sobre el Rey, y le absolvió por última vez y en su postrer momento. Abrazóse María Estuardo al cuerpo dando alaridos, y la Reina Catalina cruzó ambas manos ante su rostro exangüe, más pálido todavía, y se puso de rodillas. Todos la imitaron, y hubo entonces un cuarto de hora de espantable silencio, interrumpido tan solo por los gemidos de María y el estertor del moribundo.

Ambrosió Paré y Chapeláin, uno á cada lado del lecho, observaban los pulsos del Rey. Cesó al cabo el estertor, y los dos médicos se miraron, haciéndose una señal afirmativa.

Acercóse entonces el Duque de Guisa para examinar de cerca el rostro del Rey, y poniéndole una mano sobre la frente, dijo cumpliendo los deberes de su cargo:

—¡El Rey ha muerto!...

Hubo entonces un momento de confusión en la cámara, y las puertas se abrieron, como por sí solas, de par en par.

Lanzóse á ellas el Duque de Guisa, para dar órdenes á Cipierre, Gobernador de Orleans... Mas Catalina le detuvo por un brazo, mostrándole con un ademán, lo que detrás de él había.

Por la puertecilla de servicio entraban dos reyes de armas, de gran gala. Seguíales el Duque de Orleans, desde aquel momento Carlos IX, con el rico traje que le escogió su madre aquella misma mañana... Asustado el pobre niño, agarrábase á las faldas de la Condesa de Fiesque y á la sotana de Jacobo Amyot, que le acompañaban.

Salióle al encuentro la Reina madre, y le hizo arrodillar junto al lecho del Rey, para que besase la mano del cadáver. Angustiado más y más el Reyecito, volvía á todos lados la espantada carita, buscando con los ojos á Jacobo Amyot, á quien profesó siempre entrañable cariño.

Los reyes de armas gritaban mientras tanto por tres veces, en el umbral de la antecámara:

—¡El Rey ha muerto!....

Luego, despues de lúgubre pausa, volvieron a gritar:

—¡Viva el Rey!...

Apareció entonces Catalina de Médicis, ya Regente del reino, llevando de la mano al Rey niño Carlos IX [20] y atravesó la antecámara sin arrogancia ni miedo, como pasea un prudente vencedor las filas de los vencidos.

Siguiéronla todos en masa, amigos y contrarios, y quedaron solos en la cámara vacía, el cadáver de Francisco II tendido en el lecho, y arrodillada á sus pies María Estuardo sollozando.

V

Así quedó terminado aquel drama, tan controvertido después por los historiadores. Pues mientras sostienen unos que Catalina obró de buena fe al oponerse á los proyectos del cirujano hugonote, porque creyó ver en la barrena del trépano un puñal disimulado que amenazaba la vida de su hijo, acúsanla otros, por el contrario, de que dejó morir deliberadamente al Rey Francisco, á trueque de apoderarse ella de la regencia del niño Carlos IX, que contaba á la sazón nueve años.

La recíproca de cada una de estas opiniones, absuelve ó condena á los Guisa; porque ó apoyaban ellos al cirujano hugonote por salvar franca y lealmente la vida del Rey, lo cual pa-

rece lógico, puesto que con su muerte se les escapaban poder y privanza; ó intentaban valerse de Ambrosio Paré como del más disimulado de los asesinos, para quitar de en medio al primero de los tres Valois, que separaban al Duque *Balafrè* del trono.

Puntos son estos, por desgracia, que jamás podrán fallarse sin riesgo grave de engaño; porque los únicos hechos que se alegan y constan, se acomodan bien con todas las intenciones, y en éstas, por más que agucen los hombres la vista, solo la mirada de Dios penetra.

Permítasenos, sin embargo, una observación pasajera contra ese prurito de cargar sobre la pobre humanidad crímenes falsos ó dudosos, cuando tantos ciertos y positivos pesan ya sobre su espalda...

Cuando las cosas tienen un sentido obvio, es empeño pueril ó mal intencionado, aguzar el ingenio para buscarles interpretaciones, y eso sucede en este caso. ¿Por ventura no pudo suceder y no es también lo más verosímil, que todos aquellos personajes fuesen igualmente inocentes de intención alguna culpable?...

Los mutuos y fundados recelos que á todos ellos separaban; la novedad de la terrible operación del trépano; las ambiciones no disimuladas de los Guisa y de la misma Reina madre,

y hasta el hecho de ser Ambrosio Paré hereje hugonote, pudieron, á nuestro juicio, ser grande parte, para que cegados unos y otros por la desconfianza, creyesen todos de buena fe defender la vida del Rey, oponiéndose á los intentos de la otra parte.

De todos modos, es lo cierto que el partido vencedor fué el de Catalina de Médicis, y que ésta empuñó desde luego las riendas del gobierno, y comenzó á caminar por los tortuosos senderos de su política, apoyada en sus dos muletas *(ses deux bequilles)*, como llamaba ella misma al Cardenal de Tournón y al Gran Canciller L'Hôpital, que la sostenían y aconsejaban.

Fué su primer cuidado disponer grandes fiestas para la solemne consagración del Rey niño Carlos IX, con el fin de distraer al pueblo, y ocupóse después en convocar las famosas Conferencias de Poissy [21], con el doble objeto de atraerse á los hugonotes y sembrar al mismo tiempo la cizaña entre ellos y los luteranos.

Los Guisa, vencidos, pero no desanimados, habíanse retirado á Nancy, y allí constituyeron el famoso triunvirato católico, compuesto por el Duque Francisco, el Mariscal de Saint-André y el Condestable Ana de Montmorency [22].

La Reina viuda María Estuardo retiróse por su parte á Reims, al lado de su tía Renata de

Lorena, que era allí abadesa en el famoso convento de San Pedro (*Saint-Pierre-les-Dames*), cuyas magníficas ruinas se admiran todavía.

En aquel santo retiro pudo la infeliz Reina medir toda la extensión de su infortunio, y apreciar á sangre fría la triste alternativa en que sus desgracias la colocaban. Horrorizábala de tal manera la idea de volver á Escocia, que prefería mejor permanecer en Francia en la posición subalterna de Reina viuda, expuesta á los celos y suspicacias de su suegra Catalina de Médicis.

«Muchas veces la vi — dice Brantôme — temer como á la muerte este viaje (el de Escocia) y desear cien veces mejor quedarse en Francia como simple Reina viuda, que ir á reinar allá en su país salvaje» [23].

En estos momentos de indecisiones y angustias, deparóle la Providencia en aquel retiro de Reims un prudente consejero que supo enjugar sus lágrimas, confortar su corazón y sembrar en él la semilla de aquel su resignado sufrir y aquella su fe inquebrantable, que hasta sus más encarnizados enemigos habían de admirar y ensalzar más tarde.

Fué éste el P. Edmundo Auger [24], de la Compañía de Jesús, cuya correspondencia secreta con María, demuestra á través de los siglos la

sólida piedad de la desdichada Reina, y la perfidia cruel de sus verdugos.

Pasó María Estuardo el invierno en el convento de San Pedro, y á fines de Febrero abandonó su retiro para dirigirse á Lorena y visitar en Nancy á sus tíos y aconsejarse con ellos. Murmuróse entonces que, decidida la Reina viuda á permanecer en Francia, marchaba á Nancy para fortalecer con su presencia el partido de los Guisa, eterna pesadilla de Catalina de Médicis.

Hallábase ésta en Blois, y trajo estas murmuraciones á su despacho el Cardenal de Tournón, planteándole por primera vez el problema de lo que había de hacerse con la infortunada Reina de Escocia.

Quiso Catalina evadir la pregunta con su habilidad acostumbrada, y sin responder palabra, abrió por medio de un resorte uno de los innumerables cajoncillos secretos de aquel su maravilloso oratorio de Blois, donde esto sucedía, y puso ante los ojos del Cardenal un gran pliego lleno de tachaduras. Era la minuta de una ordenanza redactada en nombre del Rey niño Carlos IX, señalando á María Estuardo, como Reina viuda de Francia, una renta anual de 60.000 libras, sobre el ducado de Touraine, el condado de Poitóu y demás tierras y seño-

rios dependientes. «*Avons, suyvant les conventions matrimoniales d'icelle nostre-dicte sœur, résolu luy assigner son dict douaire, montant à la dicte somme de soixante mil livres tournois de revenu pour chacun an, sur le dict duché de Touraine, conté de Poictou, terres et seigneuries en dépendans*» [25].

Aprobó el Cardenal el proyecto, que no era otra cosa sino el cumplimiento del contrato matrimonial de María con Francisco II, y tornó á concretar su pregunta, sobre si la Reina viuda había de permanecer ó no en Francia.

Catalina, con la mayor tranquilidad, y sin dar al parecer importancia ni á lo que escuchaba ni á lo que decía, respondió:

—La pobre niña no nos ha manifestado aún cuáles sean sus deseos... Pero nuestra decidida voluntad es, embarcarla para Escocia en cuanto se presente ocasión oportuna.

Aquella *decidida voluntad* de Catalina orientó algún tanto al Cardenal; mas como era católico sincero, aunque enemigo de los Guisa, y estimaba á María y sabía muy bien la perturbación horrenda en que los manejos de la Reina Isabel de Inglaterra habían sumido al reino de Escocia, parecióle deber suyo manifestar á Catalina los peligros á que quedaba expuesta una Reina de diecinueve años, si se la abandonaba de

repente, sola y sin apoyo, en aquel hervidero de rebeldes y de herejes.

Catalina aparentó no comprender las razones del Cardenal, y tomándolas por lo que á su interés propio de ella podían referirse, replicó muy seguramente:

—No temáis, señor Cardenal... Nuestra buena hermana Isabel se encargará de guardar á María.

Y como el Cardenal la mirase con extrañeza, no comprendiendo en realidad á dónde apuntaba la Reina, añadió ella comenzando á levantar el tupido velo de sus intenciones:

—La razón es muy sencilla... María es la Reina legítima de Inglaterra, é Isabel es una usurpadora [26]... María representa el Papismo, é Isabel personifica la Reforma... Y además, y sobre todo, añadió con una media sonrisa de mujer experimentada, María es joven y muy hermosa, é Isabel es fea y va para vieja...

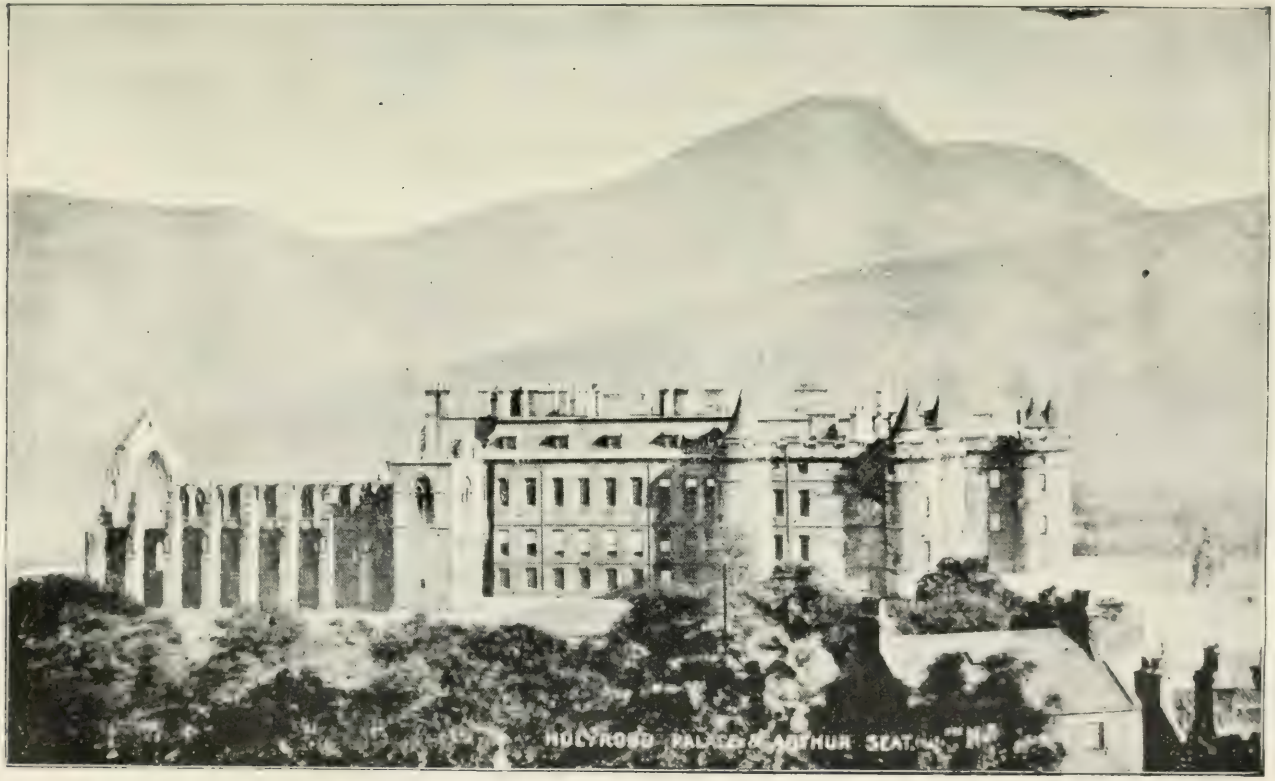
Comprendió al fin el Cardenal hasta dónde se aunaban en Catalina, la política de la reina y la perfidia de la mujer, y abrió la boca para contestar en son de protesta. Mas atajóle la palabra Catalina, con aquella suave energía con que sellaba todos los labios y ponía punto á todas las cuestiones cuando no la convenían; maravillosa particularidad suya, que le valió el

ser comparada á una barra de hierro forrada de terciopelo.

—Conque ya veis, señor Cardenal—dijo levantándose—que nuestra buena hermana Isabel se encargará de guardar á María con dos llaves y un cerrojo...

Y así quedó decretada por su suegra, la suerte de aquella infortunada Reina de Escocia, que con tanta razón puede llamarse *la Reina de los tristes destinos*.

FIN DE LA INTRODUCCIÓN


HOLYROOD PALACE & ARTHUR SEAT

LIBRO PRIMERO

LOS DOS HERMANOS

I

Plus ne portez, o ennemis, d'envie
A'qui na plus lesprit à la grandeur!
Ja consommé d'excessive doulleur,
Votre ire en brief se voirra assouvie!

(María Estuardo.)

EL 12 de Agosto de 1561 llegó María Estuardo á Calais con ánimo de embarcarse para Escocia. Acompañábanla sus seis tíos Guisa [1] y más de cien caballeros de la corte, entre los cuales iban el famoso Damville [2], hijo del Condestable de Montmorency, y el señor de Brantôme [3], que ha dejado escritos todos los pormenores de aquella despedida y de aquel viaje.

Componíase la flota que había de conducir á la Reina, de dos galeras de guerra y dos grandes barcos de transporte. La víspera del embarque el dolor ahuyentó el sueño de los pár-

pados de María, y es fama que durante esta triste noche de insomnio compuso aquellos famosos versos que tan tiernamente expresan su amor á Francia y su pesar al dejarla:

¡Adieu plaisant pays de France!
O ma patrie
La plus chérie,
Qu'as nourrí ma jeune enfance;
¡Adieu France! ¡Adieu nos beaux jours!
La nef qui dejoint nos amours
N'a eu de moi que la moitié:
Une part te reste, elle est tienne:
Je la fie à ton amitié,
Pour que de l'autre il te souvienne, &.

El día 14, que era viernes, llegó la Reina al embarcadero á las doce del día, rodeada de sus tíos y seguida de su brillante comitiva. Los buenos ciudadanos de Calais poblaban todos los contornos, y hasta en los mástiles de los barcos anclados en el puerto veíanse racimos de gente.

Vestía la Reina el riguroso luto de corte de las reinas de Francia, que era entonces de terciopelo blanco, con larga cola, y un gran velo blanco sujeto en los hombros, que la envolvía de pies á cabeza. Traía también á la cintura una escarcela de terciopelo blanco y un silbato de oro, y largas sartas de perlas al cuello y en la cabeza.

Embarcáronse primero las damas de la Reina y los cien caballeros de su comitiva y sus tres

tíos, el Duque d'Aumale, el Duque d'Elbeuf y el gran Prior, que debían acompañarla á Escocia. Al pie mismo de la escala abrazó María por última vez á sus otros tíos que allí se quedaban, los Cardenales de Lorena y de Guisa y el Duque Francisco, y sin fuerzas para saludar á la comitiva de éstos, púsose una mano sobre el corazón como si se ahogara, hizo un profundo saludo, y subió la escala de la galera capitana, que mandaba Mauvillón, sostenida por Lady Fleming, una de las cuatro Marías que la habían acompañado de Escocia.

Saludáronla á bordo las entusiastas aclamaciones de los caballeros franceses que habían de acompañarla, y resonaron también en la playa los gritos de despedida de los que allí se quedaban; que como dice un contemporáneo, la fatal hermosura de María habíale hecho en Francia un enamorado de cada uno de sus súbditos.

La Reina, sin embargo, sin darse cuenta al parecer de lo que en torno de ella pasaba, llegóse á la popa de la galera, y en ella se echó de bruces y comenzó á llorar, mirando hacia el puerto, que poco á poco se alejaba. De cuándo en cuándo, decía:

—¡Adiós, Francia!... ¡Adiós, Francia!...

Así permaneció cinco horas seguidas, sin mo-

verse ni rebullir, llorando siempre, mirando la costa de su perdido reino, y repitiendo sin cesar:

—¡Adiós, Francia!... ¡Adiós, Francia!...

Al anochecer llegóse á ella su tío el gran Prior, é instóla para que tomase algún alimento y se retirase á descansar en la cámara de popa. Tomó la Reina por toda cena una ligera ensalada, y mandó la dispusieran la cama allí mismo sobre cubierta.

Rizaron entonces sobre la popa la vela traviesa de la galera, á modo de dosel, y debajo colocaron el lecho de la Reina. Echóse ésta sin desnudarse, y encargó mucho á Mauvillón que la avisara al amanecer, si se divisaba aún tierra de Francia.

Y sucedió, en efecto, que como amainase el viento á la media noche, y fuese necesario navegar solo á fuerza de remos, todavía pudo la Reina al despuntar la aurora ver la costa de Francia como una cinta oscura que cerraba el horizonte.

Entonces ocultó el rostro entre las manos, sollozando y repitiendo:

—¡Adiós, Francia!... ¡Nunca te volveré á ver!...

II

NAVEGABA la flotilla de María con grandes precauciones, pues sabíase de cierto que la Reina de Inglaterra había enviado á su encuentro varios cruceros, con miras muy sospechosas.

Habíase negado primeramente la envidiosa Isabel á dar el salvoconducto que pidió María para atravesar el reino de Inglaterra, y no contenta con este primer acto de hostilidad, temíase con fundamento que sus barcos intentasen dar caza á la flota, para apoderarse de la persona de la Reina.

Descubrieron, en efecto, en el golfo de Forth varios barcos ingleses que rondaban entre Berwik y Dunbar, y ya no le quedó duda á María de las pérfidas intenciones que abrigaba contra ella su tía Isabel de Inglaterra.

Salvóles, sin embargo, una espesa niebla muy propia de aquellos mares, que se levantó de repente y con tal cerrazón, que envolvió por completo la flota de la Reina, y la permitió arribar, sin ser vista, al puerto de Leith, á los cinco días de su salida de Francia.

Nadie esperaba la flota en Leith, y la desventurada Reina pudo decir con razón, que ponía el pie en su patria y en su reino, como una extranjera arrojada en aquellas playas por un naufragio.

La noticia de su llegada causó por todas partes sorpresa y recelo, y llegó bien pronto á Edimburgo, que solo dista de Leith tres millas escasas. Acudió al punto al encuentro de la Reina la nobleza toda de la capital, llena también de curiosidad y desconfianza, y á las tres horas de su desembarco, vióse ya María rodeada de aquellos feroces Lores escoceses, herejes en su mayor parte, que más parecían entonces gavilla de salteadores prestos á saquear, que tropa de cortesanos dispuestos á rendir homenaje á su Reina.

Traían la mayor parte coletos de búfalo guarnecidos de hierro, corazas ó cotas más fuertes que relucientes, y yelmos sin celada, cuyas baberas cubrían las barbas puntiagudas de bigotes retorcidos hacia arriba en agudas puntas.

Algunos menos fieros ó más presumidos, traían tocas de terciopelo negro con sartas de perlas, y los elegantes, los *raffinés,* que hubieran dicho los pisaverdes franceses que acompañaban á María, sombreros de ala recogida y copa alta y puntiaguda, rodeada de aquellas ricas cadenas de oro, que por aquel tiempo se llamaban en España *fanfarronas*. Mas ni aun estos mismos, ejemplares escasos de la elegancia escocesa, dejaban de llevar enorme espadón de Toledo á la izquierda, puñal bien templado á la derecha, y rodela colgada al arzón con punta de acero en el centro.

Sobresaltó á María el fiero aspecto de sus futuros cortesanos, mas salióles al encuentro hasta el puente de la torre en que descansaba. Saludáronla todos con grandes aclamaciones, á la manera de una bandada de milanos que proclamasen reina á una paloma; que no otra cosa parecía entre ellos aquella hermosa soberana de diecinueve años.

La hermosura y buena gracia de María captáronse al punto las simpatías y aun el entusiasmo de los Lores jóvenes y de los católicos que ponían en ella sus esperanzas. Mas los herejes, seides de Knox [4], enriquecidos ya con los despojos de la Iglesia católica, recobraron al punto la ruda gravedad y los rostros impasibles

con que disimulaban sus temores y desconfianzas.

¿Intentaría la nueva Reina, discípula ferviente de los intransigentes Guisa, restablecer el culto católico, y volver las cosas y las personas al estado en que se encontraban antes de la Reforma, como en tiempos no lejanos hizo María Tudor en Inglaterra?...

Este pensamiento atizado por Knox y los secuaces de la Reina de Inglaterra, fermentaba en toda la Escocia, y bien pudo adivinarlo María en la fría actitud de la muchedumbre que se agolpó á su paso desde Leith hasta Edimburgo. Los tres tíos de la Reina estaban indignados, los caballeros franceses sorprendidos, y la misma María, inquieta y pensativa, paseaba su límpida mirada por la muchedumbre, buscando en vano las muestras de simpatía que la saludaban siempre á su paso en sus excursiones por Francia y por Lorena.

Llena de tristes pensamientos franqueó la Reina al anochecer de aquel día el gótico portalón del palacio de Holyrood, cuna de sus mayores, de donde había salido ella misma trece años antes. Pasado el oscuro y sombrío pórtico encuéntrase un inmenso patio cuadrangular, formado entonces por las Abadías, y en la planta baja de una de ellas, la de Islebourg, fué donde

se hospedó la Reina mientras no hacía su entrada solemne en Edimburgo.

Retiróse María á sus habitaciones con Miss Seaton, la más joven y más querida de sus Marías; y ya muy entrada la noche, cuando la Reina se disponía á acostarse, sorprendiólas á deshora una extraña música que al pie de las ventanas sonaba.

Sobresaltada la Reina, cogió la mano de Miss Seaton con involuntario movimiento de susto, y quedaron ambas mirándose azoradas, con el cuello tendido y el oído atento.

Era aquello una música discordante de gaitas y toscos violines de tres cuerdas, que llamaban entonces *rebecz*. El silencio de la noche hacía resaltar aún más lo desafinado de la música, y lo sombrío y temeroso del aire que ejecutaban.

De repente un coro de voces ásperas y desafinadas entonó el salmo 51 del Psalterio: *Quid gloriaris in malitia, qui potens es in iniquitate?* Y otro no menos desentonado contestó: *Tota die iniustiam cogitavit lingua tua: sicut novacula acuta fecisti dolum.*

La Reina, con los labios blancos, pegóse á Miss Seaton, murmurando á su oído con la opaca voz del miedo:

—¡Son ellos, Seaton..., son ellos!...

—¿Quién?—replicó la Seaton tan asustada como la Reina misma.

—¡Los herejes!... ¿No los oyes?... Ese es el primer bramido de la fiera...

Y no se engañaba la Reina. Los ministros protestantes, con el terrible Knox á la cabeza, habían reclutado quinientos ó seiscientos fanáticos de la ciudad para que fuesen á dar la alborada á María al pie de sus ventanas, cantando los salmos de su herético culto, como una provocación y una amenaza á la católica Reina.

III

ASTA el amanecer duró aquella terrible serenata, durante la cual pudo el buen talento de María prevenir los dos extremos á que el protestantismo político y el protestantismo religioso de los rebeldes escoceses querían llevarla.

La abdicación ó la apostasía.

Su religiosidad y su orgullo se rebelaron al mismo tiempo contra tan vergonzoso dilema, y con toda la energía de su fe y toda la dignidad de su corona, se prometió á sí misma en aquella su primera y triste noche de Holyrood, no ceder un ápice ni como católica ni como Reina, y entrar decididamente por el camino de la lucha, aunque hubiese de llevarla ésta á la muerte y al martirio.

Era al otro día sábado, y no bien se levantó

la Reina, dió orden de preparar todo lo necesario para decir Misa el domingo siguiente en la capilla de Holyrood, á fin de que pudieran ella y toda su servidumbre católica, cumplir con el precepto de la Iglesia.

Mas para comprender bien toda la gravedad de esta orden, y todo el valor de la Reina al darla, es necesario recordar que durante la ausencia de María había decretrado el Parlamento, por influencia de Knox, la supresión del clero y del culto católico, y establecido para todos los que celebrasen ú oyesen la santa Misa, pena de confiscación de bienes por la primera vez, de destierro por la segunda, y de muerte por la tercera.

La orden de la Reina produjo pués en Edimburgo una verdadera sublevación entre los herejes.

Los ministros amenazaron desde el púlpito: Knox declaró públicamente que *prefería ver desembarcar diez mil enemigos en Escocia, á que se celebrase en ella una sola Misa:* y el pueblo hereje, irritado y amenazador, se esparció por todas partes gritando:

—¡No permitamos que se levante otra vez el *Ídolo* en el reino!

Á las ocho de la mañana, una hora antes de la Misa, un gran tropel de los más fanáticos

arrolló á los centinelas de Holyrood, y penetró en el gran patio cuadrado vociferando.

Iban á su cabeza el brutal Lord Lindsay, armado de coraza, Fyiff y otros nobles de menor cuenta, y todos ellos proferían amenazas de muerte contra los sacerdotes católicos, *idólatras,* como ellos les llamaban, amenazando despedazarlos.

Entonces se reveló por primera vez en María, la serenidad y el noble valor que habían de asistirla siempre en los muchos trances apurados de su vida.

Sin demostrar el más ligero asomo de temor ni de zozobra, salió de sus habitaciones á la hora de la Misa, sin adelantarla ni retrasarla, y entró en la capilla por la puerta principal de ésta, que daba al gran patio.

Detrás de ella iban sus dos capellanes, no tan serenos como la misma Reina, y seguían las damas de servicio, sin más escolta de guardias, pajes, ni gentiles-hombres.

El pasmo de las turbas sosegó por un momento su furor, y el cortejo de la Reina entró en la capilla en medio del mayor silencio.

Mas no bien desapareció éste y se cerraron de nuevo las anchas puertas, el furor de la muchedumbre despertó otra vez y estalló con mayor violencia, como sucede en el mar cuando

cesa el momento de calma que amansó los vientos.

Resonaron los gritos con mayor rabia, crecieron las amenazas en odio y en violencia, y los más atrevidos llegaron á golpear y sacudir las puertas, con ánimo de arrancarlas.

Apareció entonces como llovido del cielo ó vomitado del infierno, un hombre solo, que vino á interponerse, espada en mano, entre las puertas de la capilla y la muchedumbre.

Podría tener treinta años, y retrataba su fisonomía en rasgos enérgicos y varoniles, la misma extraordinaria hermosura de María Estuardo. Vestía jubón y gregüescos á la flamenca, de terciopelo negro, sin adorno alguno, y sombrero alto de copa, con un ala levantada y sujeta por rico broche, única joya que brillaba en su persona.

Llevaba por todas armas un largo puñal á la cintura, y el legítimo espadón de Antonio Ferrara, con que parecía abrigar el temerario intento de cerrar el paso á la muchedumbre.

Temerario era el propósito; pero la fuerza de aquel hombre era sin duda maravillosa, y supo lograrlo. Detuviéronse los revoltosos á su vista y comenzaron á retroceder, como poseídos de respeto.

—¡Lord James!... ¡Lord James!—murmuraron por todas partes.

Y á los gritos de furor sucedió de repente en todo el patio un silencio de expectación y simpatía.

Aquel hombre era, en efecto, el ídolo del pueblo, Lord Jacobo Estuardo, hermano bastardo de la Reina, como hijo de Jacobo V y Margarita Erskine.

No era, sin embargo, Lord James ningún campeón de la fe católica, ni siquiera un adalid de los sagrados derechos de su hermana. Era, por el contrario, el más poderoso y exaltado de los discípulos de Knox, y el más pérfido de los traidores que habían de perder á la desgraciada Reina.

Mas convenía entonces á los tortuosos cálculos de su política conquistarse la confianza de su hermana, y no vaciló un momento en desafiar las iras de Knox para garantir á la Reina la práctica de aquella religión que él aborrecía y de que había apostatado.

Su presencia bastó, en efecto, para calmar á los sediciosos, y su autoridad y su energía bastaron también para convencer á los herejes menos fanáticos, de que no era prudente por el pronto impedir las prácticas religiosas de la Reina.

Era Lord James más político que fanático; pero Knox, fanático antes que nada, no se rin-

dió á sus razones, y apeló á Calvino en la siguiente carta que traducimos del original latino:

«La llegada de la Reina ha turbado la tranquilidad de nuestros asuntos. Á los tres dias de su vuelta, ya estaba restablecido de nuevo el ídolo de la Misa.

»Algunos hombres graves y de mucha autoridad han querido oponerse, alegando que sus conciencias purificadas no les permitían sufrir que se profanase de nuevo esta tierra, que el Señor había purgado de la idolatría extranjera con la eficacia de su palabra.

»Pero como la mayor parte de los que profesan nuestra fe han pensado de otra manera, la impiedad ha quedado triunfante y adquiere cada día nuevas fuerzas. Los que así han obrado dan por razón de su indulgencia, que todos los ministros de la palabra divina opinan que no es lícito impedir á la Reina la práctica de su religión, y que tú mismo has opinado también como ellos.

»Yo combato este rumor porque lo tengo por falsísimo; pero de tal manera ha penetrado en los corazones, que no me será posible desarraigarlo, si tú no me aseguras por tí mismo que la cuestión ha sido sometida en efecto á nuestra Iglesia, y qué es lo que han respondido los hermanos.

»Perdona que siempre te importune; pero no tengo á nadie más que á tí, en cuyo seno pueda depositar mis pesares. Te confieso ingenuamente, padre mío, que nunca había comprendido hasta ahora lo difícil y penoso que es combatir la hipocresía bajo la máscara de la piedad. Nunca he temido á los enemigos descubiertos cuando esperaba la victoria en medio de las tribulaciones.

»Te saluda el hermano de la Reina, Jacobo (Lord James), que es el único que se opone á la impiedad entre los que frecuentan la corte; mas á pesar de todo, también éste se ha dejado fascinar por los que temen derribar el ídolo violentamente.

»Te saluda toda la Iglesia, y te pide el auxilio de tus oraciones. Nuestro Señor Jesús te conserve largo tiempo para su Iglesia. Amén.»

No esperó Knox la respuesta de Calvino para ensayar nuevos modos de amenazas que intimidasen el ánimo de la Reina y la obligasen á dejar traslucir sus intenciones con respecto á la nueva Iglesia.

Habíase señalado el 2 de Setiembre para la entrada oficial de la Reina en Edimburgo, y Knox, de acuerdo con los magistrados de la ciudad, todos herejes, juzgó la ocasión oportuna.

Hiciéronse grandes preparativos para el so-

lemne acto, en los cuales gastó la ciudad más de 4.000 marcos de plata. Á lo largo de la calle Mayor (Canon-gate), que era entonces como lo es hoy, una de las más anchas y largas de Europa, pusiéronse mil adornos y primores, y ordenáronse curiosas invenciones y mojigangas, que se representaban sobre tabladillos y estrados levantados al efecto.

Mas todas ellas encerraban alguna cruel amenaza dirigida á la Reina, pues representaban los más terribles castigos que según las Sagradas Escrituras ha enviado Dios á los idólatras; tales como el pasaje de Coré, Datán y Abirón, tragados por la tierra en el momento de ofrecer su sacrílego sacrificio, y otros semejantes.

Al extremo de la calle y á la vista ya del palacio de Holyrood, que ocupa este frente, habían colocado la representación más horrible y ultrajante: era la de un sacerdote católico diciendo Misa, y devorado por las llamas del infierno en el momento de alzar la sagrada hostia.

La Reina durmió aquella noche en el castillo, y después de la comida se dirigió á la ciudad con grande pompa y magnificencia. Iba bajo un palio de terciopelo violeta, y rodeada de lo más florido de la nobleza del reino, y de los ciudadanos más ricos y principales de Edimburgo.

En la puerta que daba entonces entrada á la

Canon-gate, esperaban á la Reina los magistrados de la ciudad y el fanático Knox, con sus ministros presbiterianos.

Habían levantado allí un majestuoso arco de triunfo, con variados adornos de flores, hojarascas y banderolas, todo muy bien combinado. Al llegar la Reina frente del arco, desprendióse suavemente del centro de éste una nube plateada, hecha con grande artificio, y salió de ella un niño de seis años, que figuraba y parecía en efecto un ángel bajado del cielo.

Traía en las manos una gran bandeja de plata, y en ella presentó á la Reina las llaves de Edimburgo, entre una Biblia y un libro de los salmos.

Comprendió al punto la Reina lo que aquellos símbolos del protestantismo significaban, y lo que exigían de ella los herejes al presentárselos en cambio de la corona y la sumisión de Escocia.

Mas sin titubear un instante, ni perder un punto de su grave majestad, hizo la señal de la cruz sobre la frente del niño, como si fuese una bendición al mismo tiempo que una caricia, y tomó de la bandeja las llaves de la ciudad, dejando en ella la Biblia y el Psalterio.

Un silencio siniestro reinó entonces, y Knox y los suyos se retiraron, comprendiendo que la Reina recogía el guante que ellos le arrojaban.

IV

Ya aquí empiezan esos cinco años del reinado de María, en que con cruel ensañamiento procuran sus enemigos amontonar cuantas calumnias inventaron entonces la ambición y la herejía, para perder á la desgraciada Reina. La calumnia fué siempre, en efecto, la encarnizada perseguidora de María Estuardo, y ella la acompañó desde la cuna hasta más allá de la tumba.

Niña era aún de siete meses, cuando los herejes ingleses propalaron por todas partes que era raquítica y mal conformada, para evitar el casamiento que proyectaba Enrique VIII entre ella y su hijo el Príncipe de Gales. La Reina viuda, María de Lorena, tuvo entonces, para

deshacer la calumnia, que presentar á la tierna niña, desnuda sobre un tapiz, á los embajadores ingleses.

No se desbordó, sin embargo, la calumnia contra María, en los cuatro primeros años de su vuelta á Escocia, y los historiadores todos, así católicos como protestantes, convienen en elogiar la prudencia y madurez de juicio, tan superiores á sus años, que desplegó María en el gobierno de su reino y en la guarda de su persona.

Tan solo algunos historiadores herejes la tachan, de lo que constituye justamente para nosotros el timbre más glorioso de su conducta y el elogio de su firmeza. «Jamás, dice Róbertson, quiso oír á ninguno de los predicadores de la Reforma. Nunca perdió nada de su apego al catolicismo y á los intolerantes principios de éste, que las circunstancias hacían entonces aún más inflexibles.

»María había dado y reiterado á sus amigos del continente, la seguridad de que haría cuantos esfuerzos le fueran posibles para restablecer la religión católica, y con arte especialísimo evitó siempre todas las ocasiones de ratificar los actos del Parlamento de 1560, en favor de la Reforma.»

Mas llegó el momento en que fué necesario

á la Reina de Escocia elegir un esposo para asegurar la sucesión de la corona, y este suceso puso en conmoción á todas las cortes de Europa y á todos los partidos del reino. Felipe II escribía en aquel tiempo al Cardenal Pacheco, su Embajador en Roma: «Entonces Su Santidad y yo veremos la forma en que debemos favorecer y ayudar la causa de Dios, que es la que sostiene la Reina de Escocia, pues se entiende evidentemente ser aquella la puerta por donde ha de entrar la religión en el reino de Inglaterra, viendo por el presente cerradas todas las otras.»

Felipe II solicitó pués la mano de María para su hijo el Príncipe D. Carlos; el Emperador de Alemania Fernando, la pidió para el Archiduque Carlos; Catalina de Médicis, disimulando sus odios, la pidió para su hijo el Duque de Anjóu; y la pérfida Isabel, después de enredarlo todo y entretenerlo todo por espacio de dos años, tuvo la increíble avilantez de proponer á la Reina de Escocia, para esposo suyo y para Rey de sus súbditos, á su propio favorito Roberto Dudley, después Conde de Leicéster, cuyas vergonzosas relaciones con ella misma eran el escándalo de toda la Europa.

Esta infame propuesta indignó de tal modo á la Reina de Escocia, que determinó desde aquel

momento escoger por sí misma y de acuerdo con sus súbditos, el esposo que más conviniera a los intereses de su reino y á los sentimientos de su corazón.

Y fué éste, en mal hora escogido, su primo el Lord Darnley, Enrique Estuardo, hijo del Conde de Lennox y de Margarita Douglás. Era esta Margarita Douglás, hija del segundo matrimonio de Margarita Tudor, abuela de María, con el Conde de Angús; de donde resultaban los futuros esposos primos hermanos, y de donde resultaba también que, á falta de María, era Enrique por derecho propio, heredero legítimo de las dos coronas de Escocia é Inglaterra.

Alborotáronse con esta elección los herejes escoceses con Lord James, ya Conde de Murray, y Knox á la cabeza; pues siendo el Lord Darnley católico, como en efecto lo era, veían en este matrimonio un gran paso dado hacia la restauración del catolicismo en Escocia.

Nada igualó, sin embargo, á la rabia y al despecho de la Reina Isabel, al tener noticia del proyectado matrimonio. Sus feroces instintos rompieron todo freno de prudencia, y mandó prender á la Condesa de Lennox, madre de Darnley, que se hallaba en Inglaterra, y encerrarla en la torre de Londres, sin respeto á la calidad de tan ilustre señora, ni al estrecho

parentesco que con ella tenía, pues era su prima hermana.

Despachó al mismo tiempo con grande prisa y secreto, instrucciones reservadas para su ministro residente en Escocia, Tomás Randolph, espía suyo y agitador sempiterno, ordenándole promover disturbios entre los herejes, y ofrecerles su apoyo, poniéndose de acuerdo con sus dos jefes Murray y Knox para impedir el matrimonio de María.

Aceptaron éstos con entusiasmo el ofrecimiento de la Reina y ordenaron su plan. Convocó Knox por su parte en Edimburgo la asamblea general de la nueva Iglesia de Escocia, y decidió en ella que se armasen todos los *fieles* de Edimburgo para presentar á la Reina una súplica reclamando la abolición de la Misa, no solamente en todo el reino, sino hasta en el mismo palacio de Holyrood. Habíase además de imponer á todos los súbditos escoceses la obligación de asistir á los oficios, instrucciones y ceremonias de la religión reformada.

Hallábase la Reina en Perth, y allí fué una comisión de la asamblea para presentarla esta extraña súplica, que dictaba el espíritu de rebelión, se apoyaba en las armas de los herejes de Edimburgo, y escondía la traición más negra y más horrenda.

Porque mientras Knox distraía la atención de la Reina con aquellas exigencias, Murray y los Lores herejes urdían el proyecto de apostarse en los desfiladeros de Kinross para apoderarse de María y de Darnley, cuando pasasen de Perth al castillo de Callendar, donde había de trasladarse la corte. El plan de los conjurados era matar á Darnley ó enviarle prisionero á Inglaterra, encerrar á María en Lochleven y poner á Murray al frente del gobierno.

Mas advertida la Reina á tiempo, entretuvo con buenas palabras á los comisionados de Knox, y salió muy en secreto y antes de tiempo de Perth, con trescientos caballos de escolta. Pasó intrépidamente los desfiladeros de Kinross, dos horas antes de que llegasen los conjurados, y entró en el castillo de Callendar, que era de Lord Lívington.

Libre ya de este riesgo María, convocó en Edimburgo á todos los vasallos de la corona en son de guerra, y trasladóse ella misma á la capital, dispuesta á exterminar de una vez á los rebeldes, y á verificar su matrimonio en el más breve plazo posible.

El 22 de Julio llegó de Roma el Obispo de Dumblanc, que traía las dispensas necesarias del Papa por el próximo parentesco, y aquel mismo día fijó la Reina su casamiento

para el domingo siguiente, que fué 29 de Julio de 1565.

La víspera de este día confirió la Reina á Darnley por letras patentes el título de Rey, y aquella misma tarde le proclamaron en la Cruz de Edimburgo, á son de trompeta, tres heraldos de la corona.

No quiso la Reina que fuese motivo de fiestas lo que tantos disturbios costaba, y el matrimonio se celebró privadamente en la capilla de Holyrood, entre cinco y seis de la mañana.

Llegó la Reina á esta hora, acompañada de los Condes de Lennox y de Athol, y seguida de muchos nobles: traía un largo vestido de terciopelo negro, y un gran capirote de luto, igual al que llevó en los funerales de su primer marido Francisco II.

Dejáronla en el altar los Condes de Lennox y de Athol, y fueron á buscar al nuevo Rey para acompañarle del mismo modo. El sacerdote leyó entonces la tercera amonestación, y un notario tomó acta de que nadie había alegado impedimento contra el matrimonio.

Comenzó la ceremonia, y trocáronse los anillos: Darnley puso á la Reina tres, de los cuales tenía el de en medio un diamante de gran precio.

Acabada la ceremonia volvieron todos á la cámara de la Reina, y allí comenzaron á supli-

carle que dejase aquellas enlutadas vestiduras y tomase otras que cuadraran mejor con la solemnidad que celebraba. Hízose de rogar mucho la Reina, con muestras de dolor verdadero, y consintió al cabo, dando permiso á los que estaban cerca, para que le quitase cada uno y guardase un alfiler de los que llevaba.

Los Reyes comieron á la misma mesa, rodeados de muchos nobles. Servian á la Reina los Condes de Athol, Sewer, Morton, Caver y Cranfoord, y prestaban el mismo servicio al Rey, los de Églington, Cassels y Glencairn. Sonaban mientras tanto las trompetas de los heraldos en las ventanas de Holyrood, y se arrojaban al pueblo monedas de oro y plata.

No olvidaba, sin embargo, la Reina en medio de estas solemnidades, la traición de su hermano Murray y de los Lores herejes, y tres días después de celebrado el matrimonio, citóles á comparecer en su presencia y dar cuenta de su conducta.

Habíanse retirado estos herejes después de fracasada la intentona de Kinross, al condado de Argyll, y repuestos allí algún tanto con los socorros de dinero que la intrigante Isabel les enviaba, tomaron abiertamente las armas en vez de obedecer al mandato de su soberana.

Mas resuelta é intrépida María, hízoles juz-

gar y condenar en Edimburgo por rebeldes y contumaces, á exoneración, confiscación de bienes y destierro, y salió ella misma en su persecución al frente de los Lores y vasallos leales que anteriormente había convocado. «Marchaba—dice Róbertson—á la cabeza de las tropas, excitando su valor, siempre á caballo, con las pistolas cargadas en el arzón de la silla, soportando todas las fatigas de la guerra con fuerza admirable, é inspirando á los soldados el espíritu de resolución que á ella misma la animaba.»

Sus maniobras militares fueron combinadas con tan gran prudencia, y ejecutadas con tal acierto y valor, que rechazados los herejes de fortaleza en fortaleza, viéronse obligados á salvar la frontera de Inglaterra, asilo el más seguro en aquel tiempo para todo lo que fuese odio y traición á la religión católica y á la Reina María que la representaba.

V

No correspondían las prendas morales de Darnley á sus cualidades exteriores, y brillaban más en él su hermosura y gallardía, que su ingenio y su prudencia. Por otra parte, los honores sin cuento que la Reina le había prodigado, con el fin de ensalzarle y elevarle al nivel del trono, habían hinchado su vanidad hasta el punto de creer merecerlo todo; y como todo no lo tenía, presto se apresuró á pedir lo que le faltaba.

Á los tres meses de su casamiento, pidió, en efecto, á la Reina lo que entonces se llamaba *la corona matrimonial,* es decir, la mitad del

poder supremo, ó sea el ejercicio efectivo de la soberanía [1].

Nególe María su demanda con muy buenas razones, temerosa de dejar tan gran poder en manos tan inhábiles, y el resentimiento de Darnley fué entonces tan grande casi como su sorpresa.

Impedíale su inmenso amor propio comprender las prudentes razones de la Reina, y el mucho amor que ésta le mostraba impedíale también creer que fuese su negativa espontánea.

Cavilando pués juntas noche y día su ambición desengañada y su vanidad herida, vinieron á dar en un engaño funestísimo, que trajo las más horribles consecuencias. Antojósele con toda la terquedad de los entendimientos limitados, y todo el rencor de los corazones mezquinos, que la negativa de la Reina era debida á

---

(1) La *corona matrimonial* daba derecho en Escocia al marido de la Reina, para tomar el nombre de Rey, para hacer esculpir su busto en la moneda corriente, y para firmar, en unión de la Reina, todos los actos de autoridad real. En virtud de este derecho le prestaban juramento de fidelidad los súbditos, ningún decreto tenía fuerza de ley si no estaba revestido de su firma, y su autoridad era, bajo cierto respecto, igual á la de la Reina. María Estuardo concedió la corona matrimonial á su primer marido Francisco II por todo el tiempo que durase su matrimonio; pero Darnley y los que con él conspiraron contra Riccio, la querían por toda la vida de aquél.

la influencia y las intrigas del secretario David Riccio.

Y esta fué la ocasión y este el primer personaje, con quien, no tanto en aquellos tiempos contemporáneos, como en otros más posteriores, ha sido calumniada la Reina de Escocia.

Los poetas, enamorados de las trágicas desventuras de María, han sido quizá los que más han contribuído á manchar su memoria con elucubraciones y ligerezas no siempre mal intencionadas. Ellos han hecho del italiano Riccio, una figura romántica, un gallardo trovador aventurero, que llega á la corte de Escocia con el laud á la espalda y los bolsillos vacíos. La Reina le ve, le adora, y le hace al punto dueño de su corazón y árbitro de su reino, dejando al pobre Darnley, su legítimo marido, burlado y pospuesto.

Interesante será esto en buen hora, para argumento de un drama ó de una novela romántica; pero nada más absurdo y calumnioso para la verdad y seriedad de la historia.

Riccio pudo, en efecto, tener algo de trovador; pero nada tuvo de gallardo y mucho menos de enamorado. He aquí lo que escribía de él, en 1587, su contemporáneo Blackvood, que le conoció y trató en la corte de Escocia: «Estaba allí también el secretario de su Majestad,

llamado David Riccio, piamontés de nación, hombre de mucha experiencia y de los más entendidos en negocios de Estado, al cual respetaba mucho su señora, no porque tuviese ninguna hermosura ó agrado, puesto que era hombre de bastante edad, feo, serio y mal encarado, sino por su gran fidelidad, y sabiduría y prudencia, y otras muchas buenas partes de que estaba dotado dignamente su entendimiento. *Il y avoit aussi le sécretaire de sa Majesté, nommé David Riccio, piemontois de nation, homme de grande expérience, et qui entendoit des mieux les affaires d'Estat, lequel estoit bien respecté de sa maîtresse, non par aucune beauté ou bonne grâce qui fust en luy, estant homme assez aagé, laid, morne, mal plaisant, mais pour sa grande fidelité, sagesse et prudence, et à cause de plusieurs autres bonnes parties dont son esprit estoit dignement orné.*»

De igual manera se expresa á este propósito el dominico escocés Gonaeus en su libro *Vita Mariae Stuartae:* «Era este Riccio de aquella parte de Italia que se extiende al pie de los Alpes; hombre ya de edad y deforme de cuerpo, pero muy querido de María por su gran fidelidad y prudencia, y por eso su secretario.» *Erat autem hic Riccius ex ea Italiae parte quae ad radices Alpium iacet: senex quidem et corpore*

deformis, sed, ob eximiam fidem et prudentiam, Mariae percarus, adeoque a secretis.

Riccio, el verdadero Riccio de la historia, y no el de la leyenda, fué pura y simplemente al lado de María Estuardo el agente secreto del Papa Pío IV, encargado de guiar y ayudar á la Reina en la grande y difícil obra de restaurar el catolicismo en Escocia, que nunca perdió de vista ni abandonó un punto la católica María. Esto explica los misterios de que se rodeaban la Reina y el italiano, los odios que se granjeó éste, y la muerte horrible que le prepararon los herejes, valiéndose de la imbecilidad de Darnley.

David Riccio era, en efecto, hijo de un músico de Turín, y vino á Escocia en 1562, tres años antes del casamiento de María con Darnley, como *camariere* del Conde de Moretto, Embajador del Duque de Saboya. En cuanto al principio de sus relaciones con la Reina, sucedieron las cosas de la siguiente manera.

Era María grande aficionada á la música, y tenía organizada en su palacio una muy buena orquesta de instrumentos, y un cuarteto de voces. Faltóle á éste el bajo, y el Conde de Moretto ofrecióle á la Reina su *camariere* Riccio, que era muy entendido músico, y poseía además una hermosa voz de este timbre. Desde entonces comenzó Riccio á frecuentar, sin sos-

pecha de nadie, el trato de la Reina; y cuando Moretto volvió al Piamonte, pidióle María que le dejase su *camariere;* en lo cual vino gustoso el Embajador, quedando Riccio en Holyrood, agregado como *valet de chambre,* á la servidumbre de la Reina.

Ahora bien, ¿era ya Riccio cuando vino á Escocia, el agente de Pío IV, y todo lo concerniente á su servidumbre con Moretto y á sus habilidades musicales fué tan solo una comedia y un pretexto para introducirle en Escocia y acercarle á la Reina sin infundir desconfianzas, ó bien fué todo esto real y verdadero, y no adquirió el carácter de agente hasta haberse conquistado por estos medios la confianza de María?

Nada sabemos de esto, si bien nos inclinamos al primer supuesto, que cuadra muy bien con la índole de aquellos revueltos tiempos. De la misma manera veremos llegar dentro de poco á María, disfrazados de buhoneros á los dos jesuítas Edmundo Hay y Tomás Derbishir, legados de San Pío V, y más tarde á Nicolás Gradano, también jesuíta, que la acompañó varios años como *valet de chambre,* lo mismo que Riccio, sin que ningún contemporáneo se apercibiese de ello, ni la mayor parte de los historiadores hayan caído después en la cuenta.

Mas sea de esto lo que fuere, es cierto que al volverse á Francia en Diciembre de 1564 Raulet, el secretario de la correspondencia extranjera de María, dióle ésta á Riccio el cargo vacante, sacándole de la prudente oscuridad en que hasta entonces le había mantenido. Desde este puesto hizo Riccio entrar á la Reina en la liga que los príncipes católicos habían firmado en Bayona; favoreció cuanto pudo el matrimonio de María con Darnley, que como católico tenía sus simpatías, y viendo á los rebeldes herejes derrotados y fugitivos en Inglaterra, y á María triunfante y sostenida por el Papa San Pío V y por el Rey Felipe II, parecióle llegado el momento oportuno de intentar en Escocia la ansiada restauración del catolicismo. Concertó pués con la Reina convocar el Parlamento para el 7 de Marzo y devolver á los Obispos católicos, como primer paso, el rango de Lores espirituales, que antes de la revolución religiosa habían tenido.

VI

AS sucedió, por desgracia, que también fué este el momento en que las cavilaciones, ambiciones y rencores del imbécil Darnley, le sugirieron la idea de un crimen y una traición, que habían de ser origen y causa de todas las desventuras de la desdichada Reina.

Firme siempre el ambicioso mozo en la creencia de que la mala voluntad de Riccio era la que impedía á la Reina darle la corona matrimonial, determinó deshacerse de él, asesinándole.

Confióse á este propósito á su primo Jorge Douglás, bastardo del Conde de Angus, hombre osado y de malas intenciones, y éste le puso

en comunicación con Lord Ruthwen, Lord Lindsay y el Conde de Morton, herejes todos que mantenian estrechas relaciones con los rebeldes desterrados.

Avistáronse pués todos con gran secreto, y confióles Darnley sus ambiciones y sus deseos de venganza: prometiéronle ellos su ayuda en uno y otro extremo, y aquellos hombres astutos y perversos, acabaron por arrancar al ambicioso mozalbete el secreto de los planes con que María y Riccio amenazaban barrer la herejía de Escocia.

La prueba no podía ser más concluyente: Darnley mismo había escrito con la Reina al Papa San Pío V y á Felipe II, y á él venía dirigida la respuesta de éste, como en otro lugar de estos apuntes puede verse [5].

El pánico de los herejes fué grande, y no dejaron escapar la ocasión que la imbecilidad de Darnley les presentaba. Pusiéronse de acuerdo con los ministros presbiterianos de Edimburgo, Knox y Craig, con los rebeldes refugiados en Inglaterra, y con los que ocultos acá y allá quedaban en el reino, y organizaron una conspiración á cuyo frente se puso el Conde de Morton.

Era el plan matar á Riccio, disolver el Parlamento que había de convocarse, prender á la

Reina, dar á Darnley la corona matrimonial, y poner á Murray al frente del gobierno.

Extendiéronse para mayor seguridad dos compromisos *(covenants)* que ligaban estrechamente á Darnley y á sus cómplices. Firmaban el primero de estos dos documentos Morton, Ruthwen y el mismo Darnley, y en él declaraba este último, que hallándose la Reina rodeada y engañada de hombres perversos, y muy especialmente por un italiano llamado David Riccio, se había determinado él, con ayuda de la nobleza y de algunas otras personas, á apoderarse de estos enemigos del reino y á matarlos si resistían. Comprometíase además, bajo su palabra de Príncipe, á sostener y defender á sus asociados en presencia de la misma Reina, y en el mismo interior de palacio.

Firmaban el segundo documento los Condes de Murray, de Argyle, de Glencairn y de Rothes, y prometían en su nombre y en el de todos sus cómplices, sostener á Darnley en todas sus justas querellas, ser amigos de sus amigos y enemigos de sus enemigos, conferirle la corona matrimonial, mantener la religión protestante, y abatir á todos los que se opusieran á ella.

Darnley prometía además por su parte, perdonar á Murray y á los Lores desterrados, detener todo procedimiento ulterior contra ellos por

su rebelión pasada, y devolverles todos sus honores y propiedades.

Firmáronse estas criminales estipulaciones á 1.º de Marzo de 1566, y fijóse la ejecución del crimen para el sábado, día 9 de aquel mismo mes y año.

VII

LEGÓ, por fin, aquel sábado 9 de Marzo, que había de constituír en la historia de Escocia, una de sus más horrendas fechas.

Corría á la sazón la Semana Santa y el ayuno general de los presbiterianos, y esto atraía á Edimburgo muchos de aquellos herejes. Knox y Craig tomaron á su cargo preparar los ánimos para el crimen que se proyectaba, y predicaron en aquellos días sermones muy violentos. La muerte de Oreb y Jeb, la matanza de los Benjamitas, el suplicio de Amán, y cuantas historias sangrientas refieren las Escrituras de castigos dados por Dios á los perseguidores del pueblo escogido, fueron expuestas á aquellos espíritus fanáticos y levantiscos, como

ejemplo de lo que debía hacerse en Escocia con el enemigo del pueblo de Israel. Este pueblo de Israel era la Iglesia presbiteriana, y este enemigo era el infeliz Riccio, ignorante por completo del peligro que corría, y próximo á caer inerme y sin defensa en manos de sus enemigos.

Al anochecer del sábado comenzaron á moverse los asesinos. Morton, Ruthwen y Lindsay se dirigieron al palacio de Holyrood con doscientos hombres armados. Entraban muy en silencio, de dos en dos y por diversas puertas: una vez dentro, afluían todos á las habitaciones de Darnley, que estaban situadas debajo de las de la Reina: una escalera excusada, que aun en el día de hoy se enseña, ponía en comunicación ambos departamentos.

Darnley había cenado más temprano que de costumbre y esperaba á los conjurados, les recibía y acomodaba. La Reina, que estaba embarazada de seis meses, del que fué luego Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra, sentíase indispuesta: no había salido de sus habitaciones, y mandó que sirvieran la cena en un reducido gabinete que precedía á su alcoba. Tenía ésta por el lado opuesto otra puerta á un salón que llamaban de descanso, y allí venía á parar la escalerilla que con las habitaciones de Darnley comunicaba.

Acompañaban en la mesa á María, su hermana natural la Condesa de Argyle [6] y Riccio; y se hallaban también presentes el Comendador de Holyrood [7], el Laird de Creich y el capitán de guardias Arturo Erskine.

La Reina daba la espalda á la alcoba: á su lado se hallaba Lady Argyle, y en frente Riccio. Tenía éste puesta una ropilla de terciopelo rojizo, un sayo de damasco forrado de pieles, y un rico collar al cuello con un joyel de gran precio, que para ignominia de aquellos próceres, desapareció en la refriega.

Á las ocho entró Darnley por la puerta de la alcoba, y vino á apoyarse en el sillón de la Reina. Sintióle ésta llegar, y volvió con rapidez la cabeza. Inclinóse él entonces y la dió en mitad de la frente un verdadero beso de Judas.

Casi en el mismo instante entró Lord Ruthwen, armado de punta en blanco, pálido, desencajado y horrible de ver, por la zozobra que antecede al crimen y por la mala enfermedad que le atormentaba y le roía. En pos de él llegaron Jorge Douglás, Andrés Kar y Patricio Bellenden, armados de pistolas y espadas cortas escocesas.

Sobresaltó á la Reina aquella extraña invasión, y sospechando algún atropello, encaróse con Lord Ruthwen y díjole muy alterada:

—¿Qué es esto, Milord?... ¿Quién os ha dado

licencia para entrar aquí á esta hora y de este modo?...

Mas Lord Ruthwen, con insolente calma, contestó señalando á Riccio:

—Tenga á bien V. M. hacer salir á ese David, que demasiado tiempo ha estado ya en esta cámara.

Riccio, muy pálido, pero sereno todavía, hizo ademán de levantarse; mas la Reina le detuvo diciendo á Ruthwen con gran imperio:

—¿Pues qué culpa ha cometido?...

—La más detestable—contestó el Lord—que puede cometerse contra el honor de V. M., y del Rey su esposo, y de la nobleza y de todo el pueblo.

No quiso escuchar más la Reina, y mandó salir á Lord Ruthwen, bajo pena de traición, diciendo que si David hubiera delinquido, tribunales había en Escocia para juzgarle.

Mas Lord Ruthwen, como si no se dirigieran á él aquellas palabras, extendió la mano para coger á Riccio por el cuello. Hurtó éste el cuerpo aterrado, y se precipitó hacia la Reina gritando:

—*¡Madama, io son morto!... ¡Giustizia!... ¡Giustizia!...*

Derribó Riccio la mesa del lado de la Reina al levantarse, y hubo allí entonces un momento

de confusión horrible. Agarrábase el infeliz sin tino al vestido de María, gritando siempre: *¡Giustizia!... ¡Giustizia!...* Daba ella también voces procurando cubrirle con su cuerpo, y los asesinos dirigían sus espadas y pistolas, ora á Riccio, ora á la Reina misma. Abrazóla entonces estrechamente por detrás Darnley á fin de impedirla el juego de los brazos, y desasió él mismo, con gran violencia, de las manos crispadas del secretario, las faldas de la Reina.

Sin amparo ya el desdichado, arrastráronle por el cuello de la ropilla fuera del gabinete, y atravesando la alcoba, le llevaron á la sala de descanso.

Allí esperaban Morton, Lindsay y los demás conjurados, que le querían guardar toda la noche en Holyrood para ahorcarle á la mañana siguiente. Mas Jorge Douglás, abalanzándose á él con el propio puñal de Darnley en la mano, se lo hundió en el pecho y se lo revolvió, y dejó dentro gritando:

—¡Ahí va la puñalada del Rey!...

Todos se precipitaron entonces sobre él, y le dieron cincuenta y seis puñaladas. Espirante aún, le arrastraron por la escalerilla de las habitaciones de Darnley, y por una de las ventanas le arrojaron al gran patio cuadrado.

VIII

No logró el ánimo varonil de María arrancar á Riccio de manos de sus asesinos; pero su habilidad y su energía supieron desbaratar lo que les restaba por hacer de su plan combinado. Toda aquella horrible noche del sábado, tuviéronla encerrada en su cámara, sin permitirla siquiera ser asistida de sus damas.

Morton y Lindsay guardaban el palacio, y solo Darnley entraba á visitar y animar á la Reina. Mas tales trazas se dió ésta, y de tal manera supo disimular su indignación justísima, que le bastaron dos días, el domingo y el lunes, para volver por completo á Darnley, aterrado ya de su crimen, atraérsele de nuevo, y determinarle á huír con ella á Dunbar. Así lo hicieron

en efecto, en la madrugada del lunes, saliendo de Holyrood con el mayor sigilo, á caballo, y sin más escolta que el capitán de guardias de la Reina, Arturo Erskine.

El pánico de los conjurados y su indignación contra Darnley no reconocieron límites. Huyeron todos á la desbandada, temiendo las justas iras de la Reina, y la mayor parte, Morton, Ruthwen y Lindsay entre ellos, no pararon hasta salvar la frontera de Inglaterra.

Creía entonces la Reina que la juventud inexperta de Darnley y los malos consejos de Jorge Douglás, eran los que le habían precipitado en su criminal y temeraria empresa. Pronto pudo, sin embargo, caer en la verdadera cuenta; porque indignados los fugitivos con la nueva traición de Darnley, tomaron venganza enviando á la Reina los dos documentos firmados el 1.º de Marzo, que astutamente guardó en su poder el Conde de Morton.

Entonces pudo comprender María toda la indignidad de Darnley y la infamia de su conducta, y el abismo que esta horrible revelación abrió entre ambos esposos, hízose ya infranqueable. Con harta razón no fué ya Darnley para ella sino un ingrato ambicioso, un infame asesino y un traidor á su religión, á su reina y á su esposa: hízosele odiosa su presencia y su

dolor fué tan hondo y tan acerbo, que entonces se inició en ella la dolorosa enfermedad del hígado que le duró hasta la muerte. Á poco escribía el Embajador de Francia Du Croc al Arzobispo de Glasgow: «La Reina no está buena. Yo creo que su enfermedad consiste en un pesar profundo, que es imposible hacerla olvidar. No hace sino repetir estas palabras: ¡Quisiera estar muerta!»

Acercábase en esto la época del alumbramiento de la Reina, y quiso ella retirarse al castillo de Edimburgo, por parecerle este lugar más seguro y saneado. Siguióla allí Darnley, en torno del cual se había hecho el vacío que acompaña siempre en los palacios á la desgracia, y siguióla también el Conde de Bothwell, Jaime Hepburn, el hombre más peligroso de Escocia, según Trockmorton, que acechaba en silencio el momento oportuno de desplegar las inmensas alas de su ambición y su osadía, plegadas hasta entonces.

Y entonces fué también cuando allí mismo y ante los propios ojos de la Reina, se entabló entre aquellos dos hombres una desigual y solapada lucha, cuyo último objeto era apoderarse, no ya del corazón, sino del poder y la corona de María.

Darnley no había cumplido aún veintiun años,

y era, por lo tanto, un niño; un niño infame ciertamente, pero al fin y al cabo, niño. Bothwell, por el contrario, iba á cumplir treinta y seis; la edad de las ambiciones frías y calculadas y egoístas, sin mezcla alguna de pasión generosa que las ennoblezca. Y entre este niño infame y este hombre perverso, hallábase María, Reina de veintitres años; acosada por los herejes, combatida por los rebeldes, vendida y ultrajada por Darnley como reina y como esposa, y servida por Bothwell con una lealtad y una galantería que la halagaban como mujer y la satisfacían como reina, y no había encontrado hasta entonces entre los falaces y groseros Lores escoceses.

No es extraño, por lo tanto, que á medida que bajaba Darnley en su estimación y en su confianza, se elevase Bothwell en una y otra, y fuese poco á poco apoderándose del ánimo y de la voluntad de la Reina.

Darnley había tomado desde luego la actitud del niño mimado que se enfada cuando le regañan los maestros. Al justo alejamiento de María, contestó con durezas y hasta groseros insultos: dióse á la caza con exceso, á los vicios con descaro y á la bebida con cínica desvergüenza, y amenazó, por último, con fletar un barco y marcharse de Escocia.

Mas antes, cediendo á la falsía de su carácter

y á la necia y desapoderada ambición que le dominaba, escribió al Papa y á los Reyes de España y Francia, protestando traidoramente de su amor á la fe católica, que había vendido á los herejes dos meses antes, y acusando á María de negligencia y descuido en restablecer el catolicismo en Escocia, como con ellos tenía pactado.

No causaron, sin embargo, efecto alguno en aquellas cortes, y mucho menos en la de Roma, las calumniosas quejas de Darnley. La Reina había seguido con el Papa y con Felipe II las negociaciones entabladas en vida de Riccio, y llevado su celo hasta el punto, verdaderamente temerario, de ofrecerse á recibir en Edimburgo un Nuncio del Papa, para que asistiese al solemne bautismo del hijo que esperaba.

Sucedió, por lo tanto, que las cartas de Darnley se tomaron en aquellas cortes en su significación verdadera, y fueron grande parte para que el Papa apresurase la marcha del Cardenal Vicente Laureo, Obispo entonces de Mondovi, que con instrucciones y socorros para la Reina, era el Nuncio que enviaba á Escocia. Con él iban también, por nombramiento del Pontífice, dos jesuítas ingleses: el P. Edmundo Hay y el P. Tomás Derbishir.

Así las cosas, dió á luz la Reina el 19 de Junio

de 1566 un Príncipe, que había de ser más tarde el apóstata Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra. Despachó al punto María á Jacobo Melvil, como Embajador extraordinario, para que anunciase á la Reina de Inglaterra la importante nueva; y entonces ocurrió un hecho que el mismo Melvil consigna en sus memorias, porque pinta por sí solo el carácter de Isabel, mejor que largas descripciones y profundos estudios.

Sucedió pués, que cuando llegó Jacobo Melvil á Londres, hallábase la Reina en Greenwich, sitio real muy de su predilección, donde ella había nacido, y donde existe al presente el magnífico hospital de inválidos de la Armada. Fué allá á buscarla el Embajador extraordinario, y acompañóle el famoso secretario de Estado Guillermo Cecil [8] que en ausencia de la Reina le había recibido.

Celebrábase aquella noche una gran fiesta en el palacio de Greenwich, con todo el esplendor verdaderamente mágico que desplegaba entonces la corte de Inglaterra; y la Reina, que era muy aficionada al baile y presumía de serlo, tomaba parte en una de aquellas complicadas y difíciles contradanzas, propias de la época, que llamaban *La Gallarda*. Pasaba ya Isabel de los treinta y tres años, y crecía su fealdad á medida que la juventud se alejaba; tenía el pelo

pintado de rojo, los ojos pequeños, los dientes negros, la nariz prominente; sobre el seno desnudo llevaba el collar de la Jarratierra, según su costumbre, y las más ricas pedrerías cuajaban desde su corona de oro hasta sus chapines de raso [9].

Acechó Cecil una pausa del baile para acercarse á la Reina y darle al oído la noticia que Melvil traía, y la envidia, la ruin envidia que royó siempre aquel duro corazón de solterona, se sobrepuso entonces en ella, por un momento, á todos los disimulos de la mujer y á todas las diplomacias de la reina. Escapósele un grito de rabia y dejóse caer en un sitial sollozando; y como algunas de sus damas se acercasen asustadas preguntando el motivo de aquella congoja, contestóles agriamente con la dureza y despotismo que constituían el fondo de su carácter, y salían á cada paso á la superficie [10].

—¿Pues no sabéis que la Reina de Escocia ha dado á luz un hijo, y yo no soy sino un árbol estéril?...

Suspendió la fiesta este desagradable incidente, y toda aquella noche la pasó la Reina devorando su despecho. Mas al otro día, repuesta ya de su turbación, y dominado aquel brote de envidia, recibió á Melvil con grandes agasajos, escuchó de su boca la nueva del nacimiento del

Príncipe con las mayores muestras de alegría, y despachó acto continuo á Sir Enrique Killegrew para que fuese á felicitar en su nombre á la Reina de Escocia. Ofrecióse también á ser la madrina del Príncipe cuando llegase el momento del bautizo, y nombró á la Condesa de Argyle para que la representase en la ceremonia, y al Marqués de Bedfort para que fuese á Escocia como Embajador extraordinario y llevase á su ahijado el rico presente de una pila bautismal de oro macizo.

Esta determinación de Isabel detuvo al Nuncio del Papa en París, donde ya se encontraba. No convenía desairar á la Reina de Inglaterra en aquellos momentos en que se pretendía arrancarle el reconocimiento de María y de su hijo como legítimos herederos de aquella corona; ni parecía tampoco prudente irritarla, poniendo delante de su Embajador en Edimburgo, un Nuncio de aquel mismo Papa San Pío V, que preparaba ya su formidable bula excomulgándola.

Celebróse pués el bautizo con grande pompa y magnificencia, según el ritual católico, en el castillo de Stirling, y el Arzobispo de San Andrés echó el agua bautismal al futuro Rey de Escocia y de Inglaterra. Darnley, fiel siempre á su papel de niño enfadado, no asistió al bau-

tismo de su hijo, ni salió tampoco de sus habitaciones durante las fiestas que se siguieron.

Bothwell, mientras tanto, íbase formando el partido que había de apoyarle en sus ambiciosos y siniestros fines, y alcanzó de María con motivo de aquellos faustos sucesos, el perdón de los asesinos de Riccio refugiados en Inglaterra, con la sola excepción de Jorge Douglás, que dió la primera puñalada al infeliz secretario, y de Andrés Kar, que tuvo la osadía en aquellos momentos de confusión horrible, de apuntar una de sus pistolas al seno mismo de la Reina.

Esta vuelta á Escocia de los conjurados contra Riccio, aumentó hasta lo sumo los temores y recelos de Darnley. Temía la venganza de aquellos antiguos cómplices suyos que también había él traicionado, y temía sobre todo, su alianza con Bothwell, que con harta razón consideraba como el más poderoso y osado de sus enemigos. El rumor de una conspiración contra su vida, que todos ellos urdían, acabó de perturbarle: ganóle el miedo, precipitóle la falta de consejo y huyó á toda prisa á Glasgow, donde se hallaba el Conde de Lennox, su padre. Á poco cayó allí gravemente enfermo: hablóse de envenenamiento, como en semejantes casos acontece, y resultó probado que consistía la enfermedad en unas viruelas malignas.

Esta fuga de Darnley, que colocaba á María en evidencia así en su reino como ante las cortes extranjeras, acabó de colmar su resentimiento, y el triunfo de Bothwell pareció completo. Mas una tarde, un italiano que llamaban *el signor Francis*, Intendente de la Reina y grande amigo del difunto Riccio, pidióle con grandes instancias una audiencia para dos buhoneros paisanos suyos, que traían galas muy nuevas, y ricas mercaderías francesas.

Accedió gustosa María, por ser muy aficionada á las modas de Francia, y su sorpresa fué grande al reconocer bajo los abigarrados sayos de los buhoneros paisanos del signor Francis, á los dos jesuítas Edmundo Hay y Tomás Derbishir, compañeros del Nuncio que el Papa la enviaba [11].

Había juzgado prudente el Nuncio de San Pío V detener por entonces su viaje á Escocia; mas como las causas que lo motivaban urgían y los sucesos se precipitaban, determinó enviar por delante aquellos dos hombres de su entera confianza. Traían éstos para la Reina de parte del Papa, un socorro de veinte mil coronas, suma equivalente á los veinte mil escudos que ya le habia enviado Felipe II por mano de Francisco Yaxlee, como en la nota número 5 del presente libro queda consignado; y traían también todas las instrucciones necesarias para pro-

seguir con la poderosa ayuda del Papa y del Rey Católico los trabajos que, para la restauración del catolicismo en Escocia, había interrumpido la muerte de Riccio.

El Papa iba, sin embargo, mucho más lejos, y si la Reina de Inglaterra persistía en su sistema de persecución á los católicos, era su intento publicar una bula excomulgándola, y librando del juramento de fidelidad y obediencia á todos sus súbditos y vasallos; con lo cual, siendo María Estuardo la heredera legítima de la corona de Inglaterra, todos los católicos ingleses se alzarían por ella, y la colocarían en el trono con el auxilio del Papa y de las potencias católicas que habían entrado en la liga de Bayona [12].

Mas para todo esto parecíale necesario á San Pío V, y así se lo suplicaba á la Reina María, que cesase todo germen de discordia entre ella y su esposo, y no dieran á la cristiandad, que hacía de su causa de ellos la suya propia, el lastimoso espectáculo de un matrimonio católico dividido y enconado.

Abrió á estas razones María Estuardo su corazón y su conciencia al P. Edmundo Hay, y le hizo patente todo cuanto entre ella y Darnley había mediado. Los agravios eran grandes, los rencores profundos, el alejamiento mutuo, y por parte de María, justo y fundado en conciencia.

Mas Edmundo Hay, en su doble carácter de sacerdote y de diplomático, supo mitigar las ofensas, suavizar los enconos, hacer posible la aproximación después del alejamiento, y poniendo de relieve ante los ojos de María la grandeza y santidad de la obra proyectada, pidióle en nombre del Papa y del Rey Católico y de la cristiandad entera, que perdonase á Darnley y sacrificase sus sentimientos y afecciones personales, á la causa de la religión y al triunfo de la Iglesia católica.

Cedió María, porque era su natural generoso é inclinado á grandes cosas, y así lo prometió á Edmundo Hay y así lo cumplió en efecto, disponiendo su viaje á Glasgow para intentar la reconciliación con Darnley, que allí se hallaba todavía enfermo.

Esta repentina mudanza de la Reina, cuyos altos motivos traslucieron muy pocos, llenó de estupefacción á Bothwell y á sus secuaces, y entonces fué sin duda alguna cuando en aquel infame conciliábulo de rebeldes despechados, ambiciosos traidores, y herejes apóstatas enriquecidos con los despojos de la Iglesia Romana, se fraguó contra el infeliz Darnley, el más negro y misterioso complot que registran las historias de la época.

IX

NADA hay que despierte tanto la sospecha en un ánimo mezquino, como la generosidad de una conducta cuya grandeza no alcanza ni comprende; y esto sucedió á Darnley en Glasgow, con la visita de María Estuardo.

Su desconfianza era, por otra parte, natural y fundada. La mudanza de la Reina había sido demasiado repentina para parecer natural, y las causas que la motivaban eran harto delicadas en su parte de conciencia, y harto graves en su importancia política, para que osase María confiarlas á persona tan insustancial y ligera como Darnley.

El talento y la buena voluntad de María triunfaron, sin embargo, de sus desconfianzas, y poco

á poco fué el *niño enfadado* desarrugando el ceño, confesó sus culpas, ofreció la enmienda, y acabó por pedir y prometer á la Reina que la seguiría á todas partes, con tal que quedase reanudada entre ellos la vida matrimonial, de allí en adelante.

Consintió María, como era su propósito, y propúsole desde luego marchar á Craigmiller, cuyas aguas medicinales habían de hacerle bien, y apresurar su convalecencia. Mas Darnley, por un resto de recelo á los Lores que se habían reunido con Bothwell en Craigmiller mismo, poco tiempo antes, mostró repugnancia á este viaje, y propuso á su vez marchar sin rodeos á Edimburgo é instalarse desde luego en Holyrood con su esposa y con su hijo.

Hízole presente la Reina con grande dulzura y prudencia el grave riesgo de contagio que pudiera haber para el tierno Príncipe, con esta aproximación de su padre convaleciente aún de las viruelas, y entonces se concertó un plan que conciliaba todos los extremos. Darnley había de hospedarse en una casa de campo de los alrededores de Edimburgo, hasta su curación completa. La Reina se instalaría desde luego en Holyrood al lado de su hijo, y desde allí visitaría á Darnley con la mayor frecuencia posible.

Así quedó convenido entre ambos esposos con satisfacción mutua, y la Reina tuvo entonces la funesta ocurrencia de escribir á Bothwell, ordenándole buscar y preparar en las inmediaciones de Edimburgo, la casa más á propósito por su situación sana y ventilada para recibir á Darnley.

Había entonces á las puertas mismas de Edimburgo, un vasto campo que desaparece hoy bajo la parte nueva de la capital de Escocia. En lo alto de una colina veíase una iglesia, ya arruinada en aquel tiempo, que llamaban *Kirk of Field,* esto es, Iglesia del campo; y pegado á ella, existía un vetusto edificio conocido por la *casa del Prebendado*, á causa de haber sido la morada de los antiguos capellanes de aquella iglesia. Rodeábanla los jardines de varias casas situadas en el llano, y más lejos, hacia el lado de Edimburgo, había un antiguo convento de Dominicos, saqueado y destruído por los herejes, que llamaban de los *Frailes Negros (Black Friars.)*

Era, en efecto, la casa del Prebendado la más sana y bien oreada de aquellas inmediaciones, y era también al mismo tiempo la más aislada y solitaria; y ya fuese por una ú otra de estas condiciones, ya por ser su propietario Roberto Balfour, servil hechura de Bothwell, es lo cierto

que, no obstante lo mezquino y derruído de la tal casa, ella fué la escogida por aquél para albergue del desdichado Enrique Darnley.

Preparóse con gran lujo en la planta baja un cuarto para la Reina, y justamente encima de éste, se dispuso con igual magnificencia, en el piso alto la cámara de Darnley. Sus tres criados, Guillermo Taylor, Tomás Nelson y Eduardo Simons debían alojarse en una galería próxima, destinada también á tocador y guardarropa: particularidades estas que conviene tenga presentes el lector, para comprender bien la horrenda y misteriosa intriga que en aquellos mismos lugares había de desarrollarse.

La Reina y Darnley salieron juntos de Glasgow, viajando en litera y á cortas jornadas, por no sufrir otra cosa la debilidad del enfermo. Salióles al encuentro Bothwell hasta la mitad del camino, y el 31 de Enero llegó y se instaló Darnley en la casa del Prebendado.

Desde entonces, todo pareció recobrar en la corte de Escocia el aspecto mismo que tenía antes de la muerte de Riccio. La Reina visitaba á Darnley diariamente, dábale siempre pruebas de interés y afecto, y por dos veces, en muy corto intervalo, pasó la noche en la casa del Prebendado. Bothwell por su parte, acompañaba y servía á la Reina con su respetuosa galante-

ría de siempre, y trataba á Darnley con todos los miramientos debidos á su rango soberano.

Así pasaron los siete primeros días del mes de Febrero; mas al octavo, que fué sábado, llegaron por la noche al palacio de Holyrood dos de aquellos bandidos asalariados que llamaban entonces *Jacks*, por el coleto forrado de hierro que usaban á guisa de armadura. Traían un cofre enorme para el Conde de Bothwell, y lo dejaron depositado con el mayor secreto en las habitaciones bajas que ocupaba éste en el palacio.

Al día siguiente, domingo 9 de Febrero, vino la Reina por la tarde á visitar á Darnley, con ánimo de volverse á Holyrood entrada ya la noche. Casábase aquel día su doncella primera Margarita Carwood, y habíala prometido presentarse un momento en la fiesta con que celebraban la boda. Acompañaban á la Reina aquella tarde Lady Reres, el Conde de Bothwell y otros varios cortesanos, y todos ellos conversaron alegremente con Darnley hasta las once de la noche.

Mientras tanto, tres hombres salían con el mayor sigilo de las habitaciones de Bothwell en Holyrood, cargados con sacos muy pesados. Atravesaron clandestinamente el jardín de la Reina, y tomaron el camino de Kirk of Field,

hasta llegar al convento de los Frailes Negros. Ocultos en aquellas ruinas hallábanse otros tres hombres esperando: cargáronse éstos los sacos, y mientras los primeros volvían apresurados á Edimburgo, dirigiéronse ellos con su misteriosa carga á la casa del Prebendado.

Abrióles el francés Nicolás Hubert, llamado ordinariamente París, por ser nacido en la capital de Francia. Era aquel hombre un espía de Bothwell, colocado por este mismo al servicio de María Estuardo. Condújoles el espía con las mayores precauciones á la cámara de la Reina, cuyas llaves, falsas ó verdaderas, tenía en la mano, y allí les dejó encerrados con su carga.

Á las once despidióse la Reina de Darnley, y precedida de pajes y lacayos que alumbraban con antorchas, y rodeada de su comitiva, tomó el camino de Holyrood con grande paz y sosiego. Quedó entonces la casa del Prebendado sumida en el más tranquilo silencio, y desde este momento, nadie ha sabido nunca á punto fijo lo que sucedió dentro de aquellos muros tenebrosos.

Una mujer de las cercanías declaró más tarde, que á las altas horas de la noche, entre una y dos de la madrugada, había oído una voz temerosa que clamaba desde la casa del Prebendado:

—¡Auxilio, hermanos, auxilio!... ¡Auxilio por amor de Dios, que tuvo misericordia de todo el mundo!...

Todo quedó en silencio después de estas voces lastimeras; pero una hora más tarde, un estampido horrendo más fuerte que los disparos de millares de cañones juntos, rompió el silencio de la noche, y un resplandor vivísimo desgarró por un momento sus tinieblas, alcanzándose á ver á su reflejo hasta las jarcias y aparejos de los barcos anclados en el puerto. Volvió á reinar el silencio instantáneamente; pero era ya un silencio de muerte. La casa del Prebendado había volado por los aires, sepultando entre sus escombros cuanto sus muros encerraban.

Aquella detonación formidable sembró la alarma y el pavor en Edimburgo, y el Lord Prevoste acudió aterrado con sus guardas, seguido de mucha gente. Nadie osó, sin embargo, acercarse á las ruinas hasta despuntar el alba; mas á su débil claridad encontraron los más osados entre los escombros á Tomás Nelson, vivo todavía, y más lejos, en un jardín vecino, descubrieron el cadáver de Darnley tendido bajo un árbol: á sus pies, y tocándole casi, se hallaba el de su paje William Taylor, pobre niño de dieciocho años. Darnley hallábase en camisa, medio envuelto en su capa de ricas pie-

les: Taylor, á medio vestir también, tenía á su lado una espada desnuda.

En este momento llegó Bothwell con grande apresuramiento, dando alborotadas muestras de indignación, de horror y de lástima. Abrióse calle entre la muchedumbre, y mandó rodear de guardias los cadáveres y transportarlos á una casa vecina, á fin, sin duda, de que nadie los examinase. Era ya tarde, sin embargo, y todos observaron que no había en ninguno de los cadáveres las quemaduras y golpes que suponen siempre en una explosión el fogonazo y la caída, y que solo se observaban en sus cuellos y en sus rostros las señales inequívocas de haber sido estrangulados.

Esto fué lo que apareció á los ojos de todos, en la superficie de aquel abismo de iniquidad, cuyo negro fondo nadie ha sondeado todavía con verdadera certeza. He aquí ahora lo que resulta de los procesos entablados, y de las prudentes conjeturas que pueden hacerse, sobre documentos de la época, tan claros y explícitos como el despacho del Nuncio del Papa á Cosme I, sacado por el Príncipe de Labanoff de los archivos de Médicis.

El día 8 de Febrero, por la noche, dos foragidos de la banda de Jacks asalariada por Bothwell, llegaron á Holyrood preguntando por su

amo. Llamábanse Hepburn de Bolton y Hay de Tallo, y traían de Dunbar un gran cofre lleno de pólvora, que colocaron secreta y cuidadosamente en las habitaciones ocupadas por el Conde en el palacio.

Al otro día, que fué el del asesinato, Wilson sastre de Bothwell, Powrie su portero, y Dalgleish su ayuda de cámara, dividieron en tres grandes porciones aquella enorme cantidad de pólvora, y entre nueve y diez de la noche la condujeron clandestinamente en sacos y á hombros, á las ruinas del convento de los Frailes Negros.

Ocultos entre las ruinas esperaban los dos Jacks, Hepburn y Hay de Tallo y el Laird de Orminston, tan vendido á Bothwell y tan feroz como sus compañeros, aunque de noble linaje. Tomaron éstos á su cargo la pólvora, y mientras Wilson, Powrie y Dalgleish regresaban presurosos á Edimburgo, ellos la condujeron á hombros á la casa del Prebendado. Abrióles allí el espía París, con unas llaves falsas, la cámara de la Reina, y en ella extendieron los tres bandidos toda la pólvora en grandes montones, dispuestos artificiosamente debajo del lecho que ocupaba Darnley en el primer piso. París y el Laird de Orminston volvieron entonces á Edimburgo: Hepburn y Hay de Tallo quedaron

escondidos en la cámara de la Reina, disponiendo una larga mecha que habían de sacar al jardín por una de las ventanas.

Mientras tanto, Bothwell acompañaba á la Reina en la fiesta de Holyrood, y charlaba y bromeaba allí con su gracia y gallardía de siempre. Á las doce bajó apresuradamente á sus habitaciones: quitóse con grande prisa su rico vestido de terciopelo negro bordado de plata y acuchillado de raso, y pidió á su ayuda de cámara Dalgleish, como éste mismo declaró más tarde, un traje de color oscuro y tela ordinaria, un capote de montar y un sombrero de anchas y caídas alas.

Así dispuesto y seguido de Dalgleish, París, Wilson y Powrie, bajó sigilosamente por una escalera de caracol que daba al jardín de la Reina, é intentó salir por la puerta del Sur de palacio, por parecerle ésta la más solitaria y abandonada en aquella hora. Esto mismo llamó, sin embargo, la atención del centinela, y no bien se acercó la sospechosa caravana, dióles un enérgico y sonoro

—¿Quién vive?

Empujó Bothwell á Powrie por delante para que él respondiese, y así lo hizo éste gritando:

—¡Amigos!...

—¿Amigos de quién?—replicó el centinela.

Y á otra señal de Bothwell contestó Powrie:

—Amigos de Milord Bothwell.

Franqueáronle á este nombre temido el postigo, y entonces cruzaron rápidamente la Canongate, para buscar la puerta de Neither-bow, por donde les era forzosa la salida. Mas también esta puerta se hallaba cerrada, y tocóle esta vez á Wilson, por orden de Bothwell, llevar la palabra. Gritó pués el fementido sastre al centinela, con altanería digna de su amo, que abriese la puerta á *los amigos de Milord Bothwell;* y así lo hizo al cabo un soldado viejo llamado Juan Galloway, refunfuñando y preguntándoles con extrañeza qué demonios les hacía andar fuera de la cama á semejantes horas de la noche.

Una vez franqueada esta puerta, ya no encontraron dificultad alguna hasta llegar al convento de los Frailes Negros. Dejó allí Bothwell á Wilson, Powrie y Dalgleish, y adelantóse él, solo con París, hasta el jardinillo del Prebendado, donde le esperaban ya los dos bandidos Hepburn y Hay de Tallo.

Corta fué la conferencia que celebraron: á las pocas palabras cruzadas, París entregó á Hepburn un manojo de llaves falsas, y los dos Jacks entraron cautelosamente en la casa y se dirigieron á paso de lobo á la cámara de Darnley.

No dormía éste, desvelado por ruidos que

oyera ó recelos que tuviese, y al entrar los sicarios en la casa, despertó á su paje Taylor, que descansaba en una cama de campaña á los pies de su lecho. El paje encendió una lámpara, y ambos quedaron ansiosos, con el oído alerta; mas cuando oyeron pasos cautelosos en la antecámara, y sintieron que una llave distinta de la que ellos tenían por dentro, intentaba abrir la puerta por fuera, comprendieron al fin el riesgo en que se hallaban.

Darnley se echó fuera de la cama, y envuelto en su capa de pieles y con la espada en la mano trató de huír por la puertecilla del tocador situado en la galería: el paje, á medio vestir también, alumbraba con su lámpara... Y entonces debió ser cuando desde las ventanas del tocador dieron voces pidiendo auxilio, y entonces también cuando los dos asesinos, bien solos, bien ayudados por París y el mismo Bothwell se arrojaron sobre las infelices víctimas, y las hicieron callar estrangulándolas.

Cegados después, sin duda alguna, por el aturdimiento que acompaña siempre al crimen, llevaron los cadáveres á un jardín vecino para simular que los había arrojado allí la explosión que iba á seguirse, sin comprender en su azoramiento que estas mismas precauciones habían de hacer más patente el delito.

Una vez consumado el crimen, prendió Hepburn fuego á la mecha y todos corrieron al convento de los Frailes Negros para esperar la explosión en lugar seguro. Pasó un largo cuarto de hora de angustias y zozobras, sin que ésta resonase, y es tradición, aunque ninguno de los testigos lo declarara entonces, que Bothwell mismo, devorado por la impaciencia, se adelantó otra vez hasta la casa del Prebendado, arrastrándose sobre el vientre, para cerciorarse de que la mecha no se había apagado.

Estalló al fin la detonación horrible, y los asesinos huyeron hacia Edimburgo en tropel y á toda carrera, como si les persiguiese el crimen, y el espanto les aguijoneara.

Intentaron escalar una brecha del baluarte para evitar el paso de las puertas; pero impidióle á Bothwell semejante esfuerzo una herida reciente que tenía en el brazo, y fuéles forzoso volver hasta la puerta de Neither-bow, y sufrir de nuevo los regaños y extrañezas del soldado Juan Galloway, que no sin gran dificultad consintió en abrirles, alarmado ya por la explosión reciente que acababa de oírse. Una vez en Holyrood, Bothwell respiró libremente; pidió de beber y se metió en la cama.

Media hora después, llamaban á su cuarto con tal violencia, que amenazaban echar la

puerta abajo. Era Jorge Hacket, ugier de palacio, tan descompuesto y trastornado, que apenas podía hacer uso de la lengua. Incorporóse Bothwell en su lecho y preguntóle con la mayor sangre fría, qué podía ocurrir tan grave, que fuese motivo de tanta urgencia.

—¡Que han volado la casa del Rey, y ha perecido entre los escombros!—contestó Hacket más bien que con palabras, con gritos y con gestos.

Saltó Bothwell de la cama y echó mano á la espada que cerca tenía, gritando:

—*¡Fy!... ¡Trahison!* y comenzó á vestirse apresuradamente.

Entró en esto el Conde de Huntly, igualmente aterrado, y ambos magnates subieron presurosos á ofrecer sus servicios á la Reina.

X

SIGUIÉRONSE á esta catástrofe tan hondas alteraciones en Escocia, murmuráronse y aun proclamáronse en alta voz tan graves afirmaciones, y hubo tan extrañas y absurdas inconsecuencias en la conducta de los más grandes personajes, y aun de la misma María, que la verdad naufragó entonces en el cenagoso mar de la intriga, el disimulo y la calumnia, y nadie hasta el día de hoy puede vanagloriarse de haberla sacado á flote en toda su pureza.

Dos opiniones distintas corrieron entonces sobre el tenebroso crimen, y han llegado hasta nosotros á través de los siglos, apoyada una por los herejes enemigos de María, y sostenida

otra por los amigos y defensores de la desdichada Reina.

Acusaban los primeros á Bothwell del asesinato de Darnley, mas suponíanlo hecho con la complicidad ó á lo menos el consentimiento tácito de María. La indudable pasión de la Reina por este hombre funesto, y el extraño apresuramiento con que concertaron y verificaron su desdichado matrimonio, servíanles de apoyo para tan infame propaganda.

Los segundos, por su parte, achacaban igualmente la ejecución material del crimen al Conde de Bothwell; mas la concepción del plan y su impulso y desarrollo atribuíanlo, con harta razón á nuestro juicio, á la ambición desmesurada y á la astucia infernal del bastardo Conde de Murray, apoyado por el partido presbiteriano.

Murray, envidioso de su hermana, como lo es siempre el bastardo del hijo legítimo, acechaba la ocasión de arrancar á María la corona de Escocia, apoyado por los herejes, cuyo ídolo era. Por eso, explotando la audacia criminal de Bothwell y el apasionamiento de María, tendióles un lazo en que cayeron ambos, uno á uno, cegados por el amor y la ambición, sus respectivas y peligrosas pasiones.

Murray desde la sombra, y el Conde de Morton y los antiguos Lores rebeldes y herejes,

ostensiblemente, persuadieron á Bothwell de que una vez cometido el crimen, ellos apoyarían su matrimonio con la Reina.

Su plan secreto era sin embargo, denunciar al pueblo á Bothwell como asesino del Rey, hacer pasar á la Reina por su cómplice, y aprovechando la vergüenza y el oprobio que necesariamente habían de caer sobre ésta, encerrarla en una prisión y desposeerla de la corona.

Los acontecimientos que se sucedieron y que brevemente referiremos, prueban paso á paso la verdad de este pérfido plan, que por desgracia vino á coronar el más completo de los éxitos.

Á los dos días de la muerte de Darnley (12 de Febrero), publicó la Reina un edicto ofreciendo dos mil libras de Escocia á cualquiera que denunciase al asesino, ó diera algunas luces sobre el misterioso regicidio.

Fijóse este edicto á la puerta de la cárcel de Edimburgo, que llamaban la Tolbooth, y al día siguiente apareció pegado junto al edicto un pasquín, en que se acusaba al Conde de Bothwell del asesinato, y se denunciaban como cómplices suyos á James Balfour y á un tal David Chamberz, paniaguado de Bothwell.

Otros diversos pasquines fueron apareciendo en los sitios más públicos de Edimburgo, y ya se denunciaban en ellos junto á Bothwell y á

sus secuaces, á los más fieles servidores católicos de la Reina.

Aquellas pérfidas insinuaciones fueron poco á poco concretándose, y á los pocos días aparecieron en el mercado público dos nuevos pasquines. Leíanse en uno las iniciales de la Reina bajo una mano que sostenía una espada, y en el otro las del Conde de Bothwell, bajo otra mano empuñando una maza, que se supuso desde luego ser el instrumento del crimen.

Al mismo tiempo comenzaron á oírse á deshora y en lo más callado de la noche, voces misteriosas que parecían salir de la famosa Cruz de Edimburgo, y acusaban del crimen á Bothwell y de complicidad á María.

Los ministros presbiterianos, fieles á su consigna y actores principales en aquella inicua farsa, atribuían desde el púlpito, con fanática vehemencia, las denuncias anónimas de los pasquines á la voz del pueblo que nunca yerra; y las voces misteriosas de la Cruz de Edimburgo, á la voz de Dios que milagrosamente denunciaba á los culpables, para que los fieles de la nueva Iglesia hiciesen justicia y tomasen venganza.

La agitación fué extrema en Edimburgo, y se extendió por todos los confines de Escocia. Mas una vez preparado este terreno, preciso fué obrar de otra manera, si había de caer la Reina

en el lazo del matrimonio, como había caído ya Bothwell en el del asesinato.

El 12 de Abril fué pués citado Bothwell á instancias del Conde de Lennox, padre de Darnley, ante un tribunal encargado de examinar su conducta. Presidía este tribunal el Conde de Argyle, como justicia mayor del reino por derecho hereditario, y formaban el jurado los mismos Lores comprometidos con Murray y con Morton.

Este mismo y el falaz secretario Maithland, eternos cómplices del bastardo, acompañaron á Bothwell al tribunal, que se había constituído en la Tolbooth misma. Iban á caballo, Morton á la derecha, Maithland á la izquierda, como si acompañasen á un triunfador y no á un pérfido asesino.

Bothwell sostuvo su arrogancia ante el tribunal, y aquel jurado de cómplices reconoció y proclamó unánime la absoluta inocencia del asesino de Darnley. Al día siguiente los tres Estados de Escocia ratificaron en el Parlamento la absolución de Bothwell, y no satisfecha aún la audacia inverosímil de este hombre, envió un cartel de desafío á las ciudades del reino, citando en palenque cerrado á todo hidalgo de buena sangre que osara acusarle de haber tenido parte en el asesinato de Darnley.

Al otro día de la clausura del Parlamento, que fué 19 de Abril, se adelantó un paso más en aquel camino de iniquidades. Bothwell dió un gran banquete en la taberna de Anslay, famosa en aquel tiempo, á todos los Lores escoceses que se hallaban en Edimburgo, y allí, entre las botellas vacías y las copas llenas, exigióles el cumplimiento de su promesa de apoyar su matrimonio con la Reina.

No deseaban ellos otra cosa, y todos, con el Conde de Morton á la cabeza, tuvieron la infame doblez de acceder á su ruego, firmando allí mismo un *bond* en que declaraban hallarse convencidos de la inocencia de Bothwell, se comprometían á defenderle contra los calumniadores, y recomendaban á la Reina aquel *noble y poderoso Lord* como el marido más conveniente.

«Este acta, dice el protestante Róbertson, que rebaja y desdora el carácter escocés más que ningún otro acontecimiento de aquel siglo, contenía una declaración formal de la inocencia de Bothwell y el testimonio más auténtico del reconocimiento que le era debido por sus servicios prestados al reino. En el caso de que volvieran á acusarle del asesinato del Rey, se comprometían todos los firmantes á reunirse para su defensa y á exponer sus vidas y fortunas por su causa. Recomendábanle también á la Reina

como el hombre más digno de su preferencia, y añadía que si ella se determinaba á honrarle con su mano, ellos se encargarían de sostener esta elección y juntarían todas sus fuerzas á las de Bothwell, para oponerse á cualquiera que intentase poner obstáculos.»

El lazo estaba tendido, y la ceguera de su pasión hizo á la desdichada María caer en él prisionera. Bothwell, confiado en el amor de la Reina, presentóla este acta y la propuso el funesto casamiento. Mas la Reina, ya fuese que la asaltasen nuevos escrúpulos, ya que la fecha de su viudez le pareciese en realidad demasiado reciente, supo todavía dominar su pasión y dió largas al asunto.

Entonces el impaciente Lord organizó y cometió el último y más audaz de todos sus atentados. Y fué el caso, que el lunes 21 de Abril marchó la Reina al castillo de Stirling, para visitar á su hijo el Príncipe real, que bajo la tutela del Conde de Mar, tenía allí su residencia.

Volvió la Reina á Edimburgo el día 24, y á seis millas de la ciudad, en el sitio que llaman Almont-Bridge, apareció de repente el Conde de Bothwell á la cabeza de ochocientos jinetes, envolvió y desarmó á la escasa escolta de la Reina, y tomando por la brida el caballo de ésta, la condujo al castillo de Dunbar prisionera.

Diez días permaneció allí la Reina en poder de Bothwell, hasta que el 3 de Mayo la condujo él mismo á Edimburgo, con todos los miramientos debidos á su rango. Al llegar á la ciudad arrojaron los soldados de Bothwell las lanzas al suelo, como para demostrar que la Reina venía libre, y echando pie á tierra el Conde, descubierto y desarmado, tomó respetuosamente la brida del caballo de María, y la condujo ante el vecindario estupefacto, no al palacio de Holyrood, sino al castillo de Edimburgo.

Desde allí declaró la Reina el 12 de Mayo á la magistratura y á la nobleza, expresamente convocadas, que era libre, que perdonaba á Bothwell la ofensa recibida, en gracia de sus servicios pasados, y que se proponía concederle las más altas dignidades, como hizo en efecto aquel mismo día, nombrándole Duque de Orkney y de Shetland, y colocando ella misma la corona ducal en su cabeza.

Murray y los presbiterianos triunfaban por completo. Al día siguiente, 13 de Mayo, Bothwell lograba sus afanes y María Estuardo se perdía para siempre, contrayendo en el palacio de Holyrood, á las cuatro de la madrugada, aquel funesto matrimonio que resulta para nosotros el único punto dudoso de su historia.

¿Qué había pasado en Dunbar? ¿Ignoró siem-

pre María la culpabilidad de Bothwell? ¿Triunfó acaso su corazón de su conciencia, ó fué atropellada la debilidad de la mujer por la brutal audacia de Bothwell en aquellos diez días de cautiverio?...

Á tales preguntas, que podrán acaso envolver una flaqueza, mas nunca un crimen, contesta el odio de los herejes con insultos y calumnias; mas la caridad de los católicos debe, por el contrario, detenerse respetuosa y conmovida ante la enlutada figura de la noble Reina, levantada sobre el pedestal de sus horrendos infortunios, cubriendo con un paño fúnebre manchado de sangre este episodio de su vida, é imponiendo con un dedo sobre los labios á la posteridad, silencio!...

Cuando faltan las pruebas y solo existe una duda, es noble y digno y casi siempre justo, tener en cuenta aquellas palabras de Silvio Pellico: «La crítica debe ser ilustrada, pero no cruel con nuestros antepasados; no calumniadora ni falta de respeto para aquellos que no pueden levantarse de sus sepulcros y decirnos: *Esta fué, ingratos nietos, la razón de nuestra conducta.*»

XI

SUCEDIÓ todo esto en el breve espacio de tres meses, y cinco días antes del matrimonio de Bothwell, el 8 de Mayo, ya habían arrojado la máscara Morton y los Lores presbiterianos, y proseguían, dirigidos y de acuerdo siempre con el bastardo Murray, su obra de traición y alevosía.

Los ilustres jurados que proclamaron unánimes en la Tolbooth de Edimburgo la inocencia de Bothwell; los nobles comensales de la taberna de Anslay que habían prometido bajo su firma defender á éste con vidas y haciendas, si alguien osaba acusarle del asesinato del Rey; los fieles súbditos que le recomendaban á la Reina como el marido más digno que podía

escoger entre los nobles de Escocia, estos mismos, y tan solo quince días después, se reunían en Stirling y formaban una liga, que se llamó de los *Lores confederados,* para libertar á la Reina de manos de Bothwell (!), para velar más de cerca por la seguridad del Príncipe real (!!), y para perseguir y castigar á Bothwell y á sus cómplices en el asesinato del Rey (!!!).

Y esto lo decían y lo firmaban, Argyle, que había presidido el tribunal de la Tolbooth; Morton y Maithland, que habían acompañado y autorizado á Bothwell por las calles de Edimburgo; Lindsay, Ruthwen, el Laird de Grange y toda la caterva de ilustres bandidos que en la taberna de Anslay habían encontrado á Bothwell digno de la mano de María y de la gratitud del reino. ¡Jamás obró la alevosía con mayor cinismo, ni rebajó tanto la desnuda traición los cobardes ropajes de la hipocresía!

Mientras tanto los ministros presbiterianos proseguían excitando desde el púlpito á la rebelión con enconado fanatismo, y acusando á la Reina con frases y figuras harto transparentes, de complicidad en el asesinato de Darnley, de haber contraído con Bothwell un matrimonio sacrílego, y de pretender entregar á éste el Príncipe real, su hijo, como ya le había entregado antes su esposo.

Alarmada la Reina con estos amagos de horrible tormenta, retiróse con Bothwell al fuerte castillo de Borthwich, á diez millas de Edimburgo, y desde allí, con el pretexto de perseguir á los *borderers,* que infestaban toda la provincia, proclamó una leva feudal, dispuesta á concluír de una vez con traidores y rebeldes.

Aprovecharon los Lores confederados esta ocasión para levantar abiertamente el pendón de su rebeldía. Negáronse pués á suministrar la gente de guerra que la Reina pedía, y reuniendo ellos por su parte en Stirling hasta dos mil caballos, marcharon sobre Borthwich, dispuestos á apoderarse de Bothwell y de la Reina por un atrevido golpe de mano.

Adelantóse Lord Hume, con ochocientos hombres, el 10 de Junio, á la caída de la tarde, y tan rápida y callada fué su arremetida, que hubiera conseguido su intento, á no lograr Bothwell escaparse disfrazado de ministro presbiteriano, y si la Reina misma no le hubiera seguido atropelladamente, á caballo y vestida de hombre. Encontráronse ambos á las diez de la noche, en mitad del camino, y siguieron juntos á Dunbar, adonde llegaron á las tres de la madrugada.

Frustrada esta intentona, tomaron los Lores confederados el camino de Edimburgo, reclu-

tando siempre gente por el camino, y entraron en la capital el día 11, al frente de más de tres mil hombres. El pueblo de Edimburgo, preparado para la sedición por los ministros presbiterianos, acogió calurosamente á los rebeldes, y éstos publicaron á las dos horas de su entrada en la ciudad, la siguiente proclama, en que la audacia y la hipocresía marchan de común acuerdo:

«Hallándose cautiva la Majestad de la Reina, y no habiendo nadie capaz de gobernar el reino y de castigar el asesinato del Rey, Nós, los señores de la nobleza y del Consejo, mandamos á todos los súbditos y muy en particular á los ciudadanos de Edimburgo, que ayuden á Nós los señores de la nobleza y del Consejo á libertar á la Reina, á guardar al Príncipe y á castigar á los asesinos del Rey. Mandamos también á los Lores del tribunal y á todos los demás jueces, que hagan justicia según las leyes del reino, y cualesquiera que sean los trastornos que se levanten durante el tiempo de esta empresa. Todos los que contravengan á estas órdenes, serán reputados fautores del dicho asesinato, y serán castigados como traidores.»

Aquella noche llegaron los Condes de Athol y de Lethington con sus gentes de refuerzo, y al día siguiente dióse la orden muy de mañana,

de estar dispuestos en el término de tres horas, para marchar contra el Conde de Bothwell. «El cual, decían los rebeldes en una nueva proclama, después de haber asesinado al Rey, de haberse apoderado de la Reina y contraído con ella un matrimonio deshonesto, reúne ahora fuerzas para apoderarse del Príncipe real y asesinarle.»

La Reina, mientras tanto, había declarado traidores desde Dunbar á los Lores confederados, y al frente de dos mil quinientos hombres que pudo reunir bajo su bandera, salió con grandes ánimos, el sábado 14 de Junio, en busca de los rebeldes. Marchaba delante el estandarte de Escocia, y detrás venía ella, á caballo y bien armada, al frente de su reducido ejército. Llegó en la primera jornada hasta Preston, y acampó á la segunda en los cerros de Carberry-Hill, á seis millas hacia el Este de Edimburgo.

Los rebeldes, por su parte, salieron de la capital el domingo entre dos y tres de la madrugada, y acamparon en las alturas de Musselbourg, á media legua escasa de las tropas de la Reina. Traían éstos, en vez de la bandera con el león de Escocia, un horrible estandarte regalado por los Lores, que había conmovido al pueblo de Edimburgo, y exaltado hasta el extremo el fanatismo de la soldadesca. Sobre un paño oscuro,

veíase pintado el asesinato de Darnley. Yacía éste al pie de un árbol, y arrodillada á su lado estaba la figura de su hijo el Príncipe real, con este versículo de los salmos en torno: *¡Juzga, oh Dios, y venga mi causa!*

XII

VISTÁRONSE los dos ejércitos muy de mañana, y ambos eran sobre poco más ó menos iguales en número y armamento. Separábales un crecido arroyuelo, y las posiciones de uno y otro resultaban igualmente ventajosas. Prontos ya á venir á las manos, apareció de repente el Embajador francés Du Croc, con intento de mediar entre ambos partidos en nombre de su Rey Carlos IX. El mismo Embajador Du Croc ha conservado todos los pormenores de esta escena, en sus cartas al Rey de Francia y á la Reina madre Catalina de Médicis.

Dirigióse primero al campo de los rebeldes, é hízoles proposiciones de paz y arreglos con la Reina. Morton y Glencairn dieron la cara en

nombre de todos, y contestaron con arrogante hipocresía, que dispuestos estaban á reconocer y á servir á la Reina, y á prestarla obediencia, con tal que apartase ella de sí *al criminal que tenía á su lado.* Añadieron también, que si Bothwell quería adelantarse entre los dos ejércitos y combatir solo con cualquiera de ellos, no faltarían entre sus filas uno, dos, cuatro, diez, doce, que le sostuvieran cara á cara y con las armas en la mano, que él había sido el asesino del difunto Rey.

Mostró Du Croc repugnancia á trasmitir esta embajada, que como sabían muy bien los astutos rebeldes, había seguramente de rechazar la Reina. Mas Morton, el falaz traidor que había encubierto y protegido á Bothwell hasta quince días antes, contestó con cinismo inconcebible, que ninguna otra cosa tenían que hacer ni decir, y que todos preferirían ser sepultados vivos, á dejar oculta la verdad sobre la muerte del Rey.

Marchó entonces Du Croc muy descorazonado al campo de la Reina, escoltado por los rebeldes hasta las primeras avanzadas. Reinaba allí grande ansiedad, y los soldados iban y venían de un lado á otro sin orden ni disciplina. Du Croc encontró á María sentada en un montecillo, muy animada y resuelta. Rodeóles al

punto la soldadesca con grande falta de respeto, ansiosa de saber lo que resolvían y aun lo que hablaban.

Du Croc besó la mano á la Reina, y hablóla también de paz y de perdón para aquellos hombres extraviados, que aunque en frente de ella, se proclamaban todavía sus súbditos y servidores. Levantóse vivamente la Reina al oír esto, é interrumpió á Du Croc con grande cólera y verdad irrebatible:

—¡Mal lo demuestran, Embajador!... ¡Mal lo demuestran obrando en contra de lo que firmaron, y acusando hoy al que justificaban ayer, y con el cual ellos mismos nos han casado!...

Hizo entonces ademán de volver la espalda; mas deteniéndose por deferencia al Embajador, más bien que por alguna otra cosa, añadió menos agriamente, que si los Lores cumplían con su deber y la pedían perdón, pronta estaba ella á abrirles los brazos. Llegó en esto Bothwell muy alterado, y preguntó á Du Croc en alta voz y para que los soldados le oyesen:

—¿Creéis vos entonces que la rebelión es contra mi persona?...

—Acaban de decirme—respondió Du Croc también en voz alta—que ellos son siempre fieles súbditos de la Reina. Y añadió en voz baja; y vuestros enemigos mortales.

—¿Pues qué les he hecho yo?—gritó Bothwell como si hablase, más bien que con Du Croc, con los soldados.—Jamás les he causado el más leve daño... Siempre les he consultado en todo... Creed, Embajador, que les mueve contra mí la envidia que tienen de mi grandeza... ¡Como si todos no fueran dueños de aceptar la fortuna cuando se les presenta!... ¡Ni uno solo hay entre ellos que no quisiera verse en mi lugar!...

Propuso entonces Bothwell, para evitar la efusión de sangre, combatir él solo entre los dos ejércitos con cualquiera de los rebeldes que aceptase el reto, con tal que fuese su igual en sangre. Mas la Reina medió entonces en la discusión, y se opuso abiertamente á este singular combate.

Mientras tanto, los rebeldes habían pasado calladamente el arroyo que les separaba del ejército real, y se hallaban ya al alcance de la voz, prontos á caer sobre el campo enemigo. Bothwell dejó entonces con grande prisa á Du Croc para ponerse al frente de los suyos, y éste volvió otra vez á los rebeldes para hacer la última tentativa, ofreciendo á Morton y á Glencairn el perdón de la Reina si deponían las armas y volvían á su obediencia.

—Nosotros—contestó Glencairn con altane-

ría—no hemos venido á solicitar el perdón de nadie, sino á concederlo á los que han hecho la ofensa.

Y el desleal Morton añadió:

—Nosotros no hemos tomado las armas contra la Reina, sino contra el Conde de Bothwell, asesino de su esposo... Que nos le entregue su Majestad ó que le aleje de su presencia, y entonces la obedeceremos.

Dicho esto, pusiéronse ambos los cascos para impedir nueva plática, y los soldados echaron pie á tierra y dejaron los caballos á un lado para avanzar y combatir según el uso de los escoceses.

Levantáronse entonces grandes murmullos en las tropas reales, y voces muy claras pidieron que se buscase un medio de evitar la batalla. Sorprendióse Bothwell, turbóse la Reina, y las voces y los murmullos redoblaron pidiendo ya distintamente que combatiese solo Bothwell con un campeón de los rebeldes. Aceptó éste sin titubear un punto, y la Reina cedió á la fuerza, viendo las vacilaciones de sus tropas. Enviáronse emisarios, y el Laird de Tullibardín aceptó el reto en nombre de los Lores. Rechazóle sin embargo la Reina por no considerarle al igual de Bothwell, y este mismo designó entonces al Conde de Morton.

Mas Morton, ya fuese desconfianza de sus propias fuerzas, ya cobardía, ya miedo de comprometer, en caso de desgracia, los planes de Murray, que él solo conocía, declinó tan peligroso honor en Lord Lindsay, el jayán más fornido y brutal que empuñaba lanza en las montañas de Escocia. Hizo, sin embargo, Morton este trueque con su habilidosa hipocresía, ofreciendo á Lindsay la famosa espada de su antepasado Arquibaldo Douglás, llamada en las crónicas *Bell-the-cat* (el cascabel del gato), cuya curiosa historia podrá encontrar el lector en las notas [13].

Era esta espada legendaria uno de aquellos espadones de dos manos, de tan descomunal longitud, que llevándola Lindsay al hombro, tocaba la empuñadora la cimera de su casco y rozaba la punta con sus espuelas. Recibióla Lindsay de manos de Morton, puesto de rodillas delante de todo el ejército, é implorando en alta voz el auxilio divino. «Quiera la misericordia de Dios, dijo, proteger al inocente, y quiera su justicia castigar al infame asesino que derramó la sangre del Rey.»

Hízose, sin embargo, inútil toda esta impía farsa. Durante estas idas y venidas habíanse mezclado los soldados de uno y otro bando, y la deserción comenzó á cundir en las tropas de

la Reina. El Laird de Grange por su parte, aprovechando traidoramente la confusión general, tomó la vuelta del cerro de Carberry con un fuerte destacamento, y cortó de este modo por el lado del Este, la retirada de Bothwell á Dunbar. La desbandada fué entonces general en las tropas de la Reina, y en pocos minutos encontráronse solos ella y su esposo, con unos sesenta nobles y la guardia de arcabuceros.

Vióse entonces la Reina sin recursos para pelear y sin medios para huír, y solo pensó en salvar á Bothwell. Llamó al Laird de Grange, que se hallaba el más cercano, y díjola éste que los Lores la volverían la obediencia, si apartaba de sí á Bothwell y consentía en seguirlos á Edimburgo. María, atenta solo al interés de su esposo, aceptó una y otra cosa, con tal de que los Lores la volvieran la obediencia, y así se lo prometió solemnemente en nombre de todos el Laird de Grange, sabiendo muy bien que ninguno había de cumplirlo.

Entonces tuvo la Reina con Bothwell una última conversación, á la vista de todo el mundo, en el alto de Carberry. Vióseles hablar con mucha agitación y premura, y despedirse después, como dice Du Croc en sus cartas á Carlos IX, con grande angustia y dolor, *avec grande angoisse et doulleur*. Bothwell besó la mano

á la Reina y montó luego á caballo y partió al galope, sin volver el rostro, seguido de diez ó doce hombres. Allí se separaron para siempre aquellos dos desgraciados, un mes después de contraído su funesto matrimonio [14].

La Reina, dominando con admirable energía los brotes de su dolor de mujer y su orgullo de Princesa, volvió lentamente adonde estaba el Laird de Grange, y le repitió de nuevo que se entregaba á él con las condiciones convenidas y aceptadas. Tomó éste entónces por la brida el caballo de la Reina, y la condujo respetuosamente adonde los Lores confederados esperaban. Presentóse á ellos María con todo su noble continente de reina, y con grande majestad les dijo desde lo alto del caballo:

—¡Milores!... No venimos aquí porque hayamos temido por nuestra vida, sino porque aborrecemos ver correr sangre cristiana, y muy sobre todo la de nuestros propios súbditos... Desde hoy queremos guiarnos por vuestros consejos, confiando en que obraréis con el respeto que nos debéis como á vuestra Princesa natural y vuestra Reina.

Apeóse entonces María, los Lores hincaron la rodilla, y el hipócrita Morton dijo interpretando la falsía de todos:

—Este es, Señora, el lugar que cuadra

á V. M.... Aquí estamos todos prontos á defenderos y serviros, tan lealmente como la nobleza de este reino sirvió siempre á vuestros antepasados.

Atravesó la Reina aquella primera línea del ejército, compuesta de nobles y escuderos, y al llegar á la segunda, formada ya por soldados y gente llana, pudo apreciar toda la negra traición de los Lores, y todo lo infame del lazo que la habían tendido. Acogióla primero un murmullo amenazador, que se convirtió luego en espantosa gritería de insultos y amenazas, mientras la soldadesca se oprimía en torno de ella, y le presentaba por delante la horrible bandera que le habían dado los Lores, representando á Darnley asesinado y á su hijo pidiendo venganza. Morton y Grange, por un resto de pudor ó por un colmo de hipocresía, sacaron las espadas para imponer silencio; mas imposible les fué sosegar la tormenta, después de desencadenados los vientos.

La confusión fué horrible por más de una hora, y de tal modo se oprimió la turba en torno de la Reina, que los bajos de su ropa resultaron hechos jirones: la lluvia había convertido en lodo el polvo de sus vestiduras, y los empujones y vaivenes desprendieron del tocado sus largos cabellos, y le caían sueltos por la espalda.

En tan lastimoso estado, y llevando siempre por delante la siniestra bandera, llegó María á Edimburgo á las diez de la noche, no como Reina, sino como cautiva de sus vasallos.

Lleváronla á la casa del Lord Prevoste, y presa allí de un acceso de desesperación, lanzóse á una ventana abierta, medio desnuda, con el pelo tendido y los convulsos brazos en alto, pidiendo con grandes voces á Dios misericordia y auxilio al pueblo de Edimburgo. «Nadie, escribía el testigo de vista Juan Beton á su hermano el Arzobispo de Glasgow, hubiera podido ver aquella desgarradora escena, sin sentirse profundamente conmovido.»

Alarmáronse por esto mismo los Lores, temiendo que compadecido el pueblo intentase algo en favor de María, y trataron de tranquilizarla con nuevas mentiras y protestas. Mas los ministros presbiterianos supieron de tal manera azuzar á la plebe hereje, que toda aquella noche hubo ante la casa del Prevoste gente que vociferaba insultos y amenazas, y aun tuvieron la crueldad á la mañana siguiente, de levantar á la altura de las ventanas de María, la lúgubre bandera, y enseñársela otra vez entre imprecaciones y risotadas.

Asustados ya los Lores, y temiendo llegase su propia obra demasiado lejos, sacaron á la Reina

de casa del Prevoste, y la llevaron al palacio de Holyrood, aquella noche á las ocho, cuando comenzaba á sombrear la oscuridad de la noche. Según la relación del capitán Inchkeith, testigo de vista, iba la Reina con una bata de noche de color oscuro, á pie entre dos hacaneas desmontadas: á izquierda y derecha iban los Condes de Athol y Morton, detrás sus dos fieles damas María Semple y María Seaton, y en torno de la comitiva trescientos arcabuceros.

Faltaba aún coronar la negra obra de traición y alevosía, y la remataron los Lores á la mañana siguiente, reuniéndose en consejo y decretando por su propia autoridad, con pasmo y espanto de la Europa de entonces, que la Reina fuese encerrada en el castillo de Lochleven, bajo la custodia de los Lores Lindsay, Ruthwen y Douglás, sin permitírsela comunicación con persona alguna ni de dentro ni de fuera, como no fuese en presencia de los Lores ó por mandato del Consejo.

Firmaron esta orden Morton, Glencairn, Athol, Mar, Graham, Sanquhar, Symyrle y Ochiltree, y en virtud de ella la desdichada María fué arrancada del palacio de sus padres en la noche del 16 al 17 de Junio, y conducida en una mala hacanea al castillo de Lochleven, entre el brutal Lord Lindsay y el feroz Lord

Ruthwen, hijo de aquel otro Ruthwen, asesino de Riccio.

Lo que faltaba que hacer, solo Murray podía intentarlo y conseguirlo, y no tardó éste en salir de su escondrijo y presentarse en Escocia.

XIII

En nada se reveló tanto el odio de los Lores y la solapada dirección de Murray, como en el hecho cruel y meditado de escoger para prisión de María el castillo de Lochleven.

Levantábase esta sombría fortaleza en el centro del lago de Leven, uno de los más extensos y hermosos de Escocia, sobre una islilla de rocas escarpadas y estériles. Era su fábrica del siglo XIII, y formábala un macizo torreón enclavado en una enorme plaza de armas cuadrada, que flanqueaban á su vez en sus cuatro ángulos, otras tantas torres redondas. Cerraba el horizonte por un lado la dentada cordillera de Ben-Lemond, que escalonándose de montaña

en montaña y de colina en colina, venía á morir á orillas del lago; y extendíase por el otro la dilatada y fértil llanura de Kinross, donde se asienta la blanca aldeílla de este nombre, como una paloma posada en un prado de verdura. Las espesas nieblas que se levantan del lago, aislaban sin embargo el sombrío castillo de aquel paisaje pintoresco, y le envolvían casi de continuo en una atmósfera húmeda y triste.

Mas no era lo sombrío de su prisión, ni lo estrecho de su vigilancia, lo que más podía mortificar el ánimo de la Reina entre los muros de Lochleven. Lo horrible, lo repugnante para la desdichada María estaba, en que la castellana de Lochleven, convertida en carcelera por orden del Consejo intruso, no era otra sino Margarita Erskine, la antigua manceba de Jacobo V, madre del propio Murray.

Walter Scott ha retratado con su maestría de costumbre á esta antigua beldad de la corte de Escocia, convertida ya entonces por los años en vieja Lady presbiteriana, espiando sin cesar á la Reina, vigilando los pasillos y poternas de Lochleven, con su hueco verdugado de terciopelo granate con babera y mangas de Chipre, su monterilla rematando en punta sobre la frente, la Biblia con abrazaderas de plata debajo del brazo, y las llaves del castillo siempre empuña-

das, como si temiese á cada paso ver abrirse las puertas ante la real prisionera.

Después de sus aventuras con Jacobo V, habíase casado Margarita Erskine con William Douglás de Lochleven; pero ni la alta posición en que este ilustre matrimonio la colocaba, ni el amor de los hijos legítimos que de él le nacieron, lograron ahogar en su conciencia el remordimiento de lo pasado, ni extinguir en su corazón el rencoroso encono á María de Lorena, mujer de Jacobo V, y á María Estuardo, hija de ambos. La primera fué siempre para ella la rival preferida que le arrebató su amante: la segunda era la hija legítima de éste, que privaba de todo derecho á su bastardo. Muerta María de Lorena, todo su rencor de rival pospuesta y de madre herida, lo amontonó Lady Douglás sobre la hija inocente María Estuardo, que la traición de los Lores acababa de poner en sus manos.

Otro abismo, aún más hondo, separaba á la Reina de su carcelera de Lochleven. Á los cuarenta años de su edad, había apostatado Lady Douglás de la religión católica, y héchose presbiteriana bajo la dirección de Knox en persona; y el fanatismo del maestro sectario, y la altanería y acritud natural de la discípula apóstata, hicieron bien pronto de ésta una verdadera beata

hereje, cruel é intolerante, incapaz de comprender la indulgente condescendencia de la verdadera virtud, que aun en el caso de condenar, ama siempre y compadece.

Ayudaban á Lady Douglás en la custodia de la Reina, sus dos hijos Guillermo y Jorge. Guillermo, el primogénito, hacía oficios de senescal y maestresala cerca de la Reina, asistiendo á todas sus comidas sin que se cruzase entre ellos una sola palabra. Diariamente entraba en la cámara de la Reina precedido de un mayordomo y seguido de cuatro criados, que traían los manjares en platos cubiertos. Douglás y el mayordomo hacían una profunda reverencia á la Reina, si estaba presente, ó al sitial en que se sentaba en caso contrario, y uno de los criados servía entonces al primero, en una salvilla de plata, sal y pan partido en pequeñas porciones, para que los gustase. El mayordomo trinchaba después lo que los platos contenían, y presentaba un pedazo de cada uno á Douglás, el cual los comía según era uso y costumbre en aquellos tiempos, en que con harta razón podía temer un príncipe ser envenenado á cada instante. En los casos de ausencia de Guillermo, suplíale en estos oficios su hermano Jorge, y cuando ni uno ni otro se hallaban en el castillo, la misma Lady Douglás se tomaba este ceremonioso trabajo.

Vivía también entonces en Lochleven otro Douglás; pero Douglás de rama colateral y pobre, recogido en el castillo más bien que por caridad de sus parientes, por no permitirles su orgullo que vagase por Escocia, sumido en la miseria, alguien que llevase su ilustre apellido. Era éste un pobre niño de catorce años, huérfano de un segundón de la familia, en quien nadie reparaba, y mucho menos la Reina, y á quien todos en el castillo llamaban, lo mismo que le llamaron después los historiadores ingleses y franceses, *Douglitas*. (Le petit Douglás ó *the little* Douglás.)

Servía Douglitas á la castellana de Lochleven de paje de honor, y el tiempo que no le empleaba su honorífico cargo, pasábalo olvidado de todos, ya cazando en la montaña, ya pescando en el lago, ya en una fragua de su propia invención, donde forjaba muy habilidosamente picas y hierros de lanzas. Una sola pasión tenía Douglitas: la de su pariente Jorge Douglás, que le había enseñado á montar á caballo y á manejar las armas, y en quien el pobre niño había reconcentrado todo el tierno cariño que en su gran corazón resultaba vacante.

Habían acompañado á la Reina á Lochleven dos damas de toda su confianza: Lady Fleming, señora de edad ya madura, y la hija del Lord

Seaton, María, su fiel y alegre compañera desde que en su más tierna infancia fueron ambas enviadas de Escocia á la corte de Francia. Entretenía la Reina las largas horas de su cautiverio con estas dos fieles servidoras, ignorando en absoluto lo que pasaba por de fuera, y temiendo siempre que los Lores rebeldes atentasen contra su vida, como habían atentado ya contra su trono.

Y no eran infundados los temores de la prisionera. Los rebeldes se habían apoderado de la autoridad real sin otro derecho que el que se atribuían á sí mismos, y la ejercían desde Edimburgo con el nombre de *Lores del Consejo privado.* Uno de los primeros actos de este gobierno intruso fué pués, decidir de la suerte de la Reina, y aquí se dividieron las opiniones y comenzaron las disidencias. Cuatro partidos distintos se formaron entonces en el seno de la rebelión misma y del Consejo. Limitábanse los primeros y más templados á exigir á la Reina el divorcio de Bothwell y á restablecerla luego en el trono de sus mayores. Los segundos, que capitaneaba Morton, y eran los verdaderos representantes de los planes de Murray, querían hacer abdicar á la Reina en favor de su hijo y desterrarla luego para siempre á Francia ó Inglaterra. Los terceros, más sañudos aún, proponían someterla á

un tribunal que juzgase sus pretendidos crímenes y condenarla á prisión perpetua. Y los últimos, crueles ya hasta el delirio, exigían que después de juzgada la Reina, se la aplicase la pena de muerte.

Apoyaban á estos energúmenos los ministros presbiterianos, con Knox, el jefe de su Iglesia, á la cabeza. Este célebre sectario, fugitivo de Escocia desde el asesinato de Riccio, habíase presentado en Edimburgo no bien supo la prisión de la Reina, y empleado toda su poderosa influencia para hacer aceptar á los Lores del Consejo, como lo logró en efecto, los artículos que aseguraban en Escocia la ruina del catolicismo y el triunfo de los presbiterianos. Eran estos artículos: abolir en todo el reino los últimos restos del catolicismo; restaurar el patrimonio de la Iglesia católica en favor del nuevo clero presbiteriano; conferir á éste las universidades, colegios y escuelas en que había de educarse la juventud; educar al Príncipe real en el protestantismo y hacer jurar en adelante á los reyes, al coronarse, *que mantendrían la verdadera religión profesada en la Iglesia de Escocia, y suprimirían todo lo que le fuese contrario.*

Triunfó al fin el partido de Murray, y el Consejo acordó un plan que no era otra cosa sino el resultado final de las aspiraciones del bas-

tardo. Determinóse enviar á la Reina una comisión de los Lores del Consejo encargada de hacerla firmar tres actas, que á prevención llevaban extendidas y dispuestas. Por la primera abdicaba María la corona en su hijo el Príncipe real. Por la segunda, confería la Regencia del reino durante la minoría del Príncipe á su hermano bastardo el Conde de Murray. Por la tercera, nombraba para gobernar en ausencia de éste, ó para sustituírle en la Regencia en el caso de que Murray no aceptase, al Duque de Châtellerault y á los Condes de Lennox, Argyle, Morton, Athol, Glencairn y Mar.

En el caso de que la Reina se negase á firmar estas actas, los Lores de la comisión debían doblegar su ánimo y aterrarla con la amenaza de que el Consejo estaba decidido á constituír un tribunal, y á condenarla á prisión perpetua y aun á la pena de muerte, por violación de las leyes del reino y por complicidad en el asesinato de Darnley, fundándose en *pruebas escritas por la propia mano de la Reina* [15].

XIV

COMPONÍANSE las habitaciones destinadas á la Reina en Lochleven, de una reducida antecámara, una pieza espaciosa que servía de estrado y de comedor, y otra pieza bastante capaz, que era el dormitorio de la Reina. Á uno y otro lado de éste, había dos habitaciones en que dormían respectivamente María Seaton y Lady Fleming, y de una de ellas partía una escalerilla de caracol, que iba á parar á un jardinillo con algunas estatuas y una fuente, que servía á la prisionera de solaz y esparcimiento. Las ventanas de la alcoba de la Reina, todas con fuertes rejas, daban al lado de la montaña, y las del salón y la antecámara á la llanura de Kinross, hermoso panorama que recreaba la

vista de las reclusas, cuando las nieblas no lo envolvían en sus cenicientas gasas.

Un día, sin que nadie haya podido saber cómo, recibió la Reina de modo misterioso un lacónico billete del Embajador de Inglaterra Trockmorton, advirtiéndola que alguna violencia la preparaban; pero que tuviese S. M. en cuenta, que nada que prometiese ó firmase entre los muros de una prisión y cediendo á la violencia, podía tener fuerza legal ni obligarla ante nadie, una vez su libertad recuperada. Sobresaltó á la Reina grandemente este mensaje misterioso, comprendiendo que algo se tramaba contra ella, y su ansiedad fué de todos los momentos, esperando á cada paso el anunciado suceso.

El 25 de Julio, á los treinta y nueve días de su llegada á Lochleven, y muy pocos después del aviso de Trockmorton, oyó la Reina á media mañana el ronco son de una bocina, que desde la orilla opuesta del lago pedía embarque. Asomóse con sus damas á una ventana del estrado, y vió en efecto, agolpados en el tosco muelle que servía de embarcadero, un grupo numeroso de gente de armas, que en aquel momento enarbolaban un estandarte, saludando al castillo. Parecía capitanearles un hombre de gran estatura, armado por completo, que era el que tocaba

la bocina, y hallábase á su lado otro jinete, al parecer caballero, vestido de terciopelo negro.

Contestaron desde el castillo primero con la bocina y enarbolando luego en la torre el estandarte de los Douglás, y una barca con dos remeros surcó rápidamente las aguas del lago, en busca de los visitantes. Observaba la Reina todas estas maniobras con la inquieta zozobra de quien de todo y á todas horas teme: no alcanzaba sin embargo su vista á distinguir á tamaña distancia ni el blasón del estandarte ni las fisonomías de los viajeros, y mandó á María Seaton que bajase al jardin á enterarse, si podía, de quiénes eran y qué intentos abrigaban.

Volvió á poco María Seaton muy demudada, y dijo á la Reina que los recién llegados eran el Lord Lindsay y Sir Roberto Melvil [16], con su correspondiente escolta, y que dos horas antes había llegado también á Lochleven el Lord Ruthwen, todos en comisión de los Lores del Consejo.

Aterróse la Reina por un momento al oír aquellos nombres Ruthwen y Lindsay, que eran los de sus dos más mortales enemigos, y ya no dudó de que eran ellos los encargados de cometer la violencia que Trockmorton anunciaba. Crecíase sin embargo María en los momentos de peligro, y aquella pobre mujer de veinticua-

tro años, reina sin cetro ni corona, prisionera entre los muros de un castillo, aprestóse no solo á luchar, sino á provocar astutamente á los dos feroces Lores, para hacer más interesante su papel de víctima, y más vergonzoso y más cruel el de ellos de verdugos.

Mandó pués á María Seaton que cerrase por dentro con barras y cerrojos la puerta de la antecámara, que daba á la gran escalera, y que no abriese y aun la dejase echar abajo, hasta que Lady Fleming diese orden de hacerlo. Ella mientras tanto, mujer y mujer hábil aun en medio del peligro, entróse en su cámara para disponer de modo conveniente sus adornos y vestidos.

No esperó mucho María Seaton: resonaron á poco en la escalera pasos de hombres armados; una mano atrevida levantó por fuera el picaporte de la puerta, y como éste no cediese, dieron en ella fuertes y repetidos golpes, gritando al mismo tiempo la bronca voz de Lindsay:

—¡Abrid, los de adentro!

—¿Quién va?—contestó sin inmutarse María Seaton.

—Lord Lindsay, que quiere hablar con Lady María de Escocia.

—Pues si sois Lord Lindsay—replicó María Seaton con tanta ira como entereza—respetad

como noble escocés la puerta de vuestra Reina, y esperad su beneplácito para hablar con ella.

Siguióse á esta respuesta un fuerte altercado de voces y de gritos, en que sobresalía furiosa la áspera voz de Lindsay, seguido de golpes y esfuerzos tan poderosos para abrir la puerta, que crujieron los goznes y cerrojos amenazando saltarse. Duró largo rato este alboroto de gritos y porrazos, hasta que una voz varonil, pero respetuosa y bien templada, gritó dominando el tumulto:

—Quien quiera que seais, decid á S. M. la Reina que yo, Roberto Melvil, su fiel criado, le suplico para bien de todos, que reciba de manos de Lord Lindsay el mensaje que le trae de parte del Consejo.

Nada tuvo que responder la Seaton, porque ya le hacía desde lejos Lady Fleming señas de que abriese; mas todavía la maligna damisela apuró un poco la escasa paciencia de los Lores, descorriendo con grande calma barras y cerrojos. Precipitóse Lord Lindsay al punto en la estancia, con todo el ímpetu de su grosería irritada: cubríale aún el polvo del camino, desluciendo más todavía su deslustrada armadura y la puerca sobreveste de gamuza que le asomaba por debajo, ennegrecida por el roce del hierro, y rota en muchas partes por tajos y estocadas.

Colgábale también á la espalda el enorme espadón *Bell-the-cat*, de Arquibaldo Douglás, que le había dado el Conde de Morton la mañana fatal del encuentro de Carberry. Detrás venían Roberto Melvil y Lord Ruthwen, limpios y aderezados como convenía presentarse ante la persona de la Reina, y en último término apareció Jorge Douglás, que por hallarse ausente su hermano Guillermo, tocábale hacer aquel día los honores del castillo.

Apareció á poco María en la puerta de su alcoba, con tanta gracia y majestad, que la misma grosería de Lindsay se sintió subyugada. Jamás, dice el propio Melvil en sus Memorias, se presentó la Reina en su palacio de Holyrood tan noble y tan digna como en aquella memorable sesión del castillo de Lochleven. Traía un largo vestido de terciopelo negro, de ajustada cotilla y ancho y almidonado cuello de riquísimo encaje, que descubría la garganta y velaba honestamente el seno. Prendíase en su tocado, también negro, un amplio y delicado velo blanco, que envolvía toda su persona en transparentes gasas: pendíale del cuello una cruz de oro de precioso artificio, y de la cintura un rosario de oro con cuentas de ébano. Alhajas estas, dice Melvil, que no llevaba por vanidad de mujer, sino por dar en cara á los presbite-

rianos, y hacer ostentación de sus creencias católicas.

Siguióse un silencio sepulcral á la entrada de la Reina, y solamente ella pareció conservar entre todos los presentes la más completa y digna calma. Sentóse en un sitial, al lado de una mesa que vino á quedar entre ella y los Lores, los cuales permanecieron de pie confusos y silenciosos. Lady Fleming y María Seaton se colocaron detrás del sitial de la Reina, y Jorge Douglás permaneció junto á la puerta, como mero espectador de la imponente escena.

Rompió al fin el silencio la Reina, preguntando á los Lores con enigmática sonrisa, si debía el honor de su visita al deseo de pedirla perdón por su pasada rebeldía. El efecto que se proponía la Reina con esta pregunta, prodújose al momento. Lord Lindsay con su brutal grosería y Lord Ruthwen con su fría y correcta frase, más acerada aún y más sañuda que la de su bestial compañero, se apresuraron á protestar con insolente arrogancia, de que no venían á *pedir perdón, sino á ofrecerlo* á la misma Reina, si consentía en aprobar y firmar los tres documentos, que para la pacificación de los reinos y *bien de la religión reformada, única verdadera,* la enviaban los Lores del Consejo.

Devoró la Reina el ultraje como si no lo hu-

biese entendido, y preguntó con la mayor indiferencia si era la intención del Consejo que firmase aquellos documentos bajo la sola garantía de los Lores presentes, ó si le sería permitido leerlos antes de firmarlos.

—Indudablemente—exclamó Ruthwen creyendo que el temor comenzaba á doblegar el ánimo de la Reina. Y acto seguido comenzó á leer el acta de abdicación en que la Reina, *por su propia y libre voluntad y en prueba del afecto que profesaba á su real hijo, abdicaba en él la corona y le confería todos sus derechos, y le nombraba y acataba por legítimo Rey de Escocia.*

Escuchábale María con la mano en la mejilla y los ojos entornados, como si oyese una lectura interesante de honesto pasatiempo. Al terminar Lord Ruthwen, dijo la Reina señalando con el dedo los otros dos pergaminos que había puesto el Lord sobre la mesa:

—¿Y esos qué dicen?...

Leyó entonces Ruthwen con la misma solemnidad la segunda acta nombrando Regente del reino al Conde de Murray, y la otra tercera en que se designaban los sustitutos del bastardo en la regencia y el gobierno. Terminó Ruthwen, y un silencio tremendo, uno de esos silencios angustiosos como los que preceden á lo grande y lo terrible, reinó en la estancia por más de

un minuto. Rompiólo Ruthwen colocando con cierta timidez involuntaria los tres pergaminos enrollados sobre la mesa.

—Vuestra Majestad me dirá la respuesta que debo dar al Consejo—dijo.

¡La respuesta al Consejo!... Entonces estalló la cólera de la Reina impetuosa y terrible, con toda la imponente majestad de su realeza, su desgracia y hasta su hermosura... Sin levantarse ni moverse y sin que un solo gesto ó ademán desmintiese por un momento el natural señorío de su persona, arrojó sobre la frente de los Lores toda la vergüenza y la ignominia de que se hallaban cubiertos. Hablaba sin levantar la voz y á borbotones, pero sin que su avasalladora elocuencia permitiese á los traidores intercalar una sola palabra de disculpa ó de protesta. Enumeróles sus ingratitudes, sus perfidias, sus rapiñas, sus traiciones, sus homicidios, sus perjurios como caballeros y sus apostasías como católicos, y cansada ya, anhelante y balbuceando un poco por la fatiga, encaróse al fin con Ruthwen y le dijo:

—¡La respuesta al Consejo!... Decid más bien á esa cuadrilla de bandidos, impaciente por repartirse el botín que nos han robado... ¡La respuesta al Consejo!... Cuando esa respuesta tiene que pasar por boca de un traidor como tú, Ruthwen, cuya cabeza, solo por funesta compasión

nuestra, no está clavada hace años en una de las puertas de Edimburgo, María de Escocia no tiene respuesta que dar!...

Y extenuada, jadeante, venciendo al fin la debilidad de la mujer á la entereza de la Reina, clavó los codos en la mesa, ocultó el rostro entre las manos, y rompió á llorar tan hondo y tan amargo, y con tan desgarrador desconsuelo, que sus lágrimas brotaban y corrían por entre sus afilados dedos, y venían á mojar el macizo roble de la mesa.

Ruthwen, pálido como la muerte, pero siempre dueño de sí mismo, calló astutamente viendo en aquella flaqueza final de María una esperanza de doblegar al cabo su ánimo. Mas el estúpido Lindsay, creyendo que aquel era el momento de atemorizar á la Reina, comenzó á insultarla groseramente, enumerando á su vez los supuestos crímenes con que ellos mismos la habían calumniado, y amenazándola con los tribunales y la prisión perpetua, y la muerte y el hacha del verdugo, por homicida y por adúltera, si no firmaba pronto y en aquel instante los fatales documentos. Habíase recobrado María mientras tanto de su congoja, y echándose de repente hacia atrás en el sitial que ocupaba, dijo con lánguida voz, como si su ánimo desfalleciese y comenzase á flaquear:

—Y en el caso de que cediésemos, ¿qué garantías se nos dan para seguridad de nuestra persona?...

—Nuestra palabra y nuestro honor—respondió Lindsay.

Movió la Reina la cabeza con un aire de duda, que solo lo terrible de la situación impedía ser cómico, y dijo lentamente:

—Ligeras nos parecen esas garantías, Milord... Añadidles siquiera un puñado de pelusa de cardo para que resulten más pesadas.

Furioso Lindsay, comenzó á vocear que la Reina ponía en duda su honor de caballero, y aun levantó el puño cerrado como amenazándola. Medió entonces Melvil, testigo mudo hasta entonces, y con harto trabajo pudo lograr de ambos Lores, sobre todo de Lindsay, que le dejaran solo con la Reina, aunque fuese medio cuarto de hora, para cumplir él por su parte las instrucciones reservadas que traía del Consejo. Cedieron al fin los Lores, regateando Lindsay hasta el espacio de tiempo, y no bien desaparecieron ellos arrojóse Melvil á los pies de la Reina, y con apremiantes razones y presuroso acento suplicóle y rogóle por su propio bien de ella que firmase aquellos tres pergaminos, si no quería echar á rodar su honor ante inicuos tribunales y exponer su persona á la prisión per-

petua y aun á la muerte; pues no eran vanas amenazas las bravatas de Lindsay, sino realmente pérfido plan de los Lores del Consejo. Añadióle también que nada perdía con ganar tiempo poniendo su firma en aquellas actas á todas luces nulas, por haber sido firmadas bajo la presión y la violencia. Y cuentan algunos historiadores, aunque el mismo Melvil no lo confiesa, que sacó entonces del seno y entregó á la Reina, un secreto mensaje de los Lores Seaton y Huntly, fieles siempre á María, en que la hacían las mismas reflexiones y la daban el mismo consejo.

Tenía la Reina á Melvil por hombre doblado, y éralo en efecto, pues jugaba con dos barajas, unido por un lado á los Lores, y procurando por otro hacer en realidad el bien de la Reina. Cauta pués, como el mucho trato con traidores la había hecho, aparentó ceder á las razones de Melvil, y pareció determinar entonces lo que desde el aviso de Trockmorton tenía ya determinado. Volvieron á entrar los Lores, ceñudos y silenciosos, y la Reina, sin decir palabra, desenrolló las actas una á una y tornó á leerlas detenidamente. Extendió luego la mano buscando la pluma, y Ruthwen se la presentó diciendo:

—Conste, Señora, que lo que va á ejecutar V. M. debe ser absolutamente voluntario.

Levantóse la Reina con grande ímpetu al oír estas palabras, y arrojó la pluma lejos de sí, exclamando:

—¡No..., no..., no!... ¡Si ha de constar que voluntariamente nos despojamos de lo que hace más de tres siglos pertenece á los Estuardos, ni por la corona de Francia que fué nuestra, ni por la de Escocia que lo es, ni por la de Inglaterra que de derecho nos pertenece, firmaremos jamás semejante infamia!

Sucedió entonces lo que tenía que suceder, y lo que la temeraria habilidad de la Reina había ido procurando paso á paso hasta el último extremo. Adelantóse Lindsay con la mano extendida, babeando de furor, torva la vista y horrible de ver, y cogiendo con su guantelete de acero el delicado brazo de María, apretólo cruelmente y la hizo sentar por fuerza y empuñar de nuevo la pluma, que él mismo le puso entre los dedos.

Dieron voces las damas espantadas, y los hombres todos, hasta el mismo Ruthwen, se lanzaron al Lord, siendo el primero Jorge Douglás, que se le abalanzó al cuello rechinando los dientes: detalle este que tuvo después su resultado, y no se pasó por alto entonces ni á la fina penetración de Melvil, ni á la femenina agudeza de María.

Ésta, pálida, pero serena como el que llega á su fin, salvando un riesgo de muerte, miró á todos como invocando su testimonio, y sin levantar la cabeza firmó uno después de otro los tres pergaminos.

XV

L 29 de Julio de 1597, cuatro días después de la escena que hemos descrito, coronaron los Lores solemnemente al Rey niño Jacobo VI, que contaba entonces trece meses. Verificóse la ceremonia con grande pompa y magnificencia en la iglesia alta de Stirling, profanada ya por los herejes y dedicada al culto presbiteriano. El Conde de Mar llevaba al real niño en los brazos: Glencairn iba delante con la espada, Morton con el cetro, y el Conde de Athol llevaba la corona real, adornada con el simbólico cardo de Escocia. Leyóse primero el acta de abdicación de la Reina, y los Lores Lindsay y Ruthwen atestiguaron y juraron con la mayor impudencia, que la abdicación había sido firmada ante ellos libre y voluntariamente.

El Conde de Morton cometió á continuación otra iniquidad aún más negra que la precedente. Con la mano sobre los Evangelios juró en nombre del Rey niño, inocente ángel bautizado por sus padres en la religión católica, guardar las leyes del reino y *mantener la Iglesia presbiteriana de Escocia, única verdadera, suprimiendo todo lo que le fuese contrario.* Puso después el Obispo hereje de Orkney la corona sobre la cabeza del niño, y los Lores le juraron fidelidad, tocándole la frente con la mano derecha. El fanático Knox inauguró entonces el reinado de aquel desdichado Príncipe con un violento sermón, en que derramó toda la hiel de su fanatismo político y religioso y de su odio sectario á la Reina.

Coronado ya el Rey, pudo ser proclamado Regente el bastardo Murray, como lo fué en efecto el 19 de Agosto en la Cruz de Edimburgo. Tomó aquel mismo día posesión del cargo en la Tolbooth, prestando públicamente el siguiente juramento, dispuesto y redactado por Knox en persona.

«Yo, Jacobo, Conde de Murray, Lord Alberneith, prometo lealmente delante de mi eterno Dios, que desde este día y en todo el curso de mi vida le serviré con todo mi poder, según lo que manda su santísima palabra, revelada y

contenida en el Nuevo y Antiguo Testamento, y prometo también mantener según estas mismas enseñanzas la verdadera religión de Jesucristo, por la predicación y administración de sus Sacramentos, tal como se ha establecido y practicado nuevamente en el reino, dejando abolida y desautorizada la falsa religión. Prometo conducir al pueblo confiado á mi cargo durante la minoría del Rey, mi soberano, según los mandamientos de la ley de Dios y las leyes y constituciones de este reino, sin faltar jamás á la palabra de mi eterno Dios, y procurando á su Iglesia y á todo el pueblo cristiano una verdadera y perfecta paz en todo el tiempo que va á seguirse. Prometo perseguir y reprimir la opresión en todos los estados y jerarquías, y velar porque se administre justicia á toda criatura sin excepción, á fin de que el Señor y Padre de las misericordias sea misericordioso conmigo. Prometo desterrar del reino á todos los herejes y enemigos de la palabra de Dios y á cualquiera que resulte enemigo de su Iglesia. Todo lo cual juro solemnemente, con mi más solemne juramento.»

Dicho esto, los circunstantes todos cayeron de rodillas, y para colmo de irrisión de todo lo divino y de todo lo humano, entonaron el salmo: *Quam bonus Israel Deus his qui recto sunt*

corde! ¡Cuán bueno es el Dios de Israel para los rectos de corazón!

Así se consumó la revolución política y religiosa en Escocia, y así vió el bastardo Murray colmadas sus ambiciones, si es que se limitaban éstas al ejercicio del poder real, y no, como aseguran muchos, á la corona misma. De ser esto verdad, débil obstáculo eran para él los derechos de un niño, y los hubiera allanado de seguro á no detenerle la muerte en su carrera de crímenes y de alevosías.

Mientras tanto, algunos Lores fieles siempre á María, y algunos otros que disgustados de las violencias de los rebeldes se les habían separado, habíanse reunido en Dumbarton, y reanimando el ánimo abatido de los católicos del reino, todavía numerosos, proyectaron libertar á la Reina y restablecerla en su trono. Los primeros resultados de esta liga de Dumbarton fueron perjudiciales para María, pues alarmado el Regente, hizo redoblar las precauciones de que rodeaba á su prisionera, á fin de impedirla toda comunicación con sus partidarios y también con las cortes extranjeras, que se negaban á reconocer su atentado revolucionario.

Pudo, sin embargo, la Reina á fines de Marzo entenderse con un noble caballero que llamaban Juan Beton, y enviarle á Francia con ins-

trucciones secretas y cartas para Carlos IX, Catalina de Médicis y los Guisa. Era este Juan Beton hermano del Arzobispo de Glasgow, Embajador de María en Francia, y también llevaba para él la siguiente carta, en que pinta ligeramente la Reina las penalidades y rigores porque estaba pasando:

«*De Lochleven.* — Monsieur de Glasgow: Vuestro hermano os enterará de mi triste situación, y os suplico que le presentéis á él y á sus cartas, solicitando lo que podáis en favor mío. Él os dirá el resto, porque yo no tengo papel ni tiempo para escribir más, como no sea rogar al Rey, á la Reina y á mis tíos que quemen mis cartas; porque si se sabe que he escrito, costará la vida á muchos y pondrá la mía en peligro y me harán guardar más estrechamente. ¡Dios os tenga en su guarda y me dé paciencia! — De mi prisión, hoy último de Marzo.— Vuestra antigua señora y buena amiga, *María,* Reina, ahora prisionera [17].

No se dormían mientras tanto los partidarios de la Reina, y á mediados de Marzo concertaron un plan de evasión, ayudados por la persona que menos podían sospechar el Regente Murray y la castellana de Lochleven: era éste el mismo Jorge Douglás. No pudo aquel generoso joven ver tan de cerca los sufrimientos de

María sin sentirse hondamente compadecido, y la horrible escena de la abdicación que presenciara él mismo acabó de hacerle patente el papel inicuo que á él y á todos los suyos hacía desempeñar su hermano bastardo Murray. Movido por estas razones y por los impulsos de su corazón bueno y recto, y quizá también por la especie de mágico encanto que ejercía la hermosura de la Reina sobre cuantos de cerca la trataban, arrojóse un día á sus pies pidiéndola perdón de sus pasados errores, y ofrecióle de allí en adelante su espada, su hacienda y su vida.

Púsose bien pronto Jorge Douglás en comunicación con los amigos de la Reina, y éstos comenzaron á situar con el mayor sigilo por los alrededores de Kinross cuanta gente era necesaria para proteger la fuga de la prisionera. El plan de evasión fraguáronlo entre esta misma y Jorge Douglás, de acuerdo con una lavandera de Kinross que servía en Lochleven, llamada Meg, mujer católica y muy adicta á Jorge, de quien había recibido grandes beneficios.

Comenzó la Reina desde muchos días antes del señalado para la fuga, á quedarse en cama hasta muy entrada la mañana, para acostumbrar á las gentes del castillo á estas ausencias matinales. El día 25 de Abril llegó muy temprano Meg la lavandera, como tenía de costumbre, y

la Reina, que era sobre poco más ó menos de su misma estatura, púsose su traje, envolvióse muy bien en su plaid, cargóse un lío de ropas, y con la mayor audacia y fortuna salió sola del castillo y llegó al embarcadero para pasar á la otra orilla del lago, donde la esperaba Jorge Douglás con dos de sus amigos.

Embarcóse en la lancha ordinaria que hacía este pasaje con dos remeros, y cuando ya se hallaba en mitad del lago, á igual distancia del castillo que representaba la prisión y la muerte, que de la otra risueña orilla en que se hallaban para ella la libertad y la vida, echóse á reír uno de aquellos hombres y dijo á su compañero:

—Veamos qué cara tiene esta hembra que llevamos.

Y al mismo tiempo extendió la mano para apartarle del rostro el plaid: levantó vivamente la Reina las suyas para impedírselo, y al fijarse aquel hombre en la blancura y belleza de aquellas manos verdaderamente reales, sospechó al punto quién pudiera ser la incógnita lavandera, y así se lo dijo con grande turbación, pero con mucho respeto.

La Reina, sin turbarse en lo más mínimo, mandóles entonces, bajo pena de muerte, que la llevasen á la otra orilla del lago. Mas los dos marineros, temiendo más la venganza de Lady

Douglás que las amenazas de aquella pobre Reina disfrazada y fugitiva, bogaron de nuevo hacia el castillo, sin que pudiese recabar de ellos otra cosa, sino la promesa formal de que no darían parte de su fuga, hasta que la pobre lavandera Meg estuviese fuera del alcance de las iras de la castellana.

Esta fracasada intentona, que consta tal como la referimos en una carta del Embajador inglés Drury al ministro Cecil, trajo fatales consecuencias; pues descubierto Jorge Douglás y perseguido por su madre y por su hermano, tuvo que huír para siempre del castillo de sus mayores. Mas no se desanimó el valiente mozo, y oculto siempre en las cercanías de Kinross con algunos parciales de la Reina, todavía halló medio de hacer llegar á manos de ésta un billete en que la rogaba que no lo diese todo por perdido; que estuviese siempre preparada para la fuga, y que se fiase por completo de la persona que la dijese en secreto una sola vez, ó cantase desde lejos tres veces seguidas estos dos primeros versos de una balada de los antiguos bardos de su familia:

¡Oh Douglás, Douglás,
Bueno y fiel!

XVI

FRACASADA esta intentona de evasión y arrojado Jorge Douglás del castillo, comenzó á decaer el ánimo esforzado de la Reina hasta el punto de creerse ya condenada á vivir y morir de muerte más ó menos natural y prematura entre los muros de Lochleven. No cesaban, sin embargo, sus parciales, ocultos siempre en las cercanías, de consolar su ánimo con las señales de luces y fogatas que, ora desde la aldea de Kinross, ora desde la falda de la montaña, la hacían á cada paso, para probarla su vigilancia y tenerla siempre prevenida.

Y sucedió que, estando un día bordando la Reina con sus damas junto á la ventana del estrado, oyeron de repente en el jardín una

delicada vocecilla de niño, que cantaba pausadamente:

¡Oh Douglás, Douglás,
Bueno y fiel!

Quedáronse suspensas las tres mujeres, pálidas y sobrecogidas, mirándose entre sí en el mayor silencio. Á poco volvió á sonar la vocecilla en el jardín, con la misma pausa y cadencia:

¡Oh Douglás, Douglás,
Bueno y fiel!

Asomóse entonces María Seaton á la ventana, á una señal de la Reina, y vió á Douglitas, el pajecillo de Lady Douglás, sentado gravemente en el suelo al pie de la torre, armando con la mayor atención una trampa para cazar pájaros. En el mismo momento volvió á repetir Douglitas por la tercera vez:

¡Oh Douglás, Douglás,
Bueno y fiel!

Bajó entonces la Reina al jardín con María Seaton y Lady Fleming, á fin de hacerse encontradizas con el muchacho; mas éste, armada ya su trampa, retiróse con la mayor indiferencia, sin que pareciese haber reparado siquiera en la presencia de las damas.

Sucedía esto muy á fines de Abril, y pocas

esperanzas debió cifrar la Reina en las canciones y esfuerzos de Douglitas, cuando el 1.º de Mayo escribía á Catalina de Médicis la siguiente carta, que probablemente debió llevar á Francia Juan Beton en un segundo viaje:

«*De Lochleven, á 1.º de Mayo de 1568.*—Señora: Con motivo de escribir al Rey vuestro hijo, os envío ese mensajero que os hablará más largo; pues yo estoy vigilada tan de cerca, que no tengo ocasión de escribir sino cuando mis guardianes comen, ó mientras duermen, volviéndome á levantar yo; pues tienen mujeres que duermen junto á mí. El mensajero os lo dirá todo, y yo os suplico que le deis crédito y que le recompenséis á él y al que os presentará, por amor mío. Os suplico también que tengáis los dos piedad de mí, porque si no me sacáis de aquí por fuerza, no saldré jamás.—*María,* Reina» [18].

Y sin embargo nunca estuvo la Reina más cerca de su libertad, que lo estaba en aquel momento. En la mañana del 2 de Mayo resonó otra vez al pie de la torre la canción de Douglitas. Asomóse María Seaton á la ventana y vió como la otra vez al pajecillo, sentado en el suelo armando su trampa. Parecióle, sin embargo, que mientras el muchacho ahondaba con una mano el hoyo, escribía con la otra en la arena algunas

palabras que luego borraba. Bajó entonces rápidamente por la escalerilla de caracol que daba al jardín y asomóse á una estrecha saetera que la iluminaba y desde la cual podía distinguir lo que Douglitas escribía, si escribía algo, y aun hablarle también si era necesario.

Tosió ligeramente la Seaton para llamar la atención del muchacho, y éste, canturreando muy bajo la canción de Douglás y sin volver la cabeza, comenzó á escribir con un palito en la tierra grandes letras, que borraba una á una á medida que las iba escribiendo. Seguíalas ávidamente María Seaton con la vista, y uniéndolas con la imaginación dieron por resultado el siguiente aviso: *Estén dispuestas esta noche á las nueve. No abráis mientras no digan desde fuera la contraseña.*

Y al terminar esta última palabra, púsose de pie Douglitas dejando armada su trampa, y se alejó sin volver la cara, cantando los significativos versos de la antigua balada:

¡Oh Douglás, Douglás,
Bueno y fiel!

Grande fué la agitación de la Reina al saber la portentosa nueva, y mayor todavía su perplejidad al discutir durante el día con sus damas las cualidades de Douglitas, y hasta qué punto

sería ó no prudente fiarse para tamaña empresa de tan ruin caballero. Ninguna de ellas dejó sin embargo de disponerse para la fuga, y pronto quedó preparado y oculto en la recámara de la Reina todo el equipaje de ésta: un ligero hatillo de ropa y el cofrecito que contenía sus joyas.

Al anochecer renacieron sus esperanzas, porque no bien oscureció del todo comenzaron á brillar así en la colina de Kinross como en el lado opuesto de la montaña, todas las luces y fogatas que servían de señales. Y con tal insistencia movíanse y brillaban, que no parecían sino querer advertir á la Reina que estuviese alerta aquella noche para recibir el auxilio de sus amigos.

Al toque de queda, que era también el de la cena de la Reina, entró la castellana de Lochleven con toda la imponente majestad de su eterno verdugado de terciopelo y su enorme cabezón de encajes, precediendo á la cena y dispuesta á desempeñar el oficio de maestresala en lugar de su hijo Guillermo, ausente aquel día en Edimburgo. Cató la vieja Lady los manjares uno á uno, y la Reina, para disimular mejor, dirigióla contra su costumbre algunas palabras de agrado y cortesía. Entró en esto un mayordomo que llamaban Randal, y entregó á Lady Douglás en propia mano las llaves del castillo,

ensartadas en una correa, como era su costumbre y su obligación todas las noches al toque de queda.

Hizo entonces la castellana una profunda reverencia á la Reina, y salió llevándose aquel precioso tesoro de las llaves con grande inquietud de las pobres prisioneras, que no acertaban á comprender cómo podría Douglitas arrancarlas de sus apretadas garras. Cerró al punto María Seaton la puerta, y ya no pensaron en otra cosa, ni la Reina ni sus damas, sino en vestirse sus trajes de viaje y esperar en la más inquieta zozobra la señal convenida.

Serían entonces las ocho y media.

XVII

IENTRAS tanto, ponía Douglitas en práctica el plan que su gran corazón y su prudencia de hombre habían maduramente meditado. Tenía visto el pajecillo que todas las noches entraba Randal en la cámara de Lady Douglás al toque de queda, y la hacía entrega de las llaves del castillo. Colocábalas la castellana en un lugar secreto, pero abierto, que el paje conocía, y dirigíase luego al gran comedor para cenar, según la rancia usanza, con toda su servidumbre.

Imaginó pués Douglitas coger las llaves de la cámara de Lady Douglás mientras ésta cenaba, y aprovechando la falta de vigilancia que en aquella hora reinaba en el castillo, por hallarse toda la servidumbre á la mesa, sacar á la

Reina al jardín por la escalerilla de caracol, y darla luego salida por la puerta que tenía el mismo jardín á la orilla del lago.

Procuróse además Douglitas, para mayor seguridad, un manojo de llaves viejas iguales en número y semejantes en la forma á las del castillo, para que puestas en el escondite en lugar de las verdaderas, pudiesen engañar los cansados ojos de la vieja castellana, si por casualidad se le ocurría ir á registrarlas al entrar de nuevo en su cámara.

El plan era de aquellos que su propia sencillez hace facilísimos si la fortuna les ayuda. Mas quiso la desgracia, que retrasada Lady Douglás aquella noche por la cena de la Reina, recibiese las llaves en la cámara de ésta y se dirigiese después al comedor llevándolas en la mano, sin detenerse á dejarlas en su cuarto. Sentóse pués la anciana Lady en la presidencia, bajo su dosel de paño escarlata, y puso las llaves junto á sí, encima de la mesa.

Otro cualquiera que Douglitas hubiéralo dado todo por perdido; mas no era el pajecillo de los hombres, ó más bien de los niños que fácilmente se intimidan. Púsose con el mayor desembarazo á servir á su noble tía, como era á veces su costumbre, y en una de sus muchas evoluciones, arrojó como al descuido sobre las llaves la punta

de una servilleta. Volvió de nuevo á la carga trayendo las llaves falsas bajo el ferreruelo, y mientras servía á la castellana un plato escamoteó con la mayor ligereza las verdaderas y puso en su lugar las que escondidas traía. Oyó Lady Douglás el ruido de las llaves y tiró vivamente de la servilleta; mas pareciéndole verlas en su lugar, siguió tranquilamente comiendo sin sospechar el trueque.

Corrió entonces Douglitas á las habitaciones de la Reina, sin detenerse más que á recoger sus armas, y tocó suavemente á la puerta.

—¿Quién va?—preguntó desde dentro una voz que el miedo y la zozobra hacían temblorosa.

Douglitas, con voz temblorosa también, dijo la contraseña:

¡Oh Douglás, Douglás,
Bueno y fiel!

Abrióse entonces la puerta y aparecieron las tres mujeres rebujadas en sus mantos, sosteniéndose entre sí, porque las mil emociones que las dominaban les hacían flaquear las piernas. No había un momento que perder, y la Reina, con mayor resolución, preguntó á Douglitas en queda y temblorosa voz lo que debían hacer ellas.

—Seguirme—contestó el pajecillo.

—¿Pero por dónde?

—Por la escalerilla de caracol.

—¿Y quién nos abrirá la puerta?...

—Tengo aquí las llaves—replicó el paje mostrándolas.

Escapósele á la Reina una gran voz de contento y esperanza, y dijo santiguándose devotamente:

—¡Loado sea Dios, y Él venga con nosotros!

Douglitas, dominando su emoción, fué cerrando por dentro todas las puertas de las habitaciones de la Reina con barras y cerrojos. Bajaron la escalera á oscuras, para que no se filtrase la luz por las saeteras. Iba delante el paje, luego la Reina y detrás María Seaton sosteniendo á Lady Fleming, que más vieja y menos animosa, tropezaba á cada paso y daba gemidos de susto. Á tientas buscó Douglitas la cerradura, y probó tres ó cuatro llaves antes de atinar con la verdadera. El aire fresco de la noche anunció á las fugitivas la libertad, y como por instinto quisieron lanzarse al jardín en pos del paje. Mas aquel rapazuelo de catorce años detúvolas imperiosamente con la autoridad que dan los trances apurados al que los dirige, y adelantóse él solo, con las mayores precauciones, hacia el lado del jardín en que se hallaba la puerta del lago.

La Reina, dice el Comendador Petrucci en su relación á Cosme I de Médicis: *Modo che la*

Regina di Scotia ha usato per liberarsi della prigione. esperó apretada contra el muro de la torre, santiguándose á cada paso y haciendo jaculatorias á Jesucristo Nuestro Señor y á Nuestra Señora y á sus santos. Sonó á poco el grito de un mochuelo y contestó más lejos el de un buho, con tal propiedad ambos, que más bien que como señales, resonaron en los oídos de las fugitivas como siniestros graznidos de aquellas aves de mal agüero.

De repente apareció Douglitas ante ellas con tal sigilo, que pareció filtrarse de las tinieblas ó brotar del seno de la tierra.

—Ahí están—dijo lacónicamente.

No osaron ellas ni aun preguntar quiénes fuesen los que estaban, y el pajecillo, sin añadir más palabra, cerró por defuera la puerta de la torre con el menor ruido posible. Tomó luego por la mano á la Reina sin grandes ceremonias, y deslizáronse todos á lo largo del muro, por no atravesar el jardín, de puntillas, aguantando casi el resuello, tropezando á cada paso con árboles y matas, y tragándose las exclamaciones que el dolor hubiera debido arrancarles.

Al llegar á la puerta del lago hubo otro momento de angustia; estaba aquello muy al descubierto, y fué preciso emplear un buen rato en atinar con la llave que debía abrirla. Las fugiti-

vas se pegaban al muro como si creyesen que así abultaban menos, y Douglitas hacía esfuerzos increíbles por no soltar interjecciones de rabia.

Abrióse al fin la puerta, y dos hombres, Jorge Douglás y Juan Beton, recibieron á la Reina casi en sus brazos. Había allí un hombre muerto, tendido en el suelo, y la Reina perdió todos sus bríos y sintió una fuerte congoja al saber que era el centinela de aquella puerta, sacrificado minutos antes por no poder de otra manera escapar á su vigilancia. Pegada á la orilla, y oculta entre unos zarzales, había una barca con seis remeros, y á ella llevaron á la Reina casi sin sentido, y la sentaron en la popa. Douglitas cerró también por de fuera la puerta del jardín, y trayéndose las llaves, saltó el último en la barca.

Era la noche oscura, y favorecía esto á los fugitivos; mas una precaución que no habían tomado estuvo á pique de perderlos. El ruido de los remos, que no estaban forrados, era harto estruendoso para que en el silencio de la noche no lo oyese el vigía de la torre, y de repente y á muy poco de estar bogando, vino su voz entre soñolienta y sorprendida, á estremecer á todos y á paralizar de espanto á las damas.

—¡Ah de la barca!... ¡Alto la barca!...

—¡Boga! ¡Boga!—clamó Jorge Douglás por lo bajo con la más angustiosa energía.

Encorváronse los remeros sobre los bancos, redoblando el vigoroso empuje, y la barca se deslizó rápida como una flecha. El vigía repitió su grito, y un segundo después brilló un fogonazo en la oscuridad, sonó un disparo, y una bala de arcabuz pasó rozando la barca.

Jorge Douglás y el pajecillo cubrieron á la Reina con sus cuerpos: Beton iba en el timón, y los remeros encorvados anhelaban por la angustia y el esfuerzo.

—¡Boga! ¡Boga!—clamaba sin cesar Jorge Douglás.

Sonaba ya con grande furia la campana de alarma en el castillo, y veíanse cruzar luces por las ventanas y agitarse sombras con grande prisa y movimiento.

—¡Boga! ¡Boga!—clamaba Jorge Douglás desesperado.—En cinco minutos sacan las lanchas y nos persiguen y alcanzan.

—¡Eso no!—exclamó Douglitas triunfante.—Les he encerrado yo por fuera y tengo aquí las llaves.

Y levantando el manojo en alto, lo arrojó en lo profundo del lago. La prudencia de aquel niño había salvado á la Reina. Todavía resonaron descargas de arcabuces, y por dos veces dis-

pararon un falconete montado en la torre. Pero ya no estaban los fugitivos al alcance de las balas, y momentos después se encontraba María Estuardo libre, en medio de sus partidarios.

Doscientos cincuenta años más tarde, es decir, en 1818, sacando un día sus redes un pescador de Kinross, encontró enganchadas en el aparejo aquellas históricas llaves del castillo de Lochleven que arrojó Douglitas en lo profundo del lago la noche memorable de la fuga de la Reina.

XVIII

L desembarcar la Reina en la orilla opuesta del lago, encontró allí á Lord Seaton, padre de María, y á cuatro ó cinco de los deudos más cercanos de éstos. No hubo gritos, ni entusiasmos ni felicitaciones, sino ansiedad, sigilo y premura. Con el mayor silencio corrieron todos á una casita aislada que había en la colina de Kinross, donde se hallaba oculta la escolta que había de acompañar á la Reina y donde estaban dispuestas las monturas para ésta y su escasa comitiva. El resto de la gente de Seaton hallábase emboscado por las cercanías y escalonado hacia el castillo de Niddry, que había de ser por el pronto el fin de la jornada.

Los disparos del castillo habían despertado la alarma en la aldea de Kinross, y fuéles preciso

á los fugitivos dar un rodeo para no atravesarla. Salvado este nuevo peligro, corrieron á galope toda la noche, y llegaron á las siete de la mañana á Niddry, castillo de Lord Seaton, donde agotadas ya las fuerzas de la Reina, vióse obligada á tomar un descanso de tres horas. Reforzada allí su escolta con la gente que Seaton tenía en el castillo y con la que por el camino se le había ido agregando, pudo la Reina continuar seguramente su camino hacia el fuerte castillo de Hamilton, donde la recibieron el Lord de este nombre, Claudio y su hermano el Arzobispo de San Andrés.

La noticia de la fuga de la Reina levantó los ánimos entre sus partidarios, y gran parte de la nobleza corrió con sus gentes á ponerse á sus órdenes en el castillo de Hamilton. Vinieron primero los fieles amigos de María, acobardados hasta entonces; siguieron á éstos los rebeldes, que compadecidos de las desgracias de la Reina, y disgustados de las violencias de los Lores del Consejo, se les habían separado desde un principio; y allegáronse por último los que, creyendo asegurar sus rapiñas á la sombra del Regente, vieron errados sus cálculos. La mayor parte de esta nobleza desleal, interesada y tornadiza, eran apóstatas enriquecidos con los bienes de la Iglesia católica, y al reclamar Knox aquellos

bienes en nombre del clero presbiteriano, y al apoyar Murray su reclamación con un decreto, rebeláronse todos contra el bastardo Regente, como se habían rebelado antes contra la Reina legítima. Vióse pués María en menos de una semana al frente de 6.000 hombres, entre los cuales se contaban ocho Condes, nueve Obispos, 18 Lores, 12 Abades y más de 100 Barones dispuestos todos á pelear por ella y á colocarla de nuevo en su trono.

El primer cuidado de María al encontrarse ya libre y segura en el castillo de Hamilton, fué revocar el acta de su abdicación, como arrancada por fuerza mayor y desleal violencia. Envió también á Juan Beton á Francia con cartas muy apremiantes para Carlos IX y Catalina de Médicis, pidiéndoles su auxilio y su alianza para recobrar su trono y echar del reino á los usurpadores. El Embajador de Francia Willière de Beaumont, por su parte, acudió presuroso á Hamilton para reunirse á la Reina y reconocerla como legítima soberana de Escocia; y la Reina Isabel de Inglaterra envióla también al doctor Leigthon para felicitarla por su libertad, ofrecerla su auxilio de Reina y entregarla un rico anillo como prenda de amiga y hermana.

No se deslumbró, sin embargo, María con este brillante retorno de la fortuna, y contra el

impetuoso deseo de sus Lores, prefirió más bien llegar al triunfo por un acuerdo pacífico, que imponerlo con una victoria sangrienta. Envió pués á su hermano bastardo Murray negociadores que le propusieran una reconciliación, y fueron éstos el Embajador de Francia Willière de Beaumont y los dos hermanos Roberto y Jacobo Melvil.

Recibióles Murray en Glasgow, donde había ido, y en aquella misma leal y generosa embajada de la Reina, encontró su pérfida astucia de político el medio de salir del apuro en que se hallaba. Pidió tiempo para meditar la propuesta de María y someterla á su Consejo, y empleólo en llamar apresuradamente bajo su bandera á todos los rebeldes y presbiterianos, en número de 4.000 hombres, y en salir al encuentro de las tropas reales, cortándoles el camino de Dumbarton, plaza inexpugnable donde se proponía guarecerse la Reina. Y sucedió, en efecto, que cuando las tropas de ésta llegaron el 13 de Mayo á la altura de Langside, encontraron ya tomadas todas las posiciones por las gentes del bastardo, menos numerosas, pero más disciplinadas, y dirigidas por dos tan grandes capitanes como lo eran el Laird de Grange y el Conde de Morton.

Trabóse la pelea con el horrible empuje de la rabia y la sorpresa, y por una y otra parte levan-

taban la bandera de Escocia, y por una y otra parte invocaban á Dios.—¡Dios y la Reina!—decían unos.—¡Dios y el Rey!—gritaban otros; y mientras tanto los hermanos mataban á los hermanos, y los escoceses á los escoceses, y la imagen del Criador era destruída y aniquilada por los mismos que invocaban su nombre.

En un segundo, todas las cercas y jardines del lugarejo de Langside, momentos antes tan plácido y risueño, convirtiéronse en líneas de fuego, que tenían por dosel espesa capa de humo rojizo. Á veces, de en medio de la humareda y el tumulto salían los gritos de guerra de los nobles animando á sus vasallos, y los ayes y gemidos de heridos y moribundos, que desgarraban el corazón.

La vanguardia de la Reina, compuesta de la flor de su caballería, con los Hamilton á la cabeza, habíase precipitado con más valor que prudencia por un desfiladero que defendían Morton y los suyos, y á punta de lanza pretendieron desalojarlos y hacerlos retroceder. Hallábanse ambos partidos á pie, dice un autor, y de tal modo armados á toda prueba, que cuando las lanzas de los unos se habían fijado en los escudos ó corazas de los contrarios, hacíase la lucha semejante á la de dos toros que, apoyando su testuz uno contra otro, permanecen forcejeando

en aquella posición, hasta que la superior fuerza ó el mayor aguante del uno, obliga al otro á huír ó á caer. Clavados de este modo, movíanse como por oleadas, á medida que uno ú otro bando llevaba la ventaja, sin que jamás se rompiese aquella masa compacta ni se cuidase nadie del desdichado que caía para ser aplastado bajo los pies.

Tres cuartos de hora llevaba ya aquella tremenda lucha, que apenas puede hoy concebirse, cuando una hábil maniobra del Laird de Grange vino á decidir la victoria. Vióse entonces aquella columna que momentos antes parecía una espesa y oscura masa de yelmos y celadas con vistosas plumas, por entre la cual no hubiera podido deslizarse un perro, hendirse primero, por decirlo así, acá y allá, y desbaratarse luego poco á poco, y desprenderse después como en trozos, y rodar, por último, hombre á hombre por aquella cuesta malhadada que tanto habían pugnado por subir.

En vano los jefes gritaban: ¡Alto!... En vano resistían por sí solos, cuando toda resistencia era vana. Caían unos en pos de otros en el glorioso campo, hechos pedazos por los pies de los caballos ó arrollados por los fugitivos ciegos de pavor.

Veíalo todo la Reina desde la altura de

Crookstone, donde la habían llevado, y desde allí pudo seguir todos los pormenores del combate, hasta que el humo de la arcabucería y de los cañones lo envolvió todo en una oscura nube triste y cenicienta. Apoderóse entonces de ella la más espantosa ansiedad, y á cada momento mandaba mensaje tras mensaje y correo tras correo para calmar su angustia... Hasta que de repente, por los extremos de aquella espesa niebla que formaba el humo de cañón, comenzó á ver aparecer fugitivos que reconoció por suyos, y vió después cinco caballeros que les perseguían lanza en ristre y se dirigían á toda brida al sitio que ella ocupaba. Alguien distinguió en las armas de uno de los guerreros el trébol colosal de oro de los Lindsay, y así lo dijo á la Reina.

El terror embargó entonces á la desdichada María, y sin pensar más que en la ignominia de caer en manos de Lindsay, aflojó la brida á su caballo y huyó á galope, seguida de cuantos la rodeaban. Así corrió 60 millas sin hacer alto, atravesando los condados de Renfrew y de Ayr, hasta llegar, extenuada de fatiga, á la antigua y noble abadía de Dundrennar, en un extremo del Galloway. El fanatismo de los herejes no había llegado aún en toda su furia á tan apartado rincón de Escocia, y todavía se hallaban pacífica-

mente en Dundrennar su noble Abad y algunos pocos monjes.

Al apearse la Reina en la puerta de la abadía, rendida de cansancio y sosteniéndose en los que la apeaban, dijo al anciano monje en un brote de su leal y noble amargura:

—Milord Abad, pensad bien lo que hacéis al recibirnos, porque con Nós vienen la ruina y la desgracia.

—Bienvenidas sean á esta casa, Señora, si es Dios quien las envía—contestó el Abad hincando la rodilla.

Reunió al punto la Reina en consejo á cuantos la habían seguido, y contra la opinión de todos, que la aconsejaban, unos marchar á Francia, donde encontraría apoyo y acogida, y otros permanecer por el pronto en aquel rincón, donde no corría peligro alguno, decidió refugiarse en Inglaterra, seducida por la facilidad del viaje y engañada por las falaces promesas que, al felicitarla por su libertad, le había hecho la Reina.

Envió pués á Lord Herries con una carta para el gobernador de Cumberland, Master Lowther, pidiéndole un asilo, y otra para la Reina Isabel, que se conserva en la colección Labanoff, y dice de esta manera: «Mi muy querida hermana: Sin haceros la narración de todas mis desgracias, porque deben ya seros conoci-

das, os diré que aquellos de mis súbditos á quienes más bien hice y que me debían estar más agradecidos, después de haberse sublevado contra mí y tenídome prisionera del modo más indigno, me han arrojado al fin de mi reino y reducido á un tal estado, que después de Dios no tengo otra esperanza sino en vos, etc.»

Tardaba la respuesta, y no pudiendo ya María contener por más tiempo su impaciencia ni enfrenar tampoco sus temores, el 16 de Mayo, catorce días después de su fuga de Lochleven, embarcóse en la lancha de un pescador con algunas personas de su comitiva, y atravesando el brazo de mar que llaman Trith y separa la costa de Escocia de la de Inglaterra, desembarcó en Workington, puerto del condado de Cumberland.

Y se cuenta que aquel mismo día, el anciano Abad de Dundrennar se arrojó llorando varias veces á los pies de la Reina y la pidió, por amor de Dios, que no saliese del reino. Y como María le rechazase cariñosamente, atribuyendo á la debilidad de sus muchos años aquel cansado ruego, todavía el viejo, en el momento de cruzar la plancha para entrar en el barco, se arrojó á la Reina como fuera de sí y movido de inspiración extraña, y se entró en el mar, y agarró á María por el faldellín, y la pidió otra vez que no

se apartase de aquella tierra. Desasió la Reina, muy conmovida, de manos del anciano sus ropas, y pidióle para consolarle que le diese su bendición como escudo; la cual le dió el viejo desde el agua con las manos levantadas en alto... Y todavía, mientras se alejaba la barca, pudo oír la voz del anciano Abad, exaltado por su aflicción profundísima:

—¡Vuelve, vuelve, leona de Escocia, que dejas para siempre á tus hijos!...

Lo cual fué tenido por profecía en aquel rincón de Escocia, y aun en el día de hoy se tiene allí por tradición verdadera.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

LA TÍA Y LA SOBRINA

I

Et vous, amyz, qui m'avez tenu chère,
Souvenez-vous que sans heur, sans santay,
Je ne sçaurois auqun bon œuvre fayre:
Souhatez donc fin de calamitay,
Et que la bas estant assez punie,
J'aye ma part en la joie infinie!

(María Estuardo.)

DESEMBARCÓ la Reina de Escocia en Workington el 16 de Mayo, y hospedóse en el macizo palacio que llaman todavía Workington House, y donde se enseña aún la cámara que la sirvió de alojamiento. Ni su impetuosidad ni sus desgracias admitían espera, y al día siguiente despachó á Lord Herries para Londres con una carta apremiante y conmovedora para la Reina Isabel, reclamando el cumplimiento de lo que la de Escocia creía sus generosas ofertas. Después de enumerar los últimos

desastres, decía: «Dios me ha salvado por su infinita bondad con Milord Herries y otros señores, con los cuales he entrado en vuestro país; y estoy segura, por la confianza que tengo en vos, de que cuando sepáis la crueldad de mis rebeldes y la manera como me han tratado, no titubeará un momento vuestro buen natural, no solo en recibirme para seguridad de mi vida, sino en ayudarme y asistirme en mi justa demanda, é influír con los demás Príncipes para que hagan lo mismo. Suplícoos pués, que mandéis á buscarme lo más pronto posible, porque estoy en un estado lamentable, no ya para una reina, sino para cualquiera señora. Me he salvado con mi sola persona, corriendo 60 millas á través de los campos el primer día, y no osando caminar el resto sino de noche, como os contaré, si os place tener compasión de mi extrema desgracia.»

Firmábase la Reina en esta carta, escrita en francés, como la mayor parte de las suyas, *sa très fidèle et affectionné bonne soeur et eschappée prisonnière*, y en su recto y generoso corazón no dudó un instante María de que Isabel se apresurara á salir ella misma á su encuentro, con los brazos abiertos á su dignidad y á su desgracia.

Estrelláronse, sin embargo, los nobles ímpe-

tus de María contra el frío y pérfido cálculo de Isabel, y sus patéticas lamentaciones solo despertaron en el ruin corazón de la Reina de Inglaterra el gozo feroz de ver á su rival aniquilada, y en la dura precisión de sufrir la suerte que por tantos años meditaran contra ella su odio de sectaria y su envidia de reina y de mujer.

Desde el primer momento solo pensó Isabel en asegurar la presa que la falsía de ella y la crédula lealtad de su víctima habían puesto en sus manos, y en revestir la horrible iniquidad que meditaba, con todas las hipócritas apariencias de la legalidad y la razón de Estado. Sujetó pués á su Consejo los tres partidos que podían adoptarse con respecto á la fugitiva Reina de Escocia, cuidando muy bien de calificarlos de *igualmente peligrosos*.

No era prudente, según ella, restaurar á María en su trono, porque el fanatismo católico de ésta la llevaría al punto á entenderse con la corte de Roma y las potencias católicas, para destruír el protestantismo en Escocia y renovar sus pretensiones á la corona de Inglaterra. Parecíale también peligroso dejarla libre en Inglaterra, porque el partido católico inglés, fuerte y poderoso, la miraba como su Reina legítima, y se agruparía en torno suyo, y conspiraría para

alzarse con la corona. Y no se podía tampoco dejarla marchar libre á Francia, porque unida allí con sus tíos los Guisa y los Príncipes aliados, intentaría seguramente alguna expedición á Escocia para reconquistar su trono y restablecer el catolicismo, poniendo en peligro los intereses de la Reforma en Inglaterra y su influencia en Escocia.

Una vez descartados estos tres recursos, únicos posibles, solo quedaba el de retener á María prisionera en Inglaterra, y esto fué lo que determinó el Consejo, porque esto era lo que satisfacía los cálculos políticos de Isabel como reina, y sus rencorosas envidias como mujer. Necesitábase, sin embargo, un pretexto para que Isabel pudiera cometer el inicuo y enorme atentado de detener prisionera, contra todo derecho y toda justicia, á una Reina, su igual y su sobrina, que ningún daño le había causado, y que se le confiaba en su desgracia, seducida por las ofertas y promesas que ella misma le había hecho.

El ingenio de Isabel, fértil en hipócritas traiciones, creyó hallar bien pronto este pretexto; y aquella Reina cruel, digna bastarda de Enrique VIII, que había derramado sangre de sus súbditos católicos, hasta el punto de que con razón la llamara un historiador, también protestante, *el Tiberio femenino;* aquella mujer libi-

dinosa que vivió hasta los setenta años en seniles devaneos, sintió de repente alarmado su pudor y ofendido su decoro con la presencia de María Estuardo en Inglaterra, y determinó no recibirla en su presencia, ni prestarle auxilio en su desgracia, mientras la Reina de Escocia no se justificase públicamente del asesinato de Darnley, que sus súbditos rebeldes le habían imputado.

Por este camino creyó la bastarda encontrar el pretexto que buscaba para detener á María prisionera, al mismo tiempo que el medio de difamarla, removiendo en Inglaterra aquella calumnia ante los católicos ingleses que la consideraban su legítima Reina, y las dos grandes potencias, España y Francia, que comenzaban ya á prestarle su auxilio y su influencia.

El Embajador de Felipe II, Guzmán de Silva, habíase apresurado en efecto á manifestar á Isabel el interés que inspiraba á su soberano la regia fugitiva, y Catalina de Médicis, por su parte, olvidando por un momento sus añejos rencores de suegra, escribíale también con mucho seso y prudencia, que no dudaba un momento prestaría á la Reina de Escocia «toda la ayuda, favor, socorro y amistad que una Princesa tan afligida como está ella debe esperar de vos; porque supongo estaréis en la misma opi-

nión en que estabais antes, de que es preciso que los Príncipes se socorran los unos á los otros para perseguir y castigar á los súbditos que se levantan contra ellos y son rebeldes á sus soberanos; y tanto más, cuanto que esto nos toca á todos, y por eso debemos proteger á esta Reina tan desolada y afligida, y abrazar su causa para ponerla en libertad y restituírle la autoridad que Dios le ha dado, y que por derecho y equidad le pertenece á ella y no á otro.»

El Rey de España, sin embargo, estaba harto ocupado por entonces en pacificar los Países Bajos, y el de Francia en terminar su tercera guerra civil, para que pudiesen acudir en auxilio de María de otra manera que con súplicas y compasivas razones. Hízose pués sorda Isabel á unas y otras, y comenzó á poner en práctica su plan con astuta hipocresía, cuidando, lo primero, de mantener las esperanzas de María hasta alejarla de la frontera de Escocia lo suficiente para prevenir cualquier proyecto de fuga ó golpe de mano de sus partidarios de Escocia.

Envió pués á Lady Scroope, hermana del Duque de Norfolk, para recibir á la Reina de Escocia en su nombre, y fué ésta trasladada, con todos los honores debidos á su rango, de Workington á Cockermouth, y de aquí á Carlisle, donde estaba ya establecida por orden

de Isabel la más estrecha vigilancia. El 29 de Mayo presentáronse á María en Carlisle Lord Scroope, gobernador del Cumberland y de la frontera, y Sir Francisco Knollys, vicechambelán de la Reina Isabel, comisionados ambos por ésta de entregar á la Reina de Escocia sus cartas de pésame, llenas aún de hipócritas seguridades, y de manifestarla al mismo tiempo que el interés de su propia reputación la impedía recibirla en su presencia hasta que se hubiese justificado de la acusación que pesaba sobre ella por el asesinato de Darnley.

Este desengaño humillante y ofensivo llenó de indignación á María, y creyendo de buena fe que se trataba solo de justificarse ante la propia Isabel, de reina á reina y de amiga á amiga, envióle al punto á Lord Herries y á Lord Fleming con una apremiante carta en que exigía de Isabel ser admitida sin dilación y sin ceremonia en su presencia para exponerle sus quejas y rechazar las calumnias con que habían osado ofenderla, ó que, de lo contrario, no se la impidiese salir inmediatamente de Inglaterra, aunque fuese en la misma barca de pescador que la había traído, y marchar á Francia ó á España para pedir el auxilio que ella le negaba á los otros Príncipes sus parientes ó aliados.

Llevaba también Lord Fleming la orden

secreta de marchar á Francia en el caso de que Isabel persistiese en no recibirla, y negociar con Carlos IX, Catalina de Médicis y el Cardenal de Lorena el auxilio y la alianza de aquel reino. La pérfida Isabel admitió por de pronto con las mayores protestas de amistad la oferta que hacía María de justificarse, y deteniendo contra todo derecho á Lord Fleming en Londres para impedirle pasar á Francia, envió á Carlisle á Master Midlemore con su nueva respuesta.

Llegó Midlemore á Carlisle el 13 de Junio, y en presencia de Lord Scroope y del vicechambelán Knollys, notificó á María con palabras harto duras, que la Reina su señora no se contentaba con una justificación privada ante ella, sino que exigía que fuese ésta ante un tribunal y en presencia del Regente de Escocia Murray, que ella por su parte obligaría á comparecer. De lo contrario, la Reina de Inglaterra no podía comprometer su decoro recibiéndola.

Al oír hablar de jueces y tribunales y del bastardo Murray, escribía el mismo Midlemore á Cecil en su carta del 14 de Junio, la Reina le atajó la palabra encolerizada, diciendo con regia entereza: «Yo no reconozco más Juez que Dios, y nadie sino Él tiene derecho á juzgarnos. Sé lo que soy, y conozco muy bien los derechos de mi rango.»

Y bajo esta misma impresión de amargo desengaño y dignidad cruelmente herida, escribió á Isabel una carta tan patética como altiva, en que se quejaba de su falso proceder, y le proponía de nuevo estos dos extremos: ó escuchar su justificación de reina á reina y de hermana á hermana, ó dejarla marchar á Francia en busca de auxilio, puesto *que no quería admitir ella el honor que le había hecho la Reina de Escocia, al considerarla como su más próxima pariente y su más leal amiga.*

Mientras tanto había ido Isabel estrechando poco á poco la situación material de María, hasta el punto de hacerla conocer bien que se hallaba prisionera. Habíanla alojado en un torreón del antiguo castillo de Carlisle, que se conserva todavía. «La cámara que ocupa, escribía el Embajador Montmorin á Carlos IX, es oscura, porque no tiene más que una ventana con rejas de hierro. Hay otras tres piezas antes de ésta, y están siempre guardadas y ocupadas por arcabuceros. En la última, que viene á servir de antecámara al salón de la Reina, está instalado Lord Scroope, gobernador del condado y de la frontera. La Reina no tiene consigo más que tres de sus damas: sus otros servidores y criados duermen fuera del castillo, y no se les abre la puerta hasta las diez de la mañana.

Permiten salir á la Reina, para hacer ejercicio, hasta la iglesia del pueblo; pero va siempre rodeada de cien arcabuceros. Cuando llegó á Carlisle pidió á Scroope un sacerdote católico que la dijese Misa, y éste la contestó que no lo hay en Inglaterra.»

Nada pinta, sin embargo, con tanta elocuencia la mezquina crueldad de Isabel y las penalidades de la desdichada Reina de Escocia, como la siguiente carta de ésta á su tío el Cardenal de Lorena, escrita el 21 de Junio de aquel mismo año: «Os suplico que tengáis piedad de vuestra pobre sobrina y de su decoro, y me procuréis los socorros que os dirá el portador y, mientras tanto, dinero; porque no tengo con qué comprar pan, ni camisas, ni ropa. La Reina de aquí me envió alguna ropa blanca y me pasa un plato. Lo demás he tenido que pedirlo prestado; pero ya no encuentro quien me preste... Que no os alcance esta vergüenza... Bien me prueba Dios; pero podéis estar seguro de que moriré católica... Creo que presto me sacará Dios de estas miserias, porque he sufrido injurias, calumnias, prisiones, hambre, frío, calor, fugas sin saber donde ir, noventa y dos millas á caballo y á través de los campos sin detenerme ni apearme, y dormir en cama dura, y beber leche agria, y comer harina de avena por no

haber pan, y dormir tres noches á la intemperie como los pastores, y llegar á este país sin una doncella que me sirva, y encontrarme con que saquean las casas de mis servidores y ahorcan á sus dueños, sin que pueda yo valerles ni recompensarles.»

Sufría todo esto la Reina de Escocia con aquella fe inquebrantable y aquella cristiana y paciente resignación que han rodeado su noble figura con todo el esplendor de la aureola del martirio. He aquí la carta admirable que escribió por aquel tiempo al P. Edmundo Auger, de la Compañía de Jesús, su antiguo amigo, traducida de su original francés por la elegante pluma del P. Pedro de Rivadeneira:

«Maestro Edmundo: Yo he recibido con grande consolación de mi espíritu la carta que me habéis escrito, aunque no sin vergüenza y sin herirme los pechos, confesándome indigna de la buena opinión que vos tenéis de mí, sin yo merecerlo. Mas yo atribuyo vuestras alabanzas á la misericordia de Dios, que os ha movido por este camino á escribirme y despertarme, para que de aquí adelante yo procure ser para con Él cual vos pensáis que soy. Y confío que vos suplicaréis á Su Divina Majestad y que los de vuestra santa Compañía me ayudarán para que yo no falte de mi parte en recibir con

humilde sumisión todas las amonestaciones que le placerá enviarme, para que yo me sujete en todo á su santa voluntad en todas mis adversidades, de las cuales hasta aquí se ha dignado defenderme piadosamente, otorgándome la paciencia, la cual yo le suplico me quiera conceder hasta el fin. Vuestro libro, de mí tan deseado como necesario para estos tiempos, no ha llegado aún á mis manos; yo no sé quién le tenga, y me holgaré mucho de haber uno. Y pues vuestra caridad se ha extendido á visitar y consolar á una pobre encarcelada y afligida por sus pecados, yo os ruego que, cuando pudiéredes, lo vais continuando y mezclando en vuestras cartas alguna parte de vuestras saludables amonestaciones y santas consolaciones, para despertar más mi espíritu, congojado con las adversidades, al conocimiento de mis culpas y aspirar al verdadero descanso y á aquella consolación perdurable de la cual este mundo siempre nos aparta y desvía. Y si quisiéredes tomar tanto trabajo por mí y ordenarme una pequeña instrucción ó manera de orar, en la cual, demás de las ordinarias oraciones, pongáis las que son más propias para los días de fiesta más solemnes y para el tiempo de mayor necesidad, para que puedan ser presentadas á Dios Nuestro Señor de mi pequeña familia congregada, con

mayor uniformidad, vos haríades una obra de piedad, porque no tenemos aquí persona de quien podamos tomar consejo, ni embarazo para no poder emplear las horas que quisiéremos en servicio de Dios. Si hubiese alguna buena obra y propia del estado de una encarcelada, en latín ó en otra lengua vulgar, yo os ruego que la hayáis y la deis á mi Embajador y que le encarguéis que me la envíe, y que toméis trabajo de visitar á mis pobres estudiantes [1] y de encomendarles que hagan oración por mí, teniendo cuenta de hacerla vos también y de procurar que hagan lo mismo los Padres de vuestro colegio, en cuyas oraciones y sacrificios mucho me encomiendo, porque yo de mi parte ofreceré á Dios mis oraciones, aunque simples é indignas, por la conservación de vuestra santa Compañía en su servicio. Suplico á su Majestad me dé gracia de vivir y morir en Él.—De Carlisle, á 9 de Junio.—Vuestra buena amiga, *María,* Reina.»

II

ENTERADO mientras tanto Murray de la prisión de su hermana en Carlisle, y sabiendo ó adivinando los intentos de Isabel, apresuróse á escribir á ésta ofreciéndose á demostrar ante ella la culpabilidad de María Estuardo y la justicia de su deposición, y comprometiéndose á ser encerrado en la Torre de Londres si no presentaba las pruebas más evidentes.

Vió con esto Isabel completo su juego, y entendiéronse ella y Murray como de bastarda á bastardo, de traidora á traidor, de Reina usurpadora á Regente usurpador. Isabel aceptó el arbitraje afectando gran severidad para todos los actos de la rebelión, y vivo deseo de ver comprobada la inocencia de la Reina de Escocia, para poder sin escrúpulo alguno reponerla

en su trono. Y mientras esto decia de público, avisaba secretamente á Murray, que si eran suficientes las pruebas que trajese para demostrar la culpabilidad de María y perderla, ella le garantizaba con todo el poder de Inglaterra, no solo la regencia de Escocia, sino también la sucesión á esta corona en caso de morir el tierno Príncipe real.

Al propio tiempo enviaba con el mismo Lord Herries otra embajada á María, anunciándola que Murray se sometía á su arbitraje, y que si ella deseaba examinar el litigio de ambos, no era como juez, sino como amiga y hermana suya, y con el fin de reponerla en su trono, aun por fuerza de armas, si hacía patente su inocencia, ó arreglarlo todo entre Murray y sus súbditos, sin escándalos ni disturbios, en el caso de que éstos alegasen alguna razón fundada que disculpase ó atenuase su rebelión. Tres condiciones ponía para esto. Que María rompiese toda alianza con Francia. Que nunca hiciera valer sus derechos á la corona de Inglaterra en vida de Isabel. Que renunciase al catolicismo y admitiese en Escocia la liturgia anglicana.

María Estuardo rehusó, y la Reina de Inglaterra, no creyéndola entonces bien guardada en Carlisle, mandó trasladarla, no obstante sus protestas, al castillo de Bolton, más lejos de la

frontera de Escocia, en el condado de York. Allí maquinó la perfidia de Isabel otro medio diabólico de deshonrar á María ante sus súbditos católicos y ante las cortes de Francia y España, que era el primero y más principal de sus afanes. Habíale negado desde su llegada á Carlisle un sacerdote católico que la asistiese; mas imaginó entonces, y así lo hizo, hacer entrar públicamente en las habitaciones de la Reina á un ministro protestante, que con arte y disimulo platicase con ella, y rezara luego como al descuido en su presencia algunos de sus salmos y oraciones: con lo cual publicaron al punto los herejes por todas partes, que la Reina de Escocia comunicaba ya con los de su secta, y se hallaba dispuesta á abjurar.

Supo al cabo María el infame lazo que la habían tendido, y protestó indignada en público y en privado, y escribió al Papa San Pío V la siguiente carta, que publicamos según la traducción que hizo el P. Rivadeneira de su original latino, y en la cual da la misma Reina al Papa cuenta del hecho.

«Beatísimo Padre: Después de besar los santísimos pies de vuestra Beatitud, habiendo sido yo avisada de que mis rebeldes, y los que los favorecen y entretienen en sus tierras, han tenido sus tratos é inteligencias, de manera que han

procurado dar á entender al Rey de España, mi señor y buen hermano, que yo estoy mudada en la religión católica; aunque estos días pasados he escrito á vuestra Santidad para besar humildemente sus pies y encomendarle mi persona, he querido escribir esta carta, y por ella suplicarle que me tenga por hija devotísima y obedientísima de la santa Iglesia católica romana, y que no crea á las falsas relaciones que de mí habrán venido, ó por ventura vendrán á sus oídos, por instigación de los sobredichos mis rebeldes y otros de su misma secta, que publican que yo he mudado religión, para privarme de la gracia de vuestra Santidad y de los otros príncipes católicos. Atraviesa esto mi corazón de suerte, que no he podido dejar de escribir de nuevo á vuestra Beatitud para quejarme del agravio é injuria que me hacen. Suplícole que se digne escribir en mi favor á los príncipes cristianos, que son devotos y obedientes hijos de vuestra Santidad, y que los exhorte que interpongan su autoridad con la Reina de Inglaterra, en cuyo poder yo ahora estoy, y que le pidan que me deje salir fuera de su reino, en el cual yo entré asegurada de sus promesas, para pedirle socorro contra mis rebeldes. Y si todavía me quiere tener, y en ninguna manera me quiere dejar, que á lo menos me deje ejercitar mi reli-

gión, lo cual me ha vedado y prohibido desde que yo entré en este reino. Y quiero que vuestra Santidad sepa la astucia que mis enemigos han usado para dar color á sus calumnias contra mí. Hicieron que un ministro hereje entrase en el mismo lugar en que yo estoy estrechamente guardada, y algunas veces rezase sus oraciones en lengua vulgar; y como yo no estoy en mi libertad, ni me permiten usar de mi religión, no se me daba nada de oírlas, creyendo que no erraría en ello; pero si en esto ó en cualquiera otra cosa hubiere errado, yo, Padre Santísimo, pido á vuestra Santidad misericordia y le suplico me perdone y absuelva, y esté cierto que jamás no he tenido otra voluntad sino vivir constantemente como hija devotísima de la santa Iglesia romana, en la cual yo quiero vivir y morir, conforme á los consejos y mandatos de vuestra Santidad, y me ofrezco de recatarme y de hacer tal penitencia para enmienda de mis culpas, que todos los príncipes católicos, y especialmente vuestra Santidad, como padre y señor de todos, tengan entera satisfacción de mí. Entre tanto beso los pies de vuestra Santidad, y suplico á Dios que le guarde muchos años para beneficio de su santa Iglesia. Escrita en el castillo de Bolton, el último día de Noviembre de 1568.—De vuestra Santidad devo-

tísima y obedientísima hija, *María*, Reina de Escocia y viuda del Rey de Francia.»

Dos meses duraron todavía aquellas negociaciones entre ambas Reinas, Isabel siempre hipócrita y artera, María siempre firme y resuelta á no justificarse ante nadie que no fuese la propia Reina de Inglaterra. Mas de repente, y cuando menos lo pensaba la bastarda de Enrique VIII, cedió María en su resolución, y protestando siempre de que en nada dañaría aquel acto ni á su fe de católica, ni á sus derechos de reina, ni á su honor de mujer, ni á su cualidad de heredera de la corona de Inglaterra, consintió en someter sus disensiones con sus súbditos rebeldes á los comisionados que Isabel nombrara. Apresuróse entonces ésta á fijar el día 4 de Octubre para la reunión de los comisionados de ambas partes, que habían de juntarse en York. Murray vino en persona trayendo los suyos; María nombró los que le correspondían entre sus más fieles partidarios, y la Reina de Inglaterra designó á Sir Ralph Sadler y al Conde de Sussex, y como presidente de todos ellos al Duque de Norfolk.

En este gran personaje estaba, sin embargo, todo el secreto de la repentina mutación de María. Era Tomás Howard cuarto Duque de Norfolk, el primer noble de Inglaterra: contaba solo

treinta y dos años, y sus riquezas inmensas, su poder y sus nobles prendas personales hacíanle enemigo temible ó aliado poderoso, hasta para la misma Reina de Inglaterra. Y sucedió pués, que, ya fuese por ambición, como dicen unos, ya fuese, como parece más verosímil y así debe creerse, por vehementísima pasión que los encantos y desgracias de María Estuardo le inspiraron, es lo cierto que el poderoso Norfolk decidió consagrar todo su poder y toda su influencia á la caballeresca empresa de libertar á la Reina de Escocia y reponerla en su trono, con la mira siempre de contraer con ella matrimonio.

Sirvió de intermediaria entre María y Norfolk la hermana de éste, Lady Scroope, que como dijimos anteriormente, fué comisionada por Isabel para recibir á la Reina de Escocia en Carlisle y la había acompañado luego al castillo de Bolton, que era propiedad señorial de los Scroope. Norfolk propuso á María por medio de Lady Scroope un plan, que consistía en destruír las maquinaciones de Isabel, arreglándose ella misma con Murray. La Reina de Escocia solo debía por el pronto aceptar la intervención de Isabel en la forma arriba dicha. Norfolk se encargaría luego de inducir á Murray á que propusiese él mismo á María desistir él de toda clase de acusaciones y escándalos, á trueque de

que confirmase ella la abdicación de Lochleven y se aviniera á vivir en Inglaterra bajo la protección de Isabel, con una renta adecuada á la altura de su rango. Una vez desembarazados de este modo de Isabel, Norfolk se comprometía á desembarazar á María también del otro traidor Murray, conduciéndola triunfalmente á Escocia, donde podía revocar su abdicación, tan nula en Lochleven como en York, puesto que tan prisionera se hallaba en Escocia al hacerla, como lo estaba en Inglaterra al confirmarla.

Aceptó María este plan con grandes esperanzas, y avistóse entonces Norfolk con Murray secretamente, por la noche, en una apartada galería de la misma casa del Duque. Descubrió allí Norfolk al bastardo todas las sinuosidades de la política de Isabel, y de tal manera logró convencerle y reducirle á sus miras, que desde luego limitó Murray en las conferencias del 4 y 8 de Octubre sus acusaciones contra la Reina, á vagas apreciaciones sobre su casamiento con Bothwell y los peligros á que había expuesto al Príncipe real, y á los pocos días envió á Roberto Melvil secretamente á Bolton para hacer á María la propuesta que ya Norfolk le tenía anunciada.

Acogióla María según lo convenido, y todo podía ya darse por terminado después de este

arreglo secreto entre la Reina de Escocia y su hermano bastardo. Mas no se dormía la suspicacia de Isabel, y enterada en parte del proyecto por los espías y traidores que siempre abundan, trasladó repentinamente las conferencias de York á Westminster, con pretexto de seguir de más cerca negocio tan delicado y poder ultimarlo con más premura. Entonces Isabel, la púdica vestal que había creído contaminar su honor recibiendo ella misma la justificación de María Estuardo, no creyó mancharse teniendo varias conferencias con Murray, el hermano bastardo, el súbdito rebelde y Regente usurpador, verdadero responsable de los crímenes que atribuían á la desdichada María.

Pidióle pués Isabel agriamente cuenta de su conducta y de sus tratos con Norfolk, y amenazóle con desposeerlo al punto de la regencia de Escocia si no se decidía á formular en la próxima conferencia del 25 de Noviembre todas aquellas terribles acusaciones que tenía preparadas contra su hermana.

Vióse entonces Murray cogido entre las nuevas exigencias de Isabel y su compromiso ya pactado en York; y en la necesidad de ser traidor á una ú otra parte, optó por vender á la que creía más débil: á Norfolk y á María Estuardo. Decidióse pués el bastardo á vaciar el inmundo

saco de sus calumnias, y formuló en Westminster, ante los comisionados de Isabel, todas las que le habían servido para difamar á María en Escocia, con el consiguiente séquito de inicuos atestados y falsas comprobaciones.

Había Isabel unido á sus comisarios, con pérfida previsión, á los Condes de Northumberland y de Westmoreland y á todos los grandes señores católicos en cuyos ánimos quería perder á la Reina de Escocia, y en presencia de todos ellos se examinó y se dió por cierta aquella cáfila de mentiras y calumnias. Pudo aquí Isabel terminar tan infame enredo, porque su intento de presentar á María en Inglaterra y en toda Europa bajo el peso de terrible acusación, habíalo ya logrado. Mas todavía quiso su falsedad dar un último golpe, y escribió hipócritamente á María el 21 de Diciembre dándole cuenta de dichas acusaciones, y añadiendo que «la amistad, el parentesco y la justicia la inclinaban á encubrir todas aquellas cosas y á suspender su juicio, á fin de no perjudicarla, hasta saber lo que tenía ella que responder.»

Revolvióse entonces María contra aquel humillante papel de acusada que le adjudicaba Isabel, y sin dignarse contestarle á ella, escribió á sus comisionados, que presentasen ante la comisión la larga lista de cargos y agravios que

tenía contra los rebeldes de Escocia; pero que no respondiesen una palabra á las acusaciones de Murray, porque jamás consentiría su dignidad de reina contestar á las acusaciones de un súbdito rebelde y traidor.

Quiso entonces Isabel terminarlo todo, proponiendo á María como único arreglo posible, que confirmase su abdicación de Lochleven. Mas la Reina rehusó con grande energía esta falsa propuesta, que le hubiera hecho en cierto modo confirmar las calumnias de Murray, diciendo «que jamás le hablasen de abdicación, porque estaba resuelta á morir antes que hacerla, y que la última palabra que pronunciase en la vida, había de ser la de una Reina de Escocia.»

Tuvo pués que contentarse Isabel por entonces con aquella difamación de su rival, y diólo todo por terminado, haciendo declarar á su Consejo el 10 de Enero de 1568 este fallo tan monstruoso como rídiculo: «Nada ha sido alegado contra Murray y sus parciales que pueda vulnerar su honor y sus deberes de súbditos. Murray y sus parciales no han probado su proposición contra la Reina de Escocia, lo bastante para que la Reina de Inglaterra pueda formar una mala opinión de su buena hermana, en ningún género de cosas.»

Después de esto volvióse Murray á Escocia con 25.000 libras que le dió Isabel para ayuda de costas y remedio de apuros, y María fué trasladada del castillo de Bolton al de Tutbury, en el condado de Stafford. Separaron también de su lado á los Scroope, hechos ya sospechosos, y fué confiada su guarda á Jorge Talbot, Conde de Shrewsbury.

III

nadie engañó la refinada hipocresía de Isabel en sus tratos con María Estuardo, y sucedióle en su intento de difamarla lo que al ladrón que carga con demasiada pólvora su arma, y le revienta ésta en la mano, y se le escapa la presa, y se encuentra él mismo herido y maltrecho.

Su atentado contra la dignidad real, al detener á María, había sido tan enorme, su ensañamiento al retenerla prisionera tan patente, su envidia al pretender difamarla tan manifiesta, y su imprudencia al justificar á los rebeldes de Escocia tan imprevisora y funesta para los demás Príncipes, que lejos de perjudicar á María las inicuas comedias de York y Westminster, rea-

vivaron por el contrario el interés que por ella se tomaban así las cortes de Roma, España y Francia, como los súbditos católicos de Inglaterra y Escocia; y fué lo más notable, que los mismos Condes de Northumberland y Westmoreland, nombrados por Isabel para examinar las piezas calumniosas del proceso de María, fueron los primeros en proclamar su inocencia y tomar las armas para defenderla.

La fermentación era en efecto extrema en ambos reinos, y no tardó en tomar proporciones alarmantes. Levantáronse los partidarios de María en Escocia con tan recio empuje, que asustado Murray, vióse en la precisión de pedir á Isabel socorros. Al mismo tiempo replegábanse á bandadas los católicos ingleses hacia los condados del Norte, donde en actitud amenazadora esperaban ya los Condes de Northumberland y Westmoreland y otros grandes señores católicos, puestos de acuerdo con el gran Duque de Alba, gobernador entonces de los Países Bajos.

El Papa San Pío V había escrito á Felipe II aconsejándole y pidiéndole una invasión en Inglaterra, y de la Embajada española en Londres salieron entonces dineros en abundancia para el Conde de Arundel, que marchaba á unirse con los católicos situados en el Norte, y

para la misma María Estuardo, que continuaba encerrada en el castillo de Tutbury. También dirigió el Papa con fecha del 3 de Noviembre un Breve al gran Duque de Alba, exhortándole á no dejar pasar aquella ocasión de restablecer el catolicismo en Inglaterra y de libertar á la Reina de Escocia. «Conjuramos tu nobleza, le decía, y te suplicamos con toda nuestra alma que no omitas nada para poner en libertad á nuestra querida hija en Jesucristo, la Reina de Escocia, y restablecerla, si posible fuese, en su trono. Tu nobleza no podría emprender nada tan agradable y tan útil á Dios Todopoderoso como libertar á esta Reina, que tanto ha merecido de la Fe católica y que se encuentra oprimida por el poder de sus enemigos herejes.»

Alarmaba todo esto á Isabel hasta el punto de creerse á veces perdida, y revolvía á todas partes los ojos buscando los medios de salir del apuro, sin soltar por eso á su presa, cuando un suceso, desde mucho tiempo atrás meditado y prevenido, vino á despertar en ella aquellas horrendas cóleras que hacían temblar la Inglaterra entera ante la terrible bastarda de Enrique VIII. En la mañana del día del Corpus apareció clavada en la puerta misma del obispo hereje de Londres la formidable bula de San Pío V excomulgando á Isabel como hereje con-

tumaz y fautora de herejes, deponiéndola del trono de Inglaterra, y absolviendo á sus vasallos del juramento de fidelidad y obediencia.

Imposible había sido hasta entonces promulgar en Inglaterra aquella famosa bula, fechada el 25 de Febrero de 1569; mas comprometióse con valor heróico á clavarla en la misma puerta del obispo hereje un caballero inglés llamado Juan Felton, ayudado en su temeraria empresa por un español, prebendado de Tarragona, que tenía por nombre Pedro Berga. Leyéronla allí muchos y sacaron numerosas copias, que desde Londres se difundieron por toda Inglaterra. La bula decía: «Y porque sería muy dificultoso llevar estas presentes letras á todas las partes donde serán menester, queremos que el traslado de ellas, firmado de mano de algún escribano público y sellado con el sello de algún Prelado eclesiástico ó de su audiencia, tenga la misma fe en juicio y fuera de él en cualquiera parte que tendría el mismo original si se exhibiese ó mostrase.»

Embravecióse como una pantera Isabel, herida en lo más vivo de su soberbia, y comenzaron á caer en torno suyo víctimas sin cuento. Fué la primera el valiente Juan Felton [2], al cual ahorcaron, y vivo todavía le arrancaron las entrañas y le hicieron cuartos. Publicóse entonces

aquella ley atroz que establece los siguientes artículos:

1.º Que ninguno, so pena de la vida, llame á Isabel hereje, cismática, infiel ó usurpadora del reino.

2.º Que ninguno nombre á persona alguna ni diga que debe ser sucesora del reino, ni viviendo la Reina ni después de sus días, si no fuese hijo ó hija natural de la misma Reina.

3.º Que so pena de perdimiento de bienes y cárcel perpetua, ninguno lleve, acepte ni traiga consigo cosa de devoción traída de Roma, como *Agnus Dei,* cruces, imágenes, cuentas benditas ú otra cualquiera, bendecida del Papa ó por su autoridad.

4.º Que so pena de la cabeza, ninguno traiga bula, ni breve, ni letra del Papa, ni absuelva á nadie de herejía ó cisma, ni le reconcilie á la Iglesia romana, ni se deje absolver ni reconciliar.

Mientras tanto, los católicos ingleses con los Condes de Northumberland y Westmoreland al frente, levantaban su bandera en Bransepath y repartían sus proclamas por todas partes, reconociendo en ellas lo primero la autoridad de Isabel y pidiendo tan solo la restauración del catolicismo en Inglaterra, la libertad de María Estuardo, su reconocimiento como heredera legítima de la corona de Inglaterra y el des-

tierro del ministro Cecil y de todos aquellos *hombres nuevos* que extraviaban, según ellos, el ánimo de la Reina y la hacían ensañarse en sangrientas persecuciones contra los católicos. He aquí la primera de estas proclamas según la traducción literal existente en el archivo de Simancas:

«Nós, Tomás, Conde de Northumberland, y Carlos, Conde de Westmoreland, leales vasallos de la Reina, hacemos saber á todos los de la antigua religión católica que nosotros con otras muchas personas bien dispuestas, tanto de la nobleza como otras, habemos prometido nuestra fe en seguridad de nuestra buena intención, á causa de que diversas personas desordenadas y mal dispuestas que están al derredor de la majestad de la Reina, por sus prácticas y acciones sutiles y mal intencionadas, desean verificar nuestra ruina y destruír de todo punto en nuestro reino la verdadera religión católica, abusando para ello del poder y de la persona de la Reina, llenando de muertes y desórdenes el reino. Bien seguros de que muy pronto los mismos buscarán y procurarán la ruina de toda la nobleza, nos hemos juntado para resistir con la fuerza, y principalmente con la ayuda de Dios. Estad seguros de que tendréis buenos Príncipes, restableciendo todas las antiguas

libertades de la Iglesia de Dios y de nuestro reino. Y si nosotros no lo hiciéramos, seríamos reformados por extranjeros con grande detrimento de nuestros Estados y del país á que pertenecemos. Dios salve á la Reina.—TOMÁS, *Conde de Northumberland.—El Conde de Westmoreland.*—CRISTOBAL N. DUEL.—RICARDO NORTUM.—FRANCISCO NORTUM.—EGMUNDO RATEIS, etc.»

El llamamiento de los dos poderosos Condes católicos tuvo grande eco por todas partes, y bien pronto vieron reunidos más de 500 caballos y 6.000 infantes en torno de su bandera. Consistía ésta en un rico estandarte con la imagen de Jesucristo crucificado, bordada en medio. Llevábala con grande veneración el viejo Ricardo Nortum, uno de los hombres más respetados y valientes de Inglaterra.

Dirigiéronse desde luego á Durham, y el pueblo se les unió y les abrió de par en par las puertas. Posesionados de la Catedral, quemaron públicamente la Biblia herética, rompieron el comulgatorio de los herejes y restablecieron el culto católico. Nadie había en todo el Norte capaz de resistir á las tropas de los dos Condes en campo abierto, y pudieron por lo tanto apoderarse sucesivamente de Richmond, Alberton y Riper y del puerto de Hartlepool,

que fortificaron y previnieron para el desembarco de los refuerzos que el Duque de Alba había de mandarles. Mas las vacilaciones de éste, que se resistía á enviar los refuerzos hasta no ser ya un hecho la libertad de María Estuardo, malograron la empresa; y cuando los 5.000 hombres que tenía preparados con todos sus pertrechos de artillería y municiones fueron á embarcarse, ya les tenían cortado por completo el paso de Calais siete grandes navíos que había enviado allí la Reina de Inglaterra.

La inminencia del peligro había despertado las energías de ésta con todas sus crueldades y trapacerías, y pretendió y consiguió en efecto ahogar en sangre la rebelión. Dispuso por primera providencia trasladar á María Estuardo del castillo de Tutbury al de Conventry, plaza fuerte en el condado de Warwich, donde podían tenerla al abrigo de cualquier golpe de mano. Y tan sañudo era su encono y tan desapoderada su ira, que según una carta de Leicester citada por Tytler, llevaban sus guardianes la bárbara orden de asesinarla, si los católicos triunfaban y podía por su industria ser puesta en libertad.

Sembró luego el terror entre los católicos del reino con prisiones arbitrarias, tormentos horribles y muertes cruentas, y exaltando el fanatismo de los suyos y derramando á manos

llenas el dinero, cosa que tanto costaba á su natural avariento, cerró la entrada á los socorros del Duque de Alba con los siete navíos de guerra que colocó en el paso de Calais, y logró al cabo rodear á los católicos y hacerles retroceder hasta Durham. Desesperanzados allí los dos Condes de recibir ya auxilio alguno de los españoles, licenciaron sus tropas proveyendo en lo posible á su seguridad, y pasaron por diversas partes la frontera de Escocia. Westmoreland encontró asilo seguro en los *clans* ó tribus de Sott, Ker, Hume y Jhonston, partidarias todas de María, y de allí pasó á Flandes; mas el desdichado Northumberland cayó en manos de un bandido llamado Hecky Armstrong, al cual lo compró Murray por dinero, para encerrarlo en el castillo de Lochleven, antigua prisión de María, y guardarlo como rehén precioso que muy en breve pensaba utilizar.

Respiró al fin Isabel, una vez pasado el peligro, y aquella dura experiencia hízola reflexionar en las quiebras que podría traer para ella el conservar por mucho tiempo en sus Estados una prisionera tan temible y peligrosa como María Estuardo. Comenzó pués á cavilar la pérfida bastarda en cómo se desharía de ella sin riesgo ni ignominia, é imaginó entonces hacer

con Murray un horrible trato, que solo su hipócrita crueldad femenina hubiera podido concebir. Isabel reclamó del Regente de Escocia la extradición de Northumberland, para hacerlo decapitar, y Murray se ofreció á entregárselo si ella le enviaba en trueque á María, *para conservarla en Escocia, de tal manera guardada, que nunca jamás fuera causa de perturbación en ninguno de los dos reinos.*

Entendiéronse los dos bastardos, y quedó hecho el nefando trato; pero un trágico suceso providencialmente deparado vino á salvar por entonces las vidas de Northumberland [3] y María Estuardo. El 23 de Enero de 1570 Murray fué asesinado en las calles de Linlithgow: el caso fué de esta manera.

Jacobo Hamilton de Bothwell Haugh, de la noble familia de los Hamilton, y uno de los más ardientes partidarios de María, fué hecho prisionero de Murray en la batalla de Langside, y confiscados todos sus bienes, según la ley de aquellas guerras civiles, que enriquecía á los vencedores con los despojos del vencido. Poseía la mujer de Jacobo Hamilton unas tierrecillas á orillas del Esk, y allí se había retirado ésta en la confianza de que aquellos bienes no entrarían en la confiscación, por ser exclusiva de ella la propiedad. Mas ni aun este mísero resto

de su brillante fortuna quiso dejarle el rencoroso Murray, y adjudicó el dominio de Woodhauselee, que así se titulaban las tierras, á uno de sus favoritos llamado Belleden. Este hombre malvado y sin entrañas, quiso coronar la injusticia con la crueldad: presentóse pués una noche de invierno en Woodhauselee, y sin respeto á la dignidad de la señora ni compasión á su desgracia, arrojóla medio desnuda y tal como estaba, en mitad del campo. Sola y desamparada la infeliz señora, vagó toda la noche por un bosque vecino, y allí la encontraron á la mañana siguiente, extenuada y espirante y loca por el terror.

El deseo de vengarse embargó por completo desde aquel instante á Jacobo Hamilton, y ya no tuvo otro pensamiento que el de vengar en la persona de Murray el ultraje hecho á su esposa. Siguióle paso á paso á todas partes, con la perseverancia del hombre que odia y la amarga paciencia del rencor, acechando siempre una ocasión propicia, que se le presentó al cabo en Stirling. Volvía el bastardo de recorrer triunfalmente aquel condado, y al dirigirse á Edimburgo debía atravesar el pueblo de Linlithgow. Tenía allí una casa el Arzobispo de San Andrés, tío de Jacobo Hamilton, situada en la calle Mayor, por donde había de pasar el

Regente. Corrió Jacobo Hamilton sin pérdida de tiempo á Linlithgow y llegó cuatro horas antes que Murray. Era aquel pueblo muy presbiteriano, y encontrólo ya Jacobo todo en conmoción, dispuesto á recibir en triunfo al Regente.

Entró Jacobo Hamilton á hurtadillas en la casa del Arzobispo, que estaba deshabitada, por una puerta trasera que daba á una huerta, y dejó en ella preparado otro caballo de refresco, para emprender la fuga una vez consumada la venganza. Ocupóse luego en reforzar la puerta de entrada con grandes barricadas, que detuviesen el primer empuje de la multitud que había de perseguirle. Tenía la casa una gran galería de madera, cubierta y muy saliente, que daba á la calle Mayor, por donde había de pasar Murray, y en ella colocó Jacobo Hamilton su centro de operaciones: esparció por el suelo las plumas de un colchón para ahogar el ruido de sus pasos; colgó en la pared del fondo un gran paño negro para evitar la proyección de su sombra; cargó su arcabuz con cuatro balas, y esperó pacientemente.

Hervía en la calle la muchedumbre y rebosaban las ventanas gente deseosa de saludar al bastardo. Resonaron al fin grandes aclamaciones al principio de la calle, y Jacobo Hamilton

se incorporó con el arcabuz en la mano. Vió en efecto adelantarse pausadamente al cortejo, Murray delante, á caballo, seguido y rodeado de una gran multitud que embarazaba la marcha. Caminaba pués muy despacio y la misma afluencia de gente obligábale á veces á detener el caballo, distribuyendo hacia todas partes saludos y sonrisas. Jacobo Hamilton, rebosando saña pronta ya á satisfacerse, veíale acercarse inmóvil como una estatua. Al llegar frente á la casa del Arzobispo, quiso la desgracia de Murray que un remolino de gente le detuviese el caballo algunos segundos, y bastaron éstos á Jacobo Hamilton para enfilarle el arcabuz con certera puntería. Sonó la detonación, y Murray cayó del caballo con las cuatro balas en el vientre.

Pasado el primer momento de estupor y espanto, la multitud furiosa pretendió invadir la casa del Arzobispo para arrastrar al asesino. Mas ya Jacobo Hamilton había huído por la puerta del huerto en el caballo preparado, y estaba fuera de su alcance.

Algunas horas después murió Murray, en aquel mismo día 23 de Enero de 1570.

IV

EL *signor* Roberto Ridolfi era un viejecito alegre, vivaracho, decidor, atento y obsequioso con los grandes, afable y complaciente con todo el mundo. Su cualidad de banquero y presidente ó director de la compañía de mercaderes italianos residentes en Londres, poníanle en relación con la gente de la banca y del comercio, y las gruesas sumas que á módico interés prestaba á los señores de la nobleza, dábanle influencia y entrada con los principales caballeros de la corte y con los hombres del gobierno.

Pues sucedió que á fines de Marzo de 1571 el signor Ridolfi arregló y pagó las cuentas de su banca como para una larga ausencia, y comenzó sus visitas de despedida. Tuvo largas

conferencias con el Embajador de España, con el Obispo de Ross, encargado en Londres de los negocios de María Estuardo, con el Duque de Norfolk, con Lord Lumley, yerno del Conde de Arundel, y con otros grandes señores de mucha cuenta. Todo muy natural, en persona de tantos negocios é influencia.

Cumplidos estos deberes de prudencia y cortesía, el signor Ridolfi salió una noche de Londres con todo el aparato de un rico mercader, y amaneció á los pocos días, con todas las trazas de un pobre buhonero, á las puertas del castillo de Chatsworth, donde á la sazón se hallaba encerrada María Estuardo, bajo la guarda, más que benigna, del noble Conde de Shrewsburg. Era la Condesa católica oculta y muy adicta entonces á María, aunque hubo de darla más tarde serios disgustos; y ya fuese que encantasen á la Shrewsburg las baratijas de los buhoneros, ya que quisiese distraer con ellas por un momento los graves pesares de la Reina, es lo cierto que admitió al punto á su presencia al que llegaba, y ella misma le llevó á la de María Estuardo. Conferenció ésta largo tiempo con el buhonero, sin que Lady Shrewsburg desamparase la pieza vecina, y aquel mismo día desapareció aquél de Chatsworth lo mismo que había venido, para darse á luz otra vez, con todo

el aparato del signor Ridolfi, á bordo de una galera veneciana que hacía rumbo á Dunquerque.

Los sabuesos de Isabel, con ser tan finos, dejaron escapar en esta ocasión una preciosa pista; porque el signor Roberto Ridolfi era, además de rico banquero y honrado comerciante, un italiano astutísimo y corrido, conspirador de primera fuerza y agente secreto y activo corresponsal en Londres del Santo Padre San Pío V. Si los esbirros de Isabel hubiesen registrado el equipaje y la persona del signor Roberto Ridolfi, hubieran cogido el plan completo y detallado de la nueva conspiración urdida por el Duque de Norfolk, constante enamorado de María, y por el Obispo de Ross, su fiel servidor de siempre, para libertarla de su prisión inicua.

Tratábase nada menos que de prender por un golpe de mano á la Reina Isabel y á los señores de su Consejo y encerrarlos en la Torre de Londres: casar á María Estuardo con el Duque de Norfolk, y restablecer al punto el catolicismo en los dos reinos de Escocia é Inglaterra. Pedíase para ello el auxilio del Papa y de Felipe II, y contábase ya con el apoyo de los más poderosos señores de Inglaterra y el de los partidarios de María en Escocia, que á la muerte de Murray habíanse alzado otra vez numerosos y pujantes.

El Duque de Norfolk pedía al Rey de España

para esta empresa 6.000 arcabuceros, 4.000 arcabuces, 2.000 corazas y 25 piezas de artillería, con las municiones y dineros necesarios. Comprometíase por su parte á levantar en Inglaterra 3.000 hombres de á caballo y 20.000 de á pie, y á encargarse él de la peligrosa empresa de prender á la Reina y á sus consejeros y de poner en libertad á María Estuardo. Comprometíase también á mantenerse firme por cuarenta días en sus tierras de Norfolk, fronteras á la costa de Holanda, para proteger el desembarco de las tropas que desde Flandes había de mandarle el Duque de Alba.

Ridolfi llevaba plenos poderes de la Reina de Escocia y del Duque de Norfolk para presentar todo este plan al Duque de Alba, á San Pío V y á Felipe II, con instrucciones detalladísimas, y este era el objeto de su misterioso viaje. Dirigióse en efecto Ridolfi primeramente á Bruselas, para ver allí al Duque de Alba, pensando marchar luego á Roma para avistarse con el Padre Santo, y dar por último la vuelta por España para tratar el asunto con Felipe II.

Era el gran Duque de Alba parco en palabras y generoso en obras, al estilo de aquellos antiguos españoles de que dijo alguno: *Eran en sus fazañas, largos para facellas y cortos para contallas.* Desagradóle pués la pomposa

charla de Ridolfi, y calificóle, en sus cartas á Felipe II, de *harto liberal en el hablar.*

Escuchóle, sin embargo, con grande interés su embajada, y sin dejar escapar su opinión propia, contestó vagamente á Ridolfi. «Solamente le dije en términos generales, escribía á Felipe II, que él podía asegurar á la Reina de Escocia y Duque de Norfolk, que V. M. ninguna cosa desearía tanto como verlos fuera de trabajo, y á la dicha Reina restituída en lo que le pertenecía, y la religión católica del todo restaurada, y los que padescen á causa della consolados, y que allende de esto, yo sabía (como otras veces había declarado) que V. M. en esto no pretendía ningún interés, ni quería que la Reina se casase en otra parte que en Inglaterra ó Escocia con quien más le paresciese, con tal que fuese un personaje católico, y con quien S. M. pudiese hacer cuenta que tenía buena voluntad; mas que un punto principal le quería yo prevenir por haverme él dicho que quería pasar por Francia; que pues amava las vidas de la dicha Reina y Duque y todos sus benévolos, le importava á ella y á todos ellos que él guardase secreto so pena de ser causa de su ruyna, como tengo por cierto que lo sería.»

Bastó esto solo para entusiasmar á Ridolfi, y apresuróse á enviar desde Bruselas cinco des-

pachos á María Estuardo, al Obispo de Ross, al Duque de Norfolk, al Embajador de España y á Lord Lumley anunciándoles las buenas disposiciones en que había encontrado al de Alba. Sirvióse para cifrar estas cartas de un librero flamenco llamado Carlos Bailly, hombre de toda confianza del Obispo de Ross; y el buen Ridolfi, *harto liberal en el hablar,* confióle sin duda al librero sobre el complot algo más seguramente de lo que le hubiera dicho el de Alba.

Prosiguió Ridolfi su viaje para Roma á fines de Abril, y el día 7 de Mayo escribió el Duque de Alba á Felipe II una carta de veinte pliegos, que se conserva en el archivo de Simancas, dándole su opinión sobre los planes de Norfolk. Aprobábalos el Duque en absoluto en cuanto á sus fines, y hacía presente á Felipe la obligación en que estaba, como Rey católico, de ayudar á la santa empresa de libertar á la Reina de Escocia y de no desperdiciar la ocasión de restablecer el catolicismo en aquellos reinos. Aprobaba también el matrimonio de María con Norfolk, «el cual, escribía Alba, trabajava todo lo que podía en descifrar y ser buen católico, como jamás dexó de serlo, si bien fué forzado de disimular por un tiempo, pero que todas sus acciones y especialmente la crianza de sus hijos davan testimonio dello.»

En cuanto á los medios de acometer la empresa, no juzgaba el Duque prudente que Felipe lo hiciese desde luego á cara descubierta, porque bastaría esto solo para poner en contra á los alemanes, por odio sectario, y al Rey de Francia por temores de que fuesen los intentos de Felipe conquistar la Inglaterra. Pero en el caso de que Norfolk se hubiera apoderado ya de la Reina Isabel, ó muriese ésta de muerte natural ó de cualquiera otra muerte, cesaban ya todas las dificultades, puesto que nadie podría atribuír entonces otros intentos á Felipe, que el de apoyar los derechos de María Estuardo á la corona de Inglaterra.

«Y así me paresce, escribía el Duque á Felipe, que en tal caso de la muerte de la Reina de Inglaterra, natural ó de otra manera, ó que ella estuviese en poder del dicho Duque de Norfolk, V. M. no devría dexar escapar una tan buena ocasión, para llegar al fin que pretende, de la restitución de nuestra santa fee católica en estas islas y del reposo de sus Estados para lo venidero, y que conforme á esto podría responder, que en los términos que las cosas están agora, no conviene ni á V. M. ni á ellos, que V. M. los assista para comenzar esta empresa, pero que los quiere bien prometer que succediendo uno de los tres casos susdichos, es á saber, de

la muerte de la dicha Reina natural, ó de otra manera, ó que ella cayesse en su poder, los hará assistir de parte de estos países, con los 6.000 hombres que ellos piden, con tal que de su parte haya la correspondencia que dicen, y que no solamente dentro de los cuarenta días que el dicho Duque de Norfolk dice poderse sustentar los hará echar dentro de su tierra, pero dentro de treinta y aun de veinticinco, si el viento fuera propicio, y que en tal caso ellos podrán acudir á mí ó á mi sucesor Lugarteniente de V. M. en estos Estados; que él tendrá orden y poder absoluto para todo: lo cual, Sire, á mi juicio tengo yo por tan loable y honroso á V. M. y tan fácil á executar, que cuando de improviso yo tuviese nuevas que el uno de los tres casos havía acontescido y ellos estuviessen en pie, no me paresce que yo devría poner dubda en executarlo, sin esperar otra comodidad ó mandamiento de V. M., haviendo cuenta que tal es la intención de V. M. y así lo pienso hacer succediendo el caso, si no me mandare el contrario.»

Salieron estas cartas de Bruselas el 7 de Mayo, y el día 22 teníalas ya en su poder Felipe II. Á mediados de Junio entró Ridolfi en España de vuelta de Roma, y el 28 fué recibido en Madrid por el Rey. Traía el italiano además de las credenciales de María Estuardo y de Nor-

folk, una carta del Santo Padre para Felipe, en que con apremiantes razones le suplicaba que otorgase á Ridolfi la más entera confianza y tomase á pechos el encargo que había de exponerle, concediendo los recursos que juzgase prudente. Oyóle Felipe con su circunspección ordinaria y remitióle al Escorial, donde le interrogó detenidamente el Duque de Feria, y donde se celebró un importante consejo el 7 de Julio, cuya minuta se conserva íntegra en el archivo de Simancas.

Asistieron al consejo el Duque de Feria, el Príncipe de Éboli, el Dr. Martín de Velasco, el gran Inquisidor Arzobispo de Sevilla, y el gran Prior de San Juan D. Hernando de Toledo. Debatióse la cuestión bajo sus varios aspectos, y todos convinieron en que era lo más prudente y ejecutivo remitirlo todo al Duque de Alba, para que obrase él según lo que juzgara más conveniente para el servicio de Dios y del Rey. Así lo escribió éste al de Alba y á su Embajador en Londres, encargándole de nuevo el mayor secreto, *porque una vez la cosa divulgada, sería poner el cuchillo en la garganta á la Reina de Escocia y al Duque de Norfolk.*

Por desgracia, la primera indiscreción de Ridolfi había ya levantado este cuchillo sobre la cabeza de Norfolk. El librero flamenco Bailly

fué detenido como sospechoso cuando traía á Inglaterra los cinco despachos que en Bruselas le confiara Ridolfi; y aunque la astucia y el valor del Obispo de Ross encontraron medio de apoderarse de las cinco cartas antes de que cayesen en manos de Cecil, Bailly fué conducido á la Torre de Londres y confesó en el tormento todo lo que Ridolfi, *tan liberal en el hablar*, le había revelado en Bruselas sobre la conspiración. No era esto lo bastante para descubrir la trama de ella; pero era lo suficiente para denunciar su existencia y para que Cecil se mantuviese al acecho y se atreviera á prender al Obispo de Ross y á mantenerle encerrado bajo estrecha vigilancia.

Una negra traición vino á poco á dar al traste con la bien maquinada empresa, y á desencadenar los peligros que Felipe II y el Duque de Alba habían señalado. Tenía Norfolk un secretario llamado Higford, que meditaba desde mucho tiempo atrás la ruina de su dueño. Había este miserable hecho un escondite bajo la cama del mismo Duque y allí iba depositando los papeles comprometedores que, después de descifrados y leídos, le mandaba quemar su dueño. Fué necesario por aquel entonces enviar dinero á los partidarios de María, que se mantenían firmes en Escocia, y Norfolk tuvo la malaven-

turada idea de dar á Higford el encargo. Dejóse prender este traidor, y una vez encerrado en la Torre de Londres, denunció á Cecil el escondite hecho por él mismo en la alcoba de Norfolk. Los papeles encontrados no podían ser más peligrosos. Estaba en primer lugar la cifra de que se servían Norfolk y María Estuardo en su correspondencia; la memoria relativa á la misión de Ridolfi con todo el plan de los conspiradores y sus nombres; diecinueve cartas de la Reina de Escocia y del Obispo de Ross dirigidas á Norfolk, y otra porción de cartas y papeles que comprometían más ó menos directamente á centenares de personas, así en Inglaterra como en Escocia.

Aquel fatal descubrimiento sembró el pánico en Londres y en todo el reino. La cólera de Isabel, terrible de suyo y hostigada por el frío ensañamiento de Cecil, estalló con todas sus felonías y crueldades. En veinticuatro horas prendieron y atormentaron los agentes de Cecil á todos los que comprometían los papeles de Norfolk, por muy remotamente que fuese. El Embajador de España fué expulsado del reino; María Estuardo incomunicada como el más vil criminal, en solas dos habitaciones del castillo de Chatsworth, y el Duque de Norfolk encerrado en la Torre de Londres.

Negó éste al pronto con grande entereza los cargos que le imputaban, creyendo que ninguna prueba podrían presentar en contra suya. Mas cuando vió delante de sí los papeles del escondite, que creía quemados mucho tiempo antes, y pudo comprender la negra traición de su secretario, apoderóse de él un amargo desaliento y ya no negó nada, ni se ocupó de otra cosa que de morir.

Un jurado de veintisiete Condes y Lores declaró al Duque de Norfolk culpable de alta traición, y en virtud de ello fué condenado á muerte. Firmó Isabel varias veces esta sentencia y otras tantas volvió á revocarla, poniendo en práctica las hipócritas trapacerías con que intentaba demostrar lo compasivo de su corazón y lo misericordioso de su justicia. Hacíala Cecil el juego induciéndola de continuo á firmar la sentencia. Fingió la Reina ceder al cabo; mas quiso antes consultar al Parlamento para encubrir su crueldad con la resolución de éste, y la Cámara de los Comunes, preparada por Cecil, declaró que la vida del Duque de Norfolk era incompatible con la seguridad de la Reina, y *que debía llevarse el hacha hasta la raíz del mal,* haciendo perecer también á María Estuardo. Fingió entonces Isabel consentir llena de dolor en la muerte de Norfolk, por dar gusto al Parlamento,

y firmó la sentencia; pero con respecto á la Reina de Escocia contestó con la refinada hipocresía de todos sus cálculos y la empalagosa cultura de los pisaverdes que hablaban *eufuismo* en su corte, *que repugnaba á su corazón dar muerte al pajarillo que se había refugiado en su seno, huyendo del buitre que le perseguía.*

V

RUZÁRONSE cartas muy duras entre las dos Reinas, Isabel y María, con motivo de la muerte del Duque de Norfolk. Tuvo aquélla la cínica osadía de escribir á la Reina de Escocia echándole en cara su ingratitud hacia ella, *que la había libertado de la persecución de sus súbditos y de una muerte ignominiosa,* y dejándola entrever la posibilidad de encontrarla muy cercana. Contestóla María con valerosa arrogancia, negando haber recibido de ella otra cosa que agravios y daños, enumerando la larga lista de unos y otros desde el momento de su llegada á Escocia, y despreciando altivamente sus rencores y amenazas. «Dios, le decía, que me ha dado hasta ahora paciencia para

sobrellevar la desgracia, me dará, si es necesario, valor para arrostrar la muerte.»

¡La muerte!... La muerte de María Estuardo era justamente la idea que batallaba sin cesar en la mente de Isabel y que á cada momento acogía ó desechaba, según que dominaba en ella lo fuerte de su rencor ó lo cobarde de su hipocresía. Resolvió pués acechar en emboscada la ocasión de deshacerse de María sin ignominia ni daño, y varió de táctica con ella. Dulcificó por de pronto el rigor de su cautiverio, sin descuidar por eso la vigilancia, y mientras parecía unas veces olvidarse de la existencia de la prisionera, entablaba otras con ella falsos tratos y arreglos encaminados á mantener en su ánimo la esperanza de libertad, é impedirla de este modo buscar aquella esperanza fuera de Inglaterra.

No tardó en presentarse la ocasión que su paciente odio acechaba. Por Agosto de 1572 ocurrió en París una catástrofe horrenda, con harta razón condenada y comentada por la historia; tragedia sangrienta en efecto, que por el enlace que tiene con nuestra historia referiremos, siguiendo paso á paso dos curiosos documentos que de ella tratan. Una carta remitida por el gran Duque de Alba al Conde de Boussu, gobernador de Holanda, encontrada en los ar-

chivos de Mons, y la «Relación del Duque de Anjóu,» después Enrique III, inserta en la colección Petitot.

El 22 de Agosto de 1572 el Almirante de Francia Gaspar de Coligny, jefe de los hugonotes, salió del Louvre á la hora de comer, y dirigióse á su casa por la calle de Bethisy. Iba el Almirante pausadamente leyendo una carta, y al pasar por la casa del canónigo Villemur, antiguo contador del Duque de Guisa, disparáronle un tiro de arcabuz con cuatro balas. Arrancóle una el pulgar de la mano derecha y atravesóle otra la palma de la izquierda, rompiéndole todos los huesos y viniéndole á salir dos dedos sobre el codo. La puerta principal de la casa estaba defendida por dentro con fuerte barricada, y preparado en otra falsa un buen caballo español para que el asesino huyese. Imitación todo ello de lo que había sucedido en Linlithgow cuando el asesinato de Murray.

Llevaron al Almirante á su casa bramando de ira y creyéndose en la agonía, por temor de que las balas estuviesen emponzoñadas. Hubo allí entonces gran junta de hugonotes, y resolvieron éstos levantar en el barrio de Saint-Germain 4.000 hombres para caer de improviso sobre el Louvre y matar á la Reina madre, al Rey y á sus hermanos Anjóu y Alençón, pues

á todos juntos designaba el Almirante como autores de su daño. Engañábase, sin embargo, Coligny en lo tocante á Carlos IX, pues según confesión del propio Duque de Anjóu, él solo y Catalina de Médicis maquinaron la muerte del Almirante, por creer que les arrebataba éste el ascendiente que tenían ellos en el ánimo del Rey. Sintió Carlos el suceso de Coligny, porque fiaba en él harto más de lo que merecía hereje tan peligroso, y envióle á visitar con su cuñado el Rey de Navarra, Enrique de Borbón, que fué luego Enrique IV, y era también hereje hugonote. Habíase casado éste cuatro días antes con Margarita de Valois, la famosa Margot, como la llamaban su hermano el Rey Carlos y todos los Príncipes de su familia.

Recibió el Almirante al Rey de Navarra con grandes lamentaciones, y díjole estas textuales palabras que cita el Duque de Alba: «Ya sabéis, Monseñor, cuánto he servido á Monseñor vuestro padre y al difunto Monseñor vuestro tío el Príncipe de Condé, y cuánto deseo perseverar con respecto á vos en la misma buena voluntad; pero estando ahora herido de muerte (pues las balas estaban envenenadas), he determinado hacer mi testamento antes de morir y dejaros en herencia el reino de Francia.»

Y entonces descubrió al Rey de Navarra el

plan que había formado con sus hugonotes de levantarse en el barrio de Saint-Germain, matar al Rey, á la Reina y á los Príncipes y proclamarle á él Rey de Francia y de Navarra; cosa, en verdad, fácil en aquellos momentos en que la política de la Reina madre y sus rencillas con los Guisa, habían dejado tomar al partido hugonote en Francia terrible incremento.

Volvió el Rey de Navarra al Louvre muy triste y preocupado, porque no bastaba á compensar en su ánimo todavía generoso y abierto al remordimiento, la esperanza de una corona, á los desastres que presagiaba. Notóle al punto su preocupación la Reina Margot, su esposa, y con artificios de mujer y caricias de recién casada, arrancóle bien pronto todo lo que el Almirante le había dicho. Asustada Margot, apresuróse á dar cuenta del peligro á su madre y al Duque de Anjóu, y éstos corrieron á prevenir al Rey Carlos, proponiendo como único medio de salvación la muerte de Coligny y el exterminio de los hugonotes. Apretado Carlos por su madre y por su hermano, consintió al fin en que se tendiera á éstos el mismo lazo que ellos preparaban; pero exigió en cambio que la vida de Coligny fuese respetada. Mas justamente era esta vida la que más querían Catalina y Anjóu, y de tal manera oprimieron entonces al

Rey y tales peligros y temores pusieron ante sus ojos, que exasperado al fin Carlos, dice Anjóu en su relación, «se levantó furiosamente y juró por la muerte de Dios que si querían ellos la vida del Almirante, se la quitasen en buen hora, pero que no dejasen tampoco vivo un solo hugonote que pudiera reclamar más tarde sobre aquella muerte.»

Dicho esto, salióse con gran violencia del gabinete, dejando solos á su madre y á su hermano. Pusieron éstos al punto manos á la obra, y sin moverse de allí en todo el resto del día, la tarde y buena parte de la noche, ocupáronse en combinar con el Duque de Guisa y sus satélites la bárbara empresa. Convínose en que al toque de maitines dado en la iglesia de Saint-Germain l'Auxerrois, comenzaría la matanza por el Almirante Coligny, del cual se encargaba el mismo Duque de Guisa. Distribuyéronse los puestos, nombráronse los jefes, diéronse con grande urgencia y sigilo las complicadas órdenes y convínose en que los católicos llevarían para distinguirse en la confusión, un pañuelo blanco atado al brazo y una cruz blanca en el sombrero. Á las doce retiráronse á descansar un par de horas la Reina y Anjóu, y muy antes de amanecer ya caminaban sigilosamente con el Rey Carlos hacia el gran portal de la fachada

del Louvre, junto al juego de pelota, donde en una cámara que daba al patio de entrada querían esperar el comienzo de la empresa.

No había amanecido aún ni dádose tampoco la señal, y los tres grandes culpables esperaron largo tiempo en la oscuridad llenos de zozobra. De repente rompió aquel silencio pavoroso un tiro de pistola que no se supo nunca de dónde venía ni á quién iba dirigido, «y de tal manera se apoderó el terror de nosotros, dice el Duque de Anjóu, y tan claro vimos los desórdenes que iban á cometerse y las consecuencias de aquella empresa, que á decir verdad, habíamos meditado muy poco, que sin perder un instante y con la mayor urgencia enviamos un gentilhombre al Duque de Guisa, para decirle y mandarle expresamente de nuestra parte que se retirase á su casa y se guardase bien de acometer nada contra el Almirante, creyendo nosotros que bastaría esta orden para evitar todo lo demás, puesto que habíamos convenido en que nada se haría en el resto de París hasta haber muerto el Almirante. Pero bien pronto volvió el gentilhombre diciéndonos que la orden llegaba tarde, porque ya estaba muerto el Almirante y comenzada la matanza en todos los otros barrios.»

El Duque de Guisa había en efecto adelantado por su propia iniciativa la hora de atacar

la casa de Coligny, y he aquí cómo describe el Duque de Alba aquella horrorosa escena: «El 24 de Agosto, día de San Bartolomé, entraron á la una de la noche en casa del Almirante los Duques de Guisa y de Aumale y el caballero de Angulema. Subieron á la cámara del Almirante algunos de su séquito y encontraron allí á las gentes de éste espada en mano para defenderle. Pronto, sin embargo, fueron todos desarmados ó muertos, y viendo esto el Almirante, tendióse otra vez en su lecho fingiéndose cadáver; mas tiraron de él por el brazo herido y le sacaron fuera. Y como el señor de Cousin le creyese muerto verdaderamente y quisiera tirarle por la ventana abajo, apoyó el Almirante el pie en la pared para impedirlo, por lo cual le dijo Cousin:

»—¡Ah, viejo raposo!... ¿Así te finges el muerto?...

»Y al decir esto, tiróle por la ventana al patio de la casa, gritando al Duque de Guisa que allí aguardaba:

»—¡Ahí va, Monseñor, el traidor que asesinó á vuestro padre!...

»Acercóse Guisa al Almirante, oyendo esto, y le dijo estas palabras:

»—¡Ya estás aquí, malvado!... ¡No permita Dios que manche yo mis manos con tu sangre!

»Y dándole un puntapié, apartóse algunos pasos. Llegóse entonces otro y dióle un pistoletazo en la cabeza, y ya muerto comenzaron á arrastrarle por la ciudad en un cesto. Cortóle al cabo la cabeza un caballero con un cuchillo, y poniéndola en la punta de su espada, la llevaba por las calles gritando:

»—¡Esta es la cabeza del malvado que tanto daño ha hecho al reino de Francia!

»Quisieron los del Parlamento recoger el cuerpo del Almirante para ejecutar la sentencia de colgarlo, dada contra él cuando su rebelión primera; mas de tal manera le habían destrozado, que les fué imposible encontrar los pedazos. Si los Guisa hubieran detenido cuatro horas todo esto, el Almirante hubiese hecho con ellos lo que ellos hicieron con él, y hubieran matado además al Rey y á sus hermanos. Después de esta primera jornada fuéronse á casa de la Rochefoucault y le mataron también, lo mismo que á cuantos hubieron á la mano, entre ellos Bricquemault, el Marqués de Retz, Lespondilles, Telligny y hasta sesenta y dos caballeros de mucha cuenta, que quedaron muertos por las calles. Al mismo tiempo asesinaban los católicos y los guardias del Rey á los hugonotes por todo el resto de París y los despeñaban en el río; y tal prisa se dieron, que en

muy poco tiempo mataron más de 3.000. Á los caballeros principales arrojábanles en los pozos y en los muladares donde se tiran los animales muertos. En Rouen han matado 10 ó 12.000 hugonotes y en Meaux y Orleans han despachado á todos.

»El señor de Comicourt estuvo después de todo esto á despedirse de la Reina madre, y le pidió la respuesta á la comisión que llevaba; á lo cual contestó ella, que no podía responder nada más oportuno que lo que dijo Jesucristo á los discípulos de San Juan, y le añadió en latín: *Ite, et nuntiate quae vidistis et audivistis: caeci vident, claudi ambulant, leprosi mundantur,* etc. Díjole también que no se olvidara de decir al Duque de Alba: *Beatus qui non fuerit in me scandalizatus,* y que siempre existiría mutua y buena correspondencia entre ella y el Rey católico.»

Llegaron todas estas nuevas á la corte de Inglaterra, no como las referimos nosotros en su versión más benigna, que ya era bastante, sino aumentadas y ponderadas por la rabia y el terror de los herejes. Acogiólas Isabel con la misma rabia y el terror mismo, y encontró en ellas la ocasión de llevar á cabo su idea fija, entregando á María Estuardo al furor de los herejes, como víctima católica en que podían saciar las más crueles represalias.

Fiel siempre á su cautelosa hipocresía, tan solo comunicó su proyecto, muy en secreto, al vil Leicester, su favorito entonces, y á Cecil, cuyo odio á María, si no superaba al de Isabel, le corría parejas. Parecíales á todos harto temerario dar muerte á María en Inglaterra, y querían más bien hacerla perecer en Escocia á manos de sus súbditos, y tratándolo antes con el Regente, como en tiempos de Murray ya se había intentado. Á la muerte de éste habíale sucedido en la regencia, por intrigas de Isabel, el Conde de Lennox, asesinado también antes de los dos años, el 4 de Setiembre de 1571. Nombraron luego al anciano Conde de Mar, influído y dirigido por Morton, y con estos dos personajes resolvió Isabel negociar su proyecto.

Envió pués á este propósito á Escocia á Sir Enrique Killegrew, cuñado de Cecil, con dos misiones, una pública y otra secreta. Consistía la primera en reconciliar con el Regente y con Morton, en interés del protestantismo, al Laird de Grange y á Lithington, que se les habían separado, haciéndose fuertes en el castillo de Edimburgo; y reducíase la segunda á concertar con el Regente Mar y con el Conde de Morton la muerte de María Estuardo.

Dióle esta última misión la misma Reina Isabel delante de Leicester y de Cecil, y en las

instrucciones, escritas todas de mano de éste, encargábasele hacer comprender á los dos Condes de Mar y de Morton, que la vida de María era incompatible con la seguridad común de ambos reinos, y que no convenía deshacerse de ella en Inglaterra, sino hacerla perecer en Escocia, entregándola á sus súbditos rebeldes. Ordenábasele también emplear toda su astucia y toda su destreza en obtener del Regente y de Morton que reclamasen ellos la víctima sin parecer provocados por Isabel, á fin de que recogiese ésta los sanguinarios provechos de la trama sin incurrir en el odio y la vergüenza.

Salió Killegrew de Londres el 1.º de Setiembre, y encontró la Escocia tan conmovida y revuelta con la matanza de San Bartolomé, como lo estaba la misma Inglaterra. Púsose de acuerdo con el viejo Knox, que había llegado á Edimburgo, paralítico de medio cuerpo por una apoplegía, pero en estado aún de tronar desde el púlpito con su furiosa elocuencia contra los católicos y de concitar las iras y los odios de los herejes contra María Estuardo. Con esta poderosa ayuda, no costó mucho trabajo á Killegrew decidir á Morton al crimen proyectado; pero el Regente Mar, más astuto ó ménos perverso, resistióse á ellos con pretextos varios; y como se impacientase Isabel con tales demoras,

escribieron á Killegrew sus dos cómplices Leicester y Cecil el 29 de Setiembre en estos términos encubiertos:

«Ocupaos con el mayor secreto y urgencia del *negocio* que tenéis entre manos. Cada día y cada hora que pasa nos hace ver más clara la necesidad de llevarlo á efecto, y mayor todavía debe ser el interés que ahí tengan, si consideran su seguridad particular, el estado de su país y el interés de la religión; todo lo cual peligra más para ellos que para nosotros... Exageradles todos estos peligros, si ellos no los ven bastante, y creed que no podéis hacer cosa mejor que daros prisa.»

Diósela Killegrew en efecto, y después de varias conferencias con el Regente y con Morton sobre el *gran negocio (the great matter)*, como le llamaban ellos, convinieron éstos en desembarazar á Isabel de su rival María Estuardo, *dándola muerte á las cuatro horas de haberles sido ésta entregada.* Tales condiciones de dinero y responsabilidades pusieron sin embargo los dos Condes escoceses, que ni la avaricia ni la hipocresía de Isabel pudieron admitirlas; y cuando de nuevo comenzaba á entablar repugnantes transacciones y mezquinos regateos para llegar á un acomodamiento, vino Dios á quitarle otra vez la presa de las manos con la muerte

repentina y con sospecha de envenenamiento del Regente Mar, que pagó al cabo sus maldades el 28 de Octubre de aquel mismo año.

Con lo cual, de los cuatro Regentes que usurparon la soberanía de María Estuardo y sus derechos de madre, dos, Murray y Lennox, murieron asesinados; Mar pereció de muerte repentina y sospechosa, y Morton, que sucedió á éste, había de morir más tarde, violentamente también, en lo alto de un patíbulo.

VI

IENTRAS tanto, languidecía la Reina de Escocia en su cautiverio, traída y llevada de castillo en castillo, por cualquier capricho ó suspicacia de Isabel. Cada día que pasaba matábale una esperanza, y así vió transcurrir diez años de su vida, desde el 72 al 82, lentos en su amargura y horribles en su monótono padecer. Las humedades de Sheffield habíanle producido un reuma en el brazo, y su antigua enfermedad del hígado, exacerbada por las penas, angustias y sobresaltos, causábale á veces crueles torturas. La tribulación era, sin embargo, para el alma de María lo que la impetuosa corriente de un río para las piedrecillas que lleva en su seno; que las labra y suaviza y abrillanta, y convierte en superficie tersa y pulida lo que era antes aspereza y tosquedad. De este modo aquel rudo y continuo batir de la

desgracia, iba purificando el alma de María, y labrando en ella ese trono inmutable y tranquilo en que se asientan, confundidas y abrazadas como madre é hija que se estrechan en la desgracia, la santa resignación cristiana, y su hija predilecta la suave y dulce paciencia.

Ocupaba la triste prisionera la mayor parte del día en ejercicios devotos, y las horas que hurtaba al sueño ó á la vigilancia de sus carceleros, empleábalas en despachar la numerosa correspondencia con que mantenía la fe y la esperanza entre sus partidarios más leales, y la amistad y el cariño entre los Príncipes sus aliados y sus parientes de Francia. Á veces renacían en ella sus antiguas aficiones poéticas, y en alguna de estas horas de triste inspiración debió de escribir los siguientes versos encontrados después de su muerte, escritos de su propia mano y sin fecha ninguna:

Que suis-je helas! et de quoy sert ma vie?
Je ne suis fors qun corps privé de cueur,
Un ombre vain, un objet de malheur,
Qui n'a plus rien que de mourir envie.
Plus ne portez, o ennemis, d'envie
A qui na plus lesprit à la grandeur!
Ja consommé d'excessive doulleur;
Votre ire en brief se voirra assouvie;
Et vous, amys, qui m'avez tenu chère,
Souvenez-vous que sans heur, sans santay,
Je ne sçaurois auqun bon œuvre fayre:
Souhatez donc fin de calamitay;
Et que là bas estant assez punie,
J'aye ma part en la joie infinie!

Fuera de esto, eran su mayor recreo las labores de aguja, en que siempre fué tan consumada maestra, y la inocente diversión de cuidar y educar pájaros y perros. «Mr. de Glasgow, escribía al Arzobispo de este nombre su Embajador en Francia, ruégoos que me volváis á mandar tórtolas y gallinas de Berbería, para ver si puedo aclimatarlas en este país. Mucho gusto me daría poder criarlas en jaulas, como hago con todos los pajaritos que puedo encontrar.» Y en otra ocasión le decía: «Si el Sr. Cardenal de Guisa, mi tío, ha ido á Lyón, estoy segura que me enviará una pareja de perritos, y vos me compraréis otra, porque fuera aparte de leer y bordar, no tengo otro entretenimiento que el de los animalitos que puedo procurarme. Será necesario enviar los perritos en cestas y bien abrigados.»

Por este tiempo tuvo la infeliz Reina un inmenso consuelo, que nunca, hasta el instante de su muerte, le había ya de faltar. Por mediación y orden del Santo Padre San Pío V, que tanto la amó y protegió siempre, pudo proporcionársele un sacerdote católico, que vivía con ella, desconocido de todo el mundo bajo el disfraz de un criado, le decía Misa secretamente, le administraba los Sacramentos, y mantenía de continuo en la propia cámara de ella y en un

oculto sagrario, el Santísimo Sacramento. Las leyes atroces y las persecuciones horribles que existían entonces contra los sacerdotes católicos, y el lujo de precauciones que naturalmente tomaban éstos para evitarlas, han borrado las huellas de quiénes y cuántos fueron estos oscuros héroes que partieron el cautiverio de la Reina de Escocia. Cábele, sin embargo, la honra á la Compañía de Jesús de haber suministrado á la Reina uno por lo menos de estos atrevidos capellanes; y fué éste el insigne Padre Nicolás Gradano, flamenco de nación, cuyo retrato, con el disfraz de caballero que entonces se usaba, se ve en una galería del Real Colegio de Loyola.

Á veces llegaban á la desdichada prisionera ráfagas de esperanza, que despertaban en su corazón los trabajos de sus partidarios, y que volvían á caer como cae el viento, sin esfuerzo, sin ruido y sin vacío, en su ánimo acostumbrado al desengaño, y abierto ya tan solo á cosas de mayor cuantía de las que puede dar de sí la tierra. Tal fué el proyecto del Santo Padre Gregorio XIII, sucesor de San Pío V, y no menos ardiente defensor de María, de proclamarla Reina de Inglaterra y de Escocia, y casarla con D. Juan de Austria, el héroe de Lepanto y de Túnez, que podía, según carta

del Papa á Felipe II, *servir bene á quella impresa per il valore et per la felicitá che porta seco.* Gregorio XIII había de fulminar otra bula como la de San Pío V, excomulgando y deponiendo de nuevo á la herética Isabel, y el Rey católico ayudar á la empresa con gente de guerra, mandada por el mismo D. Juan de Austria. La frialdad con que acogió Felipe II la calurosa recomendación del Padre Santo, así en 1574 cuando imaginó por vez primera la empresa, como en 1577 cuando volvió á proponerla, ofreciéndose también á mantenerla con gruesas sumas de dinero, hízola fracasar por completo.

Un proyecto hubo, sin embargo, que sacó á María Estuardo de su abatimiento, y despertó en ella de nuevo todas las vehemencias de su amor de madre y todas las energías de su carácter de reina. Llevaba ella un clavo en el corazón, cuya herida se enconaba cada vez más, á medida que corría el tiempo... Su hijo, el tierno Príncipe Jacobo, secuestrado por los rebeldes desde el cautiverio de María en Lochleven, educábase en la herejía bajo la dirección de Pedro Young, el amigo y discípulo del gran hereje Teodoro de Bèze y del infame falsificador de los sonetos de Bothwell, Jorge Buchanan. Crecía el niño en edad y afirmábase más y más en la herejía y en el odio á la Iglesia católica,

y era esto un horrible y continuo torcedor para la madre ortodoxa, que veía perderse el alma de su hijo, y para la reina católica, que veía venir en pos de sí, para la desgraciada Escocia, un rey, y rey Estuardo, herético y enemigo de la verdadera Iglesia. Y tan grande fué la lucha entre su ternura de madre y su deber de reina católica, que se agravaron sus males primero, y como se viese muy apretada después y se creyera en riesgo de muerte, venció al fin la reina á la madre, y escribió en Febrero de 1577 este heróico testamento que revela la pureza de su fe y el celo que por ella tenía, y los grandes y puros sentimientos que le sacrificaba.

«Juzgando por mi condición presente lo incierto de la vida humana, que nadie puede ni debe asegurar sino esperando en la infinita misericordia de Dios, y queriéndome yo escudar con ella contra todos los peligros y accidentes que pudieran sobrevenirme inesperadamente en mi cautiverio, inclusas las grandes y largas enfermedades que he sufrido hasta el presente; he determinado ahora que tengo lugar, razón y juicio, proveer á la salud de mi alma, al entierro de mi cuerpo y á la disposición de mis bienes, estados y asuntos, por el presente testamento y ordenanza de mi voluntad, que es como sigue:

»En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Reconózcome primeramente indigna pecadora, con más ofensas cometidas contra mi Dios, cuya bondad alabo, que satisfacciones he podido darle con todas las adversidades que he sufrido. Y apoyándome en la Cruz de mi Salvador y Redentor Jesucristo, encomiendo mi alma á la bendita é individua Trinidad, á los ruegos de la gloriosa Virgen María y de todos los ángeles, santos y santas del paraíso, esperando que, por su intercesión y méritos, alcanzaré participar con ellos de la bienaventuranza eterna. Y para llegar á ella con el corazón más limpio y más puro, quiero despojarme desde ahora de todo resentimiento de las injurias, calumnias, rebeldías y otras ofensas que hayan podido inferirme durante mi vida mis súbditos rebeldes y otros enemigos, remitiendo á Dios la venganza y suplicándole que les perdone á ellos, con tantas veras como yo le pido á Él que me perdone á mí, y lo mismo á todos aquellos ó aquellas á quienes haya podido ofender yo de palabra ó de hecho.

»Quiero y mando, etc. (Siguen dos párrafos relativos al lugar y circunstancias de su entierro, y luego dice):

»Para no impedir la gloria, honor y conservación de la Santa Iglesia Católica, Apostólica

y Romana, en la cual quiero vivir y morir, mando, que si mi hijo el Príncipe de Escocia abandona la herejía de Calvino, en que con gran sentimiento mío le han educado mis rebeldes, y abraza la santa fe católica, sea él mi solo y único heredero en mi reino de Escocia, en los justos derechos que tengo á la corona de Inglaterra y á los países que de ella dependan, y en general de todos y cada uno de mis bienes muebles é inmuebles que queden después de mi muerte y de la ejecución del presente testamento.

»Pero si mi dicho hijo continúa en la dicha herejía, cedo, transfiero y hago donación de todos y cada uno de los derechos que tengo y pueda tener á la corona de Inglaterra, y de cualesquiera otros derechos señoriales ó reales que dependan de ella, al Rey católico ó á aquel de los suyos que éste designare, con acuerdo y consejo de Su Santidad. Lo cual hago tanto por reconocerle hoy como el único apoyo seguro de la religión católica, como por gratitud á los favores que yo y los míos hemos recibido de él en las mayores necesidades, y también como resguardo á los derechos que pueda pretender él mismo en los dichos reinos y países.

»Pídole en cambio que contraiga alianza con una de las casas de Lorena ó de Guisa, en me-

moria de la familia de que vengo por parte de mi madre, puesto que del lado de mi padre no existe sino mi hijo; al cual destiné siempre, de ser católico, para una de sus hijas, y á falta de éstas, para una de sus sobrinas, etc.»

En esta disposición de ánimo seguía María Estuardo con ansiosa mirada de madre y de reina, la marcha del gobierno y la corte de Escocia, cuando apareció en ésta de repente el joven escocés Esmés Estuardo, llamado Lord Aubigny por el nombre de unas tierras que poseía en Francia. Era Esmés Estuardo hijo de Juan Estuardo, hermano segundo del Conde de Lennox, abuelo del Príncipe Jacobo, y por lo tanto pariente muy cercano de éste.

La llegada de Aubigny á la corte de Escocia prestóse á grandes interpretaciones: decían unos que venía á reivindicar en favor suyo la sucesión á la casa de Lennox, lo cual era cierto; y murmuraban otros que Aubigny era católico y hechura de los Guisa, y traía á Escocia una misión secreta de éstos, lo cual era también rigurosamente exacto.

Educado Aubigny en el refinamiento y elegancia de la corte de Francia, reunía á su arrogante figura el encanto, la distinción de maneras y hasta la elegancia en el vestir, que tan poderosa influencia tuvieron siempre en el áni-

mo frívolo y afeminado del Príncipe Jacobo. Poseía sin embargo el joven escocés, además de este barniz dorado y vistoso que tanto luce en una corte, un sólido buen sentido y un natural bueno y recto. No es extraño por lo tanto, que desde el primer momento se apoderase del ánimo de su real pariente, que tan dado fué hasta en su vejez á dejarse dominar por favoritos. Concedióle pués á los pocos días de su llegada la sucesión al Condado de Lennox que Aubigny solicitaba, elevándolo á la categoría de Duque; y no poco á poco, sino de prisa y casi de un golpe, hízole después gobernador del castillo de Dumbarton, capitán de sus guardias, primer Lord de la Cámara y Lord gran Chambelán.

Fuerte ya con esto el nuevo Duque de Lennox, y bien asegurado del ánimo de Jacobo, dispúsose á la grande empresa de derribar al Regente Morton, lo cual consiguió con ayuda del capitán Stewart, favorito también del Príncipe. Stewart acusó públicamente á Morton, en pleno Parlamento, de complicidad en el asesinato de Darnley, y el poderoso Regente cayó desde lo alto de su poder y fué juzgado y sentenciado á muerte, con grande espanto de los herejes y alarma de la Reina de Inglaterra, que miraba en él un fuerte apoyo y un fiel aliado.

Matáronle el 2 de Junio de 1581, en una máquina muy semejante á la guillotina de hoy, que el mismo Morton había introducido en Escocia y bautizado con el burlesco nombre de «La niña» *(The maiden)*.

Alentada María Estuardo con el catolicismo de Lennox, que muy en secreto le habían avisado, púsose en comunicación con él por medio del Embajador de España en Londres D. Bernardino de Mendoza, y por mediación también de este mismo, logró del famoso Roberto Persons, de la Compañía de Jesús, que enviase á Escocia dos jesuítas, con el fin de alentar y consolar á los afligidos católicos de aquel reino, y de inquirir al mismo tiempo hasta qué punto había arraigado la herejía en el ánimo del Príncipe Jacobo.

Fueron los enviados el P. Guillermo Walsh y el P. Juan Abercombry: recorrió el primero bajo diversos disfraces y desafiando peligros sin cuento, gran parte de Escocia, y el segundo, disfrazado de halconero y al amparo de Lennox, estuvo al lado de Jacobo el tiempo necesario para comprender con cuánta razón había dicho de aquel príncipe antojadizo, débil y presumido, su maestro Buchanam: «No he podido hacer de él más que un pedante.» Mas aquel pedante que no amaba á su madre como era

natural, ni detestaba á su tía Isabel como parecía lógico, hallábase á la sazón bajo el dominio y la influencia de Lennox, y éste se comprometía á llevarle por donde más pronto se llegara á la libertad de la Reina de Escocia y al restablecimiento del catolicismo en aquel reino.

Marchó pués el P. Walsh de Edimburgo á París con estas informaciones, y allí dió cuenta de ellas en una reunión secreta habida en casa del Embajador de España D. Juan Bautista Tassis. Asistieron el Arzobispo de Glasgow, el Duque de Guisa, el Nuncio del Papa Castelli, el Dr. Allen, Rector del Seminario inglés de Reims, y el P. Claudio Mathieu. En esta y otras reuniones sucesivas celebradas con el mayor secreto, ora en casa del Duque de Guisa, ora en la Embajada de España, discutióse y aprobóse el plan de organizar una invasión en Inglaterra, á nombre del Santo Padre Gregorio XIII. Felipe II debía suministrar todo el dinero necesario para levantar y sostener las tropas de desembarco, al frente de las cuales habían de ponerse el Duque de Guisa en Inglaterra y el de Lennox en Escocia. Era el objeto de la expedición libertar á María Estuardo, restituírla en el trono de Escocia asociada con su hijo, y restablecer el catolicismo en aquel reino.

Concertados todos y señalado á cada uno su

puesto, marcharon por orden del Padre Santo á Edimburgo dos jesuítas, Chreigton, escocés, y Holt, inglés, con cartas credenciales del Arzobispo de Glasgow, del Duque de Guisa y del Embajador D. Juan Bautista Tassis para el Duque de Lennox en Edimburgo, para D. Bernardino de Mendoza en Londres, y para María Estuardo en Sheffield.

Avistóse Chreigton con Lennox en Dalkeith, y mientras tanto Holt llevó las cartas destinadas á la Reina y á D. Bernardino de Mendoza, y volvió á Edimburgo con las respuestas de éste y de aquélla. Era entonces tan grande el odio de la Reina Isabel al clero católico, y en particular á los jesuítas, y tan terribles las órdenes para perseguirlos y exterminarlos, que necesitábase para hacer aquel viaje verdadera vocación de mártir. Emprendiólo sin embargo el P. Holt con grande ánimo, disfrazado de sacamuelas, á pie y llevando la carta oculta en un espejo construído con grande arte que le dió D. Bernardino de Mendoza. «Justamente, escribía éste á Felipe II, respondí al de Lenos (Lennox) con el despacho de la Reyna de Escocia, el cual llevó el mismo clérigo que truxo, que fué á pie para más seguridad, y en figura de sacamuelas como vino, y con un espexo que hice, dentro del cual van las cartas,

de manera que no hay imaginar persona que las lleva.»

Informado Lennox por el P. Chreigton de todos los planes formados en París, aceptólos con entusiasmo, y el 7 de Marzo de 1582 escribió al Embajador de España D. Juan Bautista Tassis, la siguiente carta cuya traducción española se conserva en el archivo de Simancas:

«Vuestro Rey y el Papa, paréceme que desean servirse de mí en el designio que traen entre manos para la restauración de la religión cathólica y la libertad de la Reyna de Escocia, según que el jesuíta Criton (Chreigton) me ha referido; y creyendo que esta empresa se hace por el bien y la conservación de la dicha Reyna de Escocia y del Rey su hijo, y que á ese le será sustentada y mantenida su corona con el consentimiento de la Reyna su madre, estoy aparejado de emplear mi vida y hacienda para execución de la dicha empresa, etc., etc.»

El mismo día escribió Lennox á la Reina de Escocia otra carta, que enviada por ella á don Bernardino de Mendoza y por éste á Felipe II, se conserva también en el archivo de Simancas, y dice de esta manera:

«SEÑORA: Después de haberos escrito ha venido á verme un jesuíta llamado Guillermo Criton (Chreigton) con credenciales de vuestro

Embajador, y me ha hecho saber que el Papa y el Rey católico habían convenido en socorreros con un ejército para restablecer la religión en estas islas, libraros de vuestra cautividad y sostener vuestro derecho á la corona de Inglaterra, habiendo convenido también en que sea yo el jefe de este ejército. Después he recibido por medio de otro jesuíta inglés (el P. Holt) una carta del Embajador de España residente en Londres, á este mismo propósito. En cuanto á mí, Señora, si es vuestra voluntad que esto se haga y que yo lo emprenda, lo haré fielmente; y tengo la seguridad de que si ellos cumplen su promesa y los católicos ingleses mantienen también la suya, la empresa tendrá feliz éxito, y ó pierdo yo la vida ó recobraréis vos la libertad. Por lo tanto suplícoos humildemente que me aviseis con premura por medio del Embajador de España en Londres, por el cual envío esta carta, cuál es vuestra voluntad sobre este punto, para seguirla yo si la empresa os parece aceptable. En cuanto reciba vuestra respuesta saldré para Francia, con el pretexto de atender á mis negocios por seis meses, y levantaré allí gentes de guerra francesas y extranjeras y las traeré á este país. No hay que temer por mi vuelta, pues teniendo aquí el ejército que me ofrecen, que son 15.000 hombres de Esco-

cia é Inglaterra, yo os prometo por mi vida que sabré desembarcar. Tenga pués V. M. valor y confianza, porque por todas partes encontrará servidores prestos á dar la vida por vuestra causa. Yo pido tan solo que al dar cima á esta empresa, sea reconocido vuestro hijo por Rey con vuestro consentimiento. No es necesario decirle todavía nada de esto, ni tampoco á los Lores, hasta que el ejército esté presto y seguro; porque estoy cierto de que á mi vuelta se me juntarán las dos terceras partes de Escocia, viendo la gente que traigo; y podría ser que muchos titubearan ahora por el miedo de perder sus bienes si por desgracia fracasara la empresa. Y no teniendo ésta otro objeto que el de saber vuestra voluntad, y lo que os dignáis mandarme, ruego á Dios, Señora, que os dé larga y feliz vida.—De Dalkeith á 7 de Marzo.—Siempre vuestro muy humilde, muy obediente y muy fiel servidor, *Lennox.*»

VII

RENACIERON con esto las esperanzas de María con más fuerza que nunca, y, á través de las oscuras tinieblas de su prisión, creyó columbrar todavía un porvenir tranquilo y dichoso. Vivir al lado de su hijo, arrancar de su alma la herejía y ver restablecido el catolicismo en Escocia, era para la desgraciada prisionera mucho más de lo que en sus ensueños más lisonjeros y después de tanto desengaño hubiera podido imaginar.

Apresuróse pues á escribir á unos y otros, recomendando la prudencia y el sigilo y templando los entusiasmos harto indiscretos; y algo debió temer sin duda de la inexperiencia de los jesuítas en materia de conspiraciones, cuando

en la larga carta que escribió á D. Bernardino de Mendoza con fecha del 8 de Abril, fijando los puntos principales de la empresa, pone el siguiente párrafo:

«La demanda que os han hecho esos jesuítas de ir á verlos á Roan, demuestra que su experiencia en negocios de Estado, no corresponde al celo que tienen por la religión; es necesario por lo tanto advertirles bien y avisarles con frecuencia el modo de conducirse en lo que concierne al Estado, porque, si no, podrían los pobres errar por falta de buena dirección; como podréis juzgar por la propuesta que me hicieron, de enviar como embajadores á los dos hijos de Milord Seyton, siendo tan jóvenes y tan poco prácticos; que sería un despropósito confiarles una negociación en que va mi vida y el Estado entero de mi hijo, si llegara á descubrirse. Además de que por ningún concepto quiero que aparezca que estas negociaciones se hacen en mi nombre; y si la necesidad requiere que yo intervenga, he pensado ya en otros medios más seguros que emplear. Podéis pués advertir á los dichos jesuítas, que en lo que se refiere á las dichas comisiones, no quiero de ninguna manera que se negocie en mi nombre nada de lo tocante á la empresa; aunque, si lo exige la necesidad, estaré pronta siempre á exponer mi

vida la primera. Por eso no he querido enviar á nadie á tratar de mi parte con Su Santidad y con el señor Rey, vuestro amo, hasta estar completamente segura de su intervención.»

Todo cayó, sin embargo, esta vez como había caído tantas otras; mas no hubo por fortuna en esta ocasión ni indiscreciones que irritan y comprometen, ni traiciones que dejan sentimientos de rencor y deseos de venganza. La sola suspicacia de Isabel bastó para destruírlo todo, dando un palo de ciego, cuyo alcance y consecuencias no pudo ella misma en aquel entonces sospechar. No habían escapado á su vigilancia las tendencias católicas que imprimía Lennox á su gobierno, y atenta siempre á conservar su influencia en Escocia, resolvió derribarle y apoderarse por completo del ánimo y aun de la persona del Príncipe Jacobo. Soliviantó pués con su arte de costumbre á los Lores y ministros herejes, y procurándoles toda clase de auxilios, decidióles á dar un atrevido golpe de mano.

El 23 de Agosto de 1582 convidó el Conde de Gowrie á Jacobo á una cacería en su castillo de Ruthwen; nombre siniestro en que parecen vinculados por aquella época la traición y el odio al catolicismo. Aceptó Jacobo sin la menor desconfianza, y fuese solo con reducida escolta al castillo en que le esperaban los Lores

vendidos á Isabel. Lennox hallábase en Dalkeith y el otro favorito Stewart, hecho ya Conde de Arran, habíase quedado en Kinneil. Jacobo encontró el castillo de Ruthwen ocupado por fuertes destacamentos de gente armada, y reunidos en él á todos los Lores amigos del difunto Morton, con Glammis, el antiguo tutor, á la cabeza. Hízole este aparato de fuerza sospechar la traición que maquinaban, y quiso retroceder: era ya tarde sin embargo, y el mismo Glammis se atravesó en el umbral de la puerta y le empujó rudamente hacia adentro, diciéndole que jamás saldría de allí sin su licencia, y que nunca volvería á ver á sus dos favoritos Stewart y Lennox.

Atónito ante semejante ultraje el pobre Príncipe, que solo contaba diecisiete años, no tuvo otra respuesta que la de echarse á llorar; y como uno de los presentes, que le había conocido niño, se enterneciese y quisiera interceder, gritóle Glammis groseramente:

—¡Dejadle llorar!... Más vale que corran lágrimas de chiquillo, que sangre de hombres con barbas.

Encerraron luego á Stewart en el castillo de Dunbar, y prendieron después á Lennox y le enviaron desterrado á Francia; siendo gran maravilla, que no se alcanza á comprender, cómo

les dejaron escapar con vida aquella turba de felones.

Este último golpe acabó con las fuerzas de María, reanimadas un momento por la esperanza; mas al ver de nuevo á su hijo en poder de los herejes y bajo la estrecha vigilancia de Isabel, su aflicción no tuvo límites y rayó en la desesperación, y con toda la vehemencia de la angustia y toda la elocuencia del dolor, escribió á Isabel una carta, verdadero grito del alma, que fué á perderse en las sordas orejas de la bastarda, como se pierde el lamento de un moribundo en las áridas soledades de un desierto.

«No puedo más, Señora, le decía: no puedo sufrir más tiempo, y necesario es que antes de morir descubra á los autores de mi muerte. Á los criminales más viles que están en vuestras cárceles y han nacido vuestros súbditos, se les oye su defensa y se les hacen conocer sus acusadores y su acusación. ¿Porqué no se hace lo mismo conmigo, Reina soberana, vuestra parienta más próxima y heredera legítima?... Pienso, Señora, que esta última cualidad es la principal causa que inspira á mis enemigos sus calumnias para tenernos así divididas y deslizar entre nosotras sus injustas pretensiones. Mas ¡ay! que ya no tienen razón ni necesidad de atormentarme más bajo este respecto, porque os

juro por mi honor, Señora, que yo no espero hoy como hoy otro reino que el de mi Dios, al cual llegaré pronto, preparada por tantas aflicciones y adversidades... Por la dolorosa pasión de Nuestro Salvador y Redentor Jesucristo, suplícoos pués, Señora, una vez más, que me permitáis retirarme fuera de este reino, á cualquier rincón tranquilo, donde pueda encontrar algún alivio para mi pobre cuerpo, tan trabajado por continuos dolores, y la suficiente libertad de conciencia para preparar mi alma á comparecer ante Dios, que diariamente la llama. Vuestra prisión sin ningún derecho ni justicia, ha destruído ya mi cuerpo. Solo me queda el alma, á la cual podríais también cautivar concediéndome lo que os pido. Dadme pués el contento, antes de morir, de ver terminada entre nosotras toda clase de disensiones, para que mi alma, libre ya del cuerpo, no tenga que presentarse delante de Dios con quejas de las sinrazones que me habéis hecho sufrir aquí abajo, sino que pueda, por el contrario, salir de esta cautividad y presentarse á Él en paz y concordia con vos, al cual pido os haga oír benignamente mis justísimas y más que razonables quejas.»

VIII

EL 17 de Enero de 1584, D. Bernardino de Mendoza [4], Embajador en Londres de su Majestad católica el señor Rey D. Felipe II, recibió un mensaje poco cortés del secretario de Estado Francisco Walsingham, citándole en su casa para el día siguiente á las diez de la mañana. Ofendió á D. Bernardino la sobrada llaneza del mensaje, porque para él, rancio católico y gran señor del más puro linaje castellano, tan solo era Walsingham, lo mismo que Cecil, un advenedizo intrigante, enemigo de la nobleza, y un hereje cruel y pérfido, perseguidor de los católicos. Disimuló, sin embargo, D. Bernardino su enojo, y á la mañana siguiente, á la hora precisa, salió de su casa en un gran caballo con

gualdrapas de oro y seda, precedido y seguido de todo el aparato de lacayos, pajes y gentileshombres de la Embajada.

Entráronle en la sala del Consejo, y vió allí sentados á lo largo de una mesa, á guisa de tribunal, á Walsingham, Hunsdon, el gran Chambelán Howard y el favorito Leicester, envueltos todos en sus largas lobas de consejeros, con enormes golas, y encasquetados en las cabezas sus feos gorros con orejeras. Hicieron al Embajador muy fría reverencia, y sin invitarle á tomar asiento, dispúsose Walsingham á dirigirle la palabra. Mas el arrogante castellano volvióles la espalda con gran gentileza, asió del primer sitial con respaldo que halló á mano y arrellanóse en él muy holgadamente, mirando de hito en hito á los ingleses, como si les diese ya licencia para entablar la plática.

Hízolo al fin Walsingham disimulando su empacho, y le dijo en italiano, que S. M. la Reina de Inglaterra se hallaba muy disgustada con él, porque había intentado turbar el reino, se había puesto en comunicación y correspondencia con la Reina de Escocia, y concertado con el Duque de Guisa para sacarla de la prisión, entendiéndose para esto con Francisco Trockmorton, con un hermano de éste recién llegado de Francia, y con el Conde de Northumberland. Por

todo lo cual era voluntad de S. M. la Reina, que saliese del reino en el plazo de quince días.

Dejóle hablar D. Bernardino tranquilamente, y contestóle luego, con el mayor aplomo, que los consejeros de la Reina de Inglaterra estaban sin duda soñando; que amaba él harto á la Reina de Escocia para aconsejarla lo que pudiera ser ocasión de su ruina; que un hombre como él no ponía negocios de tamaña importancia en manos de un mozalbete como Trockmorton; que en su vida había cruzado la palabra con el Conde de Northumberland, y que sus actos como Embajador habían sido harto más nobles y leales que los de la Reina de Inglaterra y sus ministros con el Rey católico, su amo.

Y trocándose entonces de acusado en acusador, enumeró una á una, con grande entereza, las trapacerías y traiciones de Isabel para fomentar la rebelión en los Estados de Flandes, y para dividir y sembrar la discordia entre las cortes de España y de Francia; y concluyó diciendo, que no era su costumbre estorbar en ninguna parte, y que dejaría la Inglaterra en cuanto despachase un correo á su Majestad católica, noticiándole lo sucedido.

Levantáronse entonces los consejeros de Isabel, y poniéndose las tocas, dijeron al Embajador que debía marchar sin demora, si no quería

exponerse á que la Reina de Inglaterra le castigase. Encendió esto la ira del magnate castellano, y saltando de la silla, cerró el paso á los ingleses, que ya se retiraban, y les dijo orgullosamente que ni la Reina de Inglaterra ni nadie en el mundo tenía que pedirle á él cuentas, sino el Rey católico, su dueño, y que ninguno de ellos osara decir una palabra más sobre esto, si no era con la espada en la mano; que él se reía con toda la boca de solo pensar que la Reina de Inglaterra se atreviese á castigarle, y que con el mayor gusto abandonaría aquel país de herejes, en cuanto le enviasen los pasaportes. «Decid á vuestra Reina, concluyó, que si no la he dado satisfacción como ministro de paz, ya procuraré de aquí en adelante dársela en la guerra» [5].

Al mismo tiempo que el Embajador de España salía expulsado de Londres, trasladaban repentinamente á la Reina de Escocia, en lo más crudo del invierno y sin compasión ninguna á sus enfermedades, al sombrío castillo de Tutbury, medio arruinado por todas partes, y frío y malsano aun en los mismos meses del estío. Relegáronla allí en dos cámaras desmanteladas, casi desprovistas de muebles, y todo parecía revelar en sus perseguidores la dañada intención de ver si la enfermedad los desemba-

razaba por sí sola de la augusta prisionera. Cosa muy verosímil en efecto, si se tiene en cuenta que, alarmada entonces Isabel por las noticias que al fin y al cabo llegaron á sus oídos sobre la conspiración del Duque de Guisa y el Rey católico, había determinado, de acuerdo con sus ministros, deshacerse de María Estuardo á toda costa, de la mejor manera posible.

Comenzó pués la cruel bastarda, empujada y guiada por Cecil y por Walsingham, á acercarse á paso de lobo y dando hipócritas rodeos, á la ejecución de su criminal proyecto; y fué uno de los medios para preparar la opinión, el de inventar á diario conspiraciones de los católicos en favor de María y con peligro de la vida de Isabel, ó el de complicar en las realmente descubiertas á todos aquellos que, por sus ideas religiosas ó por su adhesión á la Reina de Escocia, querían eliminar ó hacer sospechosos. Tal fué lo que llamaron ellos conspiración de Trockmorton, que les sirvió de pretexto para expulsar al temible D. Bernardino de Mendoza, extremar sus rigores contra María Estuardo, encerrar en la Torre de Londres y asesinar de un tiro en los riñones al noble Conde de Northumberland [6], y encarcelar al Conde de Arundel [7] y á su esposa.

Y sin embargo, Trockmorton era tan solo un mancebo noble, en extremo fervoroso y carita-

tivo, que procuraba endulzar con su dinero y su influencia las penalidades atroces de los católicos encarcelados. Prendiéronle tan solo por esto, y diéronle por tres veces tormento, sin que el valiente mozo confesase otra cosa que la pureza de su fe católica y su obediencia al Romano Pontífice. Díjose entonces, que en otra cuarta tortura había hecho revelaciones sobre el proyecto de invasión del Duque de Guisa y de Felipe II, y comprometido á Mendoza, Northumberland y Arundel. Mas es lo cierto, que Trockmorton sostuvo hasta el último momento su inocencia, y sufrió con entereza de mártir la horrible suerte de que le arrancasen vivo las entrañas.

Siguióse á esto la comedia de Guillermo Parr, que, de acuerdo con Walsingham, declaró falsamente haber sido seducido por los jesuítas, el Papa Gregorio XIII y el Nuncio Ragozzini, á dar muerte á Isabel y libertad á María Estuardo; comedia inicua esta, que se trocó al cabo en tragedia, por haberse enredado aquel insigne truhán en sus propias redes, y venir á morir, como tantos otros, arrancándole las entrañas con tenazas de hierro. Retractóse á última hora, al verse abandonado por Walsingham; mas hízolo sin provecho propio ni ajeno, porque los mismos que tuvieron interés en extender

la calumnia, teníanlo igualmente en mantener la retractación oculta.

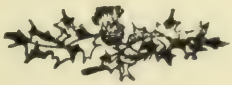
Hacíanse todas estas ejecuciones con espantable pompa y terrible aparato, gritando por calles y plazas y esquinas los pregoneros, verdugos y ministriles de la Reina, que solo de este modo podían ponerse á cubierto de las asechanzas de los católicos, defensores de María, la preciosa vida de Isabel y la seguridad de la religión reformada. Y tantas veces lo dijeron, y tan alto lo pregonaron, y con tal ahinco lo hicieron correr en papeles y folletos, que los herejes llegaron á creerlo de buena fe, y muchos de ellos, de todos rangos y condiciones, formaron una liga, inspirada por Walsingham, para defender la vida de Isabel y la seguridad de la Reforma, atacando á María Estuardo y á la religión católica. Comprometíanse los miembros de esta liga: «Á defender la vida de la Reina Isabel contra sus enemigos de dentro y de fuera; y en el caso de que se atentase á sus días, con intención de favorecer los títulos de *cualquier pretendiente á la corona,* no solamente se comprometían á no reconocer jamás á *la persona ó personas por quien ó por quienes* se hubiese cometido el acto de violencia, sino que juraban ante Dios perseguir á *estas personas hasta la muerte.*»

El tiro no podía ser más directo contra María Estuardo; mas no era, sin embargo, sino un mero diseño de lo que la Reina Isabel deseaba y de lo que no tardó mucho en conseguir. Contagióse también el Parlamento de todos aquellos temores populares, y deseando proteger con más eficacia todavía la vida de la Reina y asegurar más fuertemente el arraigo y progreso de la Reforma, publicó una de las leyes más inicuas y extraordinarias que han existido jamás en país alguno del mundo. Confirmaba esta ley y daba fuerza legal á la *Liga de ciudadanos* para defender la vida de la Reina, y añadía también, «que en el caso de levantarse alguna rebelión en el reino ó maquinarse algún atentado contra la persona de S. M. *por alguna persona ó en favor de alguna persona* que tuviese pretensiones á la corona, podría la Reina nombrar un tribunal de veinticuatro ciudadanos para examinar, juzgar y sentenciar estas ofensas y daños; y una vez sentenciados, publicaríase un decreto declarando excluídos de todo derecho á la corona á todos los culpables que lo tuviesen, y podrían legítimamente todos los súbditos de S. M. perseguirles *hasta la muerte* á ellos y á sus instigadores y cómplices. Á fin, todo esto, de que si llegara á cometerse algún atentado contra la vida de la Reina, jamás pue-

da heredar la corona la persona que lo haya cometido *ó aquella otra en cuyo favor se haya cometido,* ni tampoco sus descendientes, cómplices en cierto modo del crimen, y puedan ser todos ellos *condenados á muerte.*»

Con esta ley echó Isabel los cimientos al cadalso que preparaba para María Estuardo. Hacían responsable por ella á la Reina de Escocia de todos los actos de sus parciales, y aun de los de cualquier enemigo que quisiera tomar su nombre; bastaba pués cualquiera conspiración real ó fingida, cualquiera intentona urdida á espaldas de María y aun contra su voluntad y con su prohibición misma, para hacerle perder á ella sus derechos á la corona de Inglaterra y poner su cabeza bajo el peso de aquella ley.

El camino era inicuo y torcido; pero fácil y seguro, y no vaciló Isabel en seguir por él adelante.



IX

QUEDARON pués al acecho Isabel y sus ministros, y los espías de Walsingham se extendieron por todas partes á caza de tramas y conspiraciones, como bandada de arañas venenosas, encargadas de tender los hilos en que había de enredarse y perecer la desdichada Reina de Escocia. En París, en Roma, en Madrid, en los Países Bajos, en las Embajadas acreditadas en Londres y hasta en el Seminario de Reims, arca santa donde se educaba la flor y nata de la juventud católica inglesa, supo Walsingham buscar y encontrar los traidores que le ayudaron en aquel último acto del drama, cuyo desenlace había de ser la sangrienta escena de Fotheringay.

Era irritante y curioso seguir, como se seguirían las evoluciones y vaivenes de una manada de lobos hambrientos, que rodean, estrechan y se arrojan al fin sobre un ciervo herido, la astuta y pérfida estrategia de Walsingham y su vil cohorte en torno de la real prisionera de Tutbury. Este castillo, situado en una extensa llanura del condado de Stafford, combatido por todos los vientos, agrietados y ruinosos sus muros, desmantelado en su interior, húmedo, frío y malsano, pareció entonces la oscura tumba escogida para la desdichada María Estuardo. Y era tal la dureza con que la trataban y tan grande la miseria en que la tenían, que la quitaron la carroza y los caballos de que se servía en Sheffield, y fué necesaria la intervención nada menos que del Embajador de Francia, para procurarla un colchón de plumas, en que pudieran descansar sus miembros doloridos y agarrotados por el reuma.

Agravaron sus pesares por Mayo de este mismo año del 85, destinando á su guarda á Sir Amyas Paulet [8], rígido puritano y cruel perseguidor de los católicos, cuyo retrato ha trazado él mismo en una sola frase escrita de su mano. Corrió por el mes de Junio la falsa nueva de que la Reina había intentado evadirse de Tutbury, y Paulet escribió á Cecil: «María no puede

evadirse sin un gran descuido de mi parte; y podéis estar tranquilo, porque aun en el caso de que me ataquen violentamente, *ya cuidaría, con la gracia divina, de que muriese ella antes que yo.*» No la permitía, en efecto, pasearse las pocas veces que estaba en disposición de hacerlo, sino en su propia compañía, y escoltada por dieciocho hombres que llevaban las pistolas montadas en la mano. Las precauciones de que la rodeaba eran por otra parte tan grandes y enojosas, que hasta llegó á prohibirle dar limosnas á los pobres de la aldea, como tenía la buena Reina por costumbre donde quiera que se hallaba.

Imposible era por lo tanto á María mantener desde Tutbury correspondencia alguna con sus amigos, é imposible resultaba también, por lo mismo, que pudiera complicársela en las conspiraciones que éstos urdían en el continente, y de las cuales ya tenía Walsingham noticia. Así lo reconoció al cabo Isabel misma, y tuvo entonces una de sus ondulaciones de culebra. Trasladaron á María de Tutbury á Chartley, en el mismo condado de Stafford, pero castillo este amplio, bien saneado, con extenso y frondosísimo parque, y proporcionáronle allí comodidades, que con ser harto menguadas, bastaron sin embargo para reponer su salud algún tanto.

Dióse al mismo tiempo á Paulet la orden de que, sin descuidar en nada la vigilancia de María, se hiciese sordo y ciego para todo lo referente á su correspondencia, y aun le proporcionara con disimulo ocasiones de despacharla. Una vez dado á la pobre mosca espacio para volar, agazapóse la araña en su agujero y tendió sus repugnantes hilos.

Había en los alrededores de Chartley una granja deliciosa, con un molino concurridísimo, propiedad todo ello de un anciano llamado Gifford, que padecía entonces por la fe encerrado en la Torre de Londres. Allí tenía su nido la araña: mas no era ésta, sin embargo, ningún barbudo puritano como Amyas Paulet, ni algún torvo sicario de los que empleaba el maternal gobierno de Isabel en arrancar las entrañas á sus súbditos católicos. Era por el contrario, un joven barbilampiño, sereno, sonriente, candoroso al parecer, y por desgracia, sacerdote católico, traidor á su fe, á sus amigos y á sus juramentos. Gilberto Gifford, que así se llamaba este verdadero Iscariote, había estudiado desde los doce años en el Seminario de Reims y ordenádose allí de presbítero: su candorosa y juvenil apariencia, su agudo ingenio, su admirable sangre fría y el fervoroso entusiasmo que aparentó siempre por la causa de la Reina de Esco-

cia, conquistáronle el cariño y la confianza del famoso Dr. Allen [9], Rector del Seminario. Presentóle éste en París al Arzobispo de Glasgow, y cuando Gifford volvió á Inglaterra después de ordenado, llevaba cartas de ambos personajes para el Embajador de Francia y para María Estuardo, recomendándole á los dos como la persona más apta, por su juventud, habilidad é insignificancia, para servir de intermediario en la correspondencia de la Reina con sus amigos del continente, sin despertar sospechas ni llamar la atención de nadie. Cuál fuese el momento preciso en que este pérfido hipócrita se vendió en cuerpo y alma á Walsingham, no podemos precisarlo: es lo cierto, sin embargo, que cuando la Reina de Escocia llegó á Chartley, ya se hallaba Gifford instalado en la granja de su padre, y tenía dispuesta allí la complicada red en que había de quedar presa la deseada víctima.

Gifford no entró nunca en el castillo de Chartley, ni habló jamás, ni vió de cerca á María Estuardo. El medio de que se valía, según él dijo, para enviar las cartas de la Reina á la Embajada de Francia, punto central de toda la correspondencia, y para hacer llegar las depositadas allí á Chartley, era el siguiente: Había entre la granja de Gifford y el castillo de Chartley, una fábrica de cerveza cuyo dueño, católico y par-

tidario de María, era al mismo tiempo amigo de Gifford. Llevaban todas las semanas en un carrito, de la cervecería al castillo, un barril de cerveza destinado al consumo de la Reina y su servidumbre. Logró pués Gifford, con ayuda del cervecero, hacer un doble fondo en el barril de cerveza, y allí depositaba una caja de madera en que iban las cartas. Al llegar el carrito á Chartley, el despensero de la Reina, Didier Sifflard, hombre fiel á toda prueba, sacaba la cajita del barril y la entregaba á Nau, el secretario francés de María, para que la hiciese llegar á manos de ésta. De igual modo y por el mismo conducto salían de Chartley las cartas de la Reina y llegaban á la fábrica de cerveza, donde las recogía Gifford y las llevaba él mismo, ó las remitía por medio de algunos amigos católicos á la Embajada francesa.

Ocultábase sin embargo, en todo esto, una infame superchería: las cartas entraban y salían en efecto en Chartley como Gifford aseguraba; mas antes de enviarlas á sus respectivos y últimos destinos, llevábalas el mismo Gifford á Walsingham, y éste las hacía abrir por Arturo Gregory y descifrar por un tal Phelipps, malvados ambos muy peritos en el arte de falsificar, descifrar, abrir y cerrar cartas con la más grande habilidad y el más refinado disimulo.

Una vez enterado Walsingham de toda la correspondencia, dábasele curso por los mismos medios que el pérfido Gifford proporcionaba.

De este modo pudo Walsingham seguir paso á paso la conspiración en Francia, y dejarla extender sus ramificaciones por Inglaterra, bajo su inspección misma y sin ningún peligro, hasta llegar el momento oportuno de detenerla y desbaratarla, y perder á los que realmente habían intervenido, y á los que querían envolver en ella sus malvados cálculos. Difícil es separar en esta última conspiración, que podría llamarse la postrera escaramuza de ambas Reinas, lo realmente verdadero de lo que inventó é interpoló en ella la pérfida malicia de Walsingham. Es cierto que Felipe II, Gregorio XIII y el Duque de Guisa renovaron por aquel tiempo, con más ahinco que nunca, su antiguo proyecto de invadir la Inglaterra, libertar á María Estuardo y restablecer el catolicismo en ambos reinos, contando con el apoyo de los católicos ingleses y también con el de los de Escocia, á cuyo frente se hallaba Lord Claudio Hamilton. Hallábase el centro de la conspiración en París, y eran alma de todo ello D. Bernardino de Mendoza, Embajador allí de Felipe II, el Arzobispo de Glasgow, representante de la Reina de Escocia, y el propio Duque de Guisa.

Es también cierto que María Estuardo, llena de amargura y de zozobra por la conducta de su hijo, que desde el destierro del Duque de Lennox parecía entregado en cuerpo y alma á la Reina de Inglaterra, aceptó la conspiración y entró en ella y la animó, ofreciendo á Felipe II nombrar Regente de Escocia á Lord Claudio Hamilton, y enviar á su hijo el Príncipe Jacobo á España ó Roma, para que allí tratasen de volverle á la fe católica y pudiera de este modo reinar después de ella, y sobre todo, salvar su alma. «Lo cual, escribía la Reina, me importa más que verlo monarca de toda la Europa... Mi corazón se llena de pesar y de temores, cuando pienso que podría dejar detrás de mí un tirano y un perseguidor de la Iglesia católica.»

Dícese también (y á nuestro juicio comienza aquí el embrollo) que después de algunos desacuerdos entre los conjurados de París y Londres, convínose en no proceder á la invasión hasta haberse desembarazado antes de la Reina hereje; para lo cual salieron de París con dirección á Londres dos comisionados, Juan Savage, que había de perpetrar el delito, y Juan Ballard que le aconsejaba y animaba: el primero, inglés de nación, había servido como oficial á las órdenes del Duque de Parma, en el ejército español de los Países Bajos; y el

segundo, también inglés, era un sacerdote entusiasta y hasta fanático, que conocía palmo á palmo toda Inglaterra.

Desde este momento bifúrcase la conspiración en dos tramas distintas, urdida una en el continente y otra en Londres mismo. Tenía por objeto la primera reclutar aventureros y buscar los aprestos necesarios de gente, armas y metálico, para la invasión proyectada; y era el de la segunda maquinar la libertad de la reina católica y la muerte de la reina hereje.

De ser cierta esta última parte, ocultóse cuidadosamente á la Reina de Escocia, según opinión de todos los autores, así protestantes como católicos, *hasta la famosa carta de Babington*, el simpático y desdichado Tony, cuyo nombre llena por completo esta última página de la historia de María Estuardo.

X

FAMOSAS eran en aquel tiempo, entre la gente moza de la corte, las fiestas que daba Anthony Babington, á pocas millas de Londres, en sus tierras de San Gil. Había allí una torre antiquísima, negra, fuerte y amenazadora aún, que rodeada entonces de inmenso parque y caprichosos jardines, parecía un viejo guerrero, descansando desarmado sobre las coronas y laureles ganados en otra edad.

Á fines de Mayo de 1586, las fiestas de Tony Babington, que así le llamaban sus amigos, parecieron multiplicarse. Á diario casi llegaban de Londres arrogantes caballeros, montados en briosos alazanes, con todo el lujo, garbo y bizarría que se estilaba entonces en la corte de

Inglaterra. Venían, sin embargo, uno á uno y sin aquel aparato de criados y acompañamiento, que era en aquella época costumbre de los señores; lo cual extrañaba á muchos y hacíase sospechoso á no pocos. Veíaseles atravesar á escape el frondoso parque, detenerse un momento ante la maciza puerta férreamente claveteada, dar por un estrecho ventanillo una especie de contraseña y desaparecer al cabo por el negro boquerón, que volvía á cerrarse tras ellos, como si temiese dejar escapar los secretos que guardaba. Parecían todos aquellos procederes demasiado imprudentes para conspiradores, y harto misteriosos para gente joven que tratara solo de divertirse. Por desgracia eran una y otra cosa, y aquella amalgama de valor y de imprudencia, de abnegación y de temeridad, no tardó en producir funestos resultados.

El día 6 de Junio hallábanse reunidos en el suntuoso comedor de Tony Babington doce de sus mejores amigos: eran todos ellos jóvenes, nobles, ricos, y á juzgar por la magnificencia de sus joyas y sus trajes, de lo más presumido y elegante que pudiera encontrarse entonces en las galerías y salones de Windsor ó Greenwich. Llamábanse Tomás Salisbury, Carlos Tilney, Eduardo Windsor, Chidioc Tichbourne, Eduardo Abington, Roberto Gage, Juan Traverz,

Patricio Barnwell, Juan Charnock, Enrique Dun, Juan Jonez y Roberto Polly.

Había encima de la mesa un magnífico salero cincelado, de casi medio metro de altura, que representaba al gigante Briareo ofreciendo con sus cien manos de plata sal y especies á los convidados. Tony y sus amigos hallábanse sentados en la parte superior de la mesa, y más abajo del gran salero había otros cuatro personajes de rango inferior, según era costumbre entonces en los convites de la nobleza. Eran éstos el secretario y el intendente de Babington, el mayordomo de San Gil, y un tal Maud, hombre misterioso que había venido de Francia con Juan Ballard y poseía toda la confianza de éste.

Despidió Tony Babington á estos cuatro personajes una vez terminada la comida, y los trece amigos pasaron entonces á una sala vecina, que pudiera muy bien llamarse la *sala de los secretos*. Era ésta una gran pieza entrelarga, revestida toda desde el suelo hasta el altísimo artesonado de ricas maderas oscuras admirablemente trabajadas y pulidas. Destacábanse sobre este sombrío fondo grandes candelabros de plata de un solo brazo, con hachas de cera virgen, empotrados á lo largo de los cuatro muros, y seis cuadros de gran valor, de los cuales

era notable y se hizo célebre más tarde el que se hallaba en el centro. Hallábanse representados en éste los trece caballeros que allí estaban, retratados todos con la mano derecha en alto, como en actitud de jurar algo. En medio de ellos y como recibiendo aquel juramento, veíase la simpática figura de Tony Babington, tal como era entonces: un gallardo mozo de treinta años, de fisonomía altiva y picante, cuerpo admirablemente hecho, ojos azules y cabello rubio cortado, dejando un erizado copete sobre la despejada y hermosa frente. Tenía en el retrato ropilla y capa de terciopelo carmesí con bordados y pasamanería de oro, rizada gorguera, aretes con dos grandes perlas en las orejas, y toca igual al traje con plumas blancas y una cadena de oro que le daba tres vueltas, cerrándose con una medalla de oro á guisa de broche [10].

Por debajo de este simbólico grupo leíase esta lacónica inscripción, que se prestó luego á torcidos comentarios é interpretaciones funestas: *Usque ad mortem.* «Hasta la muerte...» ¿Qué juraban en efecto, aquellos valientes y leales aturdidos en aquel misterioso retrato?... ¿Juraban tan solo que su amistad sería siempre fiel y constante hasta el último momento, como sostuvieron ellos en su proceso, ó juraban defender

á María Estuardo hasta la muerte de Isabel, como sus enemigos pretendieron y declararon más tarde?...

Había también en uno de los extremos de la gran pieza y á mediana altura, una especie de tribuna ó balcón que cogía todo un frente, primorosamente tallado y dispuesto para los músicos; y en el otro lado veíase una gran mesa de macizo roble, con todos los juegos de entretenimiento que se usaban en aquella época. Habían llegado mientras tanto, con muy corto intervalo, otros dos nuevos personajes de muy distinta catadura de los que ya se hallaban congregados. Fué el primero, un hombre ya maduro, que á pesar de sus lujosos vestidos y quizá por eso mismo, no podía disimular la burda trama del soldado aventurero de los tercios de Flandes, valiente y fanfarrón, procaz y desgarrado. Parecía ser el otro, por el contrario, mucho más de lo que revelaba su viejo jubón de piel rojiza y sus calzas de paño remendadas: traía dos largos cuchillos pendientes del cinturón de búfalo, á uno y otro lado, y escapábanse de su caperuza de piel de oso largos mechones grises, que venían á sombrear una fisonomía enjuta, inteligente y no del todo desagradable. El primero era Juan Savage, el antiguo soldado del Duque de Parma; y el segundo Juan Ballard,

el sacerdote errante y perseguido, que adoptaba cada día un disfraz distinto.

Recibióles la alegre compañía con extremos muy cariñosos, y procedióse entonces, después de cerradas todas las puertas, á una extraña ceremonia, un poco teatral sin duda, pero de muy alto significado. Apretó Babington un resorte oculto en las ensambladuras del maderaje, y cedió un tablero rechinando: detrás apareció en una especie de nicho con las armas de Inglaterra y de Escocia, un magnífico retrato de María Estuardo, en todo el esplendor de su juventud y su belleza. Vitoreáronle aquellos locos entusiastas, que se jugaban la cabeza, como si la misma Reina de Escocia se hallase presente, y Babington abrió entonces otro escondite, muy común en aquella época en las casas católicas de Inglaterra. Hizo girar por medio de otro resorte el tablero central que había debajo de la tribuna, y dejóse ver un riquísimo oratorio, todo de terciopelo azul, con un Cristo sobre el altar y una imagen de Nuestra Señora. Allí había celebrado la santa Misa durante mucho tiempo el famoso jesuíta Guillermo Weston [11], preso á la sazón en la Torre de Londres, y de ahí que quisiera más tarde complicarle Walsingham en el proceso de Babington.

Entonces, ante aquellos dos grandes símbo-

los del altar y del trono, expusieron Ballard y Tony Babington el estado general de la conspiración y la necesidad urgente que había de proceder al reparto de papeles, y de poner con grande ánimo y completa abnegación de la vida, manos á la obra que había de transformar por completo la Escocia y la Inglaterra. Querían todos en su caballeresco entusiasmo, ser los destinados á libertar á la Reina de Escocia, y convinieron al cabo en que lo decidiera la suerte. Sorteáronlo allí mismo, en la mesa de juego que en la sala había, y fueron los favorecidos Babington, Charnock y Gage; lo cual acogieron ellos con grandes exclamaciones de entusiasmo.

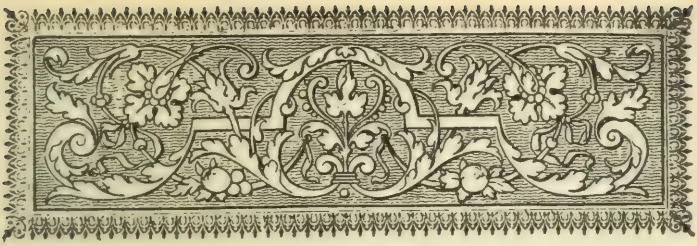
Dícese, y nótese que al decir *dícese* queremos indicar siempre que lo dijeron más tarde Walsingham y sus secuaces, que en aquella misma sesión de la Torre de San Gil se sortearon luego los que habían de ayudar á Savage en su criminal intento de asesinar á la Reina de Inglaterra, y que fueron éstos Barnewel, Tilney, Abington y Tichbourne. Los demás debían esparcirse por los diversos condados y ponerse al frente de los que allí habían de levantarse para proteger la huída de María Estuardo hasta la frontera de Escocia ó hasta el lugar escogido para el desembarco de los invasores españoles y franceses.

Retiráronse los conjurados ya muy entrada la noche, uno á uno y con grandes precauciones, sin sospechar siquiera que allí mismo, mano á mano y bajo el mismo techo, habían tenido á los traidores que les estaban vendiendo. Era uno aquel personaje Maud, amigo de Ballard, que había comido con Babington y presenciado clandestinamente toda la reunión desde la tribuna de los músicos. Era el otro, y vergüenza da decirlo, uno de aquellos mismos nobles caballeros, Roberto Poley, vendido por completo á Walsingham, y colocado allí mismo por éste para espiar y denunciar lo que pensaban y hacían sus confiados compañeros.

Supo pués Walsingham aquella misma noche y por dos diversos conductos todo lo acaecido en la Torre de San Gil, y apresuróse á redoblar sus precauciones y arterías en Chartley, en torno de la Reina de Escocia. Hacíase cada vez más frecuente y numerosa la correspondencia de María, á medida que la conspiración adelantaba, y al tratarse ya de su libertad, envió ésta á Babington algunas notas referentes á sus planes, escritas de mano de su secretario Nau. Esto era lo que esperaba Walsingham para comprometer á la Reina de Escocia en la trama del asesinato de Isabel, como ya se había comprometido ella misma en la de restaurar el catoli-

cismo y llevar al Príncipe Jacobo á Roma ó á España. Mas ya fuese porque semejante proyecto de asesinato no existió nunca, como dicen unos; ya porque de haber existido se ocultó siempre cuidadosamente á la Reina de Escocia, como aseguran todos, es lo cierto que en ninguna de aquellas cartas y notas de María que el traidor Gifford llevaba á Walsingham se encontró una sola palabra que pudiera demostrar su complicidad, ni aun siquiera su aquiescencia al real ó fingido proyecto de asesinato.

No pudiendo pués Walsingham conseguir lo que deseaba, ó sabiendo muy bien desde luego que no había de lograrlo, cometió la inicua felonía de inventar él, con ayuda del falsario Phelipps, las comprometedoras cartas.



XI

Y sucedió que á mediados de Junio del 86, llegó á Chartley con orden de instalarse allí, dada por el mismo Walsingham, un hombrecillo de unos treinta y tantos años, ruin de cuerpo, picado de viruelas, de pelo amarillo oscuro, barba amarilla clara, y grandes espejuelos que denotaban su cortedad de vista. Era esta repugnante criatura el falsificador Phelipps, espía y alma condenada de Walsingham, tal como le describe la misma María Estuardo en una carta á su administrador en Francia Morgan: «*Il est,* dice, *de petite stature, et d'apparence toute chétive: il a les cheveux d'un jaune obscur, la barbe d'un jaune clair, le visaje mar-*

qué de la petite vérole, la vue courte et parait âgé de trente trois ans.»

Traía el falsario en una especie de maletín de viaje todos los enseres de su infame oficio, y traía también, sobre todo, la clave que usaba á la sazón en su correspondencia la Reina de Escocia, vendida á Walsingham por el miserable secretario de la Embajada francesa, Cherelles. No es extraño, por lo tanto, que á los pocos días de la llegada de Phelipps y su armamento, el 25 de Junio, saliese de Chartley la primera de las dos cartas de María Estuardo á Babington falsificadas por Phelipps. En esta carta, breve y sencillísima, limitábase María á dar las gracias á Babington por sus pruebas de adhesión, y á encargarle la tuviese al corriente de todos los planes de los conspiradores.

Difícil es poner en claro si esta carta fué realmente enviada á Babington para arrancarle su comprometedora respuesta del 6 de Julio, ó si esta misma respuesta fué también otra segunda falsificación, mucho más infame, del raposo Phelipps. De todos modos, es lo cierto que el día 7 de Julio ya tenía Walsingham en su poder la terrible carta de Babington, falsa ó verdadera, que había de perder á la Reina de Escocia.

En esta larga carta, cuidadosamente cifrada, refería Babington á la Reina todo lo que se

había hecho en su favor desde la llegada de Ballard: exponíale los medios con que contaba para libertar su persona, desembarazarse de Isabel y sublevar el país de Gales y los condados de Lancaster, Darby y Stafford. «Yo mismo, añadía, con diez caballeros de mi amistad y otros cien de nuestra dependencia y conocimiento iremos á libertar vuestra real persona de manos de sus enemigos. *En cuanto á lo que se refiere á deshacerse de la usurpadora,* de cuya obediencia estamos libres por la bula de excomunión del Santo Padre, hay *seis caballeros* de cuenta, todos amigos míos íntimos, que por celo de la causa católica y del servicio de V. M. están dispuestos á sacrificarla trágicamente. Convendría, sin embargo, que yo pudiera asegurarles, en nombre de V. M., que su heróica empresa será noblemente recompensada en ellos mismos, si escapan con vida, ó en sus sucesores si llegan á perderla.»

Á esta carta, que ya fuese real ó fingida, no llegó nunca á manos de María Estuardo, contestó Phelipps, usurpando el nombre de ésta, primero con una lacónica respuesta dando gracias, y después con una larga carta, fechada el 17 de Julio. En esta última, obra maestra de la habilidad de Phelipps, alababa la Reina el celo de Babington y sus compañeros, y apro-

baba su empresa. Hacía varias observaciones sobre los preparativos de la invasión, así marítimos como militares, y luego añadía: «Importa mucho meditar cómo han de proceder *los seis caballeros en su empresa*, y los medios que han de ponerse en práctica para sacarme de la prisión.»

Insistía mucho á renglón seguido, en la necesidad de entenderse con D. Bernardino de Mendoza, para no intentar nada antes que estuviese preparado del todo en Inglaterra el levantamiento de los católicos, y en el continente la invasión de los españoles. «Una vez dispuestas estas cosas, decía, será necesario *que los seis caballeros pongan mano á su empresa,* y que, una vez efectuada ésta, se procure cuanto antes sacarme de aquí, y que todas vuestras fuerzas se pongan al mismo tiempo en movimiento para recibirme y protegerme mientras no llega el socorro de los extranjeros, que será necesario apresurar con toda diligencia. Y como no se puede señalar un día fijo *para lo que los seis caballeros tienen que hacer*, convendría que tuviesen siempre consigo, ó á lo menos muy cerca, cuatro hombres decididos y bien montados, que avisen sin tardanza el éxito de la ejecución á los encargados de sacarme de aquí, á fin de que puedan llegar éstos antes de que mi

guardián tenga noticia de la dicha ejecución, ó á lo menos antes de que pueda fortificarse en el castillo. Igualmente convendría que fueran estos avisos dos ó tres, y que vinieran por distintos caminos, para que si detienen á uno puedan pasar los otros, cuidando al mismo tiempo de cerrar el paso á los propios y correos ordinarios.»

Indicaba luego la Reina tres medios distintos para sacarla de su prisión de Chartley: consistía el primero en atacar con cincuenta ó sesenta hombres bien armados y montados á Sir Amyas Paulet, cuando saliese un día de paseo con ella y con su escolta de dieciocho ó veinte caballos. Era el segundo el de prender fuego por la noche á las granjas y establos del castillo, de modo que pudieran librarla las gentes de Babington á favor de la confusión; y reducíase el último á que los conjurados, disfrazados de carreteros, entrasen por la mañana en Chartley guiando los carros que llegaban diariamente al amanecer; volcasen los carros en la gran puerta del castillo, de modo que no pudieran éstas cerrarse, y la gente armada de Babington se precipitase entonces dentro, haciéndose dueños de la fortaleza.

Todas estas cartas fingidas hacíalas pasar Phelipps por mano de Gifford como las otras

auténticas de la correspondencia de la Reina, y descifrábalas él mismo delante de Sir Amyas Paulet, dándoselas por verdaderas; con lo cual quedaba la abominable comedia solamente entre el propio falsificador y el secretario Walsingham. Por eso escribía á éste con la mayor buena fe el fanático puritano Paulet después de remitida esta carta, que había de perder á la Reina: «El Señor ha bendecido mis esfuerzos, y mi gozo es grande al ver recompensados así mis fieles servicios. Creo firmemente que la Reina y sus graves consejeros sabrán aprovechar esta misericordiosa providencia de Dios para con S. A. y la Inglaterra.» Y el día antes, 19 de Julio, escribíale también el cínico Phelipps, enviándole la copia de esta horrible impostura que coronaba su obra: «Espero que Vuestro Honor dispondrá pronto el arresto de esta Reina, á fin de que yo pueda disponer ya de mi persona... Ya tenéis ahora bastantes papeles. Quiera Dios que S. M. tenga el heróico valor que exigen la venganza de la causa de Dios, su propia seguridad y la del Estado.»

Mas nada prueba tanto el cinismo de este repugnante falsario y el asqueroso compadraje que entre él y Walsingham existía, como la siguiente frase de una carta de aquél á éste, escrita á los pocos días de su llegada á Chartley:

«Ayer salió ella (María Estuardo) en su carroza, y yo la he saludado al paso con agradable sonrisa, acordándome de aquel verso: *Cum tibi dicit ave, sicut ab hoste cave.* Cuando te saluda guárdate de él como de un enemigo.»

XII

SEGUÍA la Reina Isabel paso á paso aquellas maquinaciones de Walsingham, y dejábalo todo correr de buen grado, deseando, como él, prender á María Estuardo en las mismas redes que á Babington. Mas cuando vió por los últimos informes del secretario la invasión extranjera á las puertas de Inglaterra y su vida amenazada de cerca, pues dicho sea en descargo suyo, todas estas tramas de muerte se las presentaban y exageraban á ella como reales y verdaderas, espantóse grandemente, creyendo con harta razón que el más leve descuido podría dar al traste con su corona y con su vida, y dió orden á Walsingham de cortar al punto la conjura y proceder sin demora á la prisión y castigo de los culpables.

No quería, sin embargo, el secretario espantar la caza harto pronto, pues era su proyecto sorprender repentinamente los papeles de la Reina de Escocia. Fuése pués muy poco á poco, con astuta hipocresía, para no despertar la alarma antes de tiempo, y comenzó por dar orden á su espía Maud de denunciar á Juan Ballard; mas no como conspirador sino como sacerdote católico, contraventor de las leyes del reino. No era, sin embargo, tan fácil prender al precavido Ballard, que no dormía dos noches seguidas bajo un mismo techo, ni usaba el mismo disfraz más de un día, y tuvo tiempo por lo tanto el perseguido sacerdote para avisar holgadamente á Babington la traición del espía.

Alarmado Tony, fuése precipitadamente de Londres á San Gil para poner á buen recaudo algunas cosas que allí había, y dar la voz de alerta á sus nobles compañeros. Reuniéronse allí todos ansiosos y perplejos, por no saber hasta qué punto llegaba la traición de Maud. Si Walsingham lo sabía todo, era necesario huír sin pérdida de tiempo y abandonar por entonces el proyecto de libertar á la Reina de Escocia: mas si Maud no había hecho otra cosa que denunciar á Ballard como sacerdote, según las apariencias indicaban, era la huída comprometer del todo la conspiración, que podía muy bien

triunfar aún, apresurando el desenlace con supremo y vigoroso esfuerzo.

La audacia y la generosidad de Tony Babington hicieron cesar al cabo todas las perplejidades: conocía él y trataba á Walsingham, y resolvió presentarse á éste atrevidamente con cualquier pretexto. Si el secretario estaba al tanto de la trama, indudable era que le prenderían, y esto podía servir de señal á sus compañeros para tomar la huída; mas si Walsingham le dejaba marchar, señal era de que lo ignoraba todo, y podrían aún reorganizar la conspiración y conseguir el triunfo.

Marchó pués Tony Babington á Greenwich, donde se hallaba Walsingham con la Reina, y acompañáronle Salisbury, Windsor y Tichbourne, que no quisieron abandonarle. Al llegar á la vista del palacio, divisaron á lo lejos un grupo numeroso de gente que se agolpaba á la puerta, formando calle hasta la grandiosa escalinata que servía de embarcadero en aquella orilla del Támesis: los *yeomen* de la Reina, formados en dos hileras, ocupaban, alabarda en mano, desde el uno hasta el otro extremo. Atracada á la escalinata, hallábase la gran falúa de la Reina, con su magnífico dosel de terciopelo bordado de oro, sus ricas tapicerías que colgaban á babor y estribor hasta mojarse en el agua, y el estandarte

real de Inglaterra izado en la popa: á su lado había otras tres barcas, también empavesadas ricamente, dispuestas para los personajes de la corte.

Detuviéronse los cuatro amigos á buena distancia, comprendiendo que la Reina iba á dar por el Támesis uno de aquellos fantásticos paseos que tanto la gustaban, y que con ella iría sin duda Walsingham. No pudo, sin embargo, Tony Babington refrenar por más tiempo su inquietud, y determinóse á entrar en palacio, según era su derecho, y hacerse encontradizo con Walsingham donde quiera que le topase. Convino pués con sus amigos en que si media hora después de haber salido la Reina, no estaba él de vuelta en aquel mismo sitio, lo diesen todo por perdido y corriesen á Londres para avisar á los compañeros, y que cada cual se pusiera en salvo como mejor pudiese.

Abriéronse al cabo las anchas puertas del palacio y comenzaron á salir muy gravemente hasta una docena de ujieres, y en pos de ellos los oficiales nobles de la guardia; detrás venía la Reina, vestida como siempre, con real magnificencia, y procurando ocultar con afeites y pinturas los estragos de sus cincuenta y cuatro años. Dábala el brazo su tío materno el anciano Lord Hunsdon, y seguíala un brillante cortejo

de damas y caballeros y graves señores, entre los cuales iba Walsingham.

Aún no había desatracado del muelle la barca regia, cuando se presentó Babington ante sus inquietos compañeros, radiante el rostro de gozo y coloreado aún por la fuerza de la emoción y la violencia de su carrera... Walsingham no sabía nada: habíale visto al salir de un Consejo extraordinario que había retrasado el paseo de la Reina, y recibido de él las mismas pruebas de afecto que siempre.

Ignoraba, sin embargo, el desdichado, que él y sus compañeros habían sido el objeto de aquel Consejo extraordinario, y que por acuerdo allí mismo tomado, salía en aquel momento en posta para Chartley el consejero Guillermo Waad, portador de secretos mensajes de la Reina.

Ignoraba también el pobre Tony, que desde el momento en que se separó de Walsingham, *recibiendo de él aquellas pruebas de afecto,* los espías le seguían paso á paso por orden suya, y estaban allí mismo, á corta distancia, dispuestos á no dejar su pista ni la de sus compañeros por donde quiera que fuesen.

Sucedía todo esto el 3 de Agosto, y el 4 por la mañana prendieron á Juan Ballard: cogiéronle al salir de un mesón, donde se había fingido traficante escocés en ganado, que era uno de sus

disfraces favoritos. Atemorizáronse de nuevo Tony y sus compañeros, temiendo que Juan Ballard les delatase en la horrible prueba del tormento, y *dícese* que aquella misma noche fué Babington en busca de Savage.

—¿Qué debemos hacer ahora?, le preguntó.

—Nada, respondió el otro, como no sea matar á la Reina al instante.

—Que me place, dijo Babington; pues entonces ve mañana á la corte y despáchala de una vez.

Disculpóse Savage diciendo que no había arreglado aún el medio de acercarse á la Reina, y *dícese* que entonces le dió Babington un rico anillo y todo el dinero que llevaba, que era mucho, para que sobornase á cualquier empleado de palacio, y le colocara tras una pilastra de la gran galería, con el pretexto de ver á la Reina de cerca.

Savage no hizo nada, sin embargo, y al día siguiente, que fué 5 de Agosto, dieron aviso á Babington de que le andaban buscando. Huyó en aquel momento toda la brillante cuadrilla, cada cual por su lado, hacia una alquería propia de Tichbourne en el bosque de San Juan, y allí les prendieron á todos aquella misma noche, menos á Windsor, y les encerraron en la Torre de Londres.

Mientras tanto, corría el consejero Waad á dobles jornadas hacia Chartley, y deteníase en un paraje solitario, distante aún del castillo, adonde hizo venir con urgencia al guardián de María, Sir Amyas Paulet. Avistáronse ambos personajes en mitad del campo, donde nadie podía escucharlos, ni aun sospechar siquiera su entrevista, y allí dió el consejero á Paulet, con el mayor misterio, las órdenes de la Reina: lo cual iba todo encaminado á que no llegase alarma alguna á los oídos de María, y se apresurase á quemar sus papeles, de que quería Isabel apoderarse por sorpresa.

Presentóse pués Paulet el día 8 de Agosto en virtud de las traidoras órdenes de su soberana, á la Reina de Escocia, é invitóla á una cacería con halcones en el próximo parque de Tixal. El día estaba magnífico, el ánimo de la Reina tranquilo y esperanzado, é ignorante por completo de la triste suerte que cabía ya á sus amigos, y hasta su salud, fortalecida por el buen tiempo y la esperanza, daba alguna tregua á su continuo sufrir. Aceptó pués con la mayor alegría, encantada de respirar algunas horas aire libre y de moverse y andar con cierta holgura, que le recordaba en algo su perdida libertad. Acompañaban á la Reina en su carroza Juana Kennedy, Isabel Curle y su médico Domingo

Bourgoing; y seguíanla á caballo, con Sir Amyas Paulet, sus dos secretarios Curle y Nau. Cerraban la marcha con los pájaros y perros, los picadores y halconeros que había mandado Sir Walter Ashton, y más lejos venía también la eterna escolta de cincuenta jinetes armados. Ensanchábase el corazón de la Reina con el goce anticipado de aquel sencillo pasatiempo, que había sido siempre uno de sus placeres favoritos, y ella misma llevaba en la carroza un soberbio halcón, que quería descaperuzar y arrojar por su propia mano cuando la ocasión llegase.

De repente, en una estrecha angostura que formaba el camino de Chartley á Tixal, cortó el paso á la comitiva un grupo de gente armada, con un caballero al frente. Sobresaltóse un momento la Reina, creyendo que fuesen quizá los salvadores que esperaba; mas bien pronto pudo conocer la nueva felonía de sus verdugos. Adelantóse hasta la carroza aquel caballero, que era Sir Tomás Georges, y puso en su conocimiento que había sido descubierta la conspiración de Babington, y que la Reina de Inglaterra le intimaba la orden de ser conducida al castillo de Tixal. Al mismo tiempo prendieron los soldados á los dos secretarios de la Reina, Curle y Nau, y sin dejarles cruzar una sola palabra con su señora, se los llevaron presos á Londres.

Mientras tanto volvió Paulet apresuradamente á Chartley, donde ya le esperaba el consejero Waad, y ambos entraron con gran aparato de armas y operarios en las habitaciones de la Reina, atropellando á su servidumbre, y descerrajaron armarios, cofres y muebles, para apoderarse de los papeles, joyas y dineros de María y enviarlos cuidadosamente empaquetados y sellados á la Reina Isabel.

Una vez consumado este inicuo despojo, volvieron á María á Chartley, después de diecisiete días de cautiverio en el castillo de Tixal: tuviéronla allí rigurosamente incomunicada en una sola y mezquina pieza falta de luz y de aire. Sospechaba ya María el objeto del engaño con que la habían sacado de Chartley, y cercioróse de ello al encontrar á su vuelta sus armarios destrozados, forzados los cofres, desaparecidos sus papeles y abiertos y vacíos los estuches de sus joyas. Volvióse entonces hacia los que la acompañaban, y mostrando aquel destrozo, díjoles tan solo:

«Dos cosas hay que no podrá robarme nunca vuestra reina... La sangre real que me da derecho á la corona de Inglaterra, y la fe católica que llevo en mi corazón heredada de mis padres.»

XIII

EXAMINÓ Isabel por sí misma todos los papeles cogidos á María Estuardo, y su despecho fué grande al no hallar entre ellos la prueba decisiva que buscaba. Creyó la bastarda encontrar allí la minuta original de la supuesta carta de María á Babington, que ella tenía por verdadera, y que juzgaba necesaria; pues harto comprendía su claro entendimiento que ningún tribunal podría nunca con decoro y con justicia basar una sentencia en las cartas de cifras interceptadas por Walsingham. Imposible era probar que las hubiese dictado María, y su escritura cifrada lo mismo podía ser obra de los secretarios de la Reina de Escocia que de cualquiera que poseyese la clave, como la habían poseído Phelipps y Walsingham.

Pensóse pués en reforzar lo débil de estas pruebas con las declaraciones de los infelices

presos en la Torre de Londres, y solo Dios sabe lo que pasó entonces en aquellos negros antros donde los tormentos hacían confesar á las víctimas lo que los verdugos querían, y donde si la fortaleza de aquéllos resultaba invencible, falsificaban éstos las declaraciones, inventaban las apostasías, y aun disfrazaban los asesinatos con la apariencia del suicidio, como sucedió en aquellos mismos meses con el Conde de Northumberland. La víctima solo salía de allí para el cadalso ó para la sepultura, y no había miedo de que desmintiese ya las afirmaciones de un verdugo cruel ó el testimonio de un juez inicuo.

«La administración de justicia en tiempo de Isabel, dice el gran historiador de Inglaterra Lingard, estaba más corrompida que en el de sus antecesores. No contamos con medios para establecer la comparación: pero sabemos que en el primer año de su gobierno la política de Cecil sustituyó hombres de inferior condición á los primeros magistrados; que se oyeron muchas quejas de sus tiranías, extorsiones y rapacidades; y que un juez de paz era definido en el Parlamento: —Un animal que por media docena de pollos dispensa con gusto una docena de leyes. —No nos formaremos más ventajosa idea de los tribunales más elevados, si recordamos que los jueces eran amovibles á voluntad de

la Reina, y que ésta tenía costumbre de aceptar y permitir á sus favoritos y damas que aceptasen regalos como premio de su mediación en los litigios entre particulares.»

Júzguese pués lo que serían esta justicia y estos magistrados cuando era la Reina quien deseaba y Walsingham quien disponía, y bastaba para satisfacerles una declaración falsa ó un testimonio fingido. No es extraño, por lo tanto, que todos los conjurados apareciesen culpables y confesos en las declaraciones presentadas por Walsingham, y que todos confesaran también la complicidad de María. Babington reconocía en ellas por auténticas las cartas de la Reina de Escocia, y como los originales de éstas no parecieron nunca, certificaba las copias que le habían presentado, firmando en cada una de sus páginas con su nombre y apellido. Tichbourne confesaba también haber ayudado á Tony Babington á descifrar la larga y fatal carta de la Reina de Escocia fingida por Phelipps y fechada el 17 de Julio, y Ballard y Donn declaraban igualmente haber leído esta carta en copias que les mandaron [1].

---

(1) El P. Weston, que como dijimos en una nota anterior, estuvo preso en la Torre de Londres al mismo tiempo que Babington y sus compañeros, asegura que éstos confesaron espontáneamente su intento *de libertar de la cárcel á*

Una vez inventadas estas falsas declaraciones, apresuráronse á deshacerse de las víctimas, que podrían muy bien, si se les prolongaba la vida, convertirse quizá en testigos importunos. Sacaron pués de la Torre de Londres, el 20 de Setiembre, á Babington, Savage, Ballard, Barnewell, Tilney, Abington y Tichbourne, tendidos en carretas, destrozados y medio muertos ya por la tortura: lleváronles á la aldea de San Gil, y ante aquella negra torre, testigo de sus pasadas alegrías y sus imprudentes conspiraciones, arrancáronles vivos las entrañas con te-

---

María Estuardo; pero que ni el tormento ni la muerte pudieron arrancarles una sola palabra que le comprometiera á él en la conspiración descubierta, á pesar de los esfuerzos que para ello hizo Walsingham... Y si tan heróico comportamiento supieron guardar con respecto á un pobre jesuíta, á quien solo debían algunos auxilios espirituales, ¿cómo es posible que aquellos ilustres caballeros y generosos corazones vendiesen y calumniasen tan villanamente á la desdichada Reina, por quien morían con entusiasmo? He aquí las textuales palabras del fiel y sabio cronista del P. Weston: *Nec quidquam artium omisit Walsingamus, ut conspirationis istius reum perageret Westonum; hinc cum per eos dies, 13 nobiles viros cum Antonio Babingtono cepisset, quos scelestissima prius ante per duos emissarios itidem nobiles, catholicam fidem mentientes, in conspirationem ad eripiendam carcere Mariam Stuartam induxerat, nullis tamen equulei tormentis, conjurationem ultro fatentibus, extorquere ab iis potuit, Westonum in aliquam ejus partem conscium venisse, etiam dum extremo perduellium supplicio damnatis, vivis evellerentur vitalia, et quadrifariam scinderentur.*

nazas de hierro. Igual suerte sufrieron al día siguiente, y en el mismo lugar, los siete que quedaban, Salisbury, Donn, Jones, Charnock, Travers, Gage y Bellamg. Solo Eduardo Windsor logró escapar á la horrible carnicería, refugiándose primero en los Países Bajos y después en Francia.

Quedaban todavía los dos secretarios de la Reina de Escocia, Nau, francés, y Curle, escocés, presos en la propia casa de Walsingham, bajo su inmediata custodia é influencia. Nau había sido secretario del Cardenal de Lorena y recomendado por el mismo Rey de Francia á María Estuardo: mas á pesar de estos buenos antecedentes, la misma Reina declaró más adelante que no respondería de que colocado Nau entre el temor de un peligro y la esperanza de una recompensa, no fuese capaz de declarar en contra de ella falsamente y aun de arrastrar en su delito á Curle, hombre sencillo y bueno, pero supeditado al otro por completo.

Esto fué lo que sucedió en efecto: Walsingham, dirigido en este punto por Cecil, colocó desde luego á los dos secretarios entre la amenaza del tormento si callaban, y la perspectiva de la libertad, recompensados y absueltos de toda culpa, si se prestaban á declarar lo que Isabel y sus ministros creían necesario para per-

der á la Reina de Escocia. Y aquellos dos infelices, que no eran ciertamente de la madera de que se hacen los héroes, comenzaron á ceder cobardemente y fueron llegando poco á poco en sus declaraciones hasta la infame calumnia á medida que Walsingham les presentaba más de cerca los horrores del tormento ó les hacía ver con más dorada luz la libertad en perspectiva.

Nau declaró primeramente la manera que tenía María Estuardo de despachar su correspondencia secreta. Encerrábase con los dos secretarios en su gabinete, y ella misma dictaba á Nau, ordinariamente en francés, los puntos principales de las cartas. Redactábalas Nau entonces: corregíalas la Reina de su propia mano, y dábalas luego á Curle para que las cifrase. En esta primera declaración, según la presentó Walsingham, consta ya declarada por Nau la calumnia de que María escribió de su propia mano la supuesta carta de 17 de Julio á Babington, y la entregó á Curle para que la pusiese en cifra.

No se dió Walsingham por satisfecho con estas declaraciones, y fingió dar orden de trasladar á los dos secretarios á la Torre de Londres. Aterrados éstos, fueron más adelante, y declararon que la Reina de Escocia había entrado

de lleno en el complot relativo á la invasión de Inglaterra; pero solo había tenido ligera noticia de lo referente al asesinato de Isabel, y ni había querido saber más, ni se había creído tampoco obligada á denunciar lo que sabía.

Parecióle todavía esto á Walsingham demasiado poco, y el 20 de Setiembre mandó llevar á los dos secretarios á una casa fuerte próxima á la Torre de Londres, para que vieran desfilar el horrible cortejo de Babington y sus compañeros camino del suplicio. Desde allí oyeron los dos míseros los temerosos pregones con que anunciaban al pueblo de Londres aquella justicia que mandaba hacer la Reina de Inglaterra, y vieron luego desfilar uno á uno, tendidos sobre paja y cubiertos de harapos, aquellos brillantes jóvenes cuya hermosura y elegancia había admirado todo Londres, convertidos entonces por el tormento en sangrientas masas de carne, donde no se revelaba ya otra vida que los estremecimientos convulsos y los gemidos de angustia que les arrancaban el dolor de los huesos fracturados y el rudo bambolear de las carretas.

Los secretarios, enloquecidos por el terror, apresuráronse á declarar cuanto Walsingham quiso. Nau, contradiciendo su primera declaración, dijo entonces que Curle había descifrado la carta de Babington, y que él mismo había

escrito, dictándoselos la Reina, los puntos principales de la respuesta de ésta, entre los cuales hacíase mención especialísima de los seis caballeros que habían de asesinar á la Reina Isabel. Apareció también entonces una nota escrita de mano de Nau, que *se dijo* haberse encontrado entre los papeles de éste en Chartley: hallábanse recopiladas en ella las dos cartas de Babington y María, y hablábase varias veces de *dar el golpe:* la cual palabra *golpe* (coup) declaró Nau referirse al proyecto de asesinar á la Reina de Inglaterra.

Creyó Walsingham tener ya con todo esto lo suficiente para condenar á María Estuardo, y presentó á Isabel todos aquellos materiales, con tantos trabajos, tantas infamias y tanta sangre compilados. ¿Pero se atrevería la bastarda? ¿Osaría aún atentar á la inviolabilidad real, llevando á los tribunales y á un patíbulo á una reina independiente, su igual, sobrina y sucesora, después de haber violado tan inicuamente el derecho de gentes, reteniéndola diecinueve años prisionera?... Dudábalo Walsingham mismo: mas Isabel se atrevía á todo cuando el odio y la envidia y su propio interés la espoleaban, y se atrevió en efecto, con aquella rara mezcla de audacia inverosímil y de solapada hipocresía, que caracterizó todos sus actos.

Siguió pués adelante la bastarda por el camino que desde tanto tiempo atrás iba preparando, y decidióse á proseguir hasta el final la siniestra farsa. Fingió primero largas conferencias con Cecil para determinar lo que tan de antemano tenían ambos convenido, y decidieron al cabo, para mejor disimular, someter la suerte de María Estuardo á las deliberaciones del Consejo privado, asentando por principio ya inconcuso, que la seguridad de la Reina de Inglaterra y de la religión reformada eran incompatibles con la libertad y con la vida de la Reina de Escocia.

No todos los consejeros opinaron, sin embargo, por la muerte inmediata y violenta: creyeron algunos que bastaría encerrar á María aún más estrechamente y atormentarla con nuevos rigores, para que su salud, ya tan aniquilada, se debilitase del todo, y viniese en breve plazo una muerte natural á librar á la Reina de Inglaterra de aquella temida existencia. Entonces adelantó Leicéster una cobarde idea, que sin duda alguna guardaba la misma Isabel en lo más recóndito de su pecho, cuando muy poco tiempo después quiso adoptarla ella misma. Propuso el vil favorito adelantar aquella muerte natural que los otros esperaban, por medio de un clandestino envenenamiento. Cecil y Walsingham y la mayoría de los consejeros, rechazaron ambas pro-

posiciones, declarándose francamente por el proceso judicial y la sentencia de muerte. ¿Mas en virtud de qué ley podría llevarse á los tribunales y al cadalso á una reina extranjera que no había entrado en el país por fuerza de armas, sino buscando un asilo ofrecido por la propia soberana, su amiga y más próxima parienta?

Á este segundo punto sometido al Consejo, contestó Walsingham invocando la ley decretada el año anterior por el Parlamento, en virtud de la cual, *si llegaba á cometerse algún atentado contra la vida de la Reina, jamás podría heredar la corona la persona que lo hubiese cometido, ó aquella en cuyo favor se hubiese cometido, ni tampoco sus descendientes, cómplices en cierto modo del crimen, y todos ellos podrían ser condenados á muerte.* La ley encajaba tan bien, como que expresamente para este caso la habían arrancado al Parlamento los tres grandes culpables, Isabel, Cecil y Walsingham, previendo con harta razón, que aquella inicua ley había de servirles para echar los cimientos al cadalso de María Estuardo.

Aparentó entonces la hipócrita bastarda ceder á todo, como forzada por la opinión de su Consejo, y al decretar que María fuese juzgada en el castillo de Fotheringay, todavía exigió que los jueces no fallasen allí el proceso, sino que vol-

viesen á pronunciar la sentencia en la Cámara Estrellada de Westminster. La sensible hiena repetía sin cesar su hipócrita y ridículo estribillo de antaño: *¡Repugnaba á su corazón dar muerte al pajarillo que se había refugiado en su seno, huyendo del buitre que le perseguía!...*

XIV

NADA queda ya del castillo de Fotheringay. El remordimiento, sin duda, obligó á Jacobo Estuardo á mandarlo arrasar por completo á poco de su advenimiento al trono de Inglaterra, temeroso quizá de que la sombra de su madre le echase en cara desde aquellos negros muros sus apostasías de católico, sus vilezas de rey y sus criminales ingratitudes de hijo.

Á principios de Octubre de 1586, elevábase aún el castillo de Fotheringay á orillas del Nen, fuerte y orgulloso todavía, como si recordase que había sido cuna de un rey, Ricardo III, y amenazador y sombrío ya, como si presagiase que iba á ser teatro de un crimen y tumba de una reina.

Á la caida de la tarde del 6 de Octubre, llegó María Estuardo á Fotheringay, escoltada por Sir Amyas Paulet, el consejero privado Sir Walter Mildmay, el notario Balker y más de 300 arcabuceros que se extendian á lo largo del camino, impidiendo acercarse á la carroza de la Reina la multitud que de todos los lugares vecinos acudía. Habían llegado ya al castillo los cuarenta y seis miembros de la comisión nombrada por Isabel para juzgar á la Reina de Escocia, y rebosaba por todas partes esa especie de medrosa agitación y actividad siniestra y silenciosa que suele observarse en las cárceles y audiencias los días en que se prepara una ejecución ó se falla la causa de un reo de muerte.

Amyas Paulet, Mildmay y el notario Balker acompañaron á la Reina á las habitaciones que le estaban destinadas, y sin dejarla descansar un momento, entrególa Paulet una carta de la Reina Isabel, dura é imperiosa. Acusábala en ella la bastarda de haber tomado parte en la conspiración de Babington, y *la ordenaba* comparecer ante el tribunal nombrado para juzgar su conducta, según las leyes de Inglaterra, que, al decir de ella, la habían amparado, y á las cuales debía por lo tanto someterse.

Contuvo María por el pronto los ímpetus de su indignación, para protestar solemnemente

de que jamás había dirigido ni autorizado ningún complot contra la vida de Isabel; y aludiendo luego al extraño tono de mando que se apropiaba en aquella carta la Reina de Inglaterra, y á su pretensión de someterla á un tribunal de súbditos ingleses, exclamó con el rubor de la cólera y la vergüenza en el rostro:

—¿Vuestra señora no sabe que hemos nacido reina, ó cree acaso que degradaremos nuestro rango, y nuestro reino, y la raza de que venimos, y al hijo que ha de sucedernos, y á los reyes y príncipes extranjeros cuyos derechos ofende en nuestra persona, obedeciendo á semejante carta?... Id en buen hora y decidla, que por muy abatida que nos encuentre, todavía tenemos el corazón bastante grande para someternos á humillaciones semejantes.

Esta negativa de María causó grande sensación entre los altos funcionarios, Pares del reino y gente de curia, que se hallaba ya en Fotheringay, y aún temieron algunos ver desconcertados sus planes. Si la Reina persistía en rechazar la competencia del tribunal, haríase preciso condenarla sin oírla, y era esto harto fuerte, aun para aquellos hombres criminales ó vilmente cobardes, que venían allí decididos de antemano á condenarla, ya resultase inocente, ya culpable.

No fueron tan grandes los escrúpulos de Isabel, y enterada por Cecil de la actitud de María, dió orden de que se juzgase el proceso sin escucharla, como si se tratara de cualquier criminal ordinario que toma la huída, y se le juzga y condena en rebeldía. Esta determinación de Isabel, comunicada por Cecil á María Estuardo, hízola vacilar en su propósito, y juzgando que convendría más á su reputación hacer frente á sus verdugos calumniadores, que dejar correr libremente la calumnia, decidióse al fin á comparecer ante el tribunal, protestando siempre de su incompetencia.

El 14 de Octubre, á las nueve de la mañana, constituyóse pués el tribunal en la gran sala de honor del castillo de Fotheringay. Había en el fondo, bajo un dosel coronado por las armas de Inglaterra, un sitial destinado á la Reina Isabel, que debía permanecer vacío no estando ella presente. Á su lado, pero fuera del dosel y sobre el piso llano, pusieron otro sitial de terciopelo, destinado á la Reina de Escocia. Á derecha é izquierda del dosel sentábanse en dos hileras aquellos inicuos jueces, cuyos nombres debe conservar la historia para propia ignominia de ellos. Á la derecha estaban el Lord Canciller Bromley, el Lord Gran Tesorero Cecil (Burghley), los Condes de Oxford, de

Kent, de Derby, de Worcester, de Rutland, de Cumberland, de Warwich, de Pembroke, de Lincoln y el Vizconde de Montagu. Á la izquierda, los Lores Abergavenny, Zouch, Morley, Stafford, Grey, Lumley y los consejeros privados Crofts, Hatton, Walsingham, Sadler, Mildmay y Paulet. Delante de éstos, y también en dos hileras, hallábanse á la derecha los grandes jueces de Inglaterra, y á la izquierda los otros jueces y barones y dos doctores en derecho. En medio había una mesa, en torno de la cual se sentaban el procurador general de la Reina Popham, su notario Egerton, su fiscal Gawdy y el letrado de la Corona Tomás Powell con dos escribanos para escribir el proceso verbal.

Así estaba constituído aquel tribunal de fariseos dispuestos á derramar por odio la sangre del justo, y de Poncios Pilatos decididos á dejarla correr por miedo de disgustar al César.

Á las diez, el ruido de las alabardas que rebotaban en el suelo, anunció á los de dentro la llegada de la Reina. Conocíanla muy pocos de los presentes, y todos tenían, sin embargo, cumplida noticia de su portentosa hermosura, de su ingenio peregrino, de sus trágicas desventuras y de la horrible suerte que la maldad de Isabel y la propia de ellos mismos la tenían

aparejada. Hubo pués en toda la sala un momento de expectación intensísima, y todas las cabezas se volvieron y todas las miradas se fijaron en la puerta.

Seguida de un piquete de alabarderos y apoyada por su extrema flaqueza en los brazos de Sir Andrés Melvil, su mayordomo, y Domingo Bourgoing, su médico, apareció al cabo María Estuardo, vestida toda de terciopelo negro. No era ya la Reina aquella brillante hermosura de la corte de Francia, que comparaba Ronzard á la aurora del más hermoso día de primavera: era más bien el anochecer de aquel mismo hermoso día, con todos los suaves encantos de lo que acaba y se despide, y toda la bella y triste serenidad de la tarde próxima á fenecer.

Levantáronse maquinalmente todos los jueces, como sobrecogidos por aquella majestuosa aparición, y la piedad más respetuosa dominó por un momento en aquellos pechos, á las bastardas y crueles pasiones que en ellos bullían. Adelantóse la Reina en medio de aquel imponente silencio, mezcla conmovedora de pavor y de respeto, y detúvose un momento en el centro de la gran sala. Paseó desde allí una larga y triste mirada por toda la concurrencia, é hizo á los Lores uno de esos saludos inimitables, que imprimen la majestad del rango en la persona

del individuo. Avanzó luego lentamente hasta el sitial que le estaba preparado, y notando que se hallaba éste fuera del dosel y sobre el piso llano, dijo irguiendo la frente con toda la dignidad de su realeza:

—Soy Reina y viuda de Rey, y mi sitio debe estar allí.

Dicho esto, que fué escuchado con el más profundo silencio, sentóse majestuosamente y esperó.

XV

NECESITARON algún tiempo los jueces para recobrarse de la honda impresión que produjo en ellos la entrada de la Reina, y una vez conseguido esto, levantóse el Lord Canciller Bromley, y expuso las razones que había tenido su soberana para citar á juicio á *María Estuardo, hija de Jacobo V, último rey de los escoceses, llamada comunmente Reina de Escocia y viuda de Francia.* Al mismo tiempo declaró que, si la Reina de Inglaterra no se hubiera decidido á esto, por impedírselo su natural piadoso, hubiérase podido con verdad acusarla de negligencia en defender la causa de Dios y de empuñar en vano la espada de la justicia.

Á continuación leyó el letrado de la Corona,

Powell, el decreto de Isabel instituyendo el tribunal en la forma que allí se hallaba constituído. Escuchada esta lectura, tomó María la palabra con reposado continente, y recordó en breves palabras la indignidad de los tratos que había sufrido en Inglaterra, donde llegó como amiga en demanda de auxilio, y se la había retenido diecinueve años prisionera. Dijo que no podía reconocer ni la validez de aquel decreto, ni la competencia de aquel tribunal que pretendía juzgarla, porque siendo Princesa independiente y Reina ungida, no dependía de nadie, sino del mismo Dios.

Consignada esta protesta de la Reina de Escocia, hizo el fiscal de la Corona, Gawely, la narración del último complot, acusando á María Estuardo, no solo de haber tomado parte en el proyecto de invasión del reino, sino también en el de asesinar á la Reina de Inglaterra, habiéndolo sabido de antemano, aprobado y animado. Las cartas, interceptadas unas é inventadas ó adulteradas otras por Walsingham; las supuestas confesiones de Babington y sus compañeros, y las declaraciones de Curle y Nau, hallábanse de manifiesto en la mesa de los curiales, como pruebas de esta acusación.

La Reina reconoció por suyas las cartas á Morgan, á Lord Paget y á D. Bernardino de

Mendoza, y convino también en que había enviado á Babington por medio de sus secretarios de ella, algunas notas relativas á la proyectada evasión de Chartley; mas sostuvo enérgicamente que jamás había visto á Babington, ni recibido nunca carta suya, ni enviádole tampoco ninguna respuesta. «Si esas cartas de Babington son verdaderas, dijo, pido que se nos pruebe que las hemos recibido; y si esa respuesta nuestra no es falsa, pido que se nos presente el original de nuestra propia mano.»

Leyeron entonces por toda respuesta á esta reclamación de la Reina una copia de la larga carta de Babington del 6 de Julio, en que comunicaba á María el fin del complot y los medios de llevarlo á cabo; la supuesta contestación de la Reina del 17 de Julio, animándole á la empresa; y las declaraciones de Babington, Tichbourne, Ballard y Donn, hechas en la Torre de Londres, confesando haber descifrado y leído ellos mismos ambas cartas. Levantóse entonces el procurador general Popham, para guiar la opinión de todos, y declaró que, después de leídos aquellos documentos, resultaba evidente la complicidad de la Reina de Escocia en el crimen de que se la acusaba.

Mas la Reina, prontamente y sin titubear un momento, replicó que aquella pretendida evi-

dencia fundábase tan solo en copias de documentos cuyos originales no se mostraban, y en dichos de gentes que ella no conocía. «Que traigan los originales si existen, dijo, y entonces los examinaremos y discutiremos. Mientras tanto, protestamos solemnemente contra las imputaciones que se nos hacen... No negamos, añadió con aquella expresiva elocuencia suya, templada entonces por la tristeza mortal que la aquejaba, no negamos haber deseado la libertad y trabajado seriamente por recobrarla; porque nuestro natural es humano, y á ello nos impulsaba. Pero tomamos á Dios por testigo de que jamás hemos conspirado contra la vida de la Reina de Inglaterra, ni consentido tampoco en que nadie conspirase... Confieso que hemos escrito á nuestros amigos y solicitado su favor para librarnos del miserable cautiverio en que se nos tiene desde hace diecinueve años... Confieso también que hemos escrito en favor de los católicos perseguidos, y que si hubiéramos podido librarlos de su opresión á costa de nuestra propia sangre, lo hubiéramos hecho... Pero esas cartas que se presentan ahí, ni las hemos escrito, ni las hemos recibido, ni tampoco podemos ser responsables de lo que hayan hecho ó hayan intentado esos pobres católicos oprimidos, en un momento de exasperación extrema.»

Eran tan justos los descargos de la Reina y había tal acento de verdad en sus palabras, que para distraer la atención de los jueces, levantóse el malvado Cecil y quiso hacer de nuevo la historia del complot, apoyándose en las declaraciones de Nau y de Curle, no mencionadas hasta entonces. Expuso pués, según el testimonio de ambos secretarios, el método observado por María en el despacho de su correspondencia secreta, y la manera como había contestado á Babington. Afirmó la autenticidad de aquella carta, que Nau y Curle aseguraban haber enviado; que Babington confesaba haber recibido; que Tichbourne, Ballard y Donn declaraban haber reconocido, y que estaba escrita con la misma cifra encontrada entre los papeles de la Reina. Dedujo de aquí que la complicidad de ésta resultaba del contenido de aquella carta, conforme en todo con la confesión de Babington y las declaraciones de Nau y Curle; y que ella probaba al mismo tiempo el conocimiento que María tuvo del complot y la aprobación que le había prestado.

La habilidad con que el artificioso Gran Tesorero barajó y tejió en su discurso la verdad con la impostura, no turbó en lo más mínimo el valeroso ánimo de la Reina de Escocia. Poco le importaba á ella, respondió, lo que hubiese

declarado Babington. Ni ella sabía, ni tampoco habían de decirla, si lo que se presentaba allí como su confesión era ó no de su letra. ¿Porqué no se le había careado con ella antes de darle muerte? Esta era la manera de averiguar la verdad. ¿Por ventura se deseaba que no apareciese esta?... En el mismo caso estaban los dos secretarios Nau y Curle. En Londres estaban éstos. ¿Porqué no se les traía allí para que sostuviesen ante ella lo que habían declarado á su espalda? Poco importaba también que hubiesen afirmado su declaración con juramento. ¿Acaso no le habían jurado á ella igualmente guardarle sus secretos? Pues si perjuros habían sido para su Reina, de quien nada temían, perjuros podían ser del mismo modo para aquellos hombres que les amenazaban con el tormento... Curle era ciertamente hombre sencillo y honrado: Nau era más hábil y tenía talento; pero aunque hubiese sido secretario del Cardenal de Lorena y recomendado del Rey de Francia, no aseguraría ella nunca que, puesto entre el temor de un peligro y la esperanza de una recompensa, no fuese capaz de venderla y aun calumniarla, y de arrastrar en su delito al infeliz Curle, que le estaba supeditado por completo... Cierto era que sus secretarios escribían su correspondencia y la cifraban: pero, por eso mismo, no podía

estar segura ella de que no intercalasen en sus cartas cosas que no les hubiera dictado; ni tampoco le parecía imposible que recibiesen los secretarios cartas sin mostrárselas, y enviasen otras en su nombre sin darle cuenta de ello.

—¿Y puedo yo... ¡yo!... una Reina, añadió con tanta energía como dignidad, ser declarada culpable por pruebas de esta especie?... ¿Dónde está la seguridad de los príncipes y reyes, si se hace depender ésta de los escritos y chismes de sus secretarios? Reclamo pués el derecho de no ser juzgada sino por lo que yo misma haya dicho ó escrito, y cierta estoy de que nada podrá alegarse en contra nuestra!...

Y encarándose entonces con el infame Walsingham, echóle en cara el baldón que aún, después de tres siglos, pesa sobre su memoria.

—¿Qué seguridad tengo de que sean esas nuestras cifras?... ¿Creéis, señor secretario, que no sé yo los manejos que contra nuestra persona ha empleado vuestra astucia?... Vuestros espías nos han rodeado por todas partes; pero quizás ignoráis vos que algunos de los que han hecho falsas declaraciones me han informado de ello... Y si de esta manera se nos trata, prosiguió dirigiéndose á la asamblea, ¿cómo puedo estar segura de que no hayan falsificado nuestras cifras para condenarnos á muerte?... ¿Acaso

no ha tramado ya ese hombre negras intrigas contra nuestra vida y la de nuestro hijo?...

Ante este ataque tan directo y tan terrible, desconcertóse Walsingham y enmudeció por un momento. Mas recobrándose al punto, dijo atropelladamente:

—Tomo á Dios por testigo de que no hay en mis actos particulares uno solo indigno de un hombre honrado; ni en mi conducta como secretario de mi soberana, nada que desdiga de la alteza de este cargo... Es cierto que he seguido con la mayor vigilancia todas las tramas dirigidas contra la Reina y contra el Estado, porque era mi obligación hacerlo; y si el mismo traidor Ballard me hubiese ofrecido su ayuda para descubrirlas, yo no la hubiera rechazado...

XVI

USPENDIÓSE aquí el debate hasta el día siguiente, y en esta segunda sesión protestó la Reina de nuevo contra la competencia del tribunal: quejóse de que la pusiesen y la dejasen frente á frente de los hombres más notables de Inglaterra, á ella sola, ignorante por completo de las leyes del reino, sin un consejero que la guiase, ni un abogado que la defendiese, ni aun siquiera el socorro de sus papeles que le habían arrebatado por sorpresa. Exigió de nuevo que trajesen allí á los secretarios Curle y Nau, para que declarasen frente á frente de ella lo que habían declarado á su espalda, en casa de Walsingham; y reiteró de nuevo, con la mayor energía y firmeza, su negativa de

haber conocido á Babington, de haber recibido carta alguna suya y de haberle dirigido la menor respuesta.

—¡Con qué injusticia se procede contra nuestra persona!—exclamó paseando su mirada triste, pero firme, por todo el concurso... Nuestras cartas han sido adulteradas ó falsificadas, y nos han robado sus originales... No se tiene consideración ninguna con la fe que profesamos, ni con el sagrado carácter que nos imprime nuestra condición de Reina... Si nuestros sentimientos personales os son indiferentes, pensad, Milores, que agraviáis á la Majestad real en mi persona, y pensad también en el ejemplo que dais.

Apeló después á Dios y á los príncipes extranjeros contra la injusticia de que era víctima, y exclamó con dolorosa vehemencia:

—Hemos entrado en este país, fiándonos de la amistad y las promesas de la Reina de Inglaterra...

Y quitándose del dedo la sortija que le había enviado Isabel á Hamilton, con el Dr. Leighton, después de la fuga de Lochleven, añadió mostrándola:

—Mirad, Milores, la prueba de amor y protección que nos envió vuestra real Señora... ¡Miradla bien!... ¡Fiando en ella vinimos entre voso-

tros, y vosotros sabéis mejor que nadie cómo ha sido respetada!...

Pidió luego ser oída en pleno Parlamento y en presencia de Isabel, y concluyó diciendo:

—Como acusada, reclamo el derecho de tener un abogado que defienda mi causa; y como Reina, exijo que se me crea sobre mi palabra de Reina.

Mas era todo esto pedir al rayo que no hiriese, y á la tempestad que no arrasase, y á la alevosa traición que fuese leal y buena. Los viles comisionados desaparecieron uno á uno de Fotheringay, cerrando las orejas al clamor de la inocencia y la justicia, y el 25 de Octubre reuníanse todos de nuevo en la Cámara Estrellada de Westminster, según la Reina Isabel había ordenado. Allí cometieron la desleal bajeza de oír á Nau y á Curle á solas, habiéndose negado á escucharles en Fotheringay delante de María, y sobre las declaraciones forzadas ó vendidas, y nunca comprobadas, de estos dos miserables, el inicuo tribunal declaró culpable á la Reina de Escocia y pronunció su sentencia de muerte.

Una vez segura la bastarda de la pérdida de su rival, comenzó á encubrir lo repugnante de su crimen con todo el aparato de trámites legales y compasivas resistencias que su fértil hipocresía supo inspirarle. Aparentó la taimada no

fiarse por completo de la imparcialidad de sus comisionados, y quiso que el Parlamento ratificase en sus dos Cámaras el juicio y la condenación de la Reina de Escocia, para tener también así de su parte lo que llamaríamos hoy la voluntad nacional. Y las dos Cámaras, viles instrumentos entonces de la política sanguinaria de la bastarda, y perfectamente preparadas por Cecil y Walsingham, no solo ratificaron aquella iniquidad y aquel delito, sino que dirigieron un mensaje á la Soberana pidiéndole con retóricas instancias que apresurase la muerte de María Estuardo, para seguridad personal de ella, de los verdaderos servidores del Todopoderoso y del reino todo; y amenazándola con incurrir en el desagrado del cielo y merecer los severos castigos que según las Sagradas Escrituras guarda el Señor para los reyes débiles, si no firmaba y hacía cumplir en breve plazo la salvadora sentencia.

Jamás hubiera sufrido la soberbia bastarda un lenguaje semejante: pero era esto lo que su astucia buscaba para aparecer cediendo, como forzada y mal de su grado, á la presión de los tribunales y á la voluntad popular representada por el Parlamento. Contestó pués al mensaje con repugnante hipocresía, dando gracias á la bondad divina por haberla preservado milagro-

samente de tantos peligros, y suplicando á su vez que no la hostigasen demasiado. «No apresuréis mis resoluciones en negocio de tanta monta, les dijo; pues aun en otros de menor cuantía tengo por costumbre meditar mucho, antes de decidirme. Yo rogaré á Dios Todopoderoso que ilumine mi espíritu y me haga conocer lo que más conviene al bien de su Iglesia, á la prosperidad de mi pueblo y á vuestra propia seguridad.»

Y tan decidida estaba, y tan grande era la crueldad de su odio, y tan vivo su deseo de no ahorrar ni retardar á María ningún tormento, que no bien tuvo en su poder el mensaje de las Cámaras (10 de Noviembre), envió á Fotheringay á Lord Buckhurst y al letrado del Consejo Roberto Beale, para notificar á la Reina de Escocia su sentencia de muerte. Lo cual no impidió que prosiguiese ella mientras tanto en Londres y á la vista de toda la corte, su comedia de vacilaciones y enternecimientos. Viósela por espacio de dos días vagar por las Cámaras de Richmond, donde se había retirado, sola, pensativa y como presa de violenta lucha, repitiendo á cada paso, con grandes exclamaciones y lágrimas, una divisa muy en boga entonces: —*Aut fer, aut feri: ne feriare, feri.* Mata ó muere: si no matas, morirás.

Al cabo de estos dos días de fingida lucha, envió al Lord Canciller á la Cámara alta, y al famoso orador Puckering á la de los Comunes, para suplicar á una y otra que buscasen algún medio de garantir la seguridad de su vida, sin privar de la suya á María Estuardo. Reuniéronse ambas Cámaras el 18 de Noviembre en virtud de esta orden, y después de nuevas deliberaciones, enviaron á Isabel un segundo mensaje, probándole con autoridades de la Biblia y ejemplos de la antigüedad y de la Edad Media, «que de no ser ejecutada muy en breve la justa sentencia pronunciada contra la Reina de Escocia, quedaría siempre en peligro la vida de su Graciosa Majestad, la verdadera religión amenazada, y el estado floreciente del reino próximo á desastrosa ruina... Perdonando la vida á la Reina de Escocia, añadía atrevidamente el mensaje, no solo animará su Graciosa Majestad la audacia de los enemigos de Dios, de su autoridad y del reino, sino que herirá profundamente los enamorados corazones de sus súbditos y provocará la cólera de Dios.»

Juzgó ya Isabel con esto bien disfrazado su crimen ante los contemporáneos y ante la posteridad, y sin declarar todavía su decisión de firmar la sentencia de muerte, contestó al mensaje con frases ambiguas... Mas entonces comen-

zó para ella la verdadera y terrible lucha, la lucha del último momento, la que se entabla siempre entre el corazón y el brazo del asesino, levantado ya para hundir á sangre fría el arma en el pecho de la indefensa víctima.

XVII

EL 10 de Noviembre, después de mediodía, llegaron á Fotheringay el Lord Buckhurst y Roberto Beale, con muy reducido acompañamiento. Alborotáronse con esta visita de mal agüero los servidores de la Reina, que mucho la amaban, y todos corrieron á la cámara de su señora, y se agruparon en torno suyo, como si quisiesen protegerla con su presencia. Sosególes María con el ánimo esforzado y la santa y digna resignación con que esperaba la muerte desde que salieron los inicuos jueces de Fotheringay, y pasó ella misma á su reducida sala de honor, para recibir á los mensajeros en el estrado y bajo dosel, como á su dignidad de Reina convenía. Amyas Paulet y Drue Drury introduje-

ron á los embajadores de Isabel, y lo que pasó entonces entre ellos dejólo escrito la misma María con más verdad y elocuencia que nadie, en una carta al Arzobispo de Glasgow, que copiamos según la fiel y clásica versión del P. Pedro de Rivadeneira:

«Los comisarios de la Reina Isabel, que fueron Lord Buckhurst, Amyas Paulet, mi grande enemigo, un caballero llamado Drue Drury y mister Beale, vinieron á mí, y me dijeron que el Parlamento y Estados deste reino han dado sentencia de muerte contra mí, lo cual ellos me notificaron de parte de su Reina, exhortándome á reconocer y confesar las culpas que contra ella he cometido. Y más me dijeron: que para animarme á la paciencia y ayudarme á bien morir y á descargar mi conciencia, la Reina, su señora, me enviaba dos personas eclesiásticas, que eran un Obispo y un Deán. Añadieron que la causa desta mi muerte había sido la continua instancia que el reino le había hecho sobre ello, por asegurar su real persona, pues siendo yo su competidora y habiendo tomado mucho tiempo ha las armas desta corona sin quererlas jamás dejar sino con ciertas condiciones, no puede ella vivir (viviendo yo) con entera quietud y seguridad, especialmente viendo que los católicos me llaman *su soberana*

señora y que su vida por esto ha estado muchas veces en peligro. La segunda causa que me dieron desta su sentencia y determinación, y la más principal y que dicen que da más pena á la Reina, fué el saber que mientras que yo viviere, no puede su religión echar raíces, ni tener seguridad y establecimiento en este reino. Yo respondí que daba gracias á Nuestro Señor y á ellos también por la honra que me hacían en esto, pues me tenían por buen instrumento para restituír la verdadera religión en su reino; porque, aunque soy indigna de tan gran bien, deseo merecer ser defensora de la fe católica, y tendréme por muy dichosa y bienaventurada cuando lo fuere; y que en testimonio y prueba de esta verdad, de muy buena gana derramaré mi sangre, como lo tengo protestado. Y que si el pueblo piensa que es necesario que yo dé la vida para que esta isla tenga descanso y quietud, también seré liberal della, á cabo de veinte años de prisión que he padecido. Cuanto al Obispo y Deán, dije que yo hacía infinitas gracias á Nuestro Señor, que sin ellos yo conozco mis pecados y las culpas que he cometido contra mi Dios y contra su Iglesia, y que no quería aprobar sus errores, ni tener que dar y tomar con ellos; pero que si ellos quisiesen concederme un sacerdote católico (como yo se lo

rogaba por amor de Jesucristo) sería para mí muy gran regalo; porque deseaba componer mis cosas y recibir los Santos Sacramentos, como quien se despide deste mundo. Ellos me dijeron que no pensase que moría por ser santa ó mártir, pues moría por haber conspirado contra la Reina, y por haberla querido desposeer de su corona. Yo respondí que soy tan presuntuosa, que deseo aspirar á estas dos coronas, de santa y de mártir; pero que ellos, aunque tenían poder sobre mi vida y cuerpo, por permisión divina, y no por razón y justicia (pues yo era Reina y *soberana señora,* como siempre lo he protestado) no la tenían sobre mi ánimo, ni me podían estorbar que yo espere en la misericordia de Dios, y confíe que el que murió y dió su sangre por mí, aceptará la mia y mi vida, que yo le ofrezco por la conservación de su Iglesia, fuera de la cual, ni aquí ni en otra parte yo no deseo mandar, ni quiero reino temporal con pérdida de reino eterno. Que lo que yo suplicaba á Nuestro Señor era, que tomase en descuento de mis muchos pecados las muchas penas y fatigas de cuerpo y espíritu que padezco. Que contra la vida de la Reina yo no había conspirado, ni aconsejado ni mandado cosa alguna, ni pasádome por la imaginación lo que ellos me achacaban; y por lo que toca á

mi particular, á mí no se me daba nada dello. Aquí dijeron ellos: «Á lo menos habéis permitido que los ingleses os llamen *su soberana señora*, y no les habéis hecho contradicción.» Respondí yo: «No se hallará que yo haya usurpado en mis cartas ni en otra manera ese título, ni usado dél; pero el reprender ó enseñar á personas eclesiásticas, ese no es mi oficio, siendo yo, como soy, mujer y hija de la Iglesia, por la cual, y por obedecerla, quiero morir, y no matar á nadie para tomar su derecho.» Para acabar, anteayer vino á mí otra vez Paulet con Drury, que es el más molesto dellos, y me dijo, que habiéndome avisado que reconociese mis culpas y me arrepentiese dellas, no había mostrado dolor ni arrepentimiento alguno, y que á esta causa la Reina había mandado que me quitasen el dosel y me avisasen que de aquí adelante yo me tenga por una mujer muerta, sin honra ni dignidad de reina. Yo respondí que Dios, por su sola gracia, me había llamado á esta dignidad, y que yo había sido ungida y consagrada justamente por Reina; y así, pensaba volver á Dios la dignidad real con mi ánimo, pues de su sola mano la había recibido. Y que yo no reconocía á su Reina por superiora, ni á los de su Consejo, herejes, por mis jueces, y que yo había de morir Reina, á pesar

de todos ellos, pues no tenían otro poder sobre mi sino el que tienen los salteadores de caminos que están en un bosque, sobre el mas justo príncipe de la tierra. Mas que yo esperaba en Dios que, después de haberme librado de este cautiverio, él mostraría su justicia. Que no era maravilla que en esta isla, donde tantos reyes han sido muertos con violencia, yo, que soy de su sangre dellos, corra la misma fortuna. Viendo que mis criados no querían poner mano en el dosel para descolgarle; antes que mis pobres damas daban gritos y pedían á Dios venganza contra la Reina y su Consejo, el dicho Paulet llamó siete ú ocho hombres de su guarda, y les mandó quitar el dosel, y él se sentó y se cubrió, y después me dijo que ya no era tiempo de pasatiempos y recreos para mí, y por eso había de quitar mi mesa de Estado. Ayer llamé mi pequeña familia y la junté, para que todos mis criados sean testigos de mi fe, que es la católica, y de mi inocencia, y les encargue delante de Dios que dijesen la verdad de todo lo que saben. Yo he remitido á los señores Duques de Lorena y de Guisa, y á los otros mis deudos, todo lo que toca á la salud de mi ánima, descargo de mi conciencia y reparo de mi honra. Encomendadme á la Ruhe [12], y decidle de mi parte, que se acuerde que yo le prometí de mo-

rir por la religión católica, y que á lo que veo, ya estoy libre de esta promesa, y que yo le ruego que me encomiende á Dios, con todos los de su orden. Yo estoy muy contenta y siempre lo he estado, de sacrificarme y ofrecer mi vida por la salud de las almas desta isla. Quedad con Dios, que esta será la postrera vez que os escribiré; tened memoria del alma y honra de la que os ha sido Reina, señora y amiga. Y yo suplico á Dios, que pues yo no puedo, él os pague los servicios que me habéis hecho, como el más principal y el más antiguo de mis criados, á los cuales dejo huérfanos y desamparados en sus benditas manos.—De Fotheringay, el jueves 24 de Noviembre 1586.—Vuestra aficionada y buena señora, *María,* Reina.»

Creíase la Reina próxima á morir, pues natural era que la ejecución siguiese de cerca á la sentencia, y apresuróse lo primero á pedir un sacerdote católico que la administrase los Sacramentos, como ella misma refiere en la precedente carta. Lo cual hizo la prudente Reina, para hacer pública protesta de su fe, y para disimular mejor que tenía y había tenido desde tiempos atrás uno consigo, oculto bajo el disfraz de un criado, que le decía Misa diaria y le conservaba en su cámara, como más adelante veremos, el Santísimo Sacramento. Ocupóse

luego de lo que tenía en el mundo más caro á su corazón de católica, de reina y de madre, que era su hijo; y escribió una carta conmovedora al Padre Santo, Sixto V, recomendándole los intereses espirituales de aquel extraviado pedazo de su alma, transmitiéndole su autoridad de madre sobre el desdichado Príncipe, y suplicándole que hiciera por reducirle á la fe de sus antepasados, y que bajo su dirección de él, del Duque de Guisa y de Felipe II, le hicieran digno de entrar en la familia de éste, casándose con una de sus hijas. «Este es, decía, el último de mis deseos mundanos. Yo lo deposito á los pies de Vuestra Santidad, que humildemente beso.»

Escribió también á D. Bernardino de Mendoza, dándole el último adiós, y agradeciéndole sus grandes pruebas de afecto, enviábale como recuerdo un magnífico brillante. «Recibiréis, le decía, un diamante que tuve en mucho aprecio, porque me lo dió en prenda de su fe el difunto Duque de Norfolk, y siempre lo he llevado conmigo. Guardadle por amor de mí.»

Envió también al Duque de Guisa, su primo, una sortija de rubíes, y al escribirle, dejaba escapar todas las tiernas efusiones de su corazón y todos los enérgicos arranques de su fe. «Mi buen primo, le decía, amigo el más querido de

los que dejo en este mundo. Próxima á morir por injusta sentencia, me despido de vos... Nunca ha corrido nuestra sangre á manos del verdugo: mas no os avergoncéis por esto, amigo mío; que estas sentencias de los herejes y enemigos de la fe verdadera, honran y aprovechan delante de Dios á los hijos de su Iglesia. Si yo hubiera apostatado no me vería en este trance. Todos los de nuestra casa han sido perseguidos por esta secta, y buen testigo es vuestro padre, con el cual espero reunirme en breve por misericordia del justo Juez. Dios sea bendito por todo, y él os conceda la gracia de perseverar en su Iglesia toda la vida, y de que jamás salga de nuestra familia esta grande honra, y estén aparejados todos los de ella, así hombres como mujeres, á derramar su sangre por la causa de la fe, despreciando cualquier otro respeto humano. De mí sé decir que me considero nacida, así por parte de mi padre como de mi madre, para ofrecer mi sangre por ella, y espero perseverar en esta idea hasta mi último momento, etc., etc.»

Después de escritas estas cartas en que derramaba la Reina los sentimientos de su corazón, más tiernos y comunicativos aún por la proximidad de la muerte, todavía escribió á la Reina de Inglaterra otra carta admirable, severa sin dureza, digna sin altivez, resignada

sin abatimiento, protestando de su fe, pidiendo tres gracias á la bastarda, y otorgándola su perdón y emplazándola ante el Juez que juzga á los reyes. Enviáronse traslados de esta carta al Duque de Guisa y al Arzobispo de Glasgow, y la copia de ésta fué la que vino á parar al P. Rivadeneira, y de la cual hizo el célebre jesuíta la hermosa traducción siguiente:

«Yo me he determinado, Señora, de abrazarme con solo Jesucristo, el cual nunca desampara á los atribulados que le aman de buen corazón y los cumple de justicia y consuelo, especialmente cuando les falta todo el favor humano, y ellos acuden á su protección. Á él se dé la honra y gloria, pues no me ha engañado mi esperanza; antes me ha dado corazón y fuerza, *in spem contra spem*, para padecer las injusticias, calumnias, acusaciones y condenaciones de mis enemigos, con ánimo resoluto y determinado de sufrir la pena por la obediencia de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Cuando me notificaron de vuestra parte la postrera junta de algunos de vuestros Estados, y me avisaron que me aparejase para el fin de mi largo y penoso destierro, yo rogué á vuestros ministros que os diesen gracias de mi parte, de tan buenas y agradables nuevas como aquellas eran para mí. Yo no quiero acusar á nadie, sino perdonar á

todos de buen corazón, como desearía que cada uno me perdonase, si yo le hubiera ofendido; y deseo y suplico á Dios que él primero me perdone. Lo que yo sé es, que ninguna persona está tan obligada á mirar por mi honra como vos, Señora, pues soy vuestra sangre, y Reina soberana, y hija de rey. Por tanto, Señora, por reverencia de Jesucristo (á cuyo nombre todas las potestades del mundo obedecen y se humillan) yo os suplico tengáis por bien que, después que mis enemigos se hubieren hartado de mi sangre inocente, todos mis pobres y desconsolados criados juntos lleven mi cuerpo á Francia, para que sea enterrado en tierra santa con algunos de mis antepasados, y particularmente con la Reina mi madre y señora, que esté en gloria. Muéveme á pediros esto, por ver que en Escocia han sido maltratados los cuerpos de los reyes, mis progenitores, y los templos derribados y profanados, y que padeciendo en esta tierra, no puedo ser enterrada con vuestros progenitores, que son también míos. Y lo que más importa, que, conforme á nuestra sagrada religión, estimamos mucho ser enterrados en tierra santa y limpia. Y porque tengo temor de la secreta tiranía de algunos de vuestros consejeros, también os suplico que no se ejecute la sentencia de mi muerte sin que vos, Señora, lo sepáis.

No porque me espanten los tormentos y penas (que yo estoy aparejada para los sufrir), sino porque temo que han de publicar y derramar por el mundo mil mentiras della, como lo han hecho de otros. Á esta causa deseo que todos mis criados estén presentes á mi muerte y sean testigos de mi fin, y que acabo en la fe de mi Salvador y en la obediencia de su Iglesia. Yo os pido otra vez, Señora, y de nuevo os suplico, por la pasión de Jesucristo y por nuestro deudo, y por el amor del Rey Enrique el séptimo, vuestro abuelo, y bisabuelo mío, que me otorguéis esta mi postrera petición. Y si me la concedéis, vea yo vuestra postrera respuesta y llegue á mis manos lo que me quisiéredes escribir. Por acabar, suplico humildemente á Dios, que es padre de misericordia y justo Juez, que os alumbre á vos con la luz de su santo espíritu, y á mí me dé gracia para acabar en perfecta caridad, como yo propongo de hacer, perdonando mi muerte á todos los que son causa della ó han tenido parte en ella, y esta será mi oración hasta mi postrera boqueada y último fin. Yo me tengo por muy dichosa, por ver que Nuestro Señor me lleva y libra de este frágil cuerpo antes que venga la calamidad y grave castigo sobre esta pobre isla, que la amenaza y veo venir sobre ella, si no teme y reverencia de veras á Dios, y

el gobierno político del reino no toma mejor camino. No lo interpretéis á soberbia y presunción si, como quien sale ya de este mundo y se apareja para el otro, os dijera que os acordéis de que vendrá día en que delante del universal y justo Juez vos daréis cuenta de vuestras obras, tan estrecha y tan rigurosa como los que vamos delante de vos. Y que deseo que los que me tocan en sangre y son de mi tierra, piensen con tiempo y entiendan bien lo que desde que la lumbre de la razón se descubre en nosotros debiéramos todos entender, para regular nuestros apetitos de manera, que los cuidados de las cosas temporales den su lugar á los de las que son perdurables y verdaderas.—De Fotheringay, á 19 de Diciembre de 1586.—Vuestra hermana y sobrina, presa injustamente, *María*, Reina.»

XVIII

La sola noticia de haber hecho la Reina de Inglaterra comparecer á María Estuardo ante un Jurado, hirió profundamente el sentimiento nacional en Escocia, y produjo en todo el reino sensación hondísima. La mayoría de los escoceses tomaron como propio este agravio hecho á su antigua soberana, y los principales señores de la nobleza, heridos y enconados, comenzaron á moverse y á bullir para tomar las armas y allanar la frontera en son de guerra. Solo el hijo desnaturalizado, Jacobo, permanecía tranquilo en medio de la general indignación: en vano Lord Hamilton y Jorge Douglás y otros grandes señores le instaban para que protestase del agravio que á él y á todos los escoceses hacía

la Reina de Inglaterra, y se apresurase á impedir el juicio y la condenación de su desgraciada madre.

Jacobo, hijo sin entrañas y rey sin decoro ni dignidad, contestaba que jamás rompería con la Reina de Inglaterra, aunque ésta diese muerte a su madre, como no fuera que tratase de privarle á él también de sus derechos á la corona de aquel reino. Y con repugnante pedantería y sofístico y razonado cinismo, empeñábase en demostrarles que los lazos de la sangre obligan menos hacia los padres, que los de amistad hacia los aliados, y que debía él, por lo tanto, sacrificar sus sentimientos de hijo, á lo que llamaba sus deberes de rey.

Esta desnaturalizada conducta indignó á la nobleza y exaltó al pueblo hasta el punto de insultar un día á Jacobo al salir éste del palacio de Holyrood. Asustóse con esto el pusilánime Príncipe, y envió entonces á Londres para interceder por su madre al falso Arquibaldo Douglás y al traidor Gray, que deseaba la muerte de María tanto como sus enemigos de Inglaterra, y había escrito ya á Walsingham, aconsejándole el secreto envenenamiento, más bien que la ejecución pública.

Enrique III por su parte tomó la defensa de su cuñada con verdad y con eficacia, no solo

por medio de su Embajador Châteauneuf, sino enviando también á Inglaterra con este exclusivo objeto á Pomponne de Bellière [13]. Mas poco podía temer la bastarda por entonces del Rey de Francia, amenazado como se veía éste dentro de su propio reino por la formidable Liga, y á todos contestó pués disculpándose con la fuerza que hacían en su ánimo y en su voluntad las instancias del Parlamento y los alborotados deseos de su pueblo. Hizo á este propósito publicar por las calles la sentencia de la Reina de Escocia, al son de las campanas de la ciudad, que repicaron alegremente veinticuatro horas seguidas; y el populacho de Londres, preparado con astucia y pagado con largueza por Cecil y Walsingham, dió el repugnante espectáculo de celebrar con fogatas y fuegos de artificio y soeces algazaras la fúnebre noticia. Todo lo cual alegaba la bastarda como prueba de la efervescencia en que se hallaba el pueblo, y la dura necesidad en que se veía de acceder á sus sanguinarios deseos.

Mas no por eso se decidía Isabel á firmar la sentencia de muerte, ni cesaba tampoco en su farsa de vacilaciones fingidas é hipócritas ternezas: porque lo que la astuta bastarda quería, y lo que su solapada política iba buscando, era apurar la paciencia de Cecil y de Walsingham

para que se determinasen éstos por su parte, como ya les había insinuado ella misma, á quitar la vida á María por cualquier medio secreto, y la librasen así de la ignominia y el baldón de firmar su sentencia de muerte. Conocían, sin embargo, harto bien los dos ministros la falsía de su Reina, y habían entablado el juego entre ellos, como de raposa sin corazón á raposos sin entrañas. Seguros estaban de que al día siguiente de cometido el delito, tan ansiado de su soberana, les desautorizaría ésta por completo y arrojaría sobre ellos todo lo odioso de aquel crimen de que su hipócrita crueldad quería aprovecharse, dejando para los demás el oprobio y la vergüenza.

Apelaron pués al conocido recurso de fingir un nuevo complot contra la vida de Isabel, para espantar el ánimo de ésta y exaltar aún más la cólera y la impaciencia del pueblo, y un mal hombre y peor caballero que llamaban Staffort [14], acusó nada menos que al Embajador de Francia, de haber promovido una conspiración contra la Reina de Inglaterra, á fin de salvar á la de Escocia.

Aterróse Isabel ó fingió que se aterraba, y mandó tomar las precauciones más alarmantes. Cerráronse todos los puertos de Inglaterra para impedir que nadie entrase ó saliese en el reino;

hiciéronse prisiones, expulsóse al Embajador, y el espanto cundió en un momento de un cabo á otro cabo de la isla. Á diario corrían por calles y plazas, en medio de aquel aislamiento, las más temerosas noticias: unas veces era una invasión de los españoles, prestos á desembarcar en Milford-haven; otras era el Duque de Guisa á la cabeza de un ejército, que entraba por Sussex; ó los católicos apoderándose á mano armada de Fotheringay, ó una insurrección á favor de María en los condados del Norte. Reuníase á cada paso el Consejo privado para conjurar estos imaginarios peligros, y en todos ellos se proponía la muerte de María Estuardo, como remedio único y radical de todos aquellos males.

Aparentó Isabel ceder al cabo, y el 1.º de Febrero mandó llamar al secretario Davisson, por medio del Almirante Howard. Llegó el secretario á las diez de la mañana, trayendo el decreto de ejecución *(warrant)* que Cecil había redactado de antemano. Leyólo la Reina atentamente, pidió una pluma y firmólo sin la menor vacilación ni repugnancia visible, mandando á Davisson que lo llevase al Canciller para que le pusiese el gran sello de cera amarilla con las armas del reino. Y tan grande era su serenidad, y tan lejos estaba su ánimo cruel de todo sentimiento de compasión ó de tristeza, que al de-

volver el pergamino á Davisson tuvo el valor de añadir esta horrible chanzoneta:

—Mostradlo de paso á Walsingham y cuidad de que no le mate la pena.

Encargóle también que no tuviese efecto la ejecución en el patio de Fotheringay, sino en la gran sala del piso bajo, á fin de que la afluencia de gente no fuera demasiada, y despidióle al cabo, prohibiendo *que la volviesen á hablar de aquel asunto, puesto que ya había hecho ella todo lo que la ley y la razón la exigían* [15]. En el momento de salir Davisson detúvole la astuta bastarda, como si una repentina idea la asaltase. Quejósele entonces amargamente de Amyas Paulet y de los que podían haberla ahorrado aquel penoso deber de firmar la sentencia de muerte, cumpliendo ellos el juramento que como miembros de la famosa *Asociación* tenían hecho de perseguir hasta la muerte á cualquiera que atentase contra la vida de la Reina de Inglaterra; y añadióle luego con mucho ahinco y como si fuese esta la idea repentina, que quizá pudiera tener todavía la cosa remedio, si él y Walsingham escribían á Sir Amyas Paulet, sondeándole con maña sobre tan espinoso asunto, é induciéndole á tomarlo él á su cargo.

Aceptó Davisson la horrible propuesta, y apresuróse á comunicarla á Walsingham, el cual

encontró oportunísima la ocasión de arrojar sobre el viejo puritano Paulet la responsabilidad de aquel crimen que todos deseaban y á todos espantaba, y del que nadie quería aceptar sino los sangrientos provechos. Escribieron pués aquellos dos perversos ministros de una reina todavía más perversa, á Sir Amyas Paulet, aquel mismo día 1.° de Febrero, la siguiente insidiosa y abominable carta:

«Después de saludaros cordialmente, creemos obligación nuestra comunicaros algunas palabras pronunciadas últimamente por S. M., quejándose de encontrar en vos la falta de celo y diligencia que revela el no habérseos ocurrido (sin insinuación de nadie) un medio cualquiera de quitar la vida á esa Reina, en vista de que S. M. estará siempre en peligro mientras ella viva. Sin hablar de la falta de amor á S. M. que esto revela, encuentra además la Reina que no cuidáis de vuestra propia seguridad, ó más bien, de la conservación de la religión, del bien público y de la prosperidad del país, todo lo que la razón y la política exigen. Vuestra conciencia quedaría tranquila ante Dios, y vuestra reputación sin tacha ante los hombres, puesto que tenéis hecho el juramento solemne de la *Asociación,* y puesto que los cargos alegados contra esa Reina resultan probados evidentemente. Por

este motivo, el desagrado de S. M. es grande, al ver que los hombres que se dicen adictos á su persona, como vos lo sois, faltan á sus deberes y descargan sobre ella todo el peso de este negocio, sabiendo su repugnancia á verter sangre, y sobre todo la de una persona de ese sexo y de ese rango, y tan próxima parienta suya.

»Mucho turban estas consideraciones á S. M., y podemos aseguraros que ha protestado repetidas veces, de que si no la preocupasen más que los peligros que pueda correr ella misma, los que corren sus buenos súbditos y fieles servidores, jamás consentiría en que se derramase la sangre de esa Reina. Hemos creído que convenía enteraros de estos sentimientos que S. M. ha expresado hace muy poco tiempo, y someterlos á vuestro buen juicio. Y con esto os encomiendan á la protección del Todopoderoso vuestros buenos amigos, *Francisco Walsingham* y *Nicolás Davisson.*»

Recibió esta carta Amyas Paulet el 2 de Febrero á las cinco de la tarde, y una hora después ya había rechazado también el viejo puritano la tremenda responsabilidad, como la rechazaban los otros, revistiendo por su parte las formas nobles y leales de la siguiente carta á Walsingham:

«Hoy á las cinco de la tarde he recibido vues-

tra carta de ayer, y no detengo un momento la respuesta que me pedís en breve plazo. Os la trasmito pués con toda la amargura que siente mi corazón al considerar que ha llegado un día en que, por insinuación de mi Graciosa Soberana, se exige de mí un acto que Dios y la ley prohiben. Mis bienes, mi destino y mi vida están á disposición de S. M. y presto estoy á dejarlos mañana mismo, si esa es su voluntad; pues reconozco que solo á su gracia y favor los debo, y no deseo gozarlos sino con el beneplácito de S. A. Pero Dios me libre y me preserve de que naufrage miserablemente mi conciencia, y eche yo mancha tan grande sobre mi posteridad, derramando sangre sin autorización de la ley y sin un acto público. Espero que la acostumbrada indulgencia de S. M. sabrá tomar en buen sentido mi leal respuesta, etc., etc.»

Corriéronse ambos secretarios, Walsingham y Davisson, con la carta del puritano, y encargóse el segundo de comunicarla á la Reina. Leyóla Isabel con muestras de despecho, y según asegura Titler, exclamó violentamente:

—¡Me fastidian estos charlatanes escrupulosos y pacatos, que todo lo prometen de palabra, y luego no hacen sino echarle á una la carga á la espalda!...

No se habló más del asunto, como Isabel

habia mandado: pero el decreto de muerte con la firma de la Reina y el sello del Canciller, habialo ya traído Cecil al Consejo privado, y éste se decidió á darle curso sin nuevas manifestaciones de la Reina. Escribieron pués todos los consejeros una carta colectiva á los Condes de Shrewsbury y de Kent, encargándoles la triste misión de asistir al suplicio de la Reina de Escocia, y el 4 de Febrero salió Roberto Beale por la noche de Londres, con esta carta y el decreto de muerte, para el castillo de Fotheringay. Era muy reducido su cortejo, y formaba parte de él un hombre extraño y taciturno, disfrazado más bien que vestido de caballero, con ropilla de terciopelo negro y cadena de oro al cuello.

XIX

Pocos días antes de la muerte de la Reina de Escocia, separó Paulet violentamente de su lado al capellán que allí tenía oculto, y á su mayordomo Andrés Melvil. Encerróles en el mismo castillo, lejos de su señora, y nadie ha explicado nunca ni la razón de esta violenta medida, ni cómo se descubrió la estancia del sacerdote en Fotheringay, ni quién fuera este misterioso capellán de que hablan todos los historiadores, sin nombrarle ninguno. El erudito Mignet le llama Prèau ó Duprèau, sin decir dónde haya encontrado este nombre; y el P. Rivadeneira, que debía saberlo, sin duda, pues tomó sus noticias de los mismos servidores de la Reina que presenciaron su muerte, y escribió

en el mismo año de la cruel tragedia, calla sin embargo su nombre con estudiada prudencia, y limítase á decir que *por particular beneficio de Nuestro Señor tuvo la Reina consigo el Santísimo Sacramento, todo el tiempo de su prisión*, y á narrar luego la patética escena que más adelante referiremos.

De todos modos, es lo cierto que al separar Paulet repentinamente al capellán del lado de la Reina, quedó el Santísimo Sacramento en la cámara de ésta, encerrado en una caja de oro, y oculto en el sagrario secreto que le tenían dispuesto. Lo cual, con ser consuelo inmenso para la Reina, era al mismo tiempo preocupación constante, pues temiendo á cada paso que la dieran muerte repentina y violenta, temía también dejar aquel tesoro inestimable en manos de los herejes.

Y sucedió, que estando la Reina el día 7 de Febrero con estas dudas y temores, y enferma en cama por el dolor reumático que solía aquejarla en las piernas, entró á las dos de la tarde en su cámara Juana Kennedy, la primera de sus doncellas, demudada y temblorosa, anunciando que los Condes de Shrewsbury y de Kent y otros varios señores que habían llegado por la mañana al castillo, pretendían hablarla.

Contestó la Reina sosegadamente que se ha-

llaba enferma y en cama; pero que si el caso era de verdadera urgencia, se levantaría para recibirles. Respondieron los Condes que la urgencia era grande, y levantóse entonces la Reina con harto trabajo, y se puso un amplio ropón de terciopelo negro forrado de pieles, y sentóse por su mucha flaqueza ante una mesita de escribir que había al pie del lecho. Entraron entonces los Condes de Shrewsbury y de Kent, Sir Amyas Paulet, Drue Drury y Roberto Beale, y aparecieron detrás las asustadas cabezas de casi todos los servidores de la Reina, consternados y llorosos, y fuéronse deslizando á hurtadillas, uno á uno y como mejor pudieron, en la cámara de su señora, y agrupándose en torno de ella. Estaban sus seis damas, Juana Kennedy, Renata de Beallay, Gila Maubray, Isabel Curle, María Pagets y Susana Korcady: su médico Bourgoing, su cirujano Jacobo Gervait, su boticario Pedro Gorjon, el ayuda de cámara Aníbal Stouart y el despensero Didier Sifflard.

Adelantóse el Conde de Shrewsbury muy pálido, con la cabeza descubierta: inclinóse profundamente delante de la Reina, y díjola, balbuceando casi, que obligada su soberana por las instancias de sus súbditos, había decidido que tuviera lugar la ejecución de la sentencia notificada dos meses y medio antes por el Lord

Canciller Buckhurst. Escuchóle la Reina sin turbarse en lo más mínimo, y de igual modo oyó el decreto de muerte leído á continuación por Roberto Beale. Santiguóse sosegadamente al terminar la lectura, y dijo cruzando las manos:

—¡Bendito sea Dios, por la nueva que nos dais!

Y como sus damas levantasen entonces el grito y comenzaran á sollozar y á lamentarse, volvióse á ellas la Reina y con grave ademán las impuso silencio.

—No podemos recibir mejor noticia, añadió, que la que nos anuncia el término de nuestras desdichas, y la gracia que nos hace Dios de morir por la gloria de su nombre y de su Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana... No esperábamos fin tan dichoso después de los tratos que hemos sufrido en este país, y los peligros á que nos han expuesto durante diecinueve años, á Nós, nacida Reina, hija de Rey, nieta de Enrique VII, sobrina de la Reina de Inglaterra, Reina viuda de Francia y Princesa libre que no reconoce en el mundo más superior que Dios.

Y levantando la voz con grande dignidad y firmeza, protestó de nuevo contra la acusación de haber conspirado contra la vida de Isabel, y con gran vehemencia y movimiento espontáneo salido del alma, puso entonces la mano sobre

un libro de los evangelios que sobre la mesa había, y dijo con toda la majestad de la reina que se siente ultrajada, y toda la solemnidad de la cristiana próxima á morir:

—¡Juro no haber conspirado nunca, ni permitido que nadie conspirase contra la vida de la Reina de Inglaterra!

Mas ni aun en aquel momento, en que todo era allí grande y solemne, desde la actitud y las palabras de la Reina, hasta el silencio en que se la escuchaba, dejó de perseguirla el odio sectario de los herejes; y el Conde de Kent, fanático rudo y grosero, de escaso entendimiento y sobradas pretensiones, atrevióse á decirla que aquel libro era el de los papistas, y que por lo tanto valía tan poco su juramento como su libro. Á lo cual contestó la Reina con grave mesura:

—Notad, Conde de Kent, que este es el libro en que creemos... ¿Tendríais por más sincero un juramento prestado sobre el vuestro, que no nos merece fe ninguna?...

Empeñóse entonces el grosero y pretencioso Conde en hacerla renunciar á lo que él llamaba sus supersticiones, y díjola que habían traído una persona eclesiástica para que la preparase á morir. Preguntó la Reina:

—¿Es católica esa persona que decís, y tiene la fe y comunión de la Iglesia romana?...

Contestáronla que no, y la Reina pidió entonces que la volviesen su capellán, preso allí mismo en el castillo. Negáronselo los Condes, y tornaron á ofrecerla el ministro hereje que ellos traían, que era el Deán de Petersboroug [16].

—No es eso lo que queremos ni lo que hemos menester, replicó entonces la Reina con gran firmeza. Yo soy católica, y católica tengo de morir, y por ser católica muero, y téngolo por muy gran merced de Dios. Sin sacerdote me favorecerá mi Dios, que ve mi buen deseo, y sin los medios ordinarios puede salvar y salva las ánimas que él mismo con su sangre compró.

Negáronla también el breve plazo que pedía para escribir ella misma su testamento, y hacer sus últimas disposiciones; y como preguntase entonces cuándo había de morir, contestóle Shrewsbury que á las ocho de la mañana siguiente. Levantóse luego la Reina, para indicar á la molesta visita que deseaba estar sola, y no bien lo estuvo, arrojáronse á sus pies todos sus servidores, anegados en lágrimas, pidiéndole, como si en su mano estuviese el concederlo, que no les abandonase. Consolábales ella con dulzura, como se consuela á los niños con halagos y palabras cariñosas, más bien que con sólidas razones. Mandó entonces adelantar la hora de la cena, á fin de tener toda la noche para

escribir y para orar, y mientras la aparejaban, púsose ella á su mesa, y escribió á su capellán la siguiente carta, cuyo original tuvo el P. Rivadeneira meses después en sus manos, y lo besó como á una reliquia, y lo copió y tradujo al castellano de la siguiente manera:

«Yo he sido hoy combatida y tentada de los herejes contra mi religión, para que recibiese consuelo por su mano dellos. Vos sabréis de otros que á lo menos yo he hecho fielmente protestación de mi fe, en la cual quiero morir. Yo he procurado de haberos y pedídoos para confesarme y recibir el Santo Sacramento. Hánmelo negado cruelmente, como también que mi cuerpo sea llevado desta tierra, y de poder estar libremente y de escribir, si no es por mano dellos y con voluntad de su señora. Y así, faltándome el aparejo, yo confieso humildemente con gran dolor y arrepentimiento, todos mis pecados en general, como lo hiciera en particular si pudiese; yo os ruego que esta noche queráis velar y orar conmigo y en satisfacción de mis pecados y de enviarme vuestra bendición. Avisadme por escrito las oraciones más propias y particulares que debo hacer esta noche y en la mañana, y todo lo demás que os pareciere que me puede ayudar para mi salvación. El tiempo es corto y no puedo escribir más.»

Sacó Isabel Curle con mucho disimulo este papel de las habitaciones de su señora, y dióselo á Martín Heut, jefe de la cocina de la Reina, puesto por ella misma para que no la envenenaran; y deslizándose éste por los pasillos y vericuetos del castillo, llegó sin ser visto al aposento del capellán, y por debajo de la puerta, le entregó la carta.

Sirvió la cena á la Reina Domingo Bourgoing, su médico, por hallarse encerrado el mayordomo Andrés Melvil, como ya dijimos, y durante ella habló la Reina de las pretensiones que había tenido el necio Conde de Kent, de convertirla á su religión, y dijo sonriéndose:

—No era este doctor el que había de convencernos.

Al terminar la cena mandó llamar á todos sus servidores, desde Martín Heut, el jefe de cocina, hasta Juana Kennedy, su primera doncella, y llenando una copa de vino, bebióla á la salud de todos ellos, de modo tan expresivo y cariñoso, que todos aquellos infelices cayeron de rodillas sollozando. Por lo cual, díjoles entonces ella con gracia tan bondadosa y particular, que no parecía ya de este mundo:

—¿Y no queréis vosotros beber también á mi salud, que será ya eterna y, por la misericordia de Dios, dichosa?...

Todos bebieron entonces de rodillas, mezclando el vino con sus lágrimas, y la pidieron perdón por lo que pudieran haberla ofendido ó molestado durante todo el tiempo de su servicio. Diólo ella con muy buena gracia, y pidiólo á su vez, porque harto conocía, les dijo, que las penas y desdichas le habían agriado el carácter en aquellos últimos años. Exhortóles entonces á permanecer siempre firmes en la religión católica, y á vivir en paz unos con otros; y entrándose en su cámara, salió á poco con unas bolsitas hechas por ella misma, con previsión amorosa, y en las que había repartido los 5.000 ducados que le quitaron en Chartley, y la devolvieron luego después de su sentencia, y era todo lo que poseía.

Dióle á cada uno por sí misma, una de aquellas bolsitas, y para todos tuvo una palabra afectuosa, un prudente consejo, un encargo de amistad ó de cariño, dicho todo con tanta bondad y gracia tan conmovedora, que despedazadas de dolor aquellas pobres gentes, no podían tenerse de pie, y algunos yacían postrados sollozando. «Y hacíalo todo esto, escribía el mismo Bourgoing, sin que se viese el menor cambio en su rostro, ni en su voz, ni en sus movimientos: parecía que daba disposiciones y ponía en orden sus asuntos, para mudarse de

una casa á otra.» Repartióles también todas sus ropas y las pocas alhajas que la quedaban, y á las ocho y media retiróse á la cámara en que tenía el Santísimo Sacramento, dejando en la pieza contigua, y con la puerta abierta, á Domingo Bourgoing y á Juana Kennedy.

Allí escribió de nuevo su testamento, todo de su puño y letra, y otras varias cartas, entre ellas una á Enrique III, pidiéndole por caridad que pagase las mandas que dejaba á sus servidores más pobres. La triste Reina despojada, solo poseía su viudedad de Reina de Francia, y ésta debía pasar á Enrique III, una vez muerta ella. «Siempre me habéis amado, le decía, y por eso os pido por caridad que me lo mostréis por vez postrera, dándome el consuelo de recompensar á mis pobres y afligidos criados, y de hacer sufragios por el alma de esta pobre Reina, que se ha llamado como vos, *Reina cristianísima de Francia,* y muere católica y desprovista de toda clase de bienes.»

Á las diez entró Martín Heut con la respuesta del capellán, que había tomado también por debajo de la puerta, y la Reina la leyó atentamente dos ó tres veces, y la quemó después á la luz de una de las hachas. Á las dos de la madrugada acabó de escribir, y puso entonces en un cofrecillo su testamento y las

cartas abiertas, diciendo á Bourgoing y á Juana Kennedy, que ya había terminado sus negocios humanos, y solo le quedaba prepararse para comparecer delante de Dios.

Hízola entonces Bourgoing tomar un baño de pies con yerbas aromáticas, que mitigaban sus dolores y fortalecían la flaqueza de piernas que la aquejaba; y sintiendo algún cansancio, mandó á Juana Kennedy que la buscase en el *Flos sanctorum,* que leía todas las noches, la vida de algún santo que hubiera sido también gran pecador. Recorrió Juana algunas de aquellas vidas, y la Reina hízola detenerse en la de San Dimas, el buen ladrón, por parecerle que había en ella el ejemplo más acabado de la confianza humana y de la misericordia divina. Leyó Juana Kennedy la conmovedora historia, procurando comprimir sus lágrimas y sollozos, y la Reina la escuchaba con devoto recogimiento, cruzadas las manos y entornados los ojos. Al terminar la lectura dijo gravemente:

—Gran pecador fué; pero no tanto como yo... ¡Quiera Nuestro Señor acordarse de mí y hacerme misericordia, como le hizo á él en la hora de su muerte!...

Púsose entonces en oración delante del Santísimo Sacramento, de rodillas y con el rostro oculto entre las cruzadas manos, hasta que sin-

tiendo crecer el cansancio á eso de las cuatro, y pareciéndole prudente reservar fuerzas para el último momento, acostóse para descansar, vestida como estaba. Velabanla Juana Kennedy y María Pagets, rezando y llorando, y aunque veían cerrados los ojos de la Reina, movíanse sus labios entreabiertos como si orase, y brillaba en su frente una especie de serenidad, que imponía al mismo tiempo pavor y respeto, como acontece á los humanos con las cosas del cielo.

XX

L amanecer, despertóse la Reina por sí misma, diciendo que ya no le quedaban más que dos horas de vida. Escogió entonces entre sus pañuelos uno primorosamente bordado de oro, para que le vendasen los ojos en el cadalso, y mandó traer el más rico de sus vestidos, que solía ponerse los días de gala. Era de terciopelo granate muy oscuro, acuchillado de raso negro, con cuello muy alto y largas mangas perdidas: traía también un manto de corte, de larga cola y riquísimo brocado, del mismo color que el vestido, guarnecido de marta zibelina, y un amplio velo blanco, que la cubría de pies á cabeza. Llevaba á la cintura un rosario de oro, y al cuello una cruz también de oro, y dos escapularios.

Mandó entonces entrar á todos sus servidores, y delante de ellos hizo á Bourgoing leer su testamento, y lo firmó ella, y le hizo entrega de las cartas, papeles y presentes que debia llevar á Francia, á los Príncipes de su familia. Encerróse luego con Bourgoing y Juana Kennedy en la cámara en que estaba el Santísimo Sacramento, y después de largo rato de oración, comenzó á rezar en latín las oraciones de los agonizantes... Llamaron á la puerta: Juana Kennedy contestó que presto saldría la Reina, y entonces hubo allí una escena sublime y silenciosa, digna de la Iglesia de las Catacumbas y de los tiempos de Nerón y de Tiberio, tan semejantes á los que bajo el reinado de Isabel corrian... Abrió la Reina por su propia mano el sagrario, y sacó la caja de oro en que estaba la sagrada Forma: adoróla breve rato, tomóla luego en sus manos, y con grande humildad y reverencia se comulgó á sí misma .. Volvieron á llamar, porque eran ya las ocho. Abrió entonces Juana Kennedy, y entró el Sheriff, Tomás Andrews, con su varita blanca en la mano, sin que la Reina volviese la cabeza. Pálido y turbado el funcionario, solo tuvo alientos para decir desde la puerta:

—Señora; los Lores están aguardando.

—Vamos, contestó la Reina levantándose.

En el momento de salir, dióla Bourgoing un

crucifijo de marfil que estaba sobre el altar, y ella lo tomó y lo besó, y se puso en marcha llevándolo en una mano y un breviario en la otra. Como la debilidad de sus piernas la impedía andar con soltura, apoyábase en los brazos de Bourgoing y de Gervait, su cirujano, y así fué hasta la última puerta de su departamento. Mas al llegar allí, dejáronla aquellos dos fieles servidores, porque repugnaba á su delicadeza conducirla ellos mismos á la muerte, y apoyada entonces en dos criados de Paulet, y seguida de todos los suyos, llegó á lo alto de la escalera, donde la esperaban los Condes de Shrewsbury y de Kent, Amyas Paulet y toda la cohorte de herejes. Allí tuvieron los dos Condes la crueldad de detener á toda su servidumbre, y con harto trabajo lo lograron, pues hombres y mujeres se arrodillaban á los pies de su señora, y le besaban las manos, y asíanse á sus ropas y no querían abandonarla.

Bajó la Reina la escalera con harto trabajo, y encontró al pie de ella á su fiel mayordomo Melvil, al cual habían sacado de su encierro para que pudiese darle el adiós postrero. Arrojóse el anciano á sus pies llorando amargamente, al verla venir en aquella guisa, y la Reina le abrazó con gran serenidad, y le dijo tuteándole por primera vez en la vida:

—No llores, mi buen Melvil; regocíjate más bien porque María Estuardo ha llegado ya al término de sus desdichas... Harto sabes que este mundo no es sino vanidad, turbación y miseria... Di á todo el mundo que muero firme en mi religión; verdadera católica, verdadera escocesa, verdadera francesa... Perdone Dios á los que desean mi muerte, y Él, que ve los pensamientos secretos de los hombres, sabe que siempre he deseado la unión de Escocia y de Inglaterra.

Encargóle entonces que llevase su bendición á su hijo el Príncipe Jacobo, y allí mismo se la dió, haciendo la señal de la cruz con la mano... Pidió luego á los dos Condes que dejasen entrar á sus damas y servidores en la sala en que habían levantado el cadalso, y ambos se lo negaron, muy en especial el de Kent, que temía alborotasen con sus gritos y *dieran el escándalo de querer empapar los pañuelos en su sangre.*

Á esta brutal respuesta, replicó la Reina con noble mansedumbre.

—Os damos palabra, Milord, de que no harán nada de eso... Los pobres solo desean vernos morir, y podéis estar seguro de que vuestra Señora, que es una reina virgen, no rehusaría á otra reina que sus doncellas la asistiesen en el momento de su muerte.

Hablaron entre sí los dos Condes, y resolvieron al fin que asistiesen á la ejecución dos doncellas de la Reina y cuatro hombres de su servidumbre. Designó María á Juana Kennedy y á Isabel Curle; á Bourgoing, Gervait su cirujano, Goron su farmacéutico, y Didier Sifflard su despensero, y seguida de todos ellos y de Andrés Melvil, que llevaba la cola de su manto, entró en la sala en que estaba levantado el cadalso.

Era éste de dos pies y medio de altura y doce cuadrados de extensión, y se apoyaba por un lado en la pared del muro. Hallábase tendido de arriba abajo de bayeta negra, y había en medio un tajo cubierto también de luto, y delante un cojín y un sillón de terciopelo negro. Subió la Reina los escalones del cadalso, con la misma tranquila majestad con que hubiera subido las gradas de su trono, y sentóse en el sillón sin mudar de color, ni cambiársele el sereno rostro. Tenía á su derecha á los Condes de Shrewsbury y de Kent, sentados, y á la izquierda al Sheriff, de pie, con su varita blanca en la mano: enfrente estaban, vestidos de tercipelo negro, los dos verdugos, de los cuales era uno, el hombre extraño y taciturno, con cadena de oro al cuello, que trajo Beale á Fotheringay. Pegado á la pared del fondo había un banco,

donde estaban sentados los servidores de la Reina, y contenidas por una barrera, que guardaban Amyas Paulet y sus soldados, había en el salón unas doscientas personas, herejes en su mayor parte.

Entróse en esto un perrillo faldero, que amaba mucho la Reina, y la había enviado su tío el Cardenal de Guisa, y se subió al cadalso á la querencia de su señora, y comenzó á hacerla fiestas. Acaricióle la Reina con grave sosiego, é hízole acurrucarse á su lado, y estarse quedo entre los pliegues de su manto.

Subió al tablado Roberto Beale para leer el decreto de muerte, y oyóle la Reina tan profundamente recogida, que parecía extraña á cuanto la rodeaba. Santiguóse muy despacio al terminar la lectura, y más hermosa que nunca, dice Jebb, con el rostro sonrosado y fresco, segura la mirada, fácil la palabra, firme la voz, sin cambio alguno en el semblante, con sobrehumana majestad en todo, comenzó á decir:

—«¡Milores!... Creo que entre tantos que aquí estáis presentes, y veis este espectáculo lastimoso de una Reina de Francia y de Escocia y heredera del trono de Inglaterra, habrá alguno que tenga compasión de mí y llore este triste suceso, y dé verdadera razón á los ausentes de lo que aquí pasa. Aquí me han traído, siendo

Reina ungida y soberana señora, y no sujeta á las leyes de este reino, para darme la muerte, porque, siendo Reina, me fié de la fe y palabra de otra Reina, que es mi tía. De dos delitos me acusan, que son: el haber tratado de la muerte de la Reina, y haber procurado mi libertad. Mas por el paso en que estoy, y por aquel Señor que es Rey de los reyes y supremo Juez de los vivos y de los muertos, que lo primero me levantan, y que ni ahora ni en algún tiempo jamás traté de la muerte de la Reina... Mi libertad he procurado, y no veo que el procurarla sea crimen, pues soy libre y Reina y soberana señora. Pero, pues Dios Nuestro Señor quiere que con esta muerte yo pague los pecados de mi vida, que son muchos y muy graves, y que muera porque soy católica, y que con mi ejemplo aprendan los hombres en qué paran los cetros y grandezas de este mundo, y entiendan bien cuán espantosa cosa es la herejía, yo acepto la muerte de muy buena voluntad, como enviada de la mano de tan buen Señor, y ruego á todos los que aquí estáis y sois católicos, que roguéis á Dios por mí, y que me seais testigos de esta verdad, y que muero en la comunión de la fe católica, apostólica y romana.»

Dichas estas palabras, que fueron escuchadas en el más profundo silencio, abrió la Reina

su breviario, y como si no perteneciese ya á este mundo, comenzó á rezar en latín los salmos penitenciales. Mas ni aun en este último momento, en que batía ya sobre ella sus alas la muerte, cesó la lucha para la Reina mártir, y allí mismo, en un extremo del cadalso, se levantó el fantasma de la herejía, que había tronchado su juventud y turbado toda su vida, para turbar también su hora postrera. El Dr. Fletcher, Deán hereje de Petersboroug, acercóse para tentarla, con el pretexto de exhortarla á morir.

—Señora, la dijo; la Reina, mi Graciosa Soberana, me ha enviado...

Miróle María con torvo ceño, y le interrumpió secamente:

—Señor Deán, soy católica, apostólica, romana, y por esta mi religión quiero morir.

Tornó el pérfido Deán á tentarla, y tornó María á mirarle sin ira y sin odio; pero con imponente señorío, díjole imperiosamente:

—¡Callad, Deán, que me turbáis!...

Separó Shrewsbury al hereje, tirándole del brazo, y despechado entonces el Conde de Kent, tuvo la infame villanía de insultar sobre el cadalso á aquella Reina vencida y humillada que iba á morir.

—De poco os servirá, dijo brutalmente mos-

trando el crucifijo, tener ese Cristo en la mano, no llevándolo en el corazón.

Á lo cual contestó la Reina con celestial mansedumbre:

—Justo es que el cristiano en todo tiempo, y más en el de su muerte, traiga consigo el signo de su redención.

Habíase puesto el Deán hereje á rezar en un extremo del cadalso, según el rito anglicano, y la Reina arrodillada en el almohadón, rezaba en latín los tres salmos, *Miserere mei, Deus,* etc.—*In te, Domine, speravi,* etc.—*Qui habitat in adjutorio,* etc.—Comenzó luego á rezar en inglés, y su piedad era tan viva, su actitud tan espontánea, su voz tan natural y conmovedora, que muy pocos de los presentes pudieron contener las lágrimas. Rogó por el Papa, por la Iglesia, por los monarcas y príncipes católicos, por el Rey su hijo, por la Reina de Inglaterra, por sus enemigos, y encomendándose también á sí misma, concluyó diciendo con la vista fija en el crucifijo, y voz segura y firme que salía de lo más profundo de su alma:

—¡Señor mío Jesucristo!... Como tus brazos se extendieron en la Cruz, así se extiendan para recibirme á mí los de tu misericordia!...

Levantóse entonces, y apartando con una sonrisa al verdugo, que se adelantó para ayu-

darla á despojarse de la parte de sus vestidos que estorbaba, hizo seña á Juana Kennedy y á Isabel Curle de que se acercasen. Allegáronse las dos mujeres tan profundamente desoladas, que para evitar la explosión de su dolor, púsoles la Reina cariñosamente la mano sobre la boca, y les recordó que había prometido ella en su nombre que serían animosas.

—No lloréis, las decía; regocijaos conmigo, porque soy muy feliz al dejar este mundo por tan buena causa.

Quitóse lo primero la cruz de oro que llevaba al cuello, y diósela á Juana Kennedy [1]. Quitáronla después el manto, el velo y el corpiño con la gola, y quedóse tan solo con la saya de terciopelo, un jubón de tafetán rojo, y la escofieta en la cabeza. Sentóse entonces en el sillón y bendijo desde allí á sus servidores, que llora-

---

(1) Esta cruz de oro, cuya exacta fotografía va al frente del presente libro II, pertenece en la actualidad á S. M. la Reina Regente de España D.ª María Cristina, á quien la regaló, como preciada reliquia, el Consejo de Órdenes, cuando la boda de esta augusta señora con S. M. el Rey D. Alfonso XII.—Las vicisitudes por que ha pasado esta histórica joya, desde las manos de Juana Kennedy hasta las de su actual y augusta poseedora, halas referido el erudito académico de la Historia D. Francisco R. de Uhagón, en un curioso folleto titulado *El Santo Cristo de María Estuardo*, que tuvo la bondad de dedicarnos.

ban desolados. Arrodillóse el verdugo ante ella para pedirla perdón, y respondió la Reina que perdonaba á todo el mundo. Abrazó entonces á Juana Kennedy y á Isabel Curle, y las bendijo haciéndoles la señal de la cruz sobre la frente. Vendóla después Juana los ojos con el pañuelo escogido por la misma Reina, y ambas mujeres se apartaron sollozando.

Quedóse la Reina un momento recogida, con el crucifijo en ambas manos, y luego se arrodilló sin soltarlo, y tendió el cuello al verdugo, diciendo con el acento de la más firme confianza:

—*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum!...*

Creyó ella que habían de darla muerte como en Francia, hiriéndola con el cuello en alto; mas el verdugo la advirtió su error, y la hizo apoyar la cabeza sobre el tajo... De nuevo repitió la Reina: —*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum!*—y el verdugo levantó el hacha y descargó en falso un golpe tremendo... Escapóse un gemido de horror á todos los circunstantes: mas la Reina no hizo el menor movimiento ni profirió ninguna queja. Descargó el verdugo un segundo golpe, y la cabeza rodó por el suelo, desprendiéndose de ella la escofieta, y dejando ver la cabellera de la Reina, cana por completo, á pesar de no contar sino

cuarenta y cuatro años. El verdugo mostró la cabeza desde un extremo del cadalso, diciendo: —¡Dios salve a la Reina! —y el Deán Fletcher gritó desde el otro lado: —¡Así perezcan todos sus enemigos! —Solo el infame Conde de Kent se atrevió á contestar: —¡Amén!

Echaron un paño negro por encima del cuerpo, y horas más tarde, cuando volvió el verdugo para recoger los sangrientos despojos, oyó algo que gemía y se agitaba junto al mismo cuerpo, y debajo del fúnebre paño... Tiró de él con verdadero espanto, y encontró al falderillo de la Reina, que olvidado de todos y escondido entre las ropas de su señora, habíase deslizado entre el tronco y la cabeza, y lamía la sangre y aullaba tristemente.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

EPÍLOGO

CONTRISTA el ánimo y le aflige, recorrer la larga serie de desventuras de la Reina de Escocia, y aun llega á indignarse, al encontrar al fin de la jornada, abatida su noble figura y su santa causa, y orgullosa y triunfante la repulsiva de Isabel y su herética Iglesia. Mas

> ... no es buen juzgador quien juzga
> Sin notar todo el proceso,

y si los días del impío son largos, su muerte es cierta y viene en un punto. Por eso es justo examinar esta última página del proceso de Isabel, y comparar vida con vida, muerte con muerte, y, á lo que puede colegirse, destino eterno con destino eterno

Sobrevivió Isabel á María Estuardo poco más de trece años, y durante ellos vió la bastarda halagada su soberbia con el engrandecimiento de Inglaterra, y saciadas sus pasiones con la larga serie de favoritos, que sin disputas ni controversias le señala la historia: Leicester, Flatton, Walter Raleigh, Pickering, Carlos Blount, y el Conde de Essex Roberto Devreux.

Enamoróse Isabel de este último, cuando tenía él veintiún años y ella cincuenta y cinco, y tan desvergonzado era el mozo y tan crédula la vieja, que en el entusiasmo de sus monstruosos amores, le escribía él y le creía ella. «Esperaba esta mañana temprano, que mis ojos tuvieran la dicha de ver la belleza de V. M.... No se oscurezca el divino poder de V. M., como no se ha oscurecido su belleza, la cual ha llenado el mundo de esplendor... ¿Cómo hubiese podido vivir lejos de V. M. acostumbrado á verla cabalgar como Alejandro, cazar como Diana, andar como Venus, mientras que un suave céfiro hacía flotar sus hermosos cabellos alrededor de sus blancas mejillas cual á una ninfa; y á considerarla sentada á la sombra como una deidad, ya cantando como un ángel, ya tocando la lira como Orfeo?»

Essex fué el único de los favoritos de Isabel que pudo dominar en algo el ánimo de aquella

mujer atroz, cuya soberbia inmensa no tenía más punto flaco que su carne; y sucedióle al fin, lo que á los domadores de fieras, que acaban por dejar la vida entre las garras de la pantera domesticada, un día que ésta se rebela, ó de la hiena que baila, en un momento en que la fiera se cansa.

Explotaba Essex sin decoro los seniles amores de la Reina: mas las libertades que se tomaba el joven, hacían sacar á cada paso las garras á su enamorada hiena, y un día, en pleno Consejo, como hubiese Isabel negado á Essex cierta gracia, volvióla éste la espalda groseramente. Saltó la bastarda de la silla, como si se hubiese revuelto en sus entrañas toda la venenosa sangre de Enrique VIII, y dióle un gran bofetón en el rostro, gritando exasperada: —*¡Go and be hanged!*—¡Anda á que te ahorquen en otra parte!

Mas escrito estaba que á Essex habían de ahorcarle allí mismo, y harto ya de las repugnantes caricias de aquella Dido de sesenta y ocho años, fuése á pelear á Irlanda contra su voluntad de ella, y volvióse cuando le plugo, sin su permiso, lo cual irritó de tal manera á Isabel, que con harta benignidad para su carácter, mandóle arrestar en su propia casa. Exasperóse Essex con el castigo, y en su in-

solente cólera, llamó á Isabel *vieja ridícula:* y esta verdad tan patente á los ojos de todos, menos á los de la propia dama, con ser tan perspicaces, despertó en su vengativo ánimo uno de esos odios repentinos y pasajeros, que nacen del amor celoso ó ultrajado, y son en sus prontos, los más intensos y temibles de los odios.

Una vez en guerra declarada los dos amantes, llegó Essex de locura en locura hasta conspirar contra la Reina, y echarse á las calles de Londres para promover una sedición, y derribar á su rival en el poder Roberto Cecil, hijo del otro Cecil, Gran Tesorero. Apagada, sin embargo, la sedición y desarmados Essex y los suyos, fué el ingrato favorito encerrado en la Torre de Londres, juzgado por un tribunal de Pares, y condenado á muerte... Entonces comenzó Isabel á sentir real y verdaderamente las vacilaciones y angustias que había fingido años atrás, cuando se trató de firmar la sentencia de María Estuardo. Por tres veces firmó la del Conde de Essex, y otras tantas volvió á revocarla, luchando entre su amor que resucitaba y su orgullo que no moría, y esperando siempre alguna señal de arrepentimiento, alguna palabra humilde ó mensaje sumiso del amado reo, para concederle el amplio y absoluto per-

dón, que en el fondo de su degradada alma, le tenía ya concedido.

Años atrás, en los tiempos más felices de sus amores, habíale dado Isabel á Essex un rico anillo, encargándole que en cualquiera circunstancia apurada en que se viese y se lo enviara, tendría al punto concedido, bajo su palabra de Reina, cuanto fuese su deseo. Este anillo era el que esperaba Isabel hora por hora y minuto por minuto, con ansiedad siempre creciente y angustia que la mataba. Mas el anillo no venía; era esto señal de que Essex no se humillaba, y en un momento en que el orgullo herido y la soberbia irritada prevalecieron en el ánimo de la Reina, sacó la pantera las garras del todo, firmó la sentencia de muerte, y el hermoso favorito fué decapitado en la Torre de Londres, á los treinta y cinco años, el 25 de Febrero de 1601.

Desde entonces, poseída Isabel de mortal tristeza, arrastróse, más bien que vivió, por todos sus palacios sin permanecer más de un mes en ninguno, y ni volvió á prestar atención seria á los negocios, ni hubo para ella placer ni distracción alguna. Sombría y más feroz é irritable que nunca, veíasela vagar sola por lugares apartados, y encontrábasela á menudo derramando copiosas lágrimas. Decayeron sus fuer-

zas visiblemente al cumplir los setenta años, y á principios de Febrero de 1603, trasladóse de Westminster al castillo de Richmond, que era una de sus residencias favoritas. El 13 de Marzo, estando la Reina en su cámara, sola con Lady Isabel Spelman, dama de honor de guardia aquel día, avisáronla que la Condesa de Nottingham, dama de honor también, que seguía la corte y estaba en el castillo, se hallaba moribunda por repentino accidente, y pedía con grandes ansias ver á la Reina antes de morir, para confiarla secretos de importancia. Era esta Condesa de Nottingham, mujer del gran Almirante de Inglaterra Carlos Howard, muy privado de la Reina, y llena ésta de curiosidad, dirigióse con Lady Spelman á las habitaciones de la Condesa.

Entró la Reina en la alcoba de la moribunda, y quedóse la Spelman en la habitación vecina aguardando. Mas de allí á poco resonaron grandes gritos dentro, y oyó la dama distintamente los groseros juramentos que solía emplear Isabel en sus arrebatos de cólera. Abrió asustada la puerta, y vió á la Nottingham hundida en el lecho, cadavérica casi, y á la Reina delante, de pie, desencajada también por la cólera y la rabia, y con los brazos extendidos hacia la moribunda como si quisiese estrangularla. En el

momento de entrar, decía la Reina con el más furioso encono.

—¡Podrá Dios perdonaros; pero yo no os perdonaré nunca!... ¡nunca!...

Y barbotando esta horrible palabra ¡nunca! ¡nunca! y babeando de furor y tan ciega por la ira que tropezó con Lady Spelman y la arrastró tras sí brutalmente agarrándola por la gorguera y pinchándose con los alfileres, huyó á sus habitaciones como si las furias le hubiesen devuelto su vigor y sus fuerzas, y allí se dejó caer sobre una alfombra, mesándose los cabellos y dando gemidos que parecían más bien furiosos ecos de impotente rabia.

Aquella misma noche murió la Nottingham, y comenzó á correr, por el palacio primero, y por la ciudad después, y por la historia más tarde, el secreto que reveló á la Reina en su lecho de muerte.

El Conde de Essex no había muerto impenitente, ni despreciando el perdón de la Reina. Lejos de eso, habíase humillado á ésta, enviándole el anillo que había de ser para él prenda de perdón. Mas quiso su desgracia que diese este encargo á la Condesa de Nottingham, y esta mujer, obligada, según unos, por su marido, enemigo implacable de Essex, ó impulsada, según otros, por propios y amorosos resen-

timientos, guardóse el anillo, calló la embajada, y dejó morir al infeliz Conde desesperado, y renegando injustamente de la palabra y la misericordia de Isabel.

Herida ésta de muerte por aquella revelación inesperada, no volvió á levantarse del tapiz en que se había echado. Trajéronle unos cojines y en ellos se reclinó, y pasados los primeros transportes de ira y de rabia, quedóse allí mismo, inmóvil y silenciosa, poseída de esa sombría desesperación que infunde en los ánimos soberbios el pensamiento fijo y constante de las cosas que pudieron ser y por nuestra culpa no fueron, y que ya no tienen remedio...

Diez días y diez noches pasó en aquel mismo sitio, como idiota, sin pronunciar palabra ni variar de postura, chupándose sin cesar un dedo de la mano izquierda, siempre el mismo, con los ojos desencajados y fijos en el suelo. Á veces daba gritos por el ardor horrible de estómago que la atormentaba: mas rechazaba las medicinas y rechazaba también los alimentos, y solo bebía de vez en cuándo, con dolorosa ansia, algunos sorbos de agua pura. Veíasela morir, y rodeábanla sus damas aterradas, sin osar acercársele mucho, temiendo los ímpetus de sus terribles iras, como se teme la proximidad de una pantera enferma, mientras puede

extender la potente zarpa. Acercósele el Arzobispo hereje de Cantorbery para exhortarla á implorar la misericordia divina; y la Reina movió por dos veces la cabeza, y balbuceó otras tantas, sin sacarse el dedo de la boca.

—¡Ya hago!... ¡Ya hago!

Y sin una palabra de arrepentimiento, ni de perdón que pidiese, ni de consuelo que le fuera menester, se apagó su existencia lentamente, en aquella misma postura, al amanecer del jueves 24 de Marzo.

Así murió Isabel, y así cayó su negra alma en lo eterno, donde uno de sus mayores tormentos fué sin duda, contemplar la gloria de María Estuardo en el cielo.

FIN

NOTAS

NOTAS DE LA INTRODUCCIÓN

[1] Ana de Este, Duquesa de Guisa, fué hija de Hércules II, Duque de Ferrara y de Renata de Francia. Era, por lo tanto, nieta, por línea paterna, de Lucrecia Borgia, y por línea materna, de Luis XII, Rey de Francia. Su madre Renata de Francia, hereje oculta primero y pública después, trató de atraerla á la herejía impidiéndola las prácticas del catolicismo. Mas su padre la separó violentamente del lado de Renata y la casó á poco con el Duque Francisco de Guisa, llamado *el Balafrè I.* Fué el primogénito de este matrimonio el Duque Enrique de Guisa, llamado *el Balafrè II,* por tener también una cicatriz en la cara como su padre.

[2] Carlos de Guisa, Cardenal de Lorena y Arzobispo de Reims, nació en 1525, y era el hijo segundo de Claudio de Lorena y Antonia de Borbón. Fué creado Cardenal por Paulo III á la edad de veintidos años. Era Príncipe de grandes cualidades y ambiciones, elocuentísimo y muy versado en ciencias eclesiásticas, gran protector de las letras y fundador de la Universidad de Reims. Fué siempre y sin titubear un momento, el grande enemigo de los hugonotes, y el consejero y principal apoyo de su hermano primogénito el Duque Francisco de Guisa, cuyas ambiciosas miras fomentaba y dirigía. Mantuvo estrechas relaciones con San

Ignacio de Loyola, desde que le conoció en Roma en 1549. Alcanzó de Enrique II el establecimiento de la Compañía de Jesús en Francia, y fué el gran protector de esta Orden en la encarnizada guerra que la hicieron el Parlamento y la Universidad de París. Murió en 1574.

3 Esta Condesa de Fiesque era hija del famoso Felipé Strozzi, que acompañó á Catalina de Médicis á Francia por encargo del Papa, y fué allí Mariscal. Su madre era Clarisa de Médicis, hija de Pedro de Médicis y de Clarisa Orsini.

4 Miguel de L'Hôpital nació en 1507, y fué nombrado Gran Canciller de Francia en 1560, por influencia de Catalina de Médicis. Siguió siempre el partido de ésta, y representó entre la enérgica intransigencia de los Guisa y las maquiavélicas vacilaciones de Catalina con los hugonotes, el partido conciliador y moderado que había naturalmente de hacerle sospechoso á todos, á pesar de su rectitud notoria, que nadie puso en duda nunca. Se opuso y desbarató el proyecto del Cardenal de Lorena de establecer la Inquisición en Francia, por lo cual estuvo á punto de perecer á manos del populacho cuando la matanza de los hugonotes, en sus tierras de Vignay, donde se había retirado con su mujer, que era calvinista. Un destacamento de caballería enviado á toda prisa por la Reina madre, pudo, sin embargo, salvarle. Poco después, el 13 de Marzo de 1573, murió L'Hôpital, dejando una reputación de integridad y de virtud que han respetado todos los historiadores.

5 Francisco de Lorena, Duque de Guisa, nació en el castillo de Bar en 1519, y era el hijo primogénito de Claudio de Lorena y Antonia de Borbón. Fué uno de los grandes capitanes del siglo XVI, y ni aun sus más encarnizados enemigos le han negado nunca las grandes dotes de valor, pericia militar y nobleza de alma que le adornaron. Defendió á Metz contra Carlos V, y mandó la expedición de Italia después de la derrota de San Quintín. Puso sitio á Calais, y lo tomó en ocho días en 1558, y allí recibió en el rostro la tremenda herida á que debió el sobrenombre de *Balafrè*. En el sitio de Rouen intentó asesinarle un caballero hugonote, y el Duque de Guisa le perdonó generosamente diciéndole: «Quiero probarte que mi religión es más santa y más dulce que la tuya; pues á tí te ha impulsado la tuya á asesinarme sin que yo te haya ofendido, y á mí me manda la mía perdonarte, á pesar de estar convencido de tu crimen.»

No desarmó esta grandeza de alma el odio de los hugonotes, pues en 1563 fué asesinado al cabo el Duque de Guisa en el sitio de Orleans, por otro hereje llamado Poltrot de Méré. Los partidarios de Guisa le amaban y veneraban con tan grande entusiasmo, que al extinguirse la rama de los Valois, toda la Francia católica hubiera apoyado sus pretensiones á la corona, que se fundaban en el hecho de descender directamente de Carlomagno, por Lotario, Duque de Lorena.

6 María de Lorena, hermana mayor del Cardenal Carlos y del Duque Francisco, casó en primeras nupcias con el Duque de Longueville, Luis de Orleans. Viuda de éste, muy pronto volvió á casarse con Jacobo V Estuardo, Rey de Escocia, y de este matrimonio nació la niña María. María de Lorena murió en Escocia el 10 de Junio de 1560, meses antes que su yerno Francisco II.

7 María Estuardo fué enviada á Francia por su madre en 1548, cuando contaba seis años. Embarcóse en Dumbarton, acompañada de sus *cuatro Marías,* que eran cuatro niñas de su edad que llevaban este mismo nombre y pertenecían á las ilustres familias escocesas de Fleming, Seaton, Beaton y Livingston. Enrique II instaló regiamente á su futura nuera en Saint-Germain, y allí se educó con las princesas Isabel y Claudia, bajo la dirección de la sabia Margarita de Francia, hermana de Enrique II; Princesa, dice la relación de los Embajadores venecianos, *sopra tutto erudita, e ben dotta nella lingua latina, greca, et anche italiana.* Fué María Estuardo muy versada en historia, filosofía y literatura, y hacía muy lindos versos, de los cuales se conservan algunos. Hablaba francés, inglés, español, italiano, alemán y latín. Cantaba con mucho primor, acompañándose ella misma con el laud, y fué muy diestra y aficionada á los bordados y labores propias de su sexo.

8 La conjuración de Amboise fué un complot hurdido por los hugonotes contra los Guisa, á fin de arrancar á Francisco II de la dominación de éstos y establecer libremente en Francia el protestantismo. El jefe ostensible de esta conjuración fué La Renaudie, pero dirigióla encubiertamente el Príncipe de Condé, sostenido en secreto, según opinión de muchos, por la misma Reina Catalina de Médicis. El plan de los conjurados era entrar por armas en Blois, donde se hallaba la corte, y apoderarse de los Guisa y del

mismo Rey Francisco; pero avisados á tiempo por un abogado de París, trasladaron la corte repentinamente al castillo de Amboise, y mandaron contra los conjurados fuertes destacamentos, que les derrotaron en el camino mismo de Amboise. La Renaudie murió peleando, y su cadáver fué colgado á la entrada del puente. Los otros jefes principales, en número de cincuenta y siete, fueron conducidos á Amboise y decapitados ante la plataforma del castillo. Al Príncipe de Condé se le obligó á prestar juramento de que no había tomado parte en la conjuración, y á presenciar las ejecuciones desde la tribuna en que se hallaba la corte, sentado entre la Reina María Estuardo y el Duque de Orleans. Cuando el Príncipe apareció en la tribuna, todos los sentenciados, sus cómplices, le saludaron profundamente, y él les devolvió el saludo con la mayor serenidad, diciendo á la Reina María: *Il est difficile de ne pas être poli avec des gens qui vont mourir.*

9 El célebre cirujano Ambrosio Paré era calvinista, y nació en Laval en 1517. Hizo su aprendizaje en los campamentos, y el fruto de sus observaciones científicas lo compendió, en 1545, en su obra titulada *Méthode de traicter les plays faites par les arquebuses et aultres bastons à feu.* Su principal descubrimiento fué el de sustituír en las amputaciones de los miembros la cauterización de las arterias por la atadura de las mismas. Por la recomendación del Duque de Vendôme, le admitió Enrique II en el número de sus cirujanos ordinarios, é igual plaza conservó en la corte de Francisco II. Carlos IX le hizo su primer cirujano de cámara, y llegó á tenerle en tal estima, que cuando la matanza de los hugonotes fué el único que quiso salvar, según refiere Brantôme: *Charles IX*, dice, *ne voulut sauver aucun calviniste, sinon Ambroise Paré, son premier chirurgien et le premier de la chrétienté.* Murió en París en 1590, algunos meses después de la entrada de Enrique IV.

10 Esta tremenda herida la recibió el Duque de Guisa en el sitio de Calais, fué un lanzazo que le entró por debajo del ojo derecho y le vino á salir por debajo de la oreja izquierda, quedando dentro la lanza quebrada. Diéronle por muerto y le llevaron á su tienda; mas Ambrosio Paré, poniéndole un pie sobre el pecho, como si se tratase ya de un cadáver, le arrancó poco á poco las astillas deshaciéndolas con las uñas, y con un hábil esfuerzo consiguió arrancarle des-

pués el hierro de la lanza. La audacia de Ambrosio Paré salvó al Duque de una muerte segura, si bien no pudo evitar que le quedase el rostro horriblemente desfigurado.

11 Hospedábanse los Reyes en el palacio de Jaime Groslot, Canciller de Navarra y Bailío de Orleans. Este palacio, que es una bellísima construcción del siglo XVI, fué cuidadosamente restaurado en 1850, y sirve desde 1790 de *Hôtel de ville*. En una de sus fachadas hay una larga inscripción en que se enumeran los personajes que han habitado el palacio, y entre otras cosas dice: *Logis accoutumé des Rois François II, Charles IX, Henri III, Henri IV, des Reines Catherine de Médicis, Marie Stuart, Louise de Lorraine et Marie de Médicis.*

12 El Cardenal Francisco de Tournón fué uno de los hombres de Estado que más se distinguieron en su época, que alcanza desde 1489, fecha de su nacimiento, hasta 1562, que es la de su muerte. Vino á Madrid para negociar la libertad de Francisco I, y volvió más tarde para concertar el matrimonio de este Rey con D.ª Leonor de Austria. Fué hombre de mucha rectitud y juicio y de grande habilidad en los negocios, que manejaba siempre yendo derecho al fondo y sin andarse por las ramas, como vulgarmente se dice. Enemigo acérrimo de los hugonotes, les combatió en todos los terrenos y muy especialmente en los Estados de Orleans y las Conferencias de Poissy: nunca pudo, sin embargo, entenderse con los Guisa por rivalidades con el Cardenal de Lorena, y se mostró siempre partidario de Catalina de Médicis, prestándola grandes servicios.

13 Francisco de Scepeaux, Mariscal de Vieilleville, fué uno de los grandes capitanes del siglo XVI que más reputación alcanzaron por su valor. Había tomado por tipo á Bayardo, y en su tiempo era proverbial este dístico:

Châteignerage, Vieilleville et Bourdillon
Sont les trois hardis compagnons.

Á la muerte de Enrique II siguió el partido de los Guisa, combatiendo á los hugonotes con muy discreto celo. Se dice que murió envenenado en 1571, y había nacido en 1509.

14 Jacobo d'Albón, señor de Saint-André, nació en 1505, y fué hecho Mariscal de Francia en 1547 por Enrique II, que le dispensó siempre todo su favor y confianza. Distin-

guióse mucho por su valor y pericia militar, y fué hecho prisionero, peleando como un héroe, en la batalla de San Quintín. Á la muerte de Enrique II llamóse al partido de los Guisa, y después de fallecido Francisco II formó con el Duque de Guisa y el Condestable de Montmorency el famoso triunvirato católico, que intentó exterminar la herejía en Francia. En la batalla de Dreux contra los calvinistas cayó prisionero de éstos, y en el momento en que uno de ellos le colocaba atado á la grupa de su caballo, fué asesinado de un pistoletazo. Sucedió esto el 19 de Diciembre de 1562.

15 Los dos hermanos Alberto y Carlos de Gondi eran hijos de Antonio de Gondi, que vino á Francia desde Florencia acompañando á Catalina de Médicis, y fué mayordomo de Enrique II. Carlos fué general de las galeras de Francia, y Alberto fué hecho Duque de Retz y Mariscal de Francia por Enrique III. Ambos pertenecieron siempre en cuerpo y alma al partido de la Reina Catalina.

16 Jacobo, ó Jaime Amyot, fué preceptor de los dos últimos Valois, que le amaron y protegieron igualmente con verdadera gratitud y cariño. Nació en Melún, de padres humildísimos, y siguió en París los estudios eclesiásticos á fuerza de privaciones, de energía y de perseverancia. Logró al fin la cátedra de latín y griego en la Universidad de Bourges, y el Cardenal de Tournón le sacó de su oscuridad, enviándole al Concilio de Trento con algunas reclamaciones del Rey de Francia. Á su vuelta fué cuando Enrique II le nombró preceptor de sus hijos Carlos y Enrique. Llamáronle éstos siempre su *querido maestro,* y el primer acto de Carlos IX al subir al trono, fué nombrarle Obispo de Auxerre y Gran limosnero de Francia, contra la voluntad de Catalina de Médicis, que le estimaba en poco y quería este último puesto nada menos que para el Cardenal de Tournón. Enrique III le mantuvo en el mismo cargo, y le hizo además Comendador de la Orden del Espíritu Santo, á pesar de no ser noble. Acusáronle falsamente de haber aconsejado el asesinato de los Guisa en Blois, y esto le proporcionó grandes disgustos y aun puso en peligro su vida. Retiróse á su diócesis lleno de amargura, y allí murió el 6 de Octubre de 1593, á los ochenta años. Su traducción de las obras de Plutarco es considerada en Francia como uno de los más hermosos monumentos de la literatura francesa del siglo XVI.

17 Filiberto de Marsilly, señor de Cipierre, fué nombrado ayo de Carlos IX, por influencia de los Guisa, á quienes se mostró siempre muy adicto. Á la mayor edad de Carlos, hízole éste consejero de Estado y primer gentilhombre de cámara. Fué más hombre de guerra que de corte, y hacen grandes elogios, así de su valor como de su generosidad, Brantôme y de Thou. Murió en 1566.

18 El Duque d'Anjóu, Enrique de Valois, fué el tercero y el más querido de los hijos de Catalina de Médicis. Por influencia de ésta fué elegido Rey de Polonia en 1573, y á la muerte de su hermano Carlos IX, subió al trono de Francia con el nombre de Enrique III. Murió en Saint-Claud asesinado por Jacobo Clemente el 2 de Agosto de 1589, y en él se extinguió la casa de los Valois.

19 Margarita de Valois, *Margot,* como le llamaba siempre su hermano Carlos IX, nació en Saint-Germain-en-Laye el 14 de Mayo de 1552. Casáronla con el Rey de Navarra, Enrique de Borbón, que fué luego Enrique IV de Francia, el 18 de Agosto de 1572, seis días antes de la matanza de San Bartolomé. Su vida fué tan licenciosa, que puede figurar muy dignamente en la galería de *Dames galantes,* de su contemporáneo y amigo Brantôme. Indignados contra ella su marido y su hermano Enrique III, á pesar de la corrupción de ambos, retiráronla por fuerza al castillo de Ussón, donde vivió dieciocho años semiprisionera. Allí entretuvo sus ocios en escribir sus curiosas memorias y en hacer estrambóticas excursiones por toda la Auvergne, montada en un camello. En aquella época escribía su marido, el Rey de Navarra, á la Condesa de Guiche: «*Il est venu un homme de la part de la dame aux chameaux me demander passe-port pour passer cinq cents tonneaux de vin, sans payer taxe, pour sa bouche; et ainsi est écrit en une patente. C'est se declarer ivrognesse en parchemin. De peur qu'elle ne tombât de si haut que les dos de ses bêtes, je le lui ai refusé.*» El advenimiento de Enrique IV al trono de Francia no modificó en nada ni la vida licenciosa de Margot, ni el alejamiento de ambos esposos. Pudo al fin Enrique divorciarse de ella en 1599, y contrajo nuevas nupcias con María de Médicis, para asegurar la sucesión á la corona. Margot llevó su desgracia con harta filosofía: siguió escogiendo sus amantes hasta entre los palafreneros, y se trasladó al fin á París, donde murió el 27 de Mayo de 1615, á causa de una erisipela horrible

que le produjeron los cosméticos y afeites que, para disimular la edad, usaba en el rostro. Las memorias que la Reina Margot dejó escritas, ofrecen noticias muy curiosas de los reinados de Carlos IX, Enrique III y primeros años del de Enrique IV, y figuran en la literatura francesa como uno de los modelos más elegantes de la prosa de su época.

20 Carlos de Valois era entonces Duque de Orleans, y contaba nueve años. Había nacido en Saint-Germain-en-Laye en 1550. Desde niño mostró muy buenos dotes de entendimiento y de corazón, que cultivaron y dirigieron con acierto sus dos ayos Cipierre y Amyot. Mostróse muy aficionado á las artes, cultivando él mismo la poesía, y son notables sus dos epístolas á Ronsard, especialmente la que empieza:

> Ton sprit est, Ronsard, plus gaillard que le mien;
> Mais mon corps est plus jeune et plus fort que le tien;
> Par ainsi je conclus qu'en savoir tu me passes
> D'autant que ma printemps tes cheveux gris efface.

Á pesar de todo, la sombra siniestra de su madre Catalina de Médicis parece envolver á este desgraciado Príncipe, y calumniado por unos y juzgado con harta severidad por otros, tan solo ha pasado á la historia como el cruel organizador de la matanza de San Bartolomé, y el feroz monarca que disparó contra su pueblo desde las ventanas de su palacio en aquella aciaga noche. Por mucho tiempo existió sobre una de las ventanas del Louvre que dan al muelle del Sena, esta inscripción, puesta allí por los revolucionarios de 1789, recalentados por los rimbombantes entusiasmos de Andrés Chenier, en su tragedia «Carlos IX:» — *C'est de cette fenêtre que Charles IX, d'exécrable mémoire, a tiré sur des citoyens français.* — Absurdo ridículo que se refuta con solo hacer notar que toda esa parte del Louvre, que se llamaba *Louvre viejo,* se remonta únicamente á la época de Enrique IV, y no existía, por lo tanto, en tiempo de Carlos IX.

Carlos IX murió á los veinticuatro años en el castillo de Vincennes, sin dejar sucesión de su legítima mujer la angelical Isabel de Austria, hija del Emperador Maximiliano II. Dejó un hijo natural de María Touchet, que fué Carlos de Valois, Conde de Auvergne primero, y después Duque de Angulema.

21 Las Conferencias de Poissy se abrieron el 31 de Julio de 1561. Presidíalas el Cardenal de Tournón, y asistió la

Reina madre acompañada del Rey niño Carlos IX y de toda la corte. El Rey de Navarra Antonio de Borbón y el Príncipe de Condé representaban á los hugonotes, y el Gran Canciller L'Hôpital llevaba la voz en nombre del Rey de Francia. Los principales ministros calvinistas que tomaron parte en las discusiones fueron Teodoro de Beza y Pedro Vermigh, que llamaban *Pedro Mártir*. Á mediados de Noviembre llegaron como legados de la Santa Sede, el Cardenal de Ferrara y el P. Diego Laínez, sucesor de San Ignacio de Loyola en el generalato de la Compañía de Jesús. Traían instrucciones secretas de Pío IV para poner término á aquellas reuniones, cuyos peligros no se escapaban á la prudencia del Pontífice; lo cual consiguió el P. Laínez con un discurso tan claro y tan enérgico, que la misma Catalina de Médicis, viendo descubierto y comprometido su juego, no pudo contener las lágrimas. Dos días después, el Príncipe de Condé, que á pesar de ser hugonote, dispensaba al Padre Laínez una afectuosa confianza, le dijo: «¿Sabéis, Padre mío, que la Reina está muy disgustada con vos, y que ha llorado?» «Conozco hace mucho tiempo á Catalina de Médicis — contestó Laínez sonriéndose — pero no temáis, Príncipe, que me engañe, á pesar de ser tan excelente cómica.» Después de demostrar Laínez con tanta autoridad la inutilidad de las Conferencias y los peligros que ofrecían en cuanto á la fe, se abstuvieron de asistir á las sesiones restantes el Rey, la Reina, los Príncipes y consejeros de la corona, y prosiguieron las discusiones sin ninguna utilidad ni provecho, solo entre los Obispos y teólogos.

22 El Condestable de Francia Ana de Montmorency, nació en 1492 y fué educado para las armas con Francisco I, que era entonces Duque de Angulema. Fué siempre el grande amigo y compañero de este monarca, con el cual cayó prisionero en la batalla de Pavía. Volvió á caer prisionero de los españoles en la de San Quintín, que dirigió y perdió él mismo, y murió en 1567 peleando contra los hugonotes en la batalla de Saint-Denis. Combatió á los herejes en todos los terrenos, y fué uno de los grandes protectores de la Compañía de Jesús en Francia.

23 Brantôme, t. V, pág. 90.

24 El P. Edmundo Auger fué uno de los grandes misioneros que combatieron la herejía calvinista en Francia. Acompañó al Duque d'Anjóu, después Enrique III, en la

batalla de Jarnac, y él mismo le armó por su propia mano. Fué confesor de este monarca por mucho tiempo, hasta que el asesinato de los Guisa en Blois le hizo retirarse á Italia, donde murió en Novocomo el 19 de Junio de 1591.

[25] *Ordonnance de Charles IX.*—Teulet, t. I, pág. 734.

[26] Isabel era hija adulterina de Enrique VIII y de Ana Bolena, puesto que había nacido en vida de Catalina de Aragón, legítima mujer de Enrique. Además de esto, su propio padre la declaró bastarda, cuando Ana Bolena fué decapitada, quedando con esto incapacitada legalmente para reinar. La Reina legítima de Inglaterra era, por lo tanto, María Estuardo, como nieta única de Margarita Tudor, hermana mayor de Enrique VIII.

NOTAS DEL LIBRO PRIMERO

1 Estos seis hermanos Guisa, tíos de María Estuardo, por ser hermanos de la madre de ésta, María de Lorena, eran: Francisco, Duque de Guisa, y Carlos, Cardenal de Lorena, de que ya hemos hecho mención; Luis, Arzobispo de Sens, llamado el Cardenal de Guisa; Claudio, Duque d'Aumale; Francisco, gran Prior y general de las galeras de Francia, y Renato, Duque y tronco de la casa d'Elbeuf.

2 El valiente Damville era hijo segundo del Condestable Ana de Montmorency, y heredó el ducado de este nombre á la muerte de su hermano mayor Francisco. Su valor y su ignorancia se igualaban de tal modo, que á los treinta y tres años era ya Mariscal de Francia, y no sabía leer ni escribir. Fué uno de los grandes apasionados que tuvo María Estuardo en la corte de Francia.

3 Pedro de Bourdeilles, Abad y señor de Brantôme, fué testigo de vista de todos los grandes hechos y las innumerables intrigas de la corte de Francia desde 1527 hasta 1624; todo lo cual dejó consignado en sus numerosas obras con verdadero lujo de pormenores. La fidelidad de sus narraciones llega á menudo al cinismo, y quizá no se ha escrito nada más escandaloso y repugnante que las pinturas que hace en su célebre obra *Vie des dames galantes*. Literato y guerrero más bien que hombre de iglesia, disfrutó la rica

Abadía de Brantôme, como tantos otros que en aquella época vivían á costa de la Iglesia, deshonrándola al mismo tiempo con sus vicios y escándalos. Fué gentilhombre de Carlos IX y de Enrique III, y visitó la mayor parte de los países de Europa, unas veces en expediciones militares y otras con misiones diplomáticas.

4 Juan Knox fué el verdadero fundador de la Iglesia presbiteriana en Escocia. Nació en Liffort en 1505, se ordenó en 1530 y apostató en 1542. Era hombre de terrible energía, y su elocuente y arrebatada palabra le conquistó formidable influencia así entre la nobleza como entre el pueblo. María Estuardo quiso atraérsele, y á este propósito tuvo con él varias conferencias, que el mismo Knox refiere en el tomo II de su *History of the reformation*. En una de estas entrevistas, espantada María de las doctrinas subversivas del hereje, le preguntó enérgicamente: «¿Pretendéis pués que los súbditos pueden resistir á los reyes?» «Ciertamente, Señora, — respondió Knox, — si los reyes faltan á sus deberes. Todo lo que la ley nos manda es venerar al rey como á un padre; pero si un padre se vuelve frenético, se le encierra. Cuando el príncipe quiere degollar á los hijos de Dios, se le quita la espada, se le atan las manos y se le encierra en una prisión hasta que recobre la razón. Esto no es desobediencia, sino obedecer la palabra de Dios.» María comprendió todo lo peligroso de esta doctrina que hacía á los súbditos jueces de sus reyes y les autorizaba á la rebelión según el beneplácito de sus jefes espirituales; entonces dijo á Knox: «Está bien: veo que mis súbditos os obedecerán á vos y no á mí; harán lo que les mandéis y no lo que yo ordene, y yo deberé hacer lo que ellos ordenen, y no ordenar lo que ellos deben hacer.» «¡No lo permita Dios! — contestó Knox. — Mi único deseo es que los príncipes y sus súbditos obedezcan á Dios. Su palabra dice que los reyes son los padres alimentadores, y las reinas las madres y nodrizas de su Iglesia.» «Sin duda, — dijo la Reina, — pero vuestra Iglesia no es aquella de que yo quisiera ser madre y nodriza. Yo defenderé la Iglesia romana, que es la verdadera Iglesia de Dios.» Aquí estalló la ira de Knox y contestó: «Vuestra voluntad, Señora, no es razonable. La prostituta romana está caída, manchada, degradada.» «Mi conciencia me dice lo contrario, — replicó la Reina con gran firmeza despidiendo al hereje.» «Vuestra conciencia no está ilustrada, — contestó éste retirándose;» y

al salir dijo á los que le esperaban: «Nada se puede esperar de esta Jezabel llena de astucia y altanería.»

5 Felipe II escribió á Darnley por lo menos dos cartas, cuyos borradores castellanos existen en el archivo de Simancas, Est. Inglat. leg. 818. La primera, fechada en Segovia á 13 de Octubre de 1565, dice así: «Serenísimo Rey de Escocia, my muy caro y muy amado hermano; por una carta que me escrivió la Reyna de Escocia y por otra de mi Embajador en Inglaterra, entendí vuestro casamiento, y holgué mucho de saver que se huviese efectuado por vuestro bien y contentamiento y por el amor que á vuestros padres he tenido, el cual se ha de continuar con vos siempre, por tener entendido que de vuestra grandeza ha de resultar mucho servicio á Dios y al bien de la religión católica, siendo vos nascido y criado en ella, y así me alegro con vos deste vuestro casamiento y os ruego que siempre continueis en la voluntad y determinación que havéis tenido á la conservación y aumento de nuestra santa fee y religión, que esta será la mayor y más principal causa con que me podéis obligar, á que yo mire por todas vuestras cosas y os favorezca en ellas como lo escrivo á la Reyna.»

Después de escrita esta carta, pero nó enviada todavía, llegó á Segovia un mensajero extraordinario de los Reyes de Escocia. Era éste un antiguo y fiel gentilhombre de la difunta Reina de Inglaterra María Tudor, llamado Francisco Yaxlee, que había conocido á Felipe II durante su estancia en aquel reino. Traía una carta de Darnley para Felipe, escrita en Glasgow á 10 de Setiembre, y largas instrucciones verbales. Traía también otra carta de la misma fecha, de María Estuardo para el Duque de Alba, en la cual recomendaba á éste su mensajero, suplicándole le oyese y le introdujese cerca de Felipe II. El original de esta carta, escrito en francés y todo de puño y letra de la Reina, se conserva entre las mil preciosidades históricas y artísticas que admirablemente clasificadas y colocadas, encierra el palacio de los Duques de Alba. Gracias á la bondad de la señora Duquesa, hemos tenido ocasión de examinar este curioso autógrafo, rueda interesante de aquel gran manejo político, y en su original francés y en su traducción castellana dice así: «*A mon cousin le duc dalva. — Mon cousin: pour vous aunoir durant le peu de tamps questies en france congnu tant affectioné á la religion katolique, la quelle ie*

professe, et saschant aussi combien, sellon vos merites, estes aymé, et vos services estimés du roy, monsieur mon bon frère, ayant tousioure eu quelque ocasion aussi de vous estimer bun de mes meilleures amis, iay aduisé enuoiant ce gentillhomme, serviteur fidelle, de la part du roy, mon mari, et miene, pour fayre entandre lestast de nos affayres au roy despaigne, monsieur mon bon frère, de lui commander de vous fayre entandre le discours de sa charge, et sadresser á vous pour auoar audiance; ce que ie vous prie prandre la poine de obtenir leplus tost que pourres, affin que ie me puisse resouldre sur chose tant importante; et masurant de votre bonne vollontay, comme ie vous prie fayre de la miene, ie ne vous fayray plus long discours, sinon de prier dieu quil vous doint en santé, heureuse uie, et longue.—De Glasgo, ce X de Setambre 1565.—Votre bien bonne Cousine Marie, R.»—«Á mi primo el Duque de Alba.—Primo mío: Por haberos conocido durante el poco tiempo que estuvisteis en Francia, tan afecto á la religión católica que yo profeso, y sabiendo también cuán amado sois por vuestros méritos del Rey, mi señor y buen hermano, y cuanto estima vuestros servicios; y habiendo tenido además algunas ocasiones de estimaros como uno de mis mejores amigos, he determinado al enviar de parte del Rey mi marido y de la mía, á ese gentilhombre y fiel servidor, para enterar del estado de nuestros negocios al Rey de España, mi señor y buen hermano, mandarle que os entere también del objeto de su misión, y se dirija á vos para obtener audiencia; y os suplico os toméis la molestia de obtenerla lo más pronto posible, á fin de que pueda yo resolverme en asunto de tanta importancia. Y asegurándome de vuestra buena voluntad, como os suplico hagáis de la mía, no añadiré más sino rogar á Dios que os conceda con salud, una feliz y larga vida.—De Glasgow á 10 de Setiembre de 1565. Vuestra muy buena prima, *María,* Reina.»

Cumplió fielmente el Gran Duque de Alba el encargo de la Reina de Escocia, y el 23 de Octubre despachó Felipe II á Francisco Yaxlee con la siguiente carta para Darnley é instrucciones por escrito, cuyos borradores castellanos se conservan en el archivo de Simancas, Est. Inglat. leg. 818, y dicen de esta manera:

«Serenísimo Rey, etc. Teniendo escrita la carta que irá con esta en que me alegraba con vos del buen suceso y conclusión de vuestro casamiento con la Serma. Reyna de Es-

cocia mi hermana, llegó Francisco Yaxlee vuestro criado, del cual reciví la carta que con él me escrivisteis á los dies de Setiembre, y él me dijo de vuestra parte todo lo que traía en comisión, que, aunque me pesó del estado en que quedávades con los rebeldes, holgué mucho de entender por él vuestra voluntad y determinación en lo de la religión y servicio de Nuestro Señor, de quien es de esperar que os ha de ayudar llevando adelante vuestro buen propósito, y yo he de hacer siempre lo mismo como lo he comenzado agora y lo haré adelante con tan buena voluntad como lo entenderéis del dicho Yaxlee á quien he hablado más largo.»

«Lo que se responde á las cosas que propuso Francisco Yaxlee de parte de los Sermos. Reyes de Escocia.»

«Que habiendo visto Su Mag.d católica las cartas de los Reyes d'Escocia, y entendido lo que Francisco Yaxlee le ha dicho de su parte en virtud de la creencia que dellos traía, tiene mucho contentamiento del casamiento que han hecho, y no puede dejar de loaárselo, como más particularmente por su mandado el Duque de Alba lo dijo en Bayona á su Embajador, porque siempre á Su Mag.d le paresció ser éste el que más convenía: que á Su Mag.d le ha pesado de haber entendido que sus vasallos se les comenzascen á desacatar y hubiesen llegado á los términos que le ha informado el dicho su criado, y le ha scripto su Embajador en Inglaterra, que tiene por cierto que Dios cuya causa defienden, no los desamparará y Su Mag.d católica por su parte los ayudará de muy buena gana, como lo hace de presente de veinte mil escudos en Flandes, y con orden que se entreguen al dicho Francisco Yaxlee, para que él los lleve á Escocia, ó los encamine por la mejor vía y con la mayor seguridad que pudiere, y que esta ayuda á todos conviene sea secreta, porque si otros príncipes tuviesen voluntad de hacer ayuda á sus rebeldes, no se la hagan con mayor fuerza entendiendo que los dichos Sermos. Reyes tienen la de Su Mag.d católica, y que cuando la Reyna de Inglaterra abiertamente quisiesse hacerles la guerra sobre las cosas de la religión, hay muy buen camino asímismo para que Su Mag.d les assista y ayude de mayor fuerza, debajo de ayuda que el Papa les hará, el cual ha dado parte á Su Mag.d de lo que la Serma. Reyna d'Escocia le ha scripto y pedídole parescer en lo que debe responder, mostrando muy buena voluntad á la buena ayuda, y Su Mag.d le responde

alabándosela y diciéndole que se juntará con él para que debajo de su nombre y del ayuda que ha de dar, pueda Su Mag.d contribuír, y el socorro sea tanto más gallardo, y que este caminar Su Mag.d católica debajo de esta cubierta será el tiempo que entendiere convenir así á los negocios particulares de los dichos Sermos. Reyes, á los cuales Su Mag.d ayudará y procurará vayan adelante viendo su voluntad y cristiandad.

»Que en los negocios de Inglaterra Su Mag.d católica pide á los dichos Sermos. Reyes caminen con grand templanza procurando conservar la parte que en aquel reyno tienen, *que Su Mag.d con la que en él puede tener les asistirá siempre*. Procurando asímismo de no irritar aquella Reyna ni apretarla de manera que la hagan saltar, porque paresce á Su Mag.d que en ninguna manera del mundo al presente sea tiempo de apretar sobre la declaración de la sucesión sino traer la plática viva con la Reyna, sin llegarla que se haga de resolver, hasta que se tenga ganada más tierra, y Su Mag.d esté donde con más facilidad puede ayudar á ello; y que les pide y ruega mucho que sin advertirle primero y tomar su parescer no se arrojen á cosas estas, porque Su Mag.d se lo dará siempre con tanta afición y buena voluntad, que espera aceptarán lo que se hiciere para que dello succeda tan gran servicio Dios como Su Mag.d entiende que por su medio dellos se le ha de hacer.

»Que deben estar los dichos Sermos. Rey y Reyna advertidos en mirar mucho que en las diligencias que hacen en Inglaterra, no pueda la Reyna *(Isabel)* en ninguna manera del mundo entender que ellos las hacen para durante su vida, porque esto le escandalizaría mucho y daría gran ocasión para ejecutar contra ellos lo que pudiesse, y en alguna manera sería justificar su causa.

»En lo otro que pedió el dicho Yaxlee que scribiesse Su Mag.d á la dicha Reyna de Inglaterra sobre la libertad de miladi Margarita de Lemnus *(la Condesa de Lennox, madre de Darnley)* y para que no dé ayuda á los rebeldes de Escocia, que sería antes dañar que aprovechar á los negocios hacerse instancia con la dicha Reyna de su parte sobre ello; por agora no es tiempo, y cuando lo fuere no perderá Su Mag.d la ocasión de hacerlo como quien tiene tan caras las cosas de los dichos Sermos. Reyes..., etc.»

Prosiguen otras instrucciones menos importantes y preci-

sas, encaminadas todas á la restauración del catolicismo en Escocia, á la sucesión de María Estuardo en la corona de Inglaterra, y al castigo y extirpación de los rebeldes escoceses.

Estos fueron los documentos que el traidor Darnley descubrió á sus cómplices, vendiendo y sacrificando la causa de su religión, de su esposa, y de su Reina, á sus propias ambiciones y mezquinos resentimientos.

6 Esta Condesa de Argyle se llamaba Lady Juana Stuart, y era hija natural de Jacobo V y de Isabel Carmichael. Se casó en 1554 con el Conde de Argyle, y se divorció de él en 1564.

7 El Comendador de Holyrood, Lord Roberto Stuart, era también hermano natural de María Estuardo, como hijo de Jacobo V y de Eufemia Elphinston.

8 Guillermo Cecil fué el hábil ministro y el alma condenada de la Reina Isabel de Inglaterra, si es que esta señora necesitó alguna vez de más alma condenada que la suya propia. Cecil fué el instrumento, el cómplice y muchas veces el instigador de las persecuciones de Isabel contra los católicos, y fué también el director y guía de aquella decantada política, á que muchos atribuyen el origen de la prosperidad de Inglaterra. De esta política, dice Lingard en su *Historia de Inglaterra:* «La otra causa (de la prosperidad de Inglaterra) consistió en la clase de política observada por los ministros, respecto de las cortes extranjeras: política que mal puede á la verdad avenirse con la honradez y la buena fe, pero cuyos resultados fueron en extremo prósperos. Los ministros estaban constantemente á la vista para arrojar semillas de discordia, fomentar el espíritu de resistencia y ayudar los esfuerzos de rebelión en los pueblos vecinos. En Escocia quedó casi aniquilada la autoridad de la corona; la Francia fué reducida á un estado de anarquía, pobreza y desastres sin ejemplo, y la España vió con envilecimiento sus riquezas agotadas de continuo, y sus ejércitos perecer de año en año en medio de los diques y bancos de arena de Flandes. La depresión de estas potestades fué un bien, si no absoluto, á lo menos relativo; porque al paso que declinaban los otros príncipes, la Reina inglesa parecía crecer en reputación y poderío.» Necesario es convenir que de entonces acá no ha variado mucho la política inglesa, cuya fórmula puede reducirse desde los tiempos de Isabel, á una

solo frase y á un solo artículo. — *To make money*, hacer dinero. — Guillermo Cecil supo conservar el favor de Isabel, con pasajeros eclipses, durante toda su vida. Fué creado por ella Barón de Burleigh, y murió en 1598 á los setenta y siete años.

9 La pasión de Isabel por el lujo y las galas era tan grande, que á su muerte se encontraron en su guardarropa más de tres mil vestidos, con proporcionado número de aderezos y de joyas. Cuenta Lingard, que como pareciese al Obispo de Londres muy impropio de la edad de la Reina, ya muy avanzada, esta pasión por los adornos, trató en uno de sus sermones de alejar su espíritu del lujo de la tierra, y elevarlo á las riquezas del cielo. Mas la Reina dijo á sus damas, que si el Obispo volvía á tocar aquella materia, le prepararía ella á él, el camino del cielo, adonde le haría ir sin báculo ni manto.

10 «Por lo que respecta al carácter de Isabel, dice Lingard en su *Historia de Inglaterra,* parecía haber heredado la naturaleza iracunda de su padre. La menor descortesía, la provocación más leve era capaz de excitar su furor. Siempre, cuando hablaba, sus palabras iban acompañadas de juramentos, y en los instantes de cólera, prodigaba imprecaciones ó insultos. Á veces no se contentó con palabras, pues no solo las damas de su servicio, sino hasta los cortesanos y los funcionarios públicos de más nota, sintieron el peso de su mano: arrancó el collar á Hatton, dió un bofetón al Conde Mariscal, y escupió encima á Sir Matteo, porque le desagradaba la afectación de su traje.»

11 El P. Edmundo Hay era entonces Superior del Colegio de París, y había estado ya en Escocia en 1561, acompañando al P. Gaudan, legado de Pío IV. Desembarcaron entonces en Leith, disfrazados de mercaderes, y tuvieron en Edimburgo varias y muy secretas conferencias con María Estuardo, que afianzaron la fe en el corazón de ésta y estrecharon sus relaciones con el Papa. El P. Tomás Derbishir era sobrino y secretario del Obispo de Londres Edmundo Bonner, en tiempo de la Reina María Tudor: á la muerte de ésta fué perseguido y encarcelado por Isabel, hasta que habiendo huído á Roma, entró en la Compañía el 1.º de Mayo de 1563, á los cuarenta y cinco años de edad. Murió en Francia en 1604 á los ochenta y seis años.

12 Las grandes alteraciones que se siguieron en Escocia,

detuvieron por entonces esta famosa bula de San Pío V, que se publicó al fin dos años después, en 25 de Febrero de 1569. Esta bula fué preparada y redactada por el franciscano Peretti, que fué después Sixto V, y llevaba por título, según la traducción del P. Rivadeneira: «Sentencia declaratoria del Santísimo Señor Nuestro, Pío Papa V, contra Isabel, pretensa Reina de Inglaterra, y los herejes que la siguen, en la cual también se dan por libres los súbditos y vasallos del juramento de fidelidad y de cualquiera otra obligación; y los que de aquí adelante la obedecieren, se declara ser excomulgados.»

13 En 1483 los nobles escoceses se reunieron en la iglesia de Lauder, para convenir el modo de castigar la insolencia y los desmanes del favorito de Jacobo III, Roberto Cochran, que de simple arquitecto había llegado á elevarse, por sus malas artes, hasta el condado de Mar. Todos dieron opiniones extremas, todos pronunciaron terribles amenazas y ninguno decidió nada. Tomó entonces la palabra el viejo Lord Gray, y les dijo:—Milores: hace muchos siglos que los ratones celebraron un consejo, para convenir el modo de escapar de las garras de un gato asesino que devastaba su comarca. Propuso uno que se atase un cascabel al cuello del gato, para que el repiqueteo anunciase su presencia y diera tiempo á los ratones de esconderse en sus agujeros. Á todos pareció oportuno el expediente; todos aplaudieron con calor tan prudente consejo; pero quedóse éste sin seguir, porque ningún ratón tuvo el valor necesario para poner el cascabel al gato.—Calló Lord Gray, y todos los demás Lores callaron también corridos y avergonzados, comprendiendo demasiado bien el apólogo del viejo. Mas uno de ellos, Arquibaldo Douglás, Conde de Angus, hombre de fuerza atlética y valor extraordinario, lanzóse en medio del concurso con su enorme espadón desenvainado, y gritó mostrándolo á los amedrentados Lores: *Este le pondrá el cascabel al gato.* Llamaron en este mismo momento á la puerta, y apareció el insolente favorito Cochran, ricamente vestido y con magnífica cadena de oro al cuello. Lanzóse á él Arquibaldo Douglás con su espadón en la mano, y cogiéndole por la cadena, le dijo lleno de saña:—Una cuerda al cuello te sentará mejor que esta cadena.—Y desde allí llevóle él mismo al puente de Lauder, donde le ahorcaron. Desde entonces diéronle á la enorme espada de Arquibaldo Douglás el nombre de *Bell-*

the-cat (el cascabel del gato), y esta fue la espada que dió el Conde de Morton á Lord Lindsay en el campamento de Carberry.

14 Bothwell huyó desde luego á Dunbar, y allí permaneció algún tiempo en medio de sus vasallos; mas perseguido después por el Laird de Grange, huyó en un barco que tenía á las islas Orcadas, y dedicóse en aquellos mares á la piratería, por no encontrar otro medio de subsistencia. Fué preso al cabo por un barco noruego, y llevado á Dinamarca, donde le encerraron en el castillo de Malmay: allí vivió tristemente nueve años y murió al fin en 1576. Antes de morir confesó haber asesinado á Darnley de acuerdo con Murray y con Morton, y que María era completamente inocente de aquel crimen.

15 Estas *pruebas escritas por la propia mano de la Reina*, eran las ocho cartas y los dos sonetos encontrados en la famosa cajita de plata olvidada por Bothwell en el castillo de Stirling y sorprendida por los rebeldes en manos del ayuda de cámara de éste, Dalgleish, cuando la llevaba á Dunbar. Estas cartas, en que los herejes rebeldes entonces y los historiadores protestantes más tarde, han cifrado toda la culpabilidad de María, son rechazadas como falsas y apócrifas por Chalmere, William Tytler, Withaker, Lingard, Labanoff, Frasser Tytler, Goodall y Stewart; los cuales últimos probaron que los sonetos habían sido compuestos por Buchanan, y las cartas falsificadas por el malvado secretario de Escocia Maithland, hechura entonces de Murray y Morton. Walter Scoot hace notar en su *Historia de Escocia*, el hecho extraño de que ahorcasen al ayuda de cámara Dalgleish, como cómplice en el asesinato de Darnley, sin haberle hecho la menor pregunta sobre estas cartas, que según aseguraron los rebeldes, después de muerto, se habían encontrado en su poder al prenderle camino de Dunbar, claro indicio este de la inicua comedia que hubo en todo esto.

16 Los Melvil eran en aquella época tres hermanos. Roberto, que es del que aquí se trata y fué el autor de las Memorias; Jacobo, que fué en varias cortes Embajador de María Estuardo, y Andrés, que fué siempre su fiel mayordomo y la acompañó hasta el instante de su muerte.

17 «*De Lochleven.*—Monsieur de Glasgow: Votre frère vous fera entendre ma miserable condition: et, je vous prie, présentez et ses lettres, sollicitant ce que vous pourrez en

ma faveur. Il vous dira le surplus: car je n'ai ni papier ni temps pour écrire davantage, sinon prier le roy, la royne et mes oncles de brusler mes lettres: car si l'ont sait que j'est escrit, il coutera la vie á beaucoup, et mettra la mienne en hasard, et me fera garder plus estroitement. Dieu vous ait en sa garde, et me donne patience! — De ma prison, ce dernier mars, votre ancienne bien bonne maistresse et amie, *Marie,* Royne, maintenant prisonnière.»

18 «*De Lochleven le 1.er Mai, 1568.* — Madame, je vous envoye se porteur pour l'occasion que j'écris au roy vostre fils, qu'il vous dira plus au long; car je suis guestée de si près, que je n'ay loisir que durant leur disner, ou quand ils dorment, que je me relesve: car leurs filles couschent avecques moy. Ce porteur vous dira tout. Je vous supplie lui donner crédit et le faire récompancer lui et seuluy qu'il vous présentera, autant que m'aimes. Je vous supplie de avoir tous deux pitié de moy: car si vous ne me tirés par force, je ne sortiray jamays. *Marie,* R.»

NOTAS DEL LIBRO SEGUNDO

[1] Alude á los estudiantes del Seminario de Reims, fundado por el Cardenal de Lorena: educábanse allí jóvenes católicos ingleses, irlandeses y escoceses, y una vez ordenados de sacerdotes, volvían á su patria á predicar el Evangelio y á reñir porfiadas batallas con los herejes, habiendo recibido muchos de ellos la corona del martirio. María Estuardo favoreció mucho á este Seminario durante todo el tiempo de su permanencia en Francia y Escocia.

[2] El valiente Juan Felton no huyó después de consumada su hazaña, sino que se retiró tranquilamente á su casa, donde le prendieron á los dos días. «Preguntado, dice Fray Diego de Yepes en su *Historia de la persecución de Inglaterra,* si sabía quién había sido el autor de aquellas letras, respondió estas palabras: «Por libraros de la solicitud y cuidado que tendréis de saber quién hizo esto, digo y confieso que yo fuí el que procuré que las dichas letras se pusiesen y fijasen en aquel puesto y lugar.»

Con esto dieron á Felton por traidor los jueces, y lo sentenciaron á muerte; y á los ocho días del mes de Agosto, cuando lo querían sacar á ajusticiar, desnudándose en el zaguán de la cárcel el vestido de terciopelo que tenía puesto, dijo al pueblo que estaba presente, que él moría por la Fe católica, porque confesaba el Primado del Sumo Pontífice y negaba que la pretendida Reina fuese cabeza de la

Iglesia. Luego le echaron en el serón donde les llevan arrastrando, y clavando los ojos en el cielo, dijo con gran devoción y fervor los salmos penitenciales. Y llegando al lugar de la horca, le hicieron alzar del serón, y reconociendo en sí algún espanto y pavor de la muerte, habló consigo mismo y dijo: «¿Felton, qué es esto? ¿Por ventura temes la muerte?» Después le mandaron subir la escalera, y teniendo frontera la puerta en que había fijado la sentencia de Pío V, extendió hacia ella la mano y dijo: «Verdaderamente que yo puse allí las letras del Sumo Pontífice contra la pretendida Reina, y ahora estoy aparejado para morir por la Fe de Cristo.» Interrumpiéronle los presentes y le aconsejaron que pidiese perdón á la Reina, mas él les dijo: «Yo no la he ofendido, y si alguno está de mí agraviado, le pido perdón á él y á todo el mundo.» Y con esto, levantando los ojos al cielo, y encomendando á Dios su fiel alma, le echaron el cordel al cuello y lo derribaron de la escalera. Después de haber estado un rato colgado, le mandaron cortar la cuerda para que vivo padeciese los demás tormentos; pero el que hacía este oficio, dicen que se detuvo un rato, compadeciéndose de él, porque no sintiese tanto la muerte. Empero apretando en ello la justicia, lo derribaron en tierra vivo, y habiéndole abierto el pecho, le sacaron el corazón y las entrañas, y cortáronle la cabeza, y del cuerpo hicieron cuatro cuartos.

3 El Conde de Northumberland, Tomás Percy, fué entregado al fin, algún tiempo después, á la Reina de Inglaterra por el Conde de Morton, y mandado decapitar por aquélla el 22 de Agosto de 1572. Su muerte fué la de un verdadero mártir de Jesucristo, proclamando en el cadalso la santa Fe católica por que moría, con grande valor y firmeza, perdonando á todos los enemigos que le habían vendido y entregado, y previniendo al pueblo contra las asechanzas de los ministros de la herejía. «Guardaos, hermanos muy amados, les dijo, de estos lobos de rapiña, que vienen á vosotros con trajes de ovejas, y son los que os despedazan las almas.»

4 Don Bernardino de Mendoza era hijo del Conde de Coruña, D. Alonso Suárez de Mendoza, y tercer nieto del primer Marqués de Santillana, el famoso D. Iñigo López de Mendoza. Distinguióse D. Bernardino en primera línea, como militar en sus campañas de Flandes; como diplomá-

tico en sus embajadas de Inglaterra y Francia, y como escritor conquistando con sus obras, y muy en especial con sus *Comentarios de las guerras de los Países Bajos,* un lugar preferente entre los clásicos españoles. Don Bernardino fué siempre entusiasta defensor de María Estuardo, y prestó grandes servicios á su causa así en Inglaterra como en Francia. Días antes de morir la infortunada Reina de Escocia, escribió á Mendoza una cariñosa carta despidiéndose de él y enviándole como postrer recuerdo un rico anillo con un brillante, regalo del Duque de Norfolk. Don Bernardino de Mendoza murió de edad muy avanzada en el monasterio de San Bernardo de Madrid, donde se había retirado después de perder por completo la vista.

5 Consta todo en los despachos de D. Bernardino de Mendoza á Felipe II, conservados en el archivo de Simancas. El Rey católico aprobó en absoluto la conducta de su Embajador, y en carta escrita de su mano le decía: «... Y la respuesta que los distes, la qual fué la que convenía y me ha parescido muy bien, y que os haveis gobernado en la salida con la misma cordura y fecho que en todo lo demás que se offresció durante vuestra estada en aquel reyno, de que quedo yo de vos con entera satisfación y de vuestros buenos servicios, de los quales mandaré tener la quenta y memoria que es razón.»

6 Este Conde de Northumberland llamábase Enrique Percy y fué hermano y heredero del otro Conde de Northumberland, Tomás, decapitado por Isabel en 1572. En vano trataron de envolverle en la imaginaria conspiración de Trockmorton, y prolongóse su prisión por largo tiempo, hasta que una mañana de Julio de 1585 apareció muerto en su prisión de un escopetazo que le atravesaba los riñones y un muslo. Los herejes hicieron correr la voz de que se había suicidado; pero para todos, amigos y contrarios, resultó patente el asesinato.

7 Felipe Howard, Conde de Arundel, era el hijo mayor y heredero del Duque de Norfolk, decapitado en 1572 por su conspiración en favor de María Estuardo. Prolongóse la prisión de Arundel hasta el año de 1589, en que le acusaron de haber hecho decir una Misa por el feliz éxito de la armada que envió Felipe II contra Inglaterra. Los veinticuatro Lores que componían el jurado preguntaron á los jueces si era caso de traición el haber encomendado á Dios la

armada de España, y como los jueces contestasen que lo era y tomasen sobre sus conciencias la sentencia, le declararon traidor y le condenaron á muerte.

«Hecho esto, dice Fr. Diego de Yepes, como le llevaban del tribunal á la cárcel, el pueblo que estaba aguardando que le diesen por libre, según la voz que corría por toda la ciudad de su inocencia, viendo que salía con un verdugo delante que llevaba un hacha vueltos los filos hacia él (que es allá señal de condenación) dieron voces y gritos que se oyeron muy lejos, diciendo con lágrimas, que era gran lástima que un hombre tan noble como él y tan benemérito de la República se condenase á muerte en la flor de su edad, solamente por haber mandado hacer oración á su intención. Luego en virtud de esta sentencia se enviaron comisarios á todas las partes del reino á confiscar sus bienes, que eran muy grandes; de suerte que hizo á todos grandísima lástima ver á un señor tan rico y poderoso despojado de tan grande hacienda, sin culpa suya y sin que quedase á su mujer é hijos con qué sustentarse; los cuales pasaron mucha necesidad y pobreza durante la vida del Conde, á quien dilataron el martirio (que así se puede llamar) no por favorecerle, sino por gozar de su hacienda más tiempo, sabiendo que por ser vinculada, había de volver á su hijo después de sus días. Estando pués el Conde preso y condenado, y entendiendo que los herejes habían publicado que lo estaba por grandes traiciones contra la corona, para dar más entera noticia, así de su inocencia como de su fe y religión, escribió en latín la carta que se sigue: «*Habiéndome Dios por su infinita bondad y misericordia llamado (aunque indigno) á dar testimonio de su santa Fe Católica, Apostólica y Romana, me ha parecido dar noticia con esta carta mía, á todos los católicos y á otros que la vieren, que estoy aparejado á dar mi vida y sangre por ella, cuando Dios fuere servido; no preciándome tanto de ninguna cosa en este mundo, como de ser hijo fiel y obediente de la Iglesia Romana, y que todos me tengan por tal; y aunque mis contrarios (según su costumbre) no dejen de manchar mi inocencia con muchas calumnias, protesto delante de Dios y de todos sus santos, que nunca cometí, ni intenté ninguna traición, ni crimen de lesa majestad, y la sola causa de mi condenación es la fe católica que, mediante Dios, profesaré mientras viviere, y por ella daría de buena gana mil vidas si tantas tuviese; aprobando todo lo que aprueba el santo Conci-*

lio de Trento y condenando todo lo que condena; y esto deseo que todos entiendan de mí y no crean los falsos rumores que suelen publicar los contrarios, sino que, como Cristo es único consuelo de mi vida, así me será grandísima ganancia morir por su nombre. Dios el Padre de misericordia y Dios de toda consolación dé á su Iglesia paz, á mis enemigos caridad y arrepentimiento, á mí constancia y firmeza en su santa fe católica. Amén.—Humilde hijo de la Iglesia católica, FELIPE HOWARD.»

Después de esto vivió en la cárcel con mucho ejemplo de piedad y devoción, castigando ordinariamente su cuerpo con cilicios y ayunos, y repartiendo las horas del día con gran concierto, señalando las unas para la oración y las otras para la lición de buenos libros, y lo demás del tiempo empleaba en ejercicio corporal para la conservación de su salud; iba también enderezado al servicio de Dios y bien del prójimo, porque gastaba tres ó cuatro horas cada día en moler con un molino de mano cierta cantidad de trigo que hacía comprar para este efecto, y de la harina mandaba hacer pan para los pobres; y fué continuando esta manera de vida siete ú ocho años, hasta que, consumido casi el cuerpo con vida tan áspera y penitente y la incomodidad de la cárcel, finalmente dió su santa alma al Señor con grandísimas muestras de alegría y contento en toda su postrera enfermedad, y mayormente en la muerte notable edificación de los que se hallaron presentes á ella y de todos los católicos del reino, y no menos confusión á sus contrarios.»

8 Amyas Paulet era de una antigua é ilustre familia del condado de Sommerset. Su padre, Guillermo Paulet, murió á los noventa y siete años, dejando ciento tres descendientes. Había ocupado grandes puestos durante los reinados de Enrique VIII, Eduardo VI, María é Isabel; y como le preguntasen un día de qué manera había podido mantenerse siempre en favor durante cuatro reinados tan fecundos en persecuciones y revoluciones políticas y religiosas, contestó con el mayor cinismo: *Siendo sauce, y no encina.*

9 El Dr. Guillermo Allen nació en Roszal, condado de Lancaster, y en 1558 era canónigo de Yorck. Vióse obligado á huír á los Países Bajos cuando las persecuciones de Isabel, y explicó teología sucesivamente en Lovaina y Malinas. Obtuvo luego un canonicato en Reims y allí se puso al frente del famoso Seminario inglés y de la reacción polí-

tica y religiosa que desde Francia combatía á la Reforma en Inglaterra. El Papa Sixto V premió sus grandes servicios á la Iglesia católica haciendole Cardenal en 1587, y murió en Roma en 1594, á los sesenta y tres años.

10 Don Bernardino de Mendoza, que conoció á Babington en Londres, escribía de él á Felipe II: «Babington es mozo muy católico, de grande espíritu y de buena casa.»

11 Guillermo Weston era inglés de nación, y entró en la Compañía de Jesús en Roma, en 1575. Hizo sus estudios en España, primero en Montilla y luego en Córdoba, y se ordenó de sacerdote en Cádiz. Á la muerte del santo mártir Edmundo Campiano, fué llamado á Inglaterra por el P. Roberto Parsons, sucesor de éste, y entonces fué cuando trocó su nombre de Guillermo por el de Edmundo, en reverencia del santo mártir. Preso en la Torre de Londres, asistió allí á Babington y á sus compañeros, y más tarde al Conde de Arundel, su grande amigo, el cual le dejó al morir el breviario que usaba. Á la muerte de Isabel fué puesto en libertad el P. Weston y expulsado de Inglaterra, después de diecisiete años de cautiverio. Murió en Valladolid el 9 de Abril de 1615, á los setenta y cinco años.

12 Este la Ruhe era un religioso dominico, francés, que fué confesor de María Estuardo todo el tiempo de su permanencia en Escocia, hasta el cautiverio de Lochleven.

13 Pomponne de Bellière era entonces uno de los hombres de Estado más importantes que había en Francia: acompañó á Enrique III á Polonia durante el tiempo que ciñó éste la corona de aquel reino, y desempeñó después importantes embajadas. Fué más tarde Canciller de Francia en tiempo de Enrique IV, y murió en 1607, á la edad de setenta y ocho años.

14 Staffort era hermano del Embajador de Inglaterra en París, por aquel tiempo, é hijo de Lady Staffort, dama de honor de la Reina Isabel hacía más de veintitres años. De acuerdo Staffort con un tal Moody, preso por deudas, acusaron al Embajador Châteauneuf y á Destrappes, agregado á la misma Embajada de Francia, de haber hecho proposiciones al tal Moody, para asesinar á la Reina Isabel. Destrappes fué encerrado en la Torre y Châteauneuf expulsado de Londres. Cuatro meses después, por Mayo de 1587, muerta ya María Estuardo, la Reina Isabel vió por primera vez á Châteauneuf después de estos sucesos, y tomándole

del brazo, le dijo riéndose: *Voici notre homme qui m'a voulu faire tuer.* Díjole luego que harto sabía ella que el complot en que le habían mezclado no era sino pura invención de dos desvergonzados bribones, Staffort y Moody, que querían sacar dinero; díjole también que reconocía la inocencia de Destrappes, y que ya estaba en libertad y podía volver á Francia, y añadió riéndose y en son de broma: *J'ay sceu qu'il veult suivre le barreau de Paris. Je suis marye de lui avoir causé ce mal, car il m'en vouldra toute sa vye. Mais vous luy direz que je ne crois pas jamais plaider ung procès á Paris ou il se puisse venger du tort que je luy ay faict.* Así lo refiere textualmente el mismo Châteauneuf en su carta á Enrique III del 13 de Mayo de 1587.

15 Nicolás Davisson fué la víctima sobre que descargó la pérfida hipocresía de Isabel toda la odiosa responsabilidad de aquel crimen. He aquí cómo refiere el historiador protestante Robertson la repugnante comedia con que quiso terminar Isabel la tragedia de Fotheringay: «Isabel, dice, afectó la mayor sorpresa y el más vivo dolor al tener noticia de la muerte de María. Lágrimas, sollozos, lamentaciones, aparatosos lutos; nada omitió para disfrazar sus verdaderos sentimientos y aparentar lo contrario. Considerando todo lo que hizo para deshacerse de la Reina de Escocia, espantan su hipocresía y sus artimañas. Fingió que las instancias de sus consejeros privados le arrancaban la orden de someter á María á un tribunal; fingió detener la publicación de la sentencia, hasta que las dos cámaras del Parlamento se lo suplicaron por dos veces; y solo con grandes muestras de fingida repugnancia consintió en firmar la orden para la ejecución. Esta odiosa comedia debía terminar con una bellaquería aún más sorprendente y atrevida. Empeñóse en hacer creer á la Europa que María había sido decapitada sin saberlo ella y contra su voluntad; y Davisson, que no sospechaba este intento de Isabel, ni el peligro que él mismo corría, fué á la vez el instrumento y la víctima de esta desvergonzada impostura. Como secretario de Estado, fué obligación suya presentar á la firma de la Reina la orden para la ejecución, y por mandato de ella misma la llevó en seguida al sello del gran Canciller. Mas Isabel afirmó con el mayor descaro, que había prohibido á Davisson comunicar el documento á persona alguna viviente, y mandádole no dejarlo salir de sus manos sin nuevo y expreso mandato.

Declaró que, desobedeciendo Davisson este mandato, había dicho á varios ministros que ya estaba firmada la orden, y de acuerdo con ellos, había reunido el Consejo privado, el cual, á escondidas de ella y sin su consentimiento, había expedido la orden y dado poder á los Condes de Shrewsbury y de Kent para hacerla ejecutar. Negó Davisson todos estos hechos y difícil era no reconocer la verdad de su defensa. ¿Cómo era posible, en efecto, que el Consejo privado de Isabel, compuesto de sus más íntimos paniaguados, sus ministros y sus favoritos, pudiese reunirse para tratar de un asunto de semejante importancia, en el mismo recinto de palacio, sin conocimiento de ella y contra su voluntad? Á pesar de todo, Isabel llevó la perfidia hasta el punto de desterrar de su presencia, en un acceso de rabia y fingido dolor, á la mayor parte de sus consejeros privados; y con tal rigor trató en particular á Cecil, que éste se creyó obligado á presentar la dimisión de todos sus cargos. Davisson fué privado de su destino y preso en la Torre de Londres, y juzgado muy poco después en la Cámara Estrellada. Condenáronle á pagar una multa de 10.000 libras esterlinas y á permanecer preso mientras placiese á la Reina. En esta prisión sufrió muchos años, sin que volviese á recobrar nunca ni favor ni privanza. Así fué como para disimular el crimen que había cometido, inmolando á la Reina de Escocia á sus celos y temores, no tuvo Isabel escrúpulo en cometer otro crimen, sacrificando el honor, la fortuna y la libertad de uno de los hombres más hábiles y más virtuosos de su reino.»

16 El Dr. Ricardo Fletcher, Deán de Petersboroug, era desde 1581 capellán de la Reina Isabel, y uno de los ministros herejes que atizaban de continuo en el ánimo de ésta su odio contra los católicos. La Reina premió sus pérfidos esfuerzos por turbar la última hora de la desdichada María Estuardo, haciéndole Obispo de Bristol y más tarde de Worcester. Perdió luego la gracia de Isabel por haberse casado en segundas nupcias con la viuda de Sir John Baker, y murió repentinamente en Londres en 1596, atribuyéndose su muerte al uso inmoderado del tabaco. De este Fletcher fué hijo el autor dramático Juan Fletcher, que en colaboración con Beaumont fundó la comedia de intriga en Inglaterra.

318951

LS

C7187r

Author Coloma, Luis

Title La reina mártir.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED